

*Selecta*

*Algo más  
que una dama*

CHRISTINE CROSS



# Selecta

Algo más que una dama

Serie Familia Marston 1

*Christine Cross*

megustaleer



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](https://www.instagram.com/megustaleerebooks)

[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

[@megustaleer](#)

*Gracias, Noemí, por tus valiosos consejos, que han hecho que disfrute del reto*

*de escribir esta maravillosa historia;*

*gracias por apoyarme y animarme siempre,*

*y, sobre todo,*

*gracias por ofrecerme tu amistad.*

# Prólogo

*Londres, 1758*

Según recordaba la duquesa de Westmount, el día que dio a luz por segunda vez era una radiante mañana de primavera de 1748. Los jardines que rodeaban la mansión, exultantes de coloridas flores, perfumaban el ambiente con su suave fragancia.

Su primer embarazo había sido difícil, pero había cumplido con su obligación y le había dado a su marido no solo el esperado heredero, sino también dos varones más, puesto que había dado a luz trillizos. Por eso, el nacimiento de una niña había llenado de alegría su corazón de madre.

No es que no quisiera a sus hijos varones, de hecho, los adoraba, pero tener una hija a la que transmitir todas las enseñanzas que ella había recibido de su propia madre, le causaba un gran placer. Le enseñaría el arte del bordado y la costura, a dirigir una mansión y el servicio que estaría a su cargo cuando la muchacha se esposase, a conversar con gracia y donaire, y todas las cosas necesarias para que su pequeña se convirtiese en una gran dama.

Lady Eloise, de pie junto a uno de los grandes ventanales que daban acceso a la parte posterior de la mansión, contemplaba los jardines con especial concentración. Los rododendros comenzaban a florecer, pero los rosales todavía se veían desnudos. Tendría que comentárselo al jardinero mayor; tal vez les faltaba abono. Aunque Nigel se encontraba ocupado en esos momentos supervisando la construcción del invernadero.

—Supongo que las rosas florecerán a su tiempo —comentó en voz alta.

A pesar de que no se había dirigido a él, su esposo, que se hallaba en la sala, sentado en su sillón favorito mientras leía un libro, respondió:

—Todas las cosas tienen su tiempo, querida, solo hay que saber tener paciencia.

La duquesa sonrió. Había tenido la suerte de hacer un fabuloso matrimonio, no solo porque Charles era el hombre más apuesto de Londres —a su parecer y al de muchas otras damas a las que tenía que espantar como moscas cada vez que acudían a un baile— y porque tenía el título de duque, que además venía acompañado de una gran fortuna, sino porque se habían casado por amor. Ella era tan solo la hija de un vizconde, pero había coincidido con Charles en una fiesta campestre organizada por lady Margaret Cavendish, una de sus mejores amigas, que había tenido la suerte de pescar al duque de Portland en su primera temporada.

Eloise lo había observado de lejos, admirando su porte y su gallardía; suspirando por él, como hacían la mayoría de las jovencitas casaderas en el salón de baile. Margaret había insistido en presentárselo asegurándole que se enamoraría de ella en cuanto la viese, porque Eloise era, sin duda, la muchacha más hermosa de la fiesta. Y así fue.

La duquesa volvió a sonreír al recordar su cortejo. Ciertamente, Charles no había tenido paciencia antes de esposarla. Por suerte para ella, y por desgracia para las mayores cotillas de Londres, sus hijos vinieron al mundo justo nueve meses después de su boda.

—Recuerdo una ocasión en la que me dijiste que a veces valía la pena adelantar el tiempo para poder gozar de ciertas cosas.

El duque levantó la mirada del libro y esbozó esa sonrisa que Eloise había tachado en tantas ocasiones de pecaminosa.

—Y lo sigo pensando, querida. ¿Tal vez quieres una demostración?

Ella dejó escapar una carcajada musical y sacudió la cabeza, pero avanzó los pasos que la separaban de su esposo. Él dejó a un lado su lectura y le tendió la mano. Cuando ella se la cogió, tiró suavemente hasta tenerla donde la quería, sentada sobre su regazo y con sus brazos rodeándola.

Eloise le acarició la mejilla mientras se perdía en la bruma de su mirada gris.

Él acercó su rostro y la besó con ternura y delicadeza. Cuando sus labios se separaron, la duquesa dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Sigues siendo el hombre más apuesto de Londres —le aseguró al tiempo que reclinaba la cabeza sobre su hombro.

—No lo creo —repuso él con una sonrisa—, mis hijos me han robado ese puesto. Nunca he escuchado tantos coros de suspiros como cuando entran los tres juntos en alguna estancia.

La sonrisa de su esposa se ensanchó y Charles se alegró, pues era lo que perseguía. Había notado en sus ojos que algo la disgustaba.

—¿Qué es lo que te preocupa, Eloise?

Ella sintió un alivio inmediato ante esa pregunta, pues llevaba una carga desde hacía un tiempo y no había sabido cómo encarar el asunto con su esposo.

—Arabella.

Charles frunció el ceño al pensar en su pequeña hija. Contaba solo diez años, pero ya traía de cabeza a sus hermanos y había encandilado a todo el personal de servicio de Westmount Hall con su sonrisa mellada.

—¿Hay algún problema?

—Nos hemos vuelto a quedar sin institutriz.

El duque cerró los ojos mientras sus dedos acariciaban tranquilizadores la suave nuca de su esposa.

Era la tercera institutriz que los abandonaba en cuatro años. Sus hijos varones habían sido revoltosos e inquietos, como todos los muchachos a su edad, pero se habían sometido a la disciplina de sus preceptores. Arabella, en cambio, era una niña tranquila y dulce. El único problema consistía en que se negaba a aprender las tareas propias de una dama.

Antes de que sus hermanos se fueran al colegio, ella los seguía a todas partes y los emulaba en todo lo que hacían. Se llevaban una diferencia de ocho años, por lo que ellos la consideraban como su juguete o, como la había nombrado James, el mayor de los hermanos, su aprendiz. Le habían enseñado a pescar, a subirse a los árboles, y algunas palabras poco adecuadas para ser

pronunciadas por una dama; pero también le enseñaron a leer y le contaron las historias de batallas sangrientas que ellos aprendían de sus maestros. La consecuencia de ello había sido que bordar o tocar el piano se le antojaban a Arabella cosas aburridas.

La única cosa que parecía gustarle de verdad era la pintura.

El duque meditó un momento su respuesta, aunque ya llevaba tiempo dándole vueltas. Tenían que admitir que Arabella no era una muchacha corriente. A su corta edad había leído casi más libros que sus hermanos; estaba aprendiendo cuatro idiomas, incluido el griego antiguo; y le encantaba citar a los filósofos cuando defendía sus argumentos en situaciones como, por ejemplo, por qué tenía que comerse ella el último trozo de pastel.

—Eloise, creo que debemos dejar que Arabella sea ella misma —le dijo finalmente—. Podemos contratar una institutriz cualificada, que tenga los conocimientos de un preceptor, o incluso contratar al antiguo preceptor de sus hermanos. Ella es una niña inteligente y...

—¡Pero es que quiere aprender también esgrima! —le interrumpió su esposa al tiempo que levantaba la cabeza para mirarlo a los ojos.

En ellos, Charles vio una deliciosa mezcla de confusión y escándalo, y sonrió.

—No sé si esgrima, pero sí creo que es bueno que nuestra Arabella sepa defenderse. Como hija de duques, es muy probable que se vea asediada por múltiples pretendientes, y no siempre nos tendrá a nosotros o a sus hermanos para defenderla.

—¡No pretenderás que aprenda a boxear!

El duque soltó una carcajada ante la ingenuidad de su esposa.

—Por supuesto que no, querida. Me refiero a que una mente bien formada sabrá descubrir las trampas que se hallan en la sutileza del lenguaje y de las palabras engañosas —le explicó.

—Pero ¿qué va a pasar con su matrimonio?

—¿Su matrimonio? —repitió el duque ligeramente confundido.

—Sí, ¿quién querrá casarse con una mujer que tenga la cabeza tan llena de...

de...?

—...conocimientos —suplió su esposo con un suspiro. Sabía que la buena sociedad podía cortar en dos la reputación de una persona con la precisión de un carnicero—. Si la apoyamos, si la aceptamos como es, haremos que crezca segura de sí misma. Eso, y el amor de su familia, la sostendrán. De todas formas, ¿quién se atreverá a rechazar a la hija de un duque que es, además, ahijada de la duquesa de Portland?

Lady Eloise sonrió confiada ante el porvenir de Arabella.



# Capítulo 1

*Londres, 1768*

Los hermanos Marston quitaban el aliento.

Solo hacía falta que los trillizos entrasen durante un baile en uno de los salones de la alta sociedad para que un coro de suspiros femeninos levantase una suave brisa en dicho lugar. Entonces, las damas más maduras se sonrojaban, las jóvenes casaderas tendían a desmayarse, y las viudas más atrevidas acomodaban mejor sus vestidos para mostrar un poco más de sus encantos.

Ese revuelo general que se organizaba tenía su razón de ser en la apostura de los tres jóvenes, en la inmensa fortuna que poseían y en el hecho de que, a sus veintiocho años, seguían solteros, lo que los colocaba en el punto de mira de muchas matronas que se hallaban a la caza de un esposo adecuado para sus hijas.

Altos, con cuerpos cincelados a imagen de los antiguos dioses nórdicos, de espeso cabello rubio ondulado y ojos color aguamarina, eran el sueño de cualquier mujer. James, el más bajo de los tres con su metro ochenta, era quien había nacido primero y el que ostentaba por tanto el título de Marqués de Blackbourne; le seguían Edward y Robert.

Los tres poseían el rostro de un ángel y un cuerpo que podía tentar al mismísimo demonio, si este fuera mujer. Por eso nadie comprendía qué había podido suceder para que la única hermana de este trio de magníficos especímenes masculinos, fuese tan... corriente. Nadie se lo explicaba, ni siquiera los duques, sus propios padres, quienes se habían preguntado muchas veces en qué habían fallado, puesto que la duquesa había sido una belleza en su tiempo — y sin duda alguna seguía siéndolo—, y el duque, a sus casi sesenta años, todavía levantaba suspiros. Así pues, el hecho de que lady Arabella Marston no alcanzase el metro sesenta y cinco, tuviese el largo cabello ondulado castaño y los ojos de un color indefinido, entre marrón y

dorado, fue motivo de muchas conversaciones cuando la joven se presentó en sociedad por primera vez, y continuaba siéndolo, dos años después, cada vez que daba inicio la Temporada.

Arabella había aprendido a pasar por alto los murmullos que se extendían allá por donde pasaba. Adoraba a sus hermanos y ellos, a su vez, la adoraban a ella, y la protegían, a juicio de Arabella, en exceso. No les envidiaba su belleza, al menos ya no. Lo había hecho de adolescente, hasta que un día había madurado y se había dado cuenta de que la belleza no lo era todo en la vida; mucho más valiosa era la inteligencia, de la que ella poseía una abundante dosis.

Y en ello radicaba precisamente su gran problema, pensó Arabella mientras contemplaba a las parejas que se movían al ritmo de la delicada música a través del salón. Las mujeres lucían espléndidos vestidos de satén y seda, y sus joyas lanzaban luminosos destellos mientras giraban sobre la pista acompañadas de caballeros enfundados en elegantes trajes hechos a medida.

Caminó bordeando la pista mientras se abanicaba con suavidad y saludaba aquí y allá a sus conocidos con una leve inclinación de cabeza. Su rostro manifestaba ese punto justo de indiferencia y hastío que debían mostrar las damas, y que tan de moda estaba, aunque en su caso no necesitaba fingir demasiado. La verdad era que, otra vez, se encontraba aburrída. No es que no le gustara bailar, de hecho, le encantaba, pero despreciaba las conversaciones superficiales y los maliciosos chismorreos que acompañaban a tal ejercicio.

Cuando un caballero la interrogaba sobre el clima, ella a su vez le preguntaba qué opinaba de tal o cual cuestión política, o sobre filosofía o literatura, tal como hablaría con uno de sus hermanos. El resultado de esa conducta había sido una notable disminución, por no decir una real ausencia, de nombres en su carné de baile, por no hablar ya de sus inexistentes pretendientes.

Dejó escapar un suspiro pesaroso y se detuvo junto a una de las hermosas columnas de mármol que rodeaban la pista de baile formando un perfecto hexágono. La duquesa le había recomendado que cambiase su conducta, al menos hasta que hubiera logrado *pescar* un marido —y había usado precisamente esa palabra, a pesar de ser toda una dama, signo inequívoco de la alteración que le provocaba el estado de soltería de su hija—, después,

había añadido, podría volver a ser ella misma; el duque solo había gruñido, lo que podía interpretarse como que estaba de acuerdo con su esposa. Dado que ella se había opuesto a seguir esa táctica, sus padres, con la participación renuente de sus hermanos, habían decidido buscarle un marido adecuado, y habían comenzado a presentarle a todos los estudiosos e intelectuales que conocían, desde los veinticinco hasta los sesenta años.

Cerró el abanico y las varillas crujieron cuando lo apretó con fuerza al ver que su madre se dirigía hacia ella arrastrando tras de sí a lord Mandeville. El joven vizconde, tímido, de figura espigada y hombros encorvados, con el cabello oscuro siempre desordenado cayéndole en bucles sobre la frente y unos pequeños anteojos que se deslizaban constantemente por su nariz a pesar de la envergadura de esta, resultaba un auténtico aburrimento. Era un erudito, y con seguridad le hubiera agradado conversar con él si no fuera por el constante tartamudeo que lo asaltaba, junto con un notable rubor, cada vez que se acercaba a ella. Después de varios frustrantes intentos por entablar conversación, al final el joven optaba por no emitir sonido y dedicarse a contemplarla con semblante arrobado. Arabella sabía que su actitud no se debía a un tributo a su belleza física, sino a su intelecto, y aunque quería que un posible marido apreciase sus dotes intelectuales y la valorase por ello, también quería que la desease y que la mirase como los hombres miraban a su prima Victoria.

Ocultó su irritación tras una cortés sonrisa cuando la duquesa y su remolque llegaron a su lado.

—Arabella, querida, te traigo al pobre lord Mandeville que andaba desesperado buscándote porque quería hacerte una pregunta.

Y tras esa declaración, le dedicó una sonrisa despreocupada y se marchó con una expresión triunfante en el rostro. El joven hizo una torpe reverencia y enrojeció. Arabella observó fascinada la tonalidad de rojo que alcanzaban sus orejas y se preguntó si comenzarían a echar humo.

—Mi... milady —comenzó a tartamudear el vizconde.

Ella esperó con paciencia la pregunta a la que se había referido su madre, pero esta nunca llegó. Después de unos silenciosos minutos, y sintiéndose

incómoda ante la mirada de adoración del joven, desvió la vista de nuevo hacia la pista de baile con la convicción de que, si lo ignoraba, el vizconde se marcharía.

Mientras observaba los giros que efectuaban las parejas al ritmo de una contradanza, pensó que, si tuviera que pintar un cuadro para inmortalizar ese momento, elegiría mariposas. Múltiples mariposas de alas coloridas y suaves como las finísimas sedas de aquellos vestidos. O tal vez, pensó al escuchar los agonizantes murmullos que le llegaban procedentes de las matronas, podría dibujar un floreciente gallinero, con gallinas emperifolladas con extravagantes plumas multicolores.

Una voz musical llegó a sus oídos al mismo tiempo que alguien enlazaba su brazo y tiraba de ella.

—Lord Mandeville, me temo que tengo que robarle a mi prima unos minutos por una cuestión femenina —le dijo Victoria dedicándole al vizconde una luminosa sonrisa llena de coquetería.

El joven se sonrojó aún más, si es que esto era posible.

—Po... por su... supues...

Antes de que llegase a terminar siquiera, Victoria ya había arrastrado a Arabella a la otra punta del salón.

—Pensé que necesitabas que alguien te rescatase —declaró su prima con un tono de sincera compasión.

—Acertaste —le aseguró Arabella sonriéndole agradecida—. No tengo nada en contra de lord Mandeville, pero es tan...

—...aburrido —completó Victoria con una sonrisa. Luego frunció el entrecejo en un gesto que no menguaba en nada su belleza—. No comprendo a tu madre, la verdad. ¿Por qué se empeña en buscarte parejas tan inadecuadas?

Arabella se encogió de hombros con delicadeza.

—Supongo que, como cualquier madre, desea verme felizmente casada, y

como tal vez no hay ninguna pareja adecuada para mí...

—No digas eso —le regañó su prima—. Tú eres una mujer hermosa.

Con un gesto que demostraba su incredulidad ante la afirmación, Arabella

miró fijamente a su prima. Victoria atraía la mirada de los hombres allá por donde pasaba. Aunque solo medía cinco centímetros más que ella, su figura voluptuosa de cintura estrecha y abundante pecho despertaba la envidia femenina y los instintos depredadores del género masculino. Además, su cabello cobrizo con espesos bucles era el marco perfecto para su tez marfileña y unos preciosos y vivaces ojos verdes. Podría haberse sentido envidiosa de su prima, pero Arabella no había conocido nunca a nadie tan poco vanidosa como Victoria, ni tan leal.

El cariño que se profesaban había nacido desde muy temprana edad. Tras el fallecimiento de su madre, el padre de Victoria la había dejado con frecuencia en casa de los duques para que la niña no sintiese tanto la ausencia de la figura materna. Allí, en las muchas tardes transcurridas en el cuarto infantil bajo la vigilante mirada de las niñeras, se fraguó una amistad que había superado las pruebas del tiempo y de la adolescencia.

Ante la mirada de incredulidad que le dirigió Arabella, Victoria chasqueó la lengua.

—Eres hermosa —le aseguró con firmeza; luego añadió con un guiño—: algo rara, pero hermosa. Tu belleza es profunda, de esa clase que va subiendo poco a poco a la superficie con cada nueva mirada.

Arabella arqueó sus dos perfectas cejas y luego las dos estallaron en carcajadas. Muchas miradas masculinas se volvieron hacia ellas al escuchar el cristalino sonido de sus risas.

—Eres única para hacerme sentir mejor, Vic —le agradeció mientras se enjugaba las lágrimas de los ojos.

Victoria tiró de su brazo y continuaron su tranquilo paseo alrededor de la pista de baile dirigiendo, de vez en cuando, leves inclinaciones de cabeza a sus

conocidos.

—Lo digo en serio, Arabella —prosiguió después de haber intercambiado un saludo con dos de las matronas más cotillas de Londres—, no comprendo a tu familia. A mis tíos ya los conozco, pero ¿y tus hermanos? Ellos saben de muchos caballeros que pueden ser partidos adecuados.

—¿Mis hermanos? —repuso con una sonrisa burlona mientras señalaba con la cabeza a un grupo de caballeros situado a un lado del salón y entre los que descollaba la rubia cabeza de uno de los trillizos—, ¿te refieres a esos tres atractivos hombres cuyos amigos son todos unos encantadores sinvergüenzas, mujeriegos y jugadores?

Victoria observó a su primo mientras este se reía a carcajadas con alguna de las bromas procaces que habría hecho alguno de sus compañeros y frunció el ceño. Como si hubiese notado su mirada, él se volvió y clavó en ella sus preciosos ojos aguamarina; se excusó con sus amigos y se dirigió a su encuentro.

Cuando habló, su voz grave y seductora envió escalofríos a su columna.

—¿Qué pasa con los caballeros de este salón que no están haciendo cola para sacar a estas dos bellas damas a bailar? —les dijo con una sonrisa cautivadora, ¿acaso están ciegos?

Arabella le dio un golpecito suave en el brazo con el abanico.

—No seas tonto, James —lo reprendió.

—¿Te estás divirtiendo, hermanita?

—Sabes bien que cuando mamá anda cerca de mí en cualquier acto social, no puedo divertirme —repuso mientras esbozaba una mueca de disgusto—. La quiero mucho, pero ese afán por encontrarme un pretendiente va a terminar por volverme loca.

Él le dirigió una sonrisa socarrona.

—No desesperes, hermanita, seguro que hay un hombre adecuado para ti en

alguna parte.

—Mientras no sea entre tus amigos —comentó Victoria entre dientes.

James alzó una de sus rubias cejas y clavó la mirada en su prima.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Victoria apretó los labios con disgusto.

—James...

Él levantó la mano para detener el torrente de reproches que sabía saldría de su boca.

—Ahora no, Vic, ni siquiera me he tomado una copa todavía —se quejó. Necesito al menos tres o cuatro antes de poder escucharte.

Sonrió cuando vio el fuego arder en los ojos esmeralda de Victoria. Su prima estaba preciosa esa noche. Llevaba un vestido de seda verde con bordados plateados y mangas abullonadas; bajo la sobrefalda asomaba una falda plateada a juego con el ajustado corpiño de escote cuadrado que mostraba la blanca cremosidad de sus senos. Su abundante cabellera rojiza estaba recogida en un moño alto que parecía querer derrumbarse de un momento al otro. Unos tirabuzones enmarcaban su precioso rostro.

—Eres un grosero, James Marston —le espetó con furia.

—Como siempre, a tu servicio, prima —repuso él burlón mientras efectuaba una elegante reverencia.

Arabella puso los ojos en blanco y se apresuró a detenerlos antes de que se enzarzasen en una de sus famosas disputas. A James le encantaba molestar a Victoria, y a su prima se le había metido en la cabeza la idea de enderezar el camino de James para lograr que fuese el heredero perfecto.

—Victoria, mira qué caballero tan apuesto —comentó ante el interés suscitado por la entrada de un hombre en el salón.

¿Quién será? Una extraña sensación se aposentó en su estómago mientras observaba la imponente figura masculina que emanaba un oscuro atractivo.

Su prima se volvió a mirarla con interés olvidándose de James por el momento.

—Nunca te habías fijado en la apostura de un caballero —le aseguró al tiempo que le dirigía una sonrisa cómplice.

Arabella dejó escapar un resoplido algo impropio de una dama.

—Por supuesto que lo he hecho —la contradijo—, no estoy ciega. Lo que pasa es que no suelo comentar mis impresiones en voz alta.

—Ya, ya.

—Bueno, eso da igual ahora, ¿sabes quién es? —se interesó de nuevo para evitar que su prima continuase con el tema, aunque no podía evitar que, como un imán, su mirada se viese atraída una y otra vez hacia el hombre.

Su hermano y Victoria dirigieron también sus miradas hacia el recién llegado, que acababa de saludar a los anfitriones y observaba en ese instante a su alrededor, sin duda para ver si había en el salón algún conocido. Sus ojos se detuvieron sobre James y le dirigió una leve inclinación de cabeza que él correspondió.

—Ese es Alexander Harvey, conde de Thornway.

—¿Lo conoces? —le preguntó Arabella. Con el pulso acelerado, observó al hombre abrirse camino hacia ellos.

Vestía completamente de negro excepto por la camisa y la corbata, de un blanco níveo, que llevaba anudada con sencillez y adornada con un alfiler cuya cabeza estaba coronada por una piedra de ónix. El traje se amoldaba a su musculoso cuerpo como si estuviese hecho a medida. A Arabella le recordó a una de esas panteras negras que había visto una vez en el museo. Su cabello, atado en una coleta, también era negro y se enroscaba rebelde alrededor de su cabeza en una profusión de ondas desaliñadas que le daban un aspecto como



de recién levantado de la cama. Su rostro bronceado proclamaba las muchas horas expuesto al sol.

—Sí —le contestó su hermano al tiempo que asentía con la cabeza.

Estudiamos juntos en Eton, aunque luego dejó Inglaterra y se marchó a Italia, creo. Acaba de regresar.

Cuando el conde llegó hasta ellos, esbozó una amplia sonrisa de dientes blanquísimos, lo que provocó el nacimiento de un hoyuelo en su mejilla.

Arabella sintió que perdía el aliento. Lo miró con fijeza y su estómago comenzó a ejecutar una serie de extrañas acrobacias. El hombre tenía los ojos verdes más hermosos que había visto nunca. Los dedos empezaron a hormiguearle y sintió la urgencia de coger sus pinceles y retratarlo. Su cuerpo parecía fuerte y musculoso, y Arabella se preguntó si se asemejaría al de las esculturas griegas que había visto en los libros. Imaginarse al hombre sin ropa hizo que se sonrojara.

Se obligó a apartar la vista del conde, que no prestó atención a ninguna de las dos mujeres, y a aparentar indiferencia mientras este se dirigía a su hermano.

—James, me alegro de verte —lo saludó mientras extendía una mano que el otro se apresuró a estrechar.

—Lo mismo digo —repuso este con una sonrisa—. Espero que hayas vuelto para quedarte; necesitamos sangre nueva en el grupo, estamos empezando a aburrirnos.

Un bufido poco elegante hizo que la mirada del conde se dirigiera hacia la autora del mismo. El corazón de Arabella se saltó un latido cuando se vio observada con interés por esos ojos verdes. James le lanzó una mirada admonitoria antes de hacer las presentaciones.

—Alex, te presento a mi hermana, lady Arabella Marston. Arabella, este es lord Thornway.

—Encantada, milord.

Se sintió orgullosa de que no le temblase la mano. Él se la tomó con delicadeza y la llevó a sus labios mientras la contemplaba con tal intensidad que Arabella comenzó a temblar.

—El placer es todo mío, milady —repuso dedicándole una deslumbrante sonrisa.

«Debería estar prohibido sonreír así», pensó Arabella mientras se apresuraba a retirar su mano de aquella grande y morena que aún la sostenía. Seguramente también debería prohibirle hablar, porque el tono del hombre era suave como miel caliente y provocaba reacciones extrañas en ella. Frunció el ceño cuando vio que hasta su prima caía también bajo su embrujo cuando James los presentó.

Victoria sonreía traviesa mientras él la galanteaba con lo que Arabella consideraba frases manidas, falsas verdades adornadas con pomposidad para embaucar a jóvenes inocentes. Claro que su prima no era ninguna inocente, conocía todos los trucos que usaban los libertinos —esa enseñanza era cortesía de sus tres hermanos que las habían aleccionado a las dos para no dejarse engañar—; entonces, ¿por qué se dejaba envolver en las pegajosas redes de su palabrería? No podía negar que el conde era oscuramente atractivo, pero por lo que podía ver del intercambio entre el conde y su prima, se trataba de otra mente superficial en un cuerpo artísticamente hermoso.

«¿Qué color debería usar para reproducir el tono de su piel?», se preguntó.

«¿Todo su cuerpo estará igual de bronceado?».

—¿Le disgusta algo, lady Arabella? —la interrogó él al ver que fruncía el ceño.

Ella sacudió la cabeza para salir de su ensoñación y se excusó.

—Discúlpeme, milord, estaba distraída —repuso sonrojándose por la causa de su distracción.

Él esbozó una media sonrisa burlona, como si conociese sus pensamientos.

Eso la molestó. ¿Acaso creía que era su apostura lo que había desviado su concentración?

—Asno vanidoso y arrogante —murmuró entre dientes para sí misma.

—Ven, Alex —interrumpió James—, dejemos que las damas sigan disfrutando del baile mientras saludas a los viejos conocidos y te presento a algunos nuevos.

—Con su permiso, bellas damas.

Se inclinó levemente en una reverencia, que destacó la anchura de sus hombros, y siguió a James.

Arabella apenas tuvo tiempo de apartar la amplia falda de su vestido de seda azul para que el conde no tropezase con ella. Cuando pasó a su lado, el conde se inclinó con disimulo y ella lo oyó rebuznar con suavidad. El rubor inundó su rostro al percatarse de que él la había escuchado insultarlo; sin embargo, no pudo controlar la burbujeante carcajada que escapó a continuación de su garganta.

## Capítulo 2

Recostado con indolencia contra una de las columnas de mármol blanco que adornaban el salón de baile, Alex observaba con atención a los miembros de la alta sociedad. La multitud de colores que se deslizaba ante sus ojos, como mariposas que agitaban sus alas entre los nubarrones de negros y grises de los trajes de los caballeros, le recordaba a las innumerables veladas a las que había asistido cuando vivía en Italia. Y seguía gustándole tan poco como entonces.

Desde que había llegado al baile, cuatro viudas le habían insinuado que estaban disponibles para iniciar una aventura; había soportado la insustancial charla de aburridas matronas que intentaban sondear a cuánto ascendía el monto de la fortuna de los Thornway; y había recuperado antiguas amistades mientras aguantaba interminables rondas de chistes malos y de conversaciones sobre caballos y mujeres, en ese orden.

Se apretó el puente de la nariz con fuerza y deseó estar en cualquier otra parte en ese momento, pero no podía marcharse. Esa era la primera fiesta oficial a la que asistía después de varios años de ausencia de Inglaterra y necesitaba tomar su lugar en la sociedad. Necesitaba que el nombre de su padre quedase sepultado bajo capas de olvido para que nadie comparase al viejo conde con el actual. Él no era como su padre, ni nunca lo sería, por mucho que se hubiese empeñado en modelarlo a su imagen y semejanza a fuerza de golpes y castigos.

El viejo había sido un vividor. Lo único que le había preocupado habían sido las mujeres, el juego y la bebida, y no le había importado destrozar el corazón de su madre mientras él se dedicaba a buscar su propio placer y a derrochar la fortuna familiar. Al final, su padre había ido demasiado lejos. Acosado por las deudas de juego, había acudido a la gente equivocada. Su vida había terminado abruptamente con lo que la policía había catalogado como un «trágico accidente». Su madre había recibido la noticia con gran entereza y, suponía, también con una gran dosis de alivio, al igual que él. Sin embargo, todo se volvió un maldito incordio cuando los acreedores acudieron a su puerta para el pago de las deudas. Tuvo que vender todas las propiedades que

no se encontraban ligadas al título e incluso algunas de las joyas de su madre. Con lo poco que les quedó, se marcharon a Italia, a Roma, ciudad donde su madre había nacido y donde todavía residían algunos de sus familiares. Alex tenía entonces veinte años.

En ese momento se encontraba de vuelta en Inglaterra, con diez años más y una inmensa fortuna que había logrado a base de duro trabajo y de inversiones acertadas. No quería ni necesitaba una esposa, aunque todas las matronas de Londres pareciesen pensar lo contrario. Su único objetivo era devolver su esplendor a Thornway Hall, la mansión familiar, y restaurar el buen nombre de la familia que su padre se había encargado de enlodar con tanto ahínco.

Alguien se colocó a su lado interrumpiendo así sus pensamientos.

—De veras me alegra que hayas vuelto, Alex —le dijo James mientras le palmeaba el hombro—. Necesitábamos sangre nueva por aquí.

Una de las comisuras de la boca de Alex se curvó en un esbozo de sonrisa.

—No he visto que os lo pasarais mal —repuso con tono burlón.

Le caía bien James. Lo había conocido en Eton, cuando ambos eran estudiantes, y habían pasado muchas horas juntos, tanto estudiando como metiéndose en líos cuando salían de juerga. Sabía que le gustaba el juego, la bebida y las mujeres, pero, a diferencia de su padre, James tenía autocontrol y respeto por sí mismo y por su familia. Nunca deshonraría el apellido familiar.

—¿Cómo está tu madre? ¿Ha venido contigo o se ha quedado en Roma?

James era de los pocos que conocían el verdadero motivo de su partida de Londres: la pobreza a la que los había condenado su padre; para el resto de la sociedad, su madre y él habían decidido viajar por el continente para recuperarse de la pena causada por la desaparición de un ser querido. Por mucho que todo el mundo reconociese la reputación de su padre, nadie puso en duda esa razón. La alta sociedad inglesa esperaba, y exigía, que las mujeres fuesen fieles amantes de sus maridos, aunque estos mismos no lo fueran.

—Se quedará allí, al menos hasta que haya arreglado Thornway Hall. Mi

madre siempre ha preferido vivir en el campo.

James asintió.

—¿Y la casa de Londres?

—La he vendido —respondió. De hecho, la hubiese destruido con sus propias manos si hubiera sido una idea razonable. No lo era, así que se había deshecho de ella sin importarle el precio. No quería volver a pisar aquella vieja mansión que tantos recuerdos aciagos despertaba en su interior—. He alquilado una mansión en Mayfair.

—Entonces, ¿supongo que te ha ido bien?

—Sí.

No iba a contarle que el orgullo había impedido a su madre presentarse como una mendiga ante la casa de sus padres, y que él había tenido que destrozarse las manos y la espalda cargando bultos en los muelles de Ostia hasta que había reunido algo de dinero para invertir. Casi dos años había tardado su madre en decidir que podía tocar a la puerta de su familia sin avergonzarse.

—Mañana por la mañana, algunos de nosotros iremos a Tattersall's —le comentó James cambiando de tema—. Si te interesa adquirir una montura, estaremos encantados de que te unas a nosotros.

—¿Tattersall's? —repitió perplejo.

—Es una casa de subastas de caballos, al sudeste de Hyde Park. Tiene los mejores sementales de Londres —le explicó James entusiasmado.

—¿Quién lo dirige?

—No lo conoces. Hace dos años lo abrió Richard Tattersall, uno de los mozos de cuadra del duque de Kingston.

Alex alzó una ceja y esbozó una sonrisa burlona.

—¿Un mozo de cuadra?

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—A la alta sociedad no le importan las clases sociales mientras se trate de buenos caballos, y te aseguro que estos son los mejores. Si vienes mañana podrás comprobarlo por ti mismo; luego, podemos pasar por el club. A todos les encantará tenerte de vuelta.

Alex inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Puede ser que lo haga.

—Y si te interesa otro tipo de montura —continuó mientras esbozaba una sonrisa socarrona—, hay material interesante por aquí. Puedo recomendarte alguna dama, a menos, claro, que estés pensando en matrimonio —añadió como si la idea se le hubiese ocurrido de pronto.

Él negó con la cabeza.

—No estoy interesado en casarme, y de lo otro, puedo ocuparme yo solito —replicó con tono burlón mientras dirigía de nuevo la mirada sobre la pista de baile.

Entre las parejas que danzaban, atisbó un destello de color rojizo. Observó con deleite la voluptuosa figura de lady Victoria Cavendish; ciertamente suponía un regalo para la vista. Los ojos masculinos la seguían cuando pasaba, dedicándole miradas de apreciación y algunas otras cargadas de lujuria, lo que provocó que algunos perdiesen el compás, para disgusto de sus compañeras. Él había apreciado la belleza de su rostro y la perfección de sus rasgos cuando se la habían presentado, pero en sus ojos verdes había percibido también un fuego que no ardía precisamente por él, aunque podía apostar contra sí mismo, sin temor a perder, que aquel a quien iba dirigido, ni siquiera se había percatado.

—Yo que tú no pondría los ojos en ella —le aconsejó James cuando advirtió la dirección de su mirada.

Alex alzó una de sus cejas negras a modo de interrogación.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso la reservas para ti?

—Te recuerdo que Victoria es mi prima, Thornway, y que es una joven inocente —replicó con el ceño fruncido—. Está vedada para libertinos como tú y como yo.

Alex se tensó al ver que lo incluía en esa categoría, pero controló su temperamento.

—Se me puede permitir al menos un ligero coqueteo, ¿no? —preguntó con ligereza.

El ceño de James desapareció y fue sustituido por una sonrisa de autocomplacencia.

—Puedes intentarlo, pero te garantizo que esa rosa tan bella posee innumerables espinas, largas y afiladas espinas.

La sonrisa lenta y perezosa de Alex le hizo saber que no le importaba en lo más mínimo. James soltó una carcajada.

—Allá tú —le dijo antes de darle una palmada en la espalda y alejarse en busca de sus amigos.

Los bailarines ejecutaron unos ligeros pasos uniendo sus manos, y luego se separaron. En ese momento, él divisó, justo al otro extremo del salón, la figura menuda de lady Arabella Marston. Una sonrisa pícara asomó a sus labios al recordar la contagiosa carcajada de la dama cuando él había pasado a su lado y había rebuznado, haciéndole ver así que había oído su comentario sobre él.

La joven lo había sorprendido, ya que en nada se parecía a sus hermanos. No era solo a causa de su escasa altura. Mientras que ellos tenían el cabello dorado y los ojos de un color verdeazulado, los suyos tenían el color del *whisky* añejo, y su cabello la tonalidad del chocolate más suave. Sus labios carnosos se habían fruncido en un delicioso mohín de disgusto cuando él la había galanteado, demostrando así que no se asemejaba al resto de las damas, frívolas y coquetas.



También le había gustado su sentido del humor.

Alex se movió hacia otra columna para obtener una mejor visión de la dama.

En ese momento se encontraba acompañada por un joven caballero que la miraba embelesado cada vez que la joven le dedicaba una sonrisa. Se preguntó por qué se dedicaba a conversar con ella cuando podía tenerla entre sus brazos mientras danzaban por la pista de baile. Tal vez a lady Arabella le disgustaba bailar. Desechó la idea enseguida cuando se fijó que uno de los delicados pies de la dama, enfundado en una zapatilla de satén, se movía por debajo de la voluminosa falda al compás de la rápida contradanza que los músicos tocaban en ese momento.

Arabella pensaba en ese instante lo mismo. Se preguntaba por qué el vizconde de

Mandeville no dejaba sus aburridas disertaciones sobre la vida de las libélulas rojas y otros insectos, y la invitaba a bailar. Se moría de ganas de pisar la pista, aunque fuese solo una única vez. Era un hecho, reconoció. Su situación en las fiestas y veladas se volvía cada vez más insoportable y bochornosa. Tal vez sí que debería hacer caso a su madre y conversar solo de temas superficiales con los caballeros, para tener al menos una pareja de baile. Contuvo un suspiro de pesar al caer en la cuenta de que ni siquiera sabía bien cómo coquetear. Quizás debería pedirle a Victoria que le enseñase a hacerlo, de otro modo se arriesgaba a pasar el resto de las veladas de la temporada como un florero.

Aunque no tenía intenciones de casarse, sí que le habría gustado que la cortejase un caballero o que algún hombre le dedicase una de esas miradas que, según le había dicho su prima, encogían los dedos de los pies; pero, sobre todo, deseaba experimentar el sabor de un beso auténtico. ¿Cómo sería ser besada por un hombre como lord Thornway?, se preguntó. Nunca la habían besado y, aunque consideraba que la pintura era su verdadero amor, sentía curiosidad por conocer algo más de ese mundo oscuro y misterioso que suponía la intimidad entre un hombre y una mujer.

Hizo a un lado estos pensamientos de autocompasión cuando la titubeante voz del vizconde penetró de nuevo en su conciencia.

—...¿está de acu... cuerdo? —preguntó mirándola con ansiedad.

Arabella plegó el abanico con el que había estado abanicándose hasta ese momento y tratando de ocultar algún que otro bostezo. Se había perdido casi todo el monólogo, pero no quería decepcionar al hombre.

—Por supuesto, lord Mandeville —respondió, y dedicó al joven una amable sonrisa.

—¿De ve... verdad?

La mirada de esperanza y de asombro que nublaba los ojos del vizconde le produjo un escalofrío. «Dios mío, ¿no se le habrá ocurrido pedirme matrimonio?», pensó horrorizada. No sabía cómo salir de ese lío. No podía decirle: «Lo siento, milord. No he escuchado nada de lo que me ha dicho,

¿podría repetirlo, por favor?». ¿Qué podía hacer? Titubeó un momento, pero antes de que pudiera hablar, una voz grave y risueña los interrumpió.

—Discúlpeme, lord Mandeville, pero me parece que lady Arabella no podrá acompañarlo al jardín para ver las luciérnagas —declaró Alex con seriedad—.

Me había prometido la siguiente pieza, ¿no es así?

¿Ver las luciérnagas? ¿Eso era lo que ella había aceptado? Miró perpleja a su salvador. Cuando vio el brillo chispeante de humor en sus ojos, se mordió el labio inferior para no soltar una carcajada.

Alex notó el gesto y el estómago se le contrajo de placer mientras su corazón comenzaba a bombear más sangre hacia la parte inferior de su cuerpo que reclamaba atención.

—Me temo que tiene razón, lord Mandeville, lo había olvidado —se disculpó ella. Sintió que el rubor calentaba sus mejillas a causa de la mentira. Nunca había sido buena para mentir; su prima Victoria siempre había dicho que se le notaba en el rostro. En ese momento no le importó. No estaba dispuesta a soportar otra sesión escuchando las alabanzas de los insectos—. Quizás en

otra ocasión.

Lamentó ver la decepción en los ojos del joven, pero se aferró al brazo que lord Thornway le había ofrecido como si fuese el único salvavidas en medio de un océano agitado y bravío.

Dejaron atrás al pobre vizconde y se sumergieron en el mar de bailarines que ocupaba la pista en espera de que sonaran los primeros acordes. La siguiente pieza era una contradanza.

Alex tomó una de las manos de la joven y colocó la otra con firmeza en la base de su espalda mientras se situaban frente a otra pareja. A Arabella le pareció que su propia mano desaparecía en el interior de aquella otra más fuerte y masculina, y el calor que emanaba de la que se apoyaba en la parte baja de su espalda le provocó un escalofrío. Inspiró hondo para controlar el nerviosismo que de pronto la había asaltado. Un agradable aroma a sándalo y a madera inundó sus fosas nasales alterando sus sentidos.

—Le agradezco mucho que me haya rescatado, milord —le dijo cuando pudo calmarse y comenzaron a sonar las primeras notas.

Alex tiró de ella con suavidad y comenzó a guiarla en los suaves vaivenes y los innumerables giros que componían los pasos del baile.

—¿En qué pensaba mientras su amigo componía odas a las luciérnagas? —le preguntó con voz risueña.

Arabella se sonrojó. Por supuesto no iba a decirle que había estado pensando en ser besada. Enderezó la columna y alzó la barbilla con gesto ofendido.

—Eso, milord, no es asunto suyo.

Él esbozó una sonrisa de medio lado, como si su reacción le resultase divertida. Luego la hizo girar con fuerza y ella tuvo que aferrarse a su hombro para no caerse. Una risa de excitación burbujeó en su garganta. Por fin se encontraba en la pista de baile y, además, entre los brazos de un hombre sumamente apuesto. Las mariposas volvieron a aletear en el interior de su estómago cuando vio el brillo risueño en las profundidades verdes de aquellos

ojos que la contemplaban con fijeza.

—Me parece —dijo él cuando volvieron a deslizarse con suavidad por la pista

— que tiende usted a distraerse con frecuencia.

El recuerdo de la excusa que ella le había dado cuando James los había presentado y se había perdido en ensoñaciones sobre cómo sería su cuerpo desnudo, hizo que se sonrojara de nuevo. Ese hombre la alteraba por completo.

—Es de muy mal gusto, milord, recordarle a una dama sus defectos —le señaló apretando los labios en un gesto de disgusto.

La mirada de Alex se concentró en esos labios rosados y carnosos, y sintió la tentación de besarlos lentamente para probar su sabor.

—Yo no encuentro ningún defecto en usted —le aseguró con tono seductor mientras sus ojos verdes recorrían su figura como una caricia.

Arabella sintió un estremecimiento en el estómago y notó cómo se le encogían los dedos de los pies, pero chasqueó la lengua con fastidio.

—Ahórrese las galanterías y las palabras huecas, milord —le espetó tratando de mostrar una indignación que estaba lejos de sentir—. Conozco el repertorio completo. Mis hermanos se encargaron de enseñármelo para que pudiese reconocer a un libertino en cualquier parte.

Alex se tensó. Odiaba esa maldita palabra y odiaba que se le catalogase bajo esa etiqueta. Él no era como su padre. Apretó la mandíbula y aprovechó la serie de giros que seguía para controlar su genio.

—¿Por qué piensa que soy un libertino?

Ella se encogió de hombros con delicadeza.

—¿Acaso no es amigo de mi hermano?

—Hace años que no nos veíamos.

—Además, es un hombre apuesto.

Alex sonrió ante la sencillez de la declaración y sus ojos brillaron con apreciación. Arabella sintió que la cabeza le daba vueltas cuando vio aparecer el hoyuelo en su mejilla. Le hormigueaban los dedos y quería ir en busca de sus pinceles para plasmar ese hermoso rostro en un lienzo. Usaría el verde inglés para sus ojos, el color de la arena dorada para su piel, y el de la noche más oscura para su pelo. Trazaría los rasgos firmes de su mentón, la perfección rectilínea de su nariz, los arcos ovalados de sus cejas, y ese hoyuelo hechicero y embaucador que hacía temblar su corazón.

—He conocido hombres poco agraciados que se juzgaban a sí mismos libertinos —rebatío él solo para provocarla—, y caballeros de reputación intachable por los que las damas suspiraban. Así pues, ¿en qué basa su juicio?

¿Tal vez en el comportamiento de algunos de sus numerosos pretendientes?

Arabella sintió sus palabras como una bofetada en el rostro y agachó la cabeza para que él no notase cuánto le había dolido su comentario. Sin embargo, Alex alcanzó a ver la expresión desolada en sus ojos y se preocupó. No sabía por qué, pero no deseaba verla triste, y menos por causa suya.

—Perdóneme si la he ofendido, lady Arabella —se disculpó inmediatamente, no era mi intención hacerlo.

Ella percibió la sinceridad en su tono y alzó la cabeza. La preocupación que asomaba a sus ojos esmeralda la conmovió en lo más hondo. Se dio cuenta entonces de que él no podía saber que carecía de pretendientes.

—No se preocupe, no me ha ofendido —le aseguró mientras trataba de componer una sonrisa.

Él supo que mentía. Las emociones se manifestaban abiertamente en su rostro y en sus ojos expresivos. No había en ella falsedad, aunque a veces mostrase sus garras, y eso lo atraía.

Las últimas notas de música se perdieron en el aire y los bailarines se detuvieron. Alex acompañó a Arabella hasta el borde de la pista de baile y se inclinó levemente en una reverencia.

—Ha sido un verdadero placer, milady.

Ella le sonrió con nerviosismo bajo la intensidad de su mirada. Incapaz de responder, le devolvió las palabras con una sencilla inclinación de la cabeza.

Luego dio media vuelta y se marchó en busca de su prima Victoria.

Alex la contempló con fijeza mientras se alejaba. Lo había sorprendido la punzada de ternura y el anhelo feroz de protección que habían brotado en su interior cuando había visto la vulnerabilidad y la tristeza en el rostro de la joven.

Le convenía mantenerse alejado de esa mujer, decidió.

## Capítulo 3

Arabella regresó de su paseo matutino con el rostro sonrojado por el aire fresco de la mañana.

Le encantaba cabalgar por los caminos de Rotten Row a primera hora, cuando la mayoría de la aristocracia descansaba todavía de las veladas nocturnas y, por lo tanto, podía dar rienda suelta a su yegua Sherezade sin preocupaciones. A medio día y por la tarde, el parque era un hervidero de damas y caballeros que paseaban a caballo luciendo sus mejores galas con la esperanza de ver y ser vistos. Algunos preferían la comodidad de sus carruajes, que podían avanzar tranquilamente por el camino del sur abierto para ese propósito.

Rotten Row había sido construido a petición de Guillermo III a finales del siglo XVII. Habiendo cambiado su residencia a Kensington Palace, quiso tener un acceso seguro para viajar hasta el palacio de St. James, por lo que mandó crear la amplia avenida a través de Hyde Park iluminándola con unas trescientas lámparas de aceite para evitar que los salteadores de caminos se viesen tentados por la oscuridad a cometer fechorías. Con el tiempo, el parque se había vuelto muy popular entre la alta sociedad, aunque pocos lo usaban verdaderamente para cabalgar.

Arabella sonreía cuando el mayordomo, que llevaba con la familia más de treinta años, le abrió la puerta principal de la mansión situada en Hanover Square.

—Buenos días, Thompson —saludó con entusiasmo.

—Buenos días, milady.

—¿Su Excelencia se ha levantado ya?

—La duquesa se encuentra en este momento en el saloncito tomando su desayuno —respondió el impertérrito mayordomo mientras le recogía el sombrerito de copa, los guantes y la fusta.

—Gracias, Thompson —le dijo soplándole un beso mientras se encaminaba hacia el comedor del desayuno.

El mayordomo apretó los labios para contener la sonrisa que pugnaba por formarse en su boca.

La duquesa, sentada en el primoroso comedor frente a una humeante taza de té, repasaba las noticias de *La Gaceta de Londres*. Vestía un delicado negligé de color celeste que hacía juego con sus ojos.

—Buenos días, madre —saludó Arabella al entrar mientras se acercaba a depositar un beso en la tersa mejilla de la duquesa.

—Buenos días, querida —respondió esta sin levantar los ojos de la hoja que sostenía entre sus dedos cubiertos de anillos—. Te has levantado temprano esta mañana.

Arabella se acercó al aparador y se sirvió unas tostadas, un poco de queso tierno y un café.

—Madre, siempre me levanto temprano.

—Lo sé, cariño, pero como anoche la velada terminó tan tarde... Por cierto, ¿quién era ese joven tan agraciado con el que bailaste? Me parece que no lo conozco.

Arabella puso los ojos en blanco. Dado que solo había bailado una única vez en toda la noche con alguien que no fuera uno de sus hermanos, no tuvo duda de por quién preguntaba su madre. Por otro lado, ella no hubiese utilizado el adjetivo *agraciado* para definirlo. Apuesto, o diabólicamente atractivo, sí.

—Es lord Thornway, madre. Creo que acaba de regresar del extranjero.

Su madre levantó la mirada del periódico y frunció el ceño.

—¿Thornway? —repitió pensativa—. ¿De Thornway Hall?

Arabella se encogió de hombros.



—No sé, me parece recordar que es conde —respondió mientras se sentaba y se llevaba la tostada a la boca.

La duquesa asintió.

—Conocí a su madre, pobre mujer. Espero que el hijo no se parezca en nada al padre.

Arabella la miró con atención esperando que explicase su comentario. Tenía curiosidad por conocer más cosas sobre el conde, pero su madre había vuelto a concentrarse en el periódico y sabía que sería inútil esperar que continuara con la conversación. Las siguientes palabras de su madre confirmaron sus sospechas.

—No entiendo por qué lady Blackwell se empeña en vestir de rosa. Es un color que no le favorece en absoluto, ¿no piensas lo mismo, querida?

—Tienes razón, madre —convino ella con un suspiro de decepción mientras masticaba el último trozo de su tostada y se terminaba el café. El recuerdo de una profunda mirada verde la perseguía. Sacudió la cabeza. Tenía muchas cosas que hacer, y cuanto antes se marchase mejor.

—Arabella —la llamó su madre cuando esta se disponía a salir del comedor, ¿vas a salir esta mañana?

—Sí, madre. He quedado con Victoria para ir de compras y también visitaré a Caroline.

La duquesa frunció el ceño.

—No entiendo por qué visitas tanto a esa Caroline, querida —le dijo en tono de reproche—; si quieres hacer obras de caridad hay otros lugares a los que podrías acudir.

—Madre, no la visito por caridad, ya lo sabes —repuso con paciencia mientras intentaba controlar el nerviosismo que la había invadido. No le gustaba mentirle a su madre, pero no podía hacer otra cosa—. Caroline es mi amiga.

La duquesa tomó un pequeño sorbo de su taza antes de responder. La exquisita porcelana china tintineó con suavidad al ser depositada en el plato.

—Pues no comprendo por qué nunca he oído hablar de ella. Ya sabes que conozco a todos los miembros de la alta sociedad. Deberías traerla un día aquí.

Arabella forzó una sonrisa, aunque el corazón se le había desbocado.

—Como ya te he comentado en alguna ocasión, madre, Caroline no puede salir de su casa, está enferma, por eso voy a visitarla —le explicó.

—Pues tal vez podría ir yo a visitarla —respondió con el rostro iluminado por una sonrisa ante la idea.

—¡No! —El grito sobresaltó a la duquesa. Al ver el asombro y el desconcierto en el rostro de su madre, Arabella suavizó su tono—. Quiero decir que no es buena idea. A Caroline le disgusta mucho que las personas la vean en esa condición.

La duquesa pareció decepcionada.

—Oh, en ese caso, llévale recuerdos de mi parte.

—Lo haré, madre —la interrumpió Arabella deseosa de abandonar la sala antes de que a la duquesa se le ocurriese cualquier otra idea brillante.

Cerró la puerta y se apoyó en ella respirando hondo para calmarse. ¿Cuánto tiempo podría mantener su secreto?, se preguntó. Cuando el corazón dejó de latirle a toda velocidad, subió las imponentes escaleras de mármol hacia su dormitorio.

Nada más entrar se dirigió inmediatamente hacia las puertas del balcón que daba al jardín trasero de la mansión. Las abrió de par en par y dejó que el aire fresco y el tibio sol de la mañana inundasen la estancia. El dormitorio, amplio y elegante con su empapelado en tonos rosa y crema, constituía un refugio para su intimidad. Los muebles, de madera labrada y pintados de color marfil, se distribuían uniformemente por el espacioso lugar. La gigantesca cama con

dosel ocupaba la pared central; en un lateral había un espejo sobre un tocador en el que descansaban algunos frascos de perfume y aceites, un cepillo para el pelo con mango de marfil y su joyero. Al otro lado de la estancia había un escritorio de madera pulida con una silla tapizada en brocado de seda beige, a juego con los cortinajes de los ventanales. Completaba el mobiliario un cómodo diván frente a la chimenea, en el que Arabella solía sentarse a leer en las frías noches de invierno, y un biombo tras el que se ocultaban los utensilios para satisfacer su higiene personal.

Arabella se descalzó y caminó en círculos por la habitación como si deseara abrir surcos en la hermosa alfombra Aubusson que cubría el suelo del dormitorio. No tenía sentido preocuparse, se dijo. Detuvo su frenético paseo e hizo sonar la campanilla para que acudiese su doncella. Necesitaba cambiarse de vestido si quería ir a casa de Caroline y llegar a tiempo a su cita con Victoria.

—¿Me llamaba, milady? —preguntó una muchacha asomando su rostro

pecoso por la abertura de la puerta.

—Sí, Lucy, necesito que me ayudes a cambiarme de ropa —le explicó.

—¿Qué vestido desea ponerse? —inquirió la doncella al adentrarse en la estancia. Mientras se dirigía hacia el vestidor, se detuvo a recoger las botas de montar que Arabella había dejado tiradas descuidadamente sobre la alfombra.

—Es igual —contestó. Hizo un gesto que denotaba su indiferencia al respecto y se sentó sobre la cama—. Elige tú. Iremos a casa de Caroline y luego con Victoria.

—¿Le parece bien el amarillo con la chaquetilla dorada, milady?

—Sí, sí —repuso distraída mientras se retiraba las horquillas del cabello que cayó sobre su espalda como una cascada de suave y esponjoso chocolate—. La duquesa quería venir a conocer a Caroline.

Lucy se detuvo en la puerta del vestidor con sus ojos azules abiertos por el asombro y el vestido colgando de su mano como una marioneta sin hilos.

La doncella era la única que conocía su secreto, puesto que Arabella no podía salir de casa sin compañía. La primera vez que acudió a casa de Caroline tuvo que contárselo, pero Lucy era fiel y sabía que guardaría su secreto.

—¿Y qué hizo usted? —le preguntó.

Arabella compuso una mueca de disgusto.

—Tuve que mentirle.

—Ay, milady, haría mejor en decírselo a Su Excelencia —le aseguró. Dejó el vestido sobre la cama y comenzó a desabrochar la hilera de innumerables botoncillos que descendía por la espalda del traje de montar de Arabella hasta que pudo quitárselo—. Yo creo que ella lo entendería.

—No sé, Lucy, es... —titubeó sin saber cómo proseguir—. Mi madre solo quiere verme casada.

—No veo por qué no puede hacer las dos cosas a la vez —comentó la muchacha con sentido práctico.

—Porque no creo que mi marido me permitiese seguir adelante con ello —le explicó—; al menos no hasta donde quiero llegar yo. Tú conoces mi sueño.

Lucy asintió.

—Yo creo que si su marido la ama de verdad, se lo permitirá, y usted podrá realizar su sueño.

Arabella sonrió ante el convencimiento de la muchacha; sin embargo, sabía que las cosas no eran tan sencillas en la alta sociedad. A una dama se le pedía que fuese eso, solo una dama, y que se comportase como tal; pero ella quería ser algo más. Su gran pasión era la pintura. Siendo la más pequeña de los hermanos, y la única mujer, el duque había sido muy permisivo con ella no imponiéndole restricciones en su educación. Así había descubierto a los pintores del renacimiento y se había enamorado de sus obras. Deseaba pintar, no como el entretenimiento propio de una joven de buena cuna, sino como profesión; quería que sus obras se expusiesen y fuesen reconocidas. Estaba

firmemente convencida de que su talento podía igualar al de cualquier pintor, y no pensaba rendirse solo por el hecho de ser mujer.

Dejó escapar un suspiro soñador y apresuró a su doncella.

—Hazme un recogido sencillo, Lucy. Quiero llegar a tiempo.

—Sí, milady.

Puesto que hacía una mañana deliciosa para caminar y su destino se hallaba tan solo a unos quince minutos de la mansión, Arabella, seguida por Lucy, disfrutó de su caminata hasta el Soho.

La casa de Caroline se hallaba en Soho Square. Hasta hacía pocos años, el Soho había sido uno de los barrios más elegantes de Londres; después, los miembros de la alta sociedad habían cambiado sus residencias a Mayfair, y el lugar comenzó a poblarse de artistas.

Cuando llegaron a la casa de Caroline, un discreto edificio de fachada blanca, Arabella subió los escalones de acceso a la entrada y llamó a la puerta. Una joven criada vestida de negro, con una cofia y delantal blancos, les abrió y, tras dedicarle una reverencia, les franqueó la entrada.

—Buenos días, Maisy —saludó Arabella—. ¿Se encuentra Caroline en casa?

—En la salita, milady.

—Gracias. Lucy —dijo dirigiéndose a su doncella—, puedes ir con Maisy. Te llamaré cuando haya terminado.

—Sí, milady.

Las dos muchachas hicieron una reverencia y se marcharon en dirección a la cocina. Arabella se dirigió a la salita y llamó suavemente a la puerta. Cuando escuchó la indicación para entrar, abrió la puerta y entró en la estancia. La salita era pequeña y sencilla. Aunque no había muchos muebles, estos habían sido escogidos con un notable gusto. El verde de los cortinajes contrastaba con el tapizado a rayas verdes y crema de las sillas y del diván. La alfombra, aunque algo raída, aportaba calidez al ambiente.

Caroline se hallaba sentada en un pequeño sillón —que parecía aún más pequeño a causa de la figura redondeada que lo ocupaba— situado junto a la chimenea en la que chisporroteaba un alegre fuego. La mujer vestía de negro por respeto a su difunto esposo, aunque el señor Simons había fallecido hacía ya más de veinte años; llevaba el cabello gris recogido bajo una primorosa cofia, y su rostro estaba sonrosado a causa del calor que hacía en la habitación. Sus manos regordetas se afanaban con la aguja. Toda su concentración se hallaba sobre el bordado que estaba realizando.

Al sentir el silencio de su visitante, la mujer levantó la cabeza y abrió los ojos sorprendida al ver a Arabella en medio de la estancia.

—Discúlpeme,

milady

—balbuceó avergonzada mientras intentaba incorporarse de su asiento—, pensé que era Maisy.

—No se levante, señora Simons —le pidió acompañando sus palabras con un gesto de la mano. Cogió el banquillo que Caroline usaba para apoyar sus hinchados pies y se sentó junto a ella—. He venido a pagarle el alquiler de este mes.

La mujer tomó el dinero que ella le tendía y se lo guardó en el escote del vestido. Arabella se preguntó cómo era posible que quedase algún hueco entre aquellos enormes pechos que sobresalían como dos succulentos melones en el mercado de Covent Garden.

—Es usted muy amable, milady —comentó con una amplia sonrisa que elevó sus mejillas hasta hacer que casi desapareciesen sus diminutos ojillos—. Nadie ha entrado en su habitación, como usted pidió, ni siquiera Maisy para limpiar.

Los trapos que me pidió los dejé junto a su puerta.

—Muchas gracias, señora Simons. ¿Qué tal se encuentra de su resfriado?

—Oh, mucho mejor, gracias —repuso la mujer sacudiendo la cabeza—; el té de hierbas que me recomendó ha hecho maravillas.

—Me alegro —respondió Arabella levantándose—. Hoy no me quedaré mucho tiempo, ya que tengo un compromiso, pero mañana tengo planeado pasarme la mañana entera aquí.

La mujer asintió.

—Puede venir cuando usted guste, milady, y si le apetece, mañana prepararé un poco de té y un bizcocho de esos que tanto le gustan para cuando quiera descansar.

—Gracias, me encantará tomar el té con usted.

Le dedicó una sonrisa agradecida y salió de la salita. Luego subió las escaleras hasta el primer piso y recogió la pila de trapos viejos que la señora Simons había dejado junto a la puerta de su habitación. Cuando abrió, la asaltaron los conocidos olores a pintura y trementina, y la embargó esa conocida sensación de felicidad que solo experimentaba cuando se hallaba entre óleos, acuarelas y lienzos. No creía que el amor de un hombre pudiese igualar esa sensación, ni siquiera ese anhelado beso que tanto deseaba experimentar. En su traicionera mente se dibujó un rostro bronceado, de mandíbula fuerte y firmes labios delineados junto a un hoyuelo, y se estremeció al imaginar esa boca sobre la suya.

Se apresuró a sacar a lord Thornway de sus pensamientos y enseguida dejó a un lado su sombrero y sus guantes, y se colocó el amplio delantal que cubría por completo su vestido. Tomó la paleta de colores y uno de sus pinceles, y se acercó al caballete.

La luz que atravesaba el ventanal incidía justo sobre el lienzo haciendo que los colores brillasen con intensidad. Arabella se había negado a seguir las reglas que imponía la sociedad. A pesar de que los retratos personales se habían puesto de moda —especialmente con artistas tan brillantes como Sir Joshua Reynolds y Thomas Gainsborough—, no solo entre la aristocracia, sino también entre la burguesía, Arabella había decidido crear una obra diferente.

Miró con atención el dibujo de la espalda desnuda de una mujer que emergía de las cristalinas aguas de un pequeño lago rodeado de una exuberante naturaleza. La mujer, cuyo hermoso rostro podía verse de perfil, llevaba el dorado cabello recogido en finas trenzas y sujeto por una corona de flores. La ninfa del agua tenía alzada la mano derecha, sobre la cual se había posado un pajarillo.

Mezcló sobre la paleta diferentes tonos de azul, hasta conseguir el que deseaba, y tiñó con suaves pinceladas las alas del pajarillo.

La pintura absorbió toda su atención y la artista perdió la noción del tiempo.

Después de retocar con tonos amarillos y rojizos las hojas de uno de los árboles que rodeaban el lago, se retiró para contemplar su obra casi terminada.

Un mechón de pelo había escapado de su recogido y le caía sobre la frente, haciéndole cosquillas. Con gesto automático se lo retiró dejando un trazo de pintura roja sobre su blanca frente. El sonido de unos golpes sobre la puerta la sobresaltó.

—Adelante —contestó con aire distraído mientras estudiaba con ojo crítico la espalda de la ninfa y fruncía los labios. No terminaban de gustarle las gotas de agua que había pintado. Debía parecer que la mujer salía de darse un baño, no que había estado sudando a causa de una sobredosis de calor.

—Oh, es precioso —exclamó Lucy extasiada.

Arabella la miró y sonrió encantada. La doncella había sido el modelo para la ninfa y se alegraba de que la obra le gustase.

—Gracias, Lucy. A mí también me gusta cómo está quedando.

Lucy asintió enérgicamente.

—Estoy segura de que reconocerán su talento en cuanto vean este cuadro —le aseguró convencida.

—Eso espero —respondió mientras contemplaba su propia obra. Luego dejó



escapar un suspiro como si no estuviese muy segura de ello y se volvió hacia su doncella—. Lucy, ¿necesitabas algo?

La muchacha abandonó la contemplación orgullosa de su propia espalda plasmada en la pintura de su ama y se apresuró a responder.

—Ya sé que me dijo que usted me llamaría cuando hubiese terminado, milady, pero como me dijo que tenía una cita y ya pasa del mediodía...

Arabella abrió los ojos horrorizada.

—¡Oh, Dios mío! ¡Victoria me va a matar!

## Capítulo 4

El trayecto entre Soho Square y Piccadilly era corto, poco más de diez minutos, y pronto divisaron a Victoria que las esperaba acompañada por su doncella. Se entretenía contemplando la vitrina en la que se exponían por igual unos sombreros finos y de confección exquisita, junto con otros extravagantes. En ese momento, la muchacha contemplaba un sombrero de color lila, rodeado por una cinta carmesí y de cuyo lateral brotaban tres enormes plumas blancas de avestruz.

—Lo siento muchísimo, Vic —se disculpó cuando llegó a su lado—, el tiempo se me ha pasado volando y... —su prima no parecía escucharla—. ¿Vic?

—¿Crees que ese sombrero me quedaría bien? —preguntó esta mientras se daba suaves golpecitos sobre los labios con el dedo índice.

Arabella se giró para mirar el escaparate y soltó una exclamación ahogada.

Era el sombrero más horroroso que había visto nunca. Se volvió a su prima con los ojos abiertos por el asombro.

—¿No estarás hablando en serio? —le preguntó con tono preocupado.

Victoria se encogió levemente de hombros.

—Tal vez así lograría causar efecto —murmuró mohína.

—Tú ya causas efecto, Vic. Eres preciosa —le aseguró mientras contemplaba su elegante figura envuelta en un vestido de tafetán de seda verde adornado con trencillas doradas—. Atraes las miradas de todos los caballeros allí por donde pasas.

—De todos, no —se lamentó con un suspiro.

Arabella la miró sorprendida.

—Victoria Cavendish, ¿te has enamorado?

Su prima se sobresaltó al escuchar estas palabras y se apresuró a negarlo vehementemente, como si quisiera convencerse a sí misma.

—Por supuesto que no —le espetó con sequedad—. No digas estupideces.

Además —añadió con la intención de cambiar de tema—, has llegado tarde.

—Lo sé y lo siento, ¿me perdonarás? —le preguntó tomando su mano y apretándola con suavidad.

Victoria se echó a reír y sacudió la cabeza. Adoraba a Arabella; además de ser su prima, se había convertido en una de sus mejores amigas.

—Ya sabes que no puedo estar mucho tiempo enfadada contigo —le contestó con una sonrisa radiante—; por supuesto que te perdono. Pero, como castigo, tendrás que acompañarme a la tienda de *madame* Bissette.

Arabella gimió. La modista le recordaba a una gallina rechoncha revoloteando alrededor de sus polluelos mientras no dejaba de cacarear constantemente sus afectados «*oui, oui*».

—Vic, sabes que no la soporto.

—Ah, ah, ni hablar. Ese es tu castigo por la tardanza, debes aceptarlo.

—Oh, está bien —aceptó con desgana—, pero no te prometo que pueda aguantar todo el tiempo.

Victoria enlazó su brazo con el de Arabella y tiró de ella para que comenzase a caminar.

—De acuerdo, pero prométeme que al menos no te irás hasta que no hayamos escogido los colores. Tienes un talento natural para combinarlos —comentó con un deje de envidia.

—Muy bien, pero solo hasta ese momento.

La primera parada fue en una tienda de guantes y complementos; de ahí siguieron las sombrererías, zapaterías y algunas modistas. Según Victoria, el cambio de estación exigía una renovación completa de su vestuario, lo que suponía recorrer un número indecente de establecimientos.

Cuando sonó la campanilla al entrar en la tienda de *madame* Bissette, a Arabella le parecía que había recorrido todo Londres en lugar de solo una calle.

Sentía unas agudas punzadas en los pies y solo deseaba descalzarse y subirlos

sobre un escabel. La voz chillona de la modista le perforó los oídos y el corazón comenzó a latirle en las sienas produciéndole un dolor sordo. Sonrió con cortesía cuando la mujer la saludó con entusiasmo, pero cuando se giró para hablar con una de sus ayudantes, Arabella miró a su prima con ojos suplicantes mientras movía silenciosamente los labios deletreando la palabra *por favor*.

Victoria puso los ojos en blanco, pero no se negó.

—Madame, ¿sería tan amable de mostrarme primero los colores de los tejidos que tiene? Lady Arabella tiene otros encargos que hacer y quisiera que me ayudara a escoger antes de marcharse.

— *Oui, oui, on va le faire* —repuso la mujer con una sonrisa pegada a los labios y un exagerado movimiento de manos que asemejaba a las aspas de un molino. Luego dio un par de sonoras palmadas, e inmediatamente dos de sus ayudantes entraron en la trastienda y volvieron a salir trayendo varios rollos de tela.

Arabella escogió un tafetán de seda verde esmeralda y otro azul para vestidos de noche, muselina blanca y azul pálido para los vestidos de mañana, y un terciopelo rojo oscuro para confeccionar un traje de montar. Sonrió a la modista y se despidió de Victoria con una discreta sonrisa. Cuando su prima terminase, la buscaría como siempre en la tienda del señor Johnson. La librería se hallaba a solo una calle de la tienda de *madame* Bissette y, desde que la había descubierto, Arabella acudía con frecuencia a buscar libros, especialmente cuando acompañaba a Victoria de compras.

Entró en el local, y enseguida la rodeó el familiar olor a libros viejos y a polvo. Le encantaba. En el mostrador se hallaba el señor Johnson atendiendo a las compras de un caballero. Cuando alzó la cabeza y la vio, la saludó con una sonrisa que ella le devolvió antes de internarse en uno de los pasillos formado por dos grandes anaqueles repletos de ejemplares de todo tipo. En esta ocasión se saltó el área de las novelas y se dirigió a los libros que le interesaban.

Alex había acompañado a James a Tattersall's y había adquirido un precioso purasangre negro de pelo corto y crines largas y sedosas. Su cuerpo era musculoso, con extremidades largas y finas, y un temperamento inquieto. Había tenido que desembolsar una buena suma para conseguirlo, ya que el animal descendía del famoso semental Godolphin Arabian, pero había merecido la pena y el animal ya era suyo.

Después de la subasta, James y él se habían dirigido a su club en St. James, donde había saludado a unos cuantos conocidos y otros le habían sido presentados. Aunque coincidía en edad con muchos de ellos, Alex se sentía casi como un anciano a su lado. Aquellos eran caballeros despreocupados cuya única meta en la vida era disfrutarla sin importar el coste. La vida, en cambio, le había enseñado a Alex a mirar hacia el futuro, y que una mala apuesta podía convertir la vida en un infierno. Por eso no se había sentido del todo cómodo, y después de una hora se había despedido alegando otro compromiso.

Decidió dar un paseo hasta su casa para despejarse de la opresiva atmósfera del club y rechazó el ofrecimiento de James de llevarlo en su coche. La calle de Piccadilly era un hervidero de gente: elegantes damas a las que seguían lacayos cargados con numerosos paquetes, doncellas que se apresuraban a realizar los encargos de sus amos, y caballeros que deambulaban con paso tranquilo disfrutando de la soleada mañana.

Alex se detuvo en ese momento frente a una vitrina que mostraba libros antiguos. Tal vez podría adquirir algunos. Aunque la mansión que había comprado estaba amueblada, quería cambiar algunos de los muebles por algo más de su gusto y, además, la casa carecía de todos los pequeños detalles que la convertían en un hogar.

Abrió la puerta y penetró en el local. Se detuvo un momento para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra que reinaba en el interior. El suelo entarimado y las paredes revestidas de madera creaban una atmósfera agradable y cálida. A la derecha había un escritorio que hacía las veces de mostrador, donde un hombre de mediana edad atendía a unos clientes. Del otro lado, un entramado con metros de estantes y estantes de un color que el tiempo había añejado convirtiéndolo en gris, se extendía abarcando casi la totalidad del espacio. En el suelo y sobre el mostrador, se apilaban torrecillas de libros como pequeños árboles que aún no hubieran crecido lo suficiente.

Dirigió la mirada hacia uno de los pasillos que formaban las estanterías y divisó la figura de una mujer concentrada en la lectura. Supo inmediatamente de quién se trataba. Su cuerpo reconoció la estrecha cintura que el corsé acentuaba, y la suave piel de la nuca que el recogido de su cabello, del color del chocolate, dejaba al descubierto.

Debería haberse dado la vuelta y haber abandonado el lugar; sin embargo, como si tuvieran voluntad propia, sus pies se encaminaron hacia la figura femenina hasta situarse justo detrás de ella. Un suave perfume a rosas silvestres inundó sus fosas nasales y notó una punzada de deseo. Ignorando los reclamos de su cuerpo y la tentación de besar la blanca nuca expuesta, espió por encima del hombro lo que había atrapado por completo la atención de la mujer. Sonrió para sí al ver sobre la página una reproducción de una pintura en la que podía verse una mujer desnuda sobre una enorme concha que flotaba sobre el agua.

—Mmmm, nunca hubiese imaginado que era usted aficionada a los desnudos.

El susurro grave de la voz masculina junto a su oído la sobresaltó, y cerró el libro con un golpe seco, lo que provocó que una pequeña nube de polvo brotase de sus páginas y la hiciese estornudar. Se giró inmediatamente para quedar frente a un ancho torso masculino que se encontraba cerca, demasiado cerca a juicio de ella. Quiso dar un paso atrás, pero la estantería que tenía a su espalda se lo impidió. Se tragó la grosería que pensaba dedicar al maleducado caballero, que ni siquiera había tenido la cortesía de ampliar el espacio entre ellos para que se sintiera más cómoda, y alzó una mirada airada hacia quien le había dirigido tan atrevida frase.

Las palabras que iba a decir se le atascaron en la garganta cuando vio aquellos labios tentadores, que esbozaban una sonrisa burlona, y el traicionero hoyuelo junto a ellos. Respiró hondo para controlar los erráticos latidos de su corazón.

—Es una obra de arte, milord —le respondió con tono cortante—, de un gran pintor italiano.

A Alex le pareció delicioso el rubor que cubrió las mejillas de la joven e, intuyendo su incomodidad, dio un paso atrás para dejarle más espacio. Luego asintió.

—El nacimiento de Venus, de Sandro Botticelli.

Arabella alzó las cejas sorprendida.

—¿Lo ha visto?

—¿Al cuadro o al pintor? —le preguntó burlón.

—Puesto que el artista murió en 1510 —repuso con sequedad, molesta por el tono de él—, es obvio que me refiero a la pintura.

—Tuve ocasión de verla cuando estuve en Florencia —admitió.

No le dijo que había ido a ver la obra varias veces y que se había recorrido todos los museos y galerías de arte de Italia y Francia para poder gozar de un placer que le había sido negado durante muchos años.

—Oooh.

El suave susurro que escapó de los labios de Arabella estuvo a punto de hacerle perder el control, acortar la distancia que los separaba y besarla hasta que le faltase el aliento. Sus ojos brillaban como dos preciosas piedras de ámbar y en ese momento lo miraban como si él fuese un privilegiado mortal que había visitado el Olimpo para descender después rodeado de un áurea de inmortalidad.

Esa mirada lo encendió por dentro y, por unos instantes, el tiempo se detuvo.

La situación se estaba volviendo demasiado peligrosa, así que recurrió al sarcasmo, un recurso en el que se había vuelto experto después de años enfrentándose a su padre.

—¿Viene aquí porque le gusta leer o porque le gusta mirar?—inquirió con una sonrisa torcida al tiempo que señalaba con la cabeza el volumen que Arabella mantenía apretado contra su pecho.

La exclamación ahogada de la joven y la mirada furiosa que le dedicó, le hicieron saber que había logrado su objetivo y, aunque no comprendía por qué demonios tenía que sentirse mal por ello, así era.

—Es usted un, un...

—No lo diga —le ordenó al tiempo que alzaba la mano como si así pudiese detener sus palabras. Luego frunció el ceño y se inclinó hacia delante.

Arabella apretó con fuerza el libro que sostenía, pero no retrocedió. Lord Thornway no se atrevería a pegarle, ¿verdad? Ya había notado en el baile, cuando lo había llamado libertino, que no aceptaba muy bien las verdades.

Sin embargo, no fue pegarle lo que hizo. Arabella notó cómo el calor le subía a las mejillas y el corazón se le aceleraba cuando el hombre acercó su rostro al de ella y comenzó a olisquear su cara y su cuello. La vergüenza le ató la lengua y no pudo pronunciar ni una sola palabra. Estaba a punto de empujarlo cuando él alzó la cabeza y le dirigió una sonrisa pecaminosa mientras se enderezaba. Sus maravillosos ojos verdes refulgían con un brillo de humor.

—Trementina —señaló—, un disolvente para pintura. Le pido disculpas, veo que, al fin y al cabo, sí que es usted una amante del arte.

No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que el conde no parecía en absoluto arrepentido, sino más bien divertido. Su enfado se elevó en ese momento hasta límites insospechados. Aquel hombre no era solo un libertino y un maleducado, sino que por lo visto tenía también la misma mentalidad estrecha que el resto de sus congéneres.



Enderezó tanto la columna que las ballenas del corsé crujieron y se le clavaron como agujas en las costillas, pero no le importó. No estaba dispuesta a dejarse empequeñecer por aquel engendro de hombre primitivo, por muy atractivo que fuese.

—Las mujeres, milord, servimos para mucho más que para adornar el brazo de un hombre o para administrar su casa, replicó en una encendida defensa de su condición femenina; podemos hacer algo más que bordar y servir el té, podemos pensar y tener opiniones propias. Y sí, me gusta el arte, y soy capaz de pintar tan bien como cualquier hombre, aunque nadie me haya enseñado ninguna técnica de pintura solo por el hecho de ser mujer. El arte creado por una mujer tiene corazón, tiene sensibilidad, tiene vida, porque nosotras, señor mío, al contrario que los hombres, somos capaces de percibir los detalles, concluyó arrebatada.

Tenía el rostro encendido y una mirada beligerante en sus ojos ambarinos. Un mechón de pelo había escapado de su moño y le rozaba el cuello en una suave caricia. Su pecho subía y bajaba a un ritmo acelerado a causa de la agitación.

Alex no podía dejar de mirarla. Sus palabras lo habían sorprendido y habían despertado algo cálido en su interior; pero era su imagen la que lo tenía cautivado, la pasión que emanaba de ella y que la había convertido en una mujer muy deseable.

—Lady Arabella —le dijo con una voz ronca y espesa como la miel que hizo que ella se estremeciera de pies a cabeza, deje ese libro y váyase de aquí.

Ella lo miró desafiante. No tenía derecho a darle órdenes ni a echarla.

—¿Por qué?

Alex dio un paso hacia delante que hizo que sus poderosos muslos rozaran la falda de Arabella y que la seda crujiera con un quejido suave.

—Porque estoy a punto de besarla de tal forma que hará que le tiemblen todos los huesos de su hermoso cuerpo y que su alma gima reclamando piedad.

Los ojos de Arabella se agrandaron y parpadeó por la sorpresa. Su voz sonó

como el susurro de la brisa cuando habló.

—Oooh, ¿de verdad?

Alex gimió interiormente y apretó los puños en un intento por retener la última pizca de control que le quedaba antes de lanzarse sobre ella como un hombre hambriento.

—Arabella —le dijo en tono de advertencia tuteándola por primera vez.

En ese momento ella tomó conciencia de lo que estaba a punto de suceder y sus mejillas se tiñeron de rubor. Con manos temblorosas depositó el libro en una de las estanterías y se marchó deprisa, huyendo como un zorro en una cacería.

Alex respiró hondo y maldijo para sus adentros. No debería haberle hablado así, aunque ella no parecía asustada, sino más bien deseosa de recibir la experiencia.

En el aire flotaba todavía el suave perfume a rosas silvestres y Alex gimió de nuevo. Necesitaba buscarse una amante, cuanto antes mejor, y huir de la hija de los duques de Westmount como de la peste.

Arabella apresuró su paso cuanto pudo como si el mismísimo diablo la persiguiese, y no se detuvo hasta llegar a la puerta de *madame* Bissette que se abrió justo en ese momento. A punto estuvo de caerse al tropezar con Victoria cuando intentó entrar.

—¡Arabella! —exclamó esta sujetándola por los brazos para evitar que cayera. La miró detenidamente—. Tienes el rostro sonrojado, ¿acaso has venido

corriendo? —chasqueó la lengua con disgusto—. Sabes que iba a ir a buscarte.

Ahora tendremos que regresar allí, hay un libro que me interesa...

—¡No!, es decir —se apresuró a rectificar—, no tengo tiempo. Mi madre me pidió que no volviese demasiado tarde a casa por si llegaban visitas

—improvisó. Por nada del mundo quería volver a ver al conde en ese momento.

—Oh, bueno, no importa —aseguró su prima haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—; de todas formas, me encuentro demasiado cansada para seguir con las compras. John estará esperando con el carruaje un poco más adelante; te llevaremos a casa.

Arabella pudo respirar por fin con tranquilidad cuando se despidió de Victoria y se adentró en el refugio seguro de la mansión. No podía olvidar las palabras del conde. Cada vez que las recordaba, un delicioso estremecimiento le recorría el cuerpo y el corazón se le aceleraba. Le habría gustado que cumplierse su amenaza. ¿Cómo sería sentir esos cálidos labios masculinos sobre los suyos?

¿Qué se sentiría al ser besada y acariciada por un hombre tan atractivo como lord Thornway?

La voz profunda de Thompson disolvió sus indiscretos pensamientos.

—Bienvenida a casa, milady —saludó al tiempo que se inclinaba en una leve reverencia—. La duquesa me pidió que le avisara de que tiene visitas; la esperan en el saloncito azul.

—¿De quién se trata?

—Es la duquesa de Portland, milady.

—Muchas gracias, Thompson, enseguida estaré con ellas —declaró mientras subía las escaleras hacia su dormitorio.

Lucy le ayudó a cambiarse de vestido después de haberse aseado un poco. En cuanto estuvo lista, bajó presurosa y entró al salón.

—¡Madrina! —exclamó con una sonrisa al tiempo que se acercaba a la mujer para depositar un beso en su mejilla.

—Siempre me haces esperar, chiquilla —refunfuñó esta—; eso debería bastar para cambiar mi afecto por ti.

Arabella se rio alegremente, besó a su madre y se acomodó a su lado en el sofá.

—No puede, madrina, soy su ahijada preferida.

—Eres la única que tengo, niña —replicó con fingida severidad—; precisamente por eso he venido a hacerte una proposición.

## Capítulo 5

Arabella miró con atención a su madrina.

Lady Margaret Cavendish Bentinck, duquesa viuda de Portland, seguía siendo una mujer hermosa a sus cincuenta y tres años. Tenía una figura esbelta, a pesar de haber dado a luz a seis hijos; su rostro seguía terso, con apenas unas pequeñas arrugas alrededor de esos vivaces ojos que parecían advertirlo todo. Su cabello castaño lucía algunas hebras de plata, lo que le confería un aspecto aún más imponente.

A causa de su título y de su enorme riqueza, su madrina era uno de los miembros más prominentes de la aristocracia inglesa. Poseía una de las mayores colecciones de historia natural de todo el país que incluía, además, objetos de arte valiosísimos, como la famosa Vasija de Portland, un jarrón romano de inicios del siglo I. Arabella lo había visto una vez cuando, siendo una niña, había pasado el verano en Bulstrode Hall, la mansión que los duques de Portland tenían en Buckinghamshire. Le había impresionado no solo su antigüedad, sino también su perfección y su belleza. Fabricado con cristal azul violáceo, tenía un camafeo de cristal blanco que rodeaba toda la vasija y representaba escenas con personajes humanos y dioses.

Aunque recordaba aquel verano con cariño, Arabella esperaba fervientemente que la propuesta de su madrina no incluyese un nuevo viaje a Buckinghamshire.

Lady Margaret llevaba un tiempo insistiendo para que fuese a ayudarla con su colección de botánica. Aunque tenía un equipo de expertos en entomología y ornitología trabajando para ella, solía decir que los hombres no trabajaban bien si no había una mujer detrás insistiendo en el orden y los detalles, y puesto que ella misma ya era demasiado mayor, necesitaba alguien joven, de quien pudiera fiarse, que se ocupara de tales menesteres. Arabella se había negado cortésmente, pero la duquesa viuda tenía la virtud de la persistencia.

Lady Margaret debió de notar en su rostro lo que estaba pensando en ese

momento, puesto que se echó a reír.

—No te preocupes, querida, no voy a pedirte de nuevo que trabajes para mí, aunque sabes lo mucho que me gustaría —comentó con una sonrisa que le hizo parecer mucho más joven—. En realidad, mi proposición no te sacará de Londres, y creo que disfrutarás con ella.

—Usted dirá, madrina —repuso cruzando las manos sobre el regazo.

—Sabes que tengo muchas aficiones —comentó—, entre ellas el arte. De vez en cuando me gusta patrocinar a jóvenes con talento, especialmente a mujeres.

No comparto esa idea absurda de que las mujeres deben estar confinadas en el hogar para servir tan solo a sus maridos y a sus hijos —espetó con tono seco—; no veo por qué nuestra condición femenina deba limitarnos. He conocido mujeres mucho más inteligentes que algunos hombres, y con más talento. La sociedad tiene que cambiar, y cambiará sin duda alguna, pero más vale que le echemos una mano para que sea rápido —declaró.

Miró con severidad a las dos mujeres que la escuchaban esperando su asentimiento.

—Por supuesto, Margaret —aceptó la duquesa de Westmount.

Arabella contuvo una sonrisa. Su madre y lady Margaret se habían conocido en su juventud, y mantenían una estrecha amistad desde entonces, especialmente a través de la correspondencia, ya que su madrina pasaba mucho tiempo en el campo. En todos esos años, Arabella nunca había visto a su madre llevarle la contraria a lady Margaret.

—Bien —prosiguió al ver que no había desacuerdo con sus palabras—. Sabéis que no tengo por costumbre asistir a fiestas cuando vengo a Londres, me aburren sobremanera. Sin embargo, no pude eludir el compromiso con lady Wentworth, y asistí a la velada que organizó en su casa. Me presentó a una joven artista muy prometedora, Angelica Kauffmann. Es pintora.

El corazón de Arabella comenzó a latir con fuerza. Una mujer pintora, una mujer que había logrado alcanzar el sueño que ella tenía. Se preguntó qué

tendría su madrina en mente.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Debo decir que la joven ha alcanzado ya cierta fama en Italia, según me comentaron, pero necesitará apoyo aquí en Londres si desea introducirse en los círculos de la alta sociedad. Puesto que esto de la pintura es lo tuyo, querida, necesito tu ayuda.

A Arabella se le fue el alma a los pies y palideció ante el comentario. ¿Su madrina conocía su secreto? Miró de reojo a su madre para ver su reacción; sin embargo, la duquesa sonreía mientras asentía a las palabras de su amiga.

—Lo... lo mío —tartamudeó sin poder evitarlo.

—Por supuesto, niña. ¿No pensarás que puedo mandar a tus hermanos para que me informen si las obras de esta joven tienen calidad? Solo Dios sabe dónde anda Robert, y quizás también nuestro Primer Ministro, puesto que trabaja para él; y James y Edward solo usan la cabeza para meterla entre los pechos de alguna mujerzuela.

La duquesa soltó un chillido escandalizada.

—¡Margaret!

—No me contradigas, Eloise —la amonestó—, sabes muy bien que es cierto lo que digo. Tus hijos son muy apuestos, pero también son unos bribones. Tú, en cambio, niña, eres tan inteligente o más que ellos, has recibido la misma educación, aprecias el arte y tienes un don para la combinación de colores. Por eso quiero que me acompañes al club y conozcas a Angelica. Ve sus obras, valóralas y dime si crees que merece la pena que me convierta en su mecenas.

—Sería un honor para mí —admitió con una sonrisa radiante.

Tenía ganas de ponerse a bailar de felicidad. Esa era su gran oportunidad.

Podría preguntarle a esa joven todo lo que necesitaba para hacer su sueño realidad; tal vez podría presentarle a gente que pudiese ayudarla en su camino; y, sobre todo, podría mostrarle sus pinturas y recibir su parecer.

Lady Margaret sonrió satisfecha al ver la felicidad que irradiaba su ahijada.

Sabía cuánto disfrutaba con el arte, especialmente con la pintura, e intuía que había ahí algo más que un simple interés o afición.

—Margaret, querida —interrumpió lady Eloise con un carraspeo—, ¿has dicho que llevarías a Arabella a un club?

La duquesa dejó escapar una ronca carcajada.

—No es lo que te imaginas, Eloise —comentó cuando pudo dejar de reírse. Es más bien una sociedad de mujeres a las que les interesa el arte y la literatura.

Se la conoce con el nombre de *Bluestocking*, un nombre absurdo a mi parecer; de cualquier manera, reconozco que he mantenido allí interesantes conversaciones sobre botánica. En fin, queridas, es hora de retirarme —dijo al tiempo que se levantaba del sillón.

—Tienes que venir más a menudo a visitarnos, Margaret —declaró su madre tras besar a la duquesa en la mejilla.

—Eloise, sabes que no me gusta Londres. En realidad, nunca me gustó, menos aún desde que falta mi querido William. Si quieres verme, tendrás que venir tú a Bulstrode Hall. Creo que te vendría bien —le aseguró. Luego se volvió hacia Arabella—. Mañana Thomas te recogerá con el carruaje a las diez.

Como si hubiese recibido una señal invisible, Thompson apareció en la puerta de la salita.

—Milady.

Se inclinó en una leve reverencia.

—Thompson, acompañe a la duquesa, por favor.

—Será un placer.

Alex había pasado la semana prácticamente encerrado en su casa mientras



atendía los asuntos de sus finanzas y se ocupaba con la remodelación de la mansión. Después de su primera aparición en sociedad, había recibido un gran número de invitaciones para asistir a fiestas y veladas, pero había declinado el honor a favor de la tranquila soledad de su casa.

Aunque se decía a sí mismo que lo había hecho porque se encontraba demasiado ocupado para participar en celebraciones, la verdadera razón por la que no quería asistir era una figura deliciosa, unos labios del color de las rosas en mayo y unos ojos como oro fundido. Desde su encuentro en la librería, la imagen de lady Arabella no se había apartado de su mente y había tratado de evitar por todos los medios volver a encontrársela.

El pensamiento de buscarse una amante todavía persistía en su mente. Sin embargo, puesto que no le agradaba la idea de visitar un prostíbulo y no deseaba enredarse en una relación con alguna viuda bien dispuesta, ya que, por algún motivo estas terminaban aferrándose a la idea de un nuevo matrimonio, el único camino viable era conseguirse una cortesana. Por ese motivo había aceptado la invitación de James y se encontraba en ese momento sentado en uno de los cómodos sillones del club escuchando la cháchara y las constantes risotadas de algunos caballeros allí reunidos.

—Parece que no te diviertes mucho —señaló James mientras se dejaba caer en la butaca de al lado.

Alex se encogió de hombros con displicencia y tomó otro sorbo de su copa.

—No soy muy dado a las conversaciones vanas.

James hizo una seña y un muchacho joven se acercó enseguida a servirle una copa.

—Entonces eres del tipo de Arabella —comentó con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con interés disimulado.

—A Arabella tampoco le gustan las conversaciones superficiales, por eso nadie quiere bailar con ella en las fiestas —aunque sonreía, Alex se dio cuenta de que le brillaban los ojos y hablaba de su hermana con cariño—. Cuando

alguien saca el tema del tiempo, ella le pregunta su opinión sobre alguna cuestión política o sobre filosofía —explicó. Sacudió la cabeza como si el hecho escapase a su comprensión.

—Es una mujer inteligente.

—Lo es —admitió—, y no entiendo por qué los demás no pueden reconocerlo como tal. Mi padre le permitió recibir la misma educación que nosotros, y puede discutir y argumentar sobre casi todos los temas mucho mejor que algunos de estos fanfarrones —dijo señalando con la cabeza al ruidoso grupo congregado cerca de ellos—. Incluso lee en latín mejor que yo.

Alex esbozó una media sonrisa. Podía imaginarse perfectamente a la joven esgrimiendo sus argumentos como si fuesen una espada, con los ojos brillantes y el rostro sonrosado por la pasión. La tela de sus pantalones se tensó cuando su imaginación le presentó esa misma imagen de lady Arabella sobre unas suaves sábanas de seda, con el largo cabello cayendo suelto en ondas sobre su piel desnuda. Se removió incómodo y dio un largo trago a su copa de coñac.

Por suerte para él, dos caballeros se acercaron en ese momento, lo que impidió que la conversación siguiera por tan peligroso derrotero. Apartó de su mente la imagen de la mujer y se concentró en observar a los dos hombres. Debían tener más o menos su misma edad. Uno de ellos era bastante bajito y con una incipiente calvicie; el otro, de rostro apuesto e intensos ojos azules, tenía el físico de un hombre al que le gustaba practicar el deporte. Ambos vestían con elegancia.

El más bajo lo saludó con una leve inclinación de cabeza y luego se dirigió a James.

—¿Qué tal, Blackbourne? Quería...

—No —lo cortó él tajante.

—No puedes decir que no cuando ni siquiera sabes lo que voy a decir —se quejó el hombre mientras acercaba una de las butacas libres y tomaba asiento. Su compañero lo imitó.

—Sí lo sé —replicó con un tono que evidenciaba su falta de paciencia—.

Queréis hablar de lady Victoria.

El hombre asintió repetidas veces con la cabeza.

—Tienes que entenderlo —le dijo con voz lastimera, y señaló luego con la cabeza a su compañero—, el pobre está irremediablemente enamorado de tu prima.

—La mitad de los hombres de Londres está enamorado de Victoria —espetó con sequedad—, pero ya os he dicho que ella toma sus propias decisiones, y si no quiere ver a Andrew, no es problema mío.

El aludido bajó la cabeza para esconder una sonrisa burlona y se quitó una pelusa imaginaria de la solapa de su chaqueta azul.

Alex no supo si el tal Andrew era sordo o simplemente estúpido.

—Pero tú puedes interceder por el muchacho —insistió el otro—. Ella te escuchará.

James soltó una carcajada burlona.

—Créeme, Crawford, yo soy la última persona a la que Victoria escucharía. Y ahora, si sois tan amables, me gustaría terminar mi copa en paz.

Renuente, Crawford abandonó la cómoda butaca y miró a su compañero.

—Lo siento, muchacho.

Andrew, vizconde de Manbroke, se encogió de hombros con indiferencia y se levantó para seguir a su compañero. Se detuvo antes de volverse.

—Ella será mía, Blackbourne —declaró—. Lo sabes, ¿verdad?

Tras estas palabras, se alejó con Crawford a la saga.

—¡Maldita sea! —espetó James furioso.

—¿Quién es? —quiso saber Alex.

—Andrew Burrow, vizconde de Manbroke. Un tipo que no entiende un no por respuesta ni aunque se lo tatúen en el trasero —gruñó molesto.

Alex sonrió.

—Presumo que lady Victoria lo ha rechazado.

—Varias veces —repuso, y soltó un suspiro—. Vic es inteligente. Andrew es apuesto y rico, pero ella también sabe que es un mujeriego y que nunca le sería fiel; además, le gusta demasiado apostar.

Alex alzó una ceja, escéptico.

—¿Y ha apostado contigo a que la tendrá?

La mirada de James se ensombreció.

—Eso parece —repuso en tono grave—. Al final tendré que partirle su dura cabeza hasta que le entre la idea de que un no es un no.

—Si necesitas ayuda...

—Te lo agradez... —James gimió y se cubrió el rostro con las manos—. No, ahora no.

Alex lo miró confundido, hasta que se percató de la dirección de su mirada.

Volvió la cabeza para ver a Edward, el hermano de James, que se acercaba con un hombre que él no conocía. Alto y delgado, daba la sensación de que la chaqueta gris perla que llevaba le quedaba grande, al igual que los pantalones; pero por la sonrisa que lucía en su rostro de comadreja, parecía sentirse a gusto consigo mismo.

Se volvió hacia James y alzó una ceja interrogándolo.

—No preguntes —repuso malhumorado.

—Hola, James —saludó Edward. Se volvió hacia Alex y le tendió la mano.

Alex, es un gusto verte por aquí.

—Lo mismo digo, Edward.

—Henry —dijo dirigiéndose a su acompañante—, te presento a Alexander Harvey, lord Thornway. Alex, este es Henry Loughty, conde de Darkmoor.

—Es un placer conocerlo, lord Thornway.

—Lord Darkmoor.

Alex inclinó la cabeza en reconocimiento y soportó el estremecimiento que le provocó el tono nasal del hombre.

—James, Henry quiere comprar unos caballos, los mejores —le comentó a su hermano mientras se sentaba en una de las butacas que habían quedado libres —; le he dicho que tú eres un experto y podrás aconsejarle.

—Para comprar buenos caballos se necesita mucho dinero —replicó este con intención mientras miraba fijamente a Henry.

El hombre esbozó una media sonrisa.

—Me enterece que te preocupes tanto por mis finanzas, Blackbourne, replicó burlón.

—No son tus finanzas las que me preocupan, Henry, sino las de mi hermano, le espetó con sequedad. No voy a permitir que le sigas chupando la sangre y aprovechándote de él como un parásito.

El rostro de Edward se tornó rojo y miró a su hermano con furia.

—¡James!

Henry mantuvo la sonrisa burlona en los labios y Alex no pudo por menos que admirar su sangre fría.

—Sabes que es cierto, Edward. No has vuelto a ver un penique del dinero que le has prestado.

—Por eso no te preocupes, Blackbourne —intervino Henry—, pronto le devolveré todo.

—¿Lo ves? —repuso Edward molesto—. No tienes de qué preocuparte.

James ignoró las palabras de su hermano.

—¿Y cómo es eso? ¿Has encontrado una mina de oro? —inquirió con sarcasmo mientras se reclinaba contra el cómodo sillón y bebía de su copa.

—Algo así. No pretenderás que te desvele mi secreto, ¿verdad? —comentó con fingido asombro mientras se llevaba una mano al corazón en un exagerado gesto teatral. Luego negó con la cabeza y a sus ojos de un gris desvaído asomó la rabia—. No, se me olvidaba que tú ya eres suficientemente rico, afortunado en el juego, el favorito de las damas, y rodeado siempre de una multitud de amigos que te alaban por tu título...

Edward, avergonzado, interrumpió el discurso al poner la mano sobre su brazo.

—James es mi hermano, Henry —le recordó.

Lord Darkmoor se reclinó contra la butaca que ocupaba y la falsa sonrisa volvió a instalarse en sus labios.

—Lo siento —se disculpó ante ellos, aunque todos percibieron que no había sinceridad en sus palabras—, creo que me he dejado llevar.

Edward frunció el ceño.

—Será mejor que nos vayamos —señaló.

—Sí —convino James—, será lo mejor.

Alex observó cómo se alejaban los dos hombres y sacudió la cabeza antes de volverse hacia James queapuró el resto de su copa de un solo trago.

—Primero un vizconde y ahora un conde —le dijo—. Tú sí que tienes facilidad para crearte enemigos.

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Admito que me gusta gozar de los placeres que depara una buena bebida —

dijo mientras contemplaba con seriedad inusual su copa vacía— y que tengo debilidad por las mujeres. Disfruto con los caballos. Soy bueno para los negocios y un excelente tirador. La vida me ha tratado bien y no soy quién para juzgar a otros, pero nunca toleraré que hagan daño a mi familia o se aprovechen de ella, repuso con vehemencia—. Quien lo intente, puede darse por muerto.

Alex alzó su copa en un brindis silencioso por sus palabras.

—James, hablando de tu debilidad por las mujeres —le dijo cambiando de tema—, necesito pedirte un favor...

## Capítulo 6

Arabella se levantó temprano a pesar de haber pasado una mala noche, o tal vez a causa de ello.

La primera mitad de la noche se la había pasado dando vueltas y vueltas en la cama perseguida por unos intensos ojos verdes y una boca de labios sonrientes que deseaba besar. La culpa de todo la habían tenido las palabras que el conde le había dicho en la librería. No se las había podido quitar de la cabeza y había fantaseado con cómo sería recibir un beso así. Pero, por más que lo había intentado, su imaginación era limitada a causa de su escasa experiencia en el tema.

La otra mitad de su tiempo de descanso se le había escapado pensando en la proposición de su madrina. La excitación había recorrido su cuerpo con la idea de que sus sueños podían hacerse realidad, aunque también tenía miedo. La sociedad inglesa no era tan permisiva con las mujeres como la italiana, pero quizás, con un poco de esfuerzo y la ayuda de Angelica Kauffmann, podría hacerse un hueco en ese mundo de artistas que tanto le fascinaba.

Seguía pensando en ello mientras se tomaba la taza de chocolate caliente que Lucy le había llevado esa mañana a su dormitorio, nada más despertar. A través de los cristales del gran ventanal de su habitación, contemplaba la caída suave y delicada de las finas gotas de lluvia sobre las flores del jardín. El cielo tenía un color gris plomizo; una tonalidad que ella detestaba porque le provocaba tristeza.

Prefería los colores alegres, vibrantes, como los que había plasmado en su obra *La ninfa del agua*.

Le gustaba mucho cómo estaba quedando el cuadro. Había dedicado mucho tiempo a pintarlo y se sentía orgullosa del resultado. Le parecía que era una obra con alma propia. La mujer observaba con una mirada triste al pajarillo que sostenía en la mano, símbolo de una libertad de la que ella no podía gozar, puesto que su espíritu se hallaba ligado al agua. En la ninfa se



reflejaban todas las mujeres, incluida ella misma, que anhelaban una libertad de la que no podían disfrutar a causa de las leyes que los hombres habían establecido sin contar con ellas.

Arabella dejó escapar un suspiro y se volvió cuando escuchó a su doncella entrar de nuevo en la habitación.

—Va a coger frío, milady —le dijo Lucy contemplando los pies descalzos de su ama y el escaso atuendo que portaba, un fino camisón de algodón y un chal por encima de los hombros.

—No hace frío, Lucy, la chimenea está encendida —le señaló ella.

—Allá afuera sí lo hace. No me gustan el otoño ni el invierno —refunfuñó la joven.

Arabella sonrió.

—Pues todavía tendrás que esperar unos meses para que puedas gozar de la primavera, apenas estamos a mediados de otoño.

—Lo sé, milady —le dijo con un suspiro de resignación mientras se movía por el vestidor—. ¿Qué desea ponerse hoy?

Arabella lo pensó un momento. No deseaba ponerse algo demasiado elegante dado que, según le había comentado su madrina, el encuentro no era una reunión social, sino literaria.

—Quizás el traje de terciopelo color burdeos, Lucy. Creo que es el más sencillo que tengo.

—Como desee, milady, se lo plancho en un santiamén.

—¿Los duques se han levantado ya?

—Sí, milady, están desayunando en el comedor familiar. Su Excelencia, la duquesa, me ha pedido que le recuerde que no puede llegar tarde a su cita con lady Margaret —comentó la muchacha antes de realizar una reverencia y cerrar la puerta tras ella.

Arabella esbozó una mueca de disgusto. Por supuesto que no pensaba llegar tarde; de ningún modo querría enfrentarse a uno de los largos y tediosos sermones de su madrina. Lady Margaret era una mujer extremadamente puntual y exigía lo mismo a cuantos la rodeaban.

De cualquier forma, tenía tiempo de sobra. Terminó su chocolate y se sentó frente a la coqueta para cepillarse el pelo, un ritual que la tranquilizaba, y eso era justo lo que necesitaba esa mañana. Se preguntaba qué clase de mujer sería Angelica Kauffmann.

Había oído hablar de ella. Hacía dos años que había llegado a Londres en compañía de lady Wentworth, esposa del embajador inglés en Italia, y pronto había destacado como retratista; sin embargo, su verdadero éxito había llegado cuando la hermana del rey, la duquesa de Brunswick, se había presentado en su casa, en Golden Square, para pedirle que le hiciese un retrato. Desde ese momento se había ganado el aprecio de la familia real y había comenzado a frecuentar los salones de la alta sociedad, que deseaba conocer a la joven pintora. No sabía nada más de ella ni la había visto nunca en persona, así como tampoco ninguna de sus obras.

Cinco minutos antes de las diez, Arabella se encontraba en el vestíbulo principal esperando la llegada del carruaje de su madrina. Exactamente cuando sonó la última campanada del reloj que había en la sala para visitas, el espléndido carruaje cerrado, tirado por cuatro preciosos caballos de pelaje gris y con el escudo de armas de los duques de Portland en la portezuela, se detuvo frente a la puerta de la mansión.

Thompson se apresuró a abrirle la puerta y mandó a un lacayo que la acompañase hasta el coche. El muchacho le ofreció una mano para ayudarla a subir al interior, pero Arabella se detuvo en el primer escalón. El carruaje se hallaba vacío.

Antes de que pudiera preguntarle, el cochero, un hombre fornido, de cabello ralo, nariz prominente y unos diminutos ojos que se perdían en su ancho rostro, se le adelantó.

—Su Excelencia se halla indispuesta, milady, y me ha encargado que la acompañe hasta el lugar y la regrese luego sana y salva a casa.

—Gracias, Pearson. Espero que no sea nada grave —repuso con tono preocupado.

El hombre, que llevaba trabajando para su madrina más de quince años, se rascó la cabeza en un gesto que evidenciaba desconcierto, como si las palabras de Arabella contuviesen un oscuro misterio que desentrañar.

—No sabría decirle, milady.

Arabella le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No se preocupe, Pearson, ya me informaré yo personalmente del estado de mi madrina. Usted lléveme a ese lugar.

—Sí, milady.

Arabella entró en el interior del lujoso carruaje y se acomodó sobre el confortable asiento de terciopelo. Sintió el tirón del coche cuando los caballos comenzaron su lento trote por las calles adoquinadas. Sumida en sus propias reflexiones, no se percató de los gritos de Pearson cuando atravesaron la atestada calle de Bond Street, ni de los insultos soeces con que habían respondido otros cocheros. Tampoco se dio cuenta de que había llegado a su destino hasta que el lacayo abrió la puerta.

—Ya hemos llegado, milady.

Arabella abrió los ojos sorprendida. El trayecto había sido relativamente corto.

Ayudada por el lacayo, bajó del carruaje y miró a su alrededor. Se encontraba en Berkeley Square, una preciosa zona residencial con grandes jardines. Frente a ella se alzaba una imponente mansión de tres plantas de estilo palladiano. Una gran escalinata de mármol daba acceso a la entrada principal, resguardada por un pórtico con columnas de mármol.

El lacayo se adelantó y llamó a la puerta mientras ella lo seguía más despacio, recreándose en la belleza del edificio. Un servicial mayordomo abrió la puerta.

Tras dirigirle una reverencia y permitir al lacayo recoger su sombrero, sombrilla y guantes, la acompañó hasta una sala de cuyo interior salía un murmullo que aumentó de volumen cuando el mayordomo abrió la puerta y ella entró.

La sala era inmensa, con grandes ventanales que dejaban pasar la luz mortecina de esa mañana otoñal. Había una gran chimenea de mármol rosado en la que ardía un cálido fuego. Sobre parte del suelo de madera se extendía una alfombra de color verde pálido a juego con los cortinajes y el tapizado de los sillones. Grupos de damas, ataviadas con vestidos multicolores salpicaban el salón como flores en un campo.

Lady Wentworth la vio en ese momento y se acercó a ella con una sonrisa en los labios.

—Arabella, querida, me alegro de que hayas venido —la saludó besando el aire junto a su mejilla—. Margaret me dijo que vendrías, pero pensé que ella te acompañaría.

—Mi madrina se halla indispuesta, pero sé que le hubiese encantado estar aquí.

—Estoy segura de ello —repuso con una sonrisa mientras entrelazaba su regordete brazo con el de Arabella—. Bienvenida a la Sociedad *Bluestocking*.

Ahora estamos reflexionando por grupos sobre la obra de Alexander Pope, *El rizo robado*, y no deseo interrumpir; cuando llegue el momento de exponer las conclusiones, te presentaré a las demás.

Condujo a Arabella hacia uno de los grandes ventanales donde una mujer, de espaldas a la sala, contemplaba los jardines que rodeaban la mansión.

—Querida, te traigo compañía.

La mujer se giró. Tenía una nariz fina, unos expresivos ojos azules, teñidos de una profunda tristeza, y unos labios que parecían sonreír aun sin proponérselo.

Su rostro ovalado destilaba una dulzura exquisita, como si fuese una de esas

Madonas inmortalizadas por la mano de los grandes pintores del renacimiento.

—Arabella, te presento a Angelica Kauffmann, una joven artista muy prometedora.

La mujer sonrió con timidez ante el halago.

—Angelica, esta preciosa jovencita es lady Arabella Marston, la ahijada de lady Margaret, a quien ya conoces.

—Es un placer conocerla, milady —repuso al tiempo que efectuaba una reverencia.

Arabella sonrió y la tomó de la mano.

—El placer es mío, estaba deseando conocerla.

Lady Wentworth las interrumpió.

—Bien, entonces las dejo para que se conozcan mejor. Mi grupo espera mi opinión sobre la obra y no puedo decepcionarlas —declaró con una sonrisa.

—Nunca ha leído la obra —le susurró Angelica con complicidad cuando la mujer se hubo marchado—; me pidió que le contara el argumento. Es una buena mujer, pero, aunque patrocina la cultura, no le interesa demasiado.

La sonrisa de Arabella se ensanchó. Angelica le caía bien, era sencilla y mucho más joven de lo que había esperado, apenas unos cuantos años más que ella; probablemente no llegaba a los veintiocho.

—Lo sé —admitió—, mi madre y ella son grandes amigas.

—¿Te interesa la literatura? —le preguntó la joven mirándola con curiosidad.

Arabella supo que tenía ahí la oportunidad que había estado esperando.

Respiró profundamente y lanzó las palabras sin detenerse, como si temiese arrepentirse de ellas a medio camino.

—Me gusta la pintura, pero no como un pasatiempo propio de una dama, sino como profesión.

Arabella vio el brillo de entusiasmo en los ojos de la joven y su corazón pareció saltar de alegría. Había encontrado a alguien que compartía su misma pasión por el arte.

—Es maravilloso, lady Arabella...

—Llámame Arabella, por favor —la interrumpió sin poder contener una sonrisa dichosa—, espero que seamos amigas.

—Gracias... Arabella. Me alegro de encontrar a otra mujer que desea lo mismo que yo —comentó devolviéndole la sonrisa, luego su rostro se tornó serio, aunque no te será fácil. Es como si el arte, y el talento artístico, fuesen propiedad exclusiva de los hombres. ¿Cómo puede serlo, cuando la pintura es sentimiento, sensibilidad y pasión, y de eso tenemos las mujeres en abundancia?

—sacudió la cabeza como si le pareciera un pensamiento absurdo.

—Sin embargo, reconocen tu talento —le aseguró Arabella frunciendo levemente el ceño.

—Yo tengo dos ventajas, mi padre también es pintor, aunque no sea demasiado bueno —aclaró con una sonrisa que traslucía el cariño por su padre, y no soy inglesa.

Arabella sintió cómo algo se marchitaba en su alma, un anhelo no consumado.

—Entonces, crees que es mejor que no lo intente.

Angelica sacudió la cabeza con determinación.

—Yo no he dicho eso —le aclaró—. Debes intentarlo, por supuesto. Tal vez no logres nada, pero alguien tiene que luchar por cambiar las cosas, y tú puedes ser ese alguien.

—¿Cómo puedo hacerlo? Ni siquiera mi familia sabe que pinto...

Angelica abrió los ojos sorprendida.

—¿Cómo es posible que no lo sepan?

Un suave rubor cubrió el rostro de Arabella.

—Oh, bueno, es que alquilé unas habitaciones en el Soho y las he convertido en mi estudio. Allí es donde pinto y donde guardo mis obras —declaró con cierta timidez.

—Me encantaría verlas —le aseguró Angelica.

El entusiasmo se dibujó en el rostro de Arabella y sus ojos adquirieron un brillo especial.

—¿De verdad?

Le parecía que el mundo se había abierto ante ella. Por fin alguien vería sus obras, alguien que comprendía el arte tan bien como ella y le daría su opinión.

Un estremecimiento de inseguridad le recorrió el cuerpo. ¿Y si no era lo suficientemente buena? Apartó esos pensamientos como si fueran insectos molestos. Si no lo era, se esforzaría por mejorar.

Angelica observó el abanico de emociones que recorrió el rostro de la joven.

Le recordaba un poco a sí misma, su naturaleza apasionada, la misma candidez e inocencia... El recuerdo amargo de una traición reciente hizo sangrar la herida que llevaba en el corazón.

El conde de Horn era tan apuesto y la había tratado con tanta dulzura... Se había enamorado inmediatamente de Frederick y su alma había cantado de felicidad cuando supo que él le correspondía. La pintura, que había sido su gran amor hasta ese momento, quedó relegada a un segundo plano. Solo podía pensar en él y suspirar por él. Debió de haber sospechado cuando Frederick le pidió mantener en secreto su compromiso; más aún cuando le contó la historia de que lo habían traicionado en su país y pretendían quitarle su título y su riqueza. Pero el amor la había cegado, llegando incluso a ocultarle a su padre que se habían casado en secreto.

Junto con la verdad vino el dolor lacerante. No existía el tal conde de Horn.

Frederick era un aventurero que solo pretendía arrebatarse su dinero, y lo había conseguido el muy ladino. Cuando se enfrentó a él y le lanzó sus acusaciones, el hombre había mostrado su verdadero rostro.

Primero vino la separación, luego la anulación del matrimonio, puesto que el indeseable de su esposo ya tenía un primer matrimonio con otra joven ingenua a la que también había engañado. Aunque no había habido un juicio público, se sentía avergonzada y humillada. Sus amigos ingleses la habían consolado al enterarse de su desgracia, y los encargos para que realizase retratos se habían multiplicado. No volvería a olvidar que ella solo tenía un corazón, y que este pertenecía a su arte.

Se conmovió cuando miró a la joven que aguardaba una respuesta.

—Si quieres dedicarte a pintar, Arabella, nada puede ocupar tu corazón, solo el arte. Ninguna pasión, por poderosa que sea, iguala a esta, le aseguró. Luego su tono se volvió amargo cuando añadió: ni siquiera el amor de un hombre.

Unos ojos verdes como la campiña inglesa en primavera y unos labios suaves cuya suavidad anhelaba probar, se colaron en su mente. ¿Por qué no podía dejar de pensar en el conde? Con una punzada de tristeza que la sorprendió, desechó esos pensamientos.

Siempre había considerado la pintura como su único amor y su gran pasión, algo que nada ni nadie iba a poder reemplazar. ¿Por qué en ese momento no se sentía tan segura al respecto?

—Yo...

Sus palabras fueron interrumpidas por la voz aguda de lady Wentworth.

—Señoras, creo que ha llegado la hora de exponer sus conclusiones.

Se formó un revuelo de sonidos y colores cuando las mujeres se movieron de sus lugares para formar un círculo más amplio.



Notó la mano de Angelica en su codo y se volvió hacia ella interrogante.

—Será mejor que te acerques —le dijo mientras señalaba hacia donde se encontraba lady Wentworth, que movía los brazos como una mamá gallina llamando a su polluelo. Luego, le susurró al oído: ven mañana por la mañana a mi estudio, en Golden Square.

Arabella no pudo responderle. Simplemente se dirigió hacia su anfitriona con una sonrisa radiante en el rostro que complació mucho a lady Wentworth.

—Lady Arabella Marston formará desde hoy parte de esta Sociedad y estoy segura de que, a pesar de su juventud, podrá enriquecernos con sus opiniones, declaró mientras paseaba su mirada por los miembros reunidos en la sala buscando su aprobación.

Las mujeres sonrieron, encantadas de contar con alguien más que compartiese sus mismos intereses. En ese momento el reloj dio una campanada y la puerta se abrió para dar paso a un grupo de sirvientas y lacayos que portaban bandejas con pastas, sándwiches y té.

Lady Wentworth hizo que Arabella se sentara a su lado y, cuando todo el mundo estuvo servido, comenzó la discusión.

—Creo que Pope quiere transmitirnos por medio de su poema lo efímera y frágil que es la belleza, por eso la pérdida de un mechón de su cabello afecta tanto a la hermosa Belinda —comentó una de las mujeres mientras las demás asentían.

Sí, pero ¿quién puede culpar al Barón de haberse prendado de ella?

preguntó otra al tiempo que dejaba escapar un suspiro melancólico—. El amor no escoge a quien amar, simplemente ama.

—Pues a mí me parece que hacen demasiado alboroto por un rizo robado, comentó una mujer entrada en años que Arabella reconoció como la condesa de Blackstone—; ¿a quién de vosotras no le robaron un beso en algún jardín cuando eráis jovencitas?

Hubo risillas disimuladas y exclamaciones ante el atrevido comentario, pero la discusión continuó mientras Arabella se perdía en sus propios pensamientos sobre besos robados. Tal vez si ella le robaba un beso al conde, podría satisfacer su curiosidad.

Una excitación nerviosa burbujeó en su estómago. Sí, se dijo, esa podría ser la solución para el anhelo que la atormentaba. Una vez satisfecha su curiosidad, no tendría más problemas y podría concentrarse única y exclusivamente en la pintura.

## Capítulo 7

La noche era fría y húmeda. La niebla londinense se arremolinaba en los oscuros y sucios callejones y trepaba por las fachadas de los viejos edificios que constituían aquella zona de Holborn. Sin embargo, él no sentía el frío, arrebuñado en su elegante capa negra de lana y con varias copas de más en su cuerpo.

Habría sonreído como un borracho feliz, especialmente después de las veinte guineas que acababa de ganar en el salón de juegos, e incluso habría disfrutado del paseo hasta su casa si no hubiese sido por los dos hombres que lo acompañaban, o más bien lo arrastraban, hacia donde él no quería ir.

Tras abandonar la aburrida recepción que había ofrecido lady Cardow, y después de averiguar que aquella preciosa viuda que le habían presentado durante la velada —de la cual no recordaba en ese momento su nombre— no estaba dispuesta a pasar de un simple coqueteo, había decidido dirigirse a un lugar que ofreciese mayores entretenimientos.

El cochero lo había dejado en la zona de Holborn, de la que se decía que tenía más tabernas que farolas, y así era en realidad. Contaba además con numerosos burdeles en los que se podía encontrar satisfacción, sin importar cuál fuera el gusto de uno, y con casas de juego en las que se podía saciar el gusanillo de la codicia, o bien, perder hasta la camisa.

Después de haber disfrutado de los entusiastas servicios de dos mozas, una morena y otra pelirroja, con sobreabundancia de dotes y talentos, se había dirigido a una de las casas de juego más famosas de la zona.

Pronto se había acostumbrado al humo que flotaba en el ambiente, a las risas huecas de las mujeres que atendían solícitamente a algunos de los caballeros que apostaban, y a la algarabía general que reinaba en el local. Decidió probar suerte con los naipes y escogió el juego del *Veintiuno*. Enseguida se había felicitado a sí mismo por la elección, puesto que no tardó en empezar a ganar. Esa noche estaba de racha.

Pero la suerte se le había acabado, junto con la borrachera, cuando había abandonado el local a cierta hora de la madrugada y con el bolsillo lleno, y dos hombres —a cuál más feo, según pudo constatar— lo habían instado a acompañarlo con modales poco refinados. Había intentado protestar, según los límites que su balbuceante lengua y su estropajoso cerebro le habían permitido, pero dejó de insistir cuando el brillo de la hoja metálica de un enorme cuchillo lo deslumbró provocándole una incipiente y dolorosa jaqueca.

Al menos todavía seguía vivo y no le habían robado el dinero, se dijo mientras arrastraba sus renuentes pies siguiendo el camino que le marcaban los dos hombretones que lo acompañaban; sin embargo, gimió por lo bajo cuando se detuvieron ante la puerta de una preciosa mansión en Bloomsbury que él conocía muy bien.

Sus acompañantes lo invitaron a entrar con un cortés empujón. No se dignó a quitarse el elegante sombrero de copa ni la pesada capa, puesto que ningún criado acudió a recogerlos; aunque tampoco lo hubiera hecho de haberse presentado alguno, ya que lo único que deseaba era salir corriendo de aquel lugar cuanto antes. Otro empujón le informó que debía continuar avanzando hasta el despacho del dueño de la casa.

Cuando entró en aquel santuario masculino que olía a cuero y a humo de tabaco caro, hubiera deseado que sus ojos dejaran de moverse erráticamente de un lado a otro para poder apreciar la exquisitez y el buen gusto de cuanto lo rodeaba, pero le resultaba imposible fijarlos en un solo lugar, lo cual estaba comenzando a producirle náuseas. O tal vez estas se debiesen al temor reverencial que le despertaba la figura sentada detrás del enorme escritorio de roble, y que en ese momento alzó la cabeza y clavó en él unos ojos tan negros como el pecado que habitaba en su alma.

—Buenas noches, milord. Es un placer recibir su visita y comprobar que goza de buena salud —le dijo mientras esbozaba una sonrisa socarrona— ... por

ahora.

—No me he olvidado de usted —repuso el aludido al tiempo que tomaba aire para tratar de recuperar el color que había huido de su rostro—, pensaba venir a verlo.

—Por supuesto, por supuesto —convino el otro—, por eso envié a mis muchachos, para asegurarnos de que no se perdía en el camino.

—Claro.

Y ya no supo qué otra cosa decir. Desde luego su cerebro no estaba trabajando bien en ese momento, aunque sí que podía reconocer al hombre que tenía delante. Con el cabello negro veteado de gris, su rostro bronceado, sus espesas cejas y su elegante bigote que le confería un aspecto de respetabilidad, el señor Mortimer era el mayor usurero de Londres, y el más peligroso. Se preguntó en qué maldita hora se le había ocurrido acudir a él para pedirle un préstamo.

—Hemos sido muy pacientes con usted, milord —comentó en un tono tan suave que un escalofrío le recorrió la columna, y el martilleo dentro de su cabeza se acentuó—. Acudió a nosotros porque deseaba un préstamo para invertir en una nueva empresa que, según usted, sería todo un éxito. Sin embargo, por lo que he podido informarme, la empresa ha fracasado y usted se ha quedado sin la gallina de los huevos de oro. Y ahora me pregunto, ¿tengo yo que perder mi dinero solo porque usted haya perdido el suyo? —inquirió, tras lo cual hizo una pausa silenciosa que él no se atrevió a interrumpir—. No, milord, hablamos de negocios. Es verdad que en los negocios a veces se pierde y otras se gana; pero yo, Conrad Mortimer, soy de los que siempre gana. ¿Me comprende?

Él asintió con la cabeza, inseguro. Su cerebro nublado no le permitía seguir los sutiles razonamientos de su anfitrión, pero el tono amenazador no le habría pasado desapercibido ni aunque estuviera medio muerto. Y si no le daba algo a ese hombre, sin duda acabaría muerto del todo.

—Por supuesto. Yo... tengo aquí algo de dinero —comentó mientras su mano

temblorosa se introducía en el bolsillo del forro interior de su capa— que puede usted descontar de mi deuda.

Sacó la bolsa con las guineas y la depositó sobre el escritorio. El hombre la cogió y la sopesó en su palma antes de introducirla en uno de los cajones de la mesa.

—Muy bien.

—¿No va a contarlas? —le preguntó sorprendido—. Son veinte guineas de oro.

Mortimer esbozó una sonrisa e hizo un gesto con la mano desestimando la pregunta.

—Me fio de la palabra de un caballero. Es usted un caballero, ¿no? Porque si no lo fuese, entonces yo me vería obligado a tratarlo de otra manera, quizás un poco menos amable, hasta que al fin saldase su deuda —le explicó al tiempo que se levantaba de la silla y rodeaba el escritorio para acercarse a él—. Estimo, por lo tanto, que, a partir de ahora cumplirá usted con los plazos acordados.

—Por supuesto —balbuceó.

Mortimer se había acercado tanto a él que tuvo que levantar la cabeza para mirarlo, puesto que era mucho más alto y de constitución más delgada.

—Me alegro de que nos entendamos —le aseguró—. Me disgustaría enormemente que un caballero tan amable como usted sufriese algún pequeño accidente que desmejorase su salud.

La sonrisa que esbozó tras sus palabras no llegó hasta esos ojos fríos que lo miraban con superioridad, como si él fuese un deshecho de la sociedad. Tragó saliva y asintió tres veces, porque una le pareció poco para convencerse a sí mismo de que había comprendido la amenaza. Después, tuvo la suerte de ser acompañado hasta la puerta por el mismísimo Mortimer, lo cual le supuso un alivio, ya que el hombre no solía hacer él mismo el trabajo sucio, y eso quería decir que, por esa vez, se había librado de llevarse algún recuerdo poco

agradable de aquella visita nocturna.

Cuando la puerta se cerró tras de sí, respiró aliviado y sus pies caminaron mucho más rápido de regreso de lo que lo habían hecho de ida. La llegada a su propia casa, ya sobrio y sin ningún recuerdo agradable al que abrazarse durante las horas de sueño que tenía por delante, decidió que lo mejor sería pasar por su propio despacho para tomar un remedio que eliminase el dolor de cabeza y el sabor amargo de su boca. Encendió una de las lámparas y se dirigió al decantador para servirse una copa de coñac. No le importó pecar de poco refinado cuando la llenó hasta el borde, ni tampoco que parte del líquido ambarino cayese sobre su magnífica alfombra debido al temblor de su mano. Se la bebió de un solo trago e inmediatamente se sintió mejor. Luego se sirvió una copa más y fue a sentarse en una butaca frente a la chimenea, que permanecía encendida. Agradeció en silencio a Charles, su mayordomo, aquel detalle, y luego se puso a pensar.

Como segundón de una de las familias aristocráticas más antiguas de Londres, dependía de la generosidad de su hermano mayor; sin embargo, pronto había aprendido que Garrick carecía de esa virtud y, como consecuencia, él carecía de los medios económicos para mantener un nivel de vida acorde con sus gustos y necesidades. Por eso había tratado de buscar soluciones.

La primera que se le ocurrió fue buscarse una esposa rica de cuyo dinero pudiera disponer. Él era un hombre apuesto, así que, con seguridad, las mujeres no tendrían ningún reparo en aceptarlo, a pesar de su escasez de recursos; de cualquier forma, necesitaba una mujer un tanto desesperada por conseguir un marido. Así fue como había acabado rondando a la hija de los duques de Westmount. Lady Arabella tenía una abundante dote y escasa belleza, por lo que no había una corte de pretendientes rondándola constantemente. Justo lo que él necesitaba. Sin embargo, su propósito se había visto malogrado por culpa del maldito James Marston. Se había plantado delante de él, como una muralla inaccesible, y le había dicho, más o menos, que no era lo bastante bueno para su hermana.

Aquello lo había enfadado mucho, casi tanto como cuando Garrick le había recortado su mensualidad alegando que malgastaba el dinero de la familia con sus sucios vicios. Cuando llegó a la casa, la ira le sobrepasaba y amenazaba con salirse de control. Menos mal que tenía a Charles. Su mayordomo lo había

calmado con palabras suaves, como si él fuera un niño pequeño, y le había dicho que había otras formas de conseguir sus propósitos. El bueno de Charles. Estaba tan unido a él y lo quería tanto que llegaría incluso a matar si él se lo pidiera. Y no le había parecido una mala idea en ese momento, pero Charles le había dicho que Garrick tenía un hijo varón que sería el legítimo heredero en caso de que su hermano muriera, y lo había convencido de que no valía la pena arriesgarse tanto, sobre todo si no iba a poder disfrutar del dinero si terminaba en la horca.

La segunda solución que se le ocurrió entonces fue invertir en algún negocio.

La gente, incluido su hermano, pensaba que él era un inútil, incapaz de hacer nada de provecho. Incluso su cuñada lo trataba como si fuese todavía un niño pequeño, hablándole con palabras dulces y maternales. Les demostraría a todos que era más inteligente que ellos, que podía superarlos en todo si se lo proponía.

No solo se haría rico, también lograría la admiración de todos y se hablaría de él en los clubes de caballeros y en los salones de té de las damas.

Acudió al señor Mortimer y buscó un negocio en el que invertir el dinero prestado. Charles había alabado su inteligencia y astucia, y lo había felicitado de antemano seguro de que tendría éxito. En ese momento tendría que decirle a su mayordomo que había fallado otra vez. El negocio había resultado un fraude, había perdido todo el dinero y Mortimer andaba tras él. Sin embargo, nada de eso le importaba tanto como la humillación de saber que la gente se estaría riendo a su costa, burlándose de su incapacidad.

Apretó con fuerza la copa que sostenía hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Habría hecho estallar en pedazos el fino cristal si no hubiese escuchado esa voz que lo tranquilizó.

—Usted vale más que todos ellos.

No lo había oído entrar, ni había escuchado sus pasos, pero su mayordomo siempre estaba a su lado cuando lo necesitaba.

—Lo sé —le respondió mientras se frotaba la frente para alejar el dolor



pulsante que le oprimía el cráneo. Sentía como si la cabeza le fuese a estallar —.

Pero no es justo, Charles. ¿Por qué a ellos siempre les sale todo bien?

—La vida no siempre es justa, pero hay formas de volverla a nuestro favor.

Ahora tendrá que buscar otro camino para lograrlo.

—Entonces, ¿ya lo sabes? —preguntó sin dejar de mirar el fuego que aún ardía en la chimenea. Luego soltó una carcajada hueca que resonó en la estancia vacía—. Sí, claro, tú siempre te enteras de todo. ¿Y qué vamos a hacer ahora, Charles? ¿Cómo voy a soportar las burlas de todos? Me señalarán, me lanzarán miradas de compasión y se reirán a mis espaldas — dijo al tiempo que elevaba la voz con cada nuevo agravio.

—Tendremos que pensar en algo.

—Sí —corroboró él—, pensaremos en algo, juntos, como siempre.

—Sabe que no puedo abandonarlo —repuso Charles.

Él no respondió. Miraba con fijeza las pequeñas llamas que danzaban en el hogar mezclando sus colores en un mosaico que cambiaba constantemente, tal como lo hacía su propio pensamiento. Una idea se insinuaba en su mente, algo que había escuchado en una de las intrascendentes conversaciones que habían tenido lugar en el baile de lady Cardow. Nunca les prestaba atención, pero había cosas que se quedaban fijas en su cabeza, aunque él no quisiera, y ni siquiera la abundancia de alcohol hacía que lograra olvidarlas. Pero eso estaba bien ahora; necesitaba recordar lo que había escuchado. Volvió a frotarse la frente, como si ese gesto pudiese ayudarlo a que fluyesen con más facilidad las ideas dentro de su cabeza. De repente, su rostro se iluminó como el de un niño que ha recibido un regalo.

—¡Ya lo tengo, Charles! —exclamó con entusiasmo. El sonido estridente de su propia voz dibujó una mueca de desagrado en su rostro y le provocó un latido punzante y persistente detrás de los ojos. Bajó el volumen hasta convertirlo en un susurro—. En la fiesta de lady Cardow escuché una conversación. Era

privada, pero yo no tengo la culpa de que se pusieran a hablar cerca de donde yo me hallaba, digamos, descansando. La cuestión, Charles, es que comentaban algo sobre una exposición de pintura que daría fama a los participantes. ¿Lo ves?

Si participo me haré famoso, y les demostraré a todos cuánto valgo; además, luego podré vender los cuadros y obtener dinero, mucho dinero por ellos. ¿Qué te parece?

—Estoy seguro de que puede lograrlo. Usted puede hacer todo lo que se proponga.

Él asintió satisfecho. Un mechón rubio de cabello le cayó sobre la frente y lo apartó con un resoplido poco efectivo.

—Ya sé que no sé pintar —admitió para sí mismo; luego se encogió de hombros con indiferencia—, pero ese problema será fácil de solucionar. Mañana mismo me pondré a buscar una pintura que pueda servir para mis propósitos.

La puerta se abrió silenciosamente y una sombra se deslizó por la estancia en penumbra. El sonido de la bandeja metálica al ser colocada sobre la mesilla, le hizo rechinar los dientes.

—Buenos días, milord. Me he permitido traerle un poco de café.

Miró al criado fijamente. En ese momento sus palabras le resultaban incomprensibles. Buscó a Charles con la mirada para que se lo explicara, pero ya no se encontraba en el despacho. Entonces se dio cuenta de la luz tenue que atravesaba los grandes ventanales y comprendió. Estaba amaneciendo.

—Gracias —respondió.

El café le vendría bien para despejar la cabeza. No había dormido en toda la noche, pero no se sentía cansado. Al contrario, la excitación le corría por las venas quemándole las entrañas. Esa vez lo lograría, había encontrado su vellocino de oro. Por eso no podría dormir en ese momento ni aunque se lo

propusiera. De hecho, últimamente le costaba cada vez más conciliar el sueño.

Había algo oscuro que acechaba su mente apenas cerraba los ojos y prefería evitarlo si podía.

Cogió la humeante taza de café que le había servido el criado y tomó un sorbo. Se alegró de que estuviese lo suficientemente cargado, así se despejaría antes. Luego podría asearse un poco y cambiarse de ropa, puesto que aún llevaba la que había usado para asistir al baile, y salir en busca de su pintor.

—¿Necesita algo más, milord?

—Sí, voy a volver a salir después de asearme un poco. Dile a Charles que me prepare la ropa adecuada —le pidió.

El criado vaciló.

—¿No prefiere que se la prepare su ayuda de cámara, milord?

—No —repuso tajante—, lo hará Charles, como siempre. Él es el único que me comprende y sabe lo que necesito.

—Como guste, milord.

Él ya no prestó atención a la leve inclinación que hizo el criado antes de marcharse, ni al modo en que sacudía la cabeza mientras se dirigía hacia la puerta. Tenía la mente puesta en sus planes de futuro y en lo que debía hacer esa misma mañana.

Cuando bajó la gran escalinata de mármol, vestido y aseado, eran casi las diez

de la mañana. Al llegar al vestíbulo, un criado le tendió el sombrero y los guantes de piel. Su caballo se encontraba ya ensillado y en la puerta. Uno de los mozos de cuadra sujetaba las riendas del precioso bayo, que le entregó junto con la fusta en cuanto él montó sobre el animal. El muchacho apenas tuvo tiempo de apartarse antes de que su amo espolease a su montura y echase a correr por las calles adoquinadas como alma que lleva el diablo.

Tenía prisa. Se tardaba tiempo en pintar un cuadro decente, que valiera la

pena, y él ni siquiera tenía todavía al pintor que realizaría la obra de arte que le reportaría fama y dinero. Por eso azuzó aún más a su caballo, un animal de gran alzada y poderosas patas, que obedeció prontamente sus órdenes al sentir el escozor de la fusta sobre su brillante pelaje rojizo. No le importó que a esas horas las calles estuviesen bastante transitadas por los peatones, ni que carruajes y carros de mercancías ocupasen la calzada avanzando a paso lento. A su paso, dejaba atrás gritos y maldiciones. Un carruaje estuvo a punto de volcar cuando al tomar una curva se encontró con él en el centro de la calle. Él no se apartó, y el cochero tuvo que virar realizando una peligrosa maniobra que hizo que las ruedas chirriasen.

Cuando enfiló Oxford Street tuvo que tirar bruscamente de las riendas para no estrellarse contra el conde de Thornway que venía en dirección contraria. No conocía al hombre, pero no era cuestión de enemistarse con él, puesto que había escuchado hablar de la inmensa riqueza que poseía, y tal vez podría sacar algo de beneficio si cultivaba su amistad.

Murmuró unas disculpas. Lo saludó con una leve inclinación de cabeza y prosiguió su camino.

## Capítulo 8

La cabalgada matutina liberó algo de la tensión nerviosa que Arabella tenía acumulada.

Afortunadamente para Sherezade y para ella, el día había amanecido con un cielo salpicado tan solo por unas cuantas nubes blancas algodónadas y un sol otoñal que bañaba con sus tibios rayos las copas de los árboles en Hyde Park.

Apenas alcanzó la entrada del parque, dio rienda suelta a su yegua para que se desfagara. Sus fuertes patas traseras parecían tocar el suelo tan solo ligeramente, mientras mantenía su cola gris en alto y sus suaves crines flotando al viento.

Cuando disminuyó el paso y se detuvo, una sonrisa de placer asomó a sus labios. El aire fresco había teñido sus mejillas de un color rosado, unos mechones castaños se habían soltado del perfecto recogido que le había hecho Lucy esa mañana y le acariciaban la nuca. Respiró hondo y esperó a que su mozo la alcanzara.

—Lo siento, Peter —le dijo con una sonrisa de disculpa mientras palmeaba con fuerza el grueso cuello del animal—, pero Sherezade necesitaba correr.

El mozo le dedicó una sonrisa juvenil transformando su arrugado rostro curtido por el sol y el paso del tiempo.

—No se preocupe, milady. Mi Sally ya está vieja para echar carreras, pero esta jovencuela —comentó señalando con un gesto de la cabeza a la yegua— necesita deshacerse un poco de su exceso de energía.

Sherezade relinchó en ese momento, sacudiendo su refinada cabeza, como si aprobase el comentario. Arabella se rio.

—Ya sé que te gustaría dar otra vuelta, preciosa, pero es hora de volver a casa.

Tiró de las riendas y enfiló tranquilamente el camino hacia la casa seguida por el mozo de cuadras.

Al llegar, se apresuró a tomar algo rápido de desayuno y le pidió a Lucy que la ayudase a vestirse adecuadamente para salir. Antes de ir al estudio de Angelica quería pasar por casa de Caroline para recoger un boceto que había realizado de *La ninfa del agua*, así podría enseñárselo a Angelica y que ella le diera su opinión profesional.

No podía negar que se encontraba nerviosa por el encuentro. Caminaba deprisa por la calle, como si el hecho de llegar antes a Golden Square pudiese lograr que disminuyese el ritmo errático de su corazón. El pliego de papel que contenía el boceto de su obra crujía en el bolsillo interior de su capa. Detrás de ella, Lucy resoplaba al tratar de mantener el ritmo de su ama. Arabella sabía que no era propio de una dama caminar con apresuramiento por las calles transitadas

—en realidad no estaba bien visto que lo hiciese así por ningún lugar, ni en público ni en privado—, pero no pudo detenerse hasta que llegó a la entrada del edificio donde Angelica tenía su estudio.

Inspiró hondo, con la mirada fija en la fachada de estilo palladiano que enmarcaba la puerta negra que daba acceso a lo que podía ser su futuro. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Y si al mostrarle su obra le decía que no tenía talento?

¿Qué haría si Angelica echaba por tierra sus sueños? Tendría que conformarse con vivir como una dama, una más entre el montón que adornaban los salones de la alta sociedad. Acudiría a recepciones y al teatro, pasearía por el parque, compraría nuevos vestidos cada temporada y tendría un marido al que debería obedecer y dar hijos.

La imagen, visible solo a sus ojos, hizo que se le encogiese un poco más el estómago y la asaltase una sensación de náusea. Había luchado por alcanzar sus sueños desde la primera vez que contemplase la obra de un pintor renacentista en el que una *Madonna* sostenía a un niño en sus brazos mientras lo miraba con una mezcla de ternura y tristeza en sus ojos. Había deseado entonces ser capaz de pintar algo tan hermoso, y en esos momentos creía

haberlo conseguido, pero si no se arriesgaba, nunca lo sabría.

Enderezó la espalda, alzó la barbilla con decisión y avanzó subiendo los escalones que sellarían su destino.

La puerta tardó un rato en abrirse y Arabella comenzó a ponerse más nerviosa.

Cuando finalmente se abrió, se encontró con el rostro sonriente de Angelica.

—¡Arabella!

El tono de sorpresa con el que pronunció su nombre la desconcertó.

—Lo siento si he venido demasiado temprano —se disculpó ella insegura.

—No, no te preocupes. Entra, por favor. Disculpa que haya abierto la puerta yo misma, normalmente no suelo hacerlo —le explicó Angelica. En su rostro apareció un suave rubor—. Esperaba a otra persona y creí que ya había llegado, por eso envié a Betty, mi criada, a preparar el té. Todavía no dispongo de suficiente personal de servicio. Lady Wentworth me explicó que el decoro y las normas sociales lo exigen, pero yo todavía no me he acostumbrado —comentó, y acompañó sus palabras con un ligero encogimiento de hombros que hablaba por sí solo de la incompreensión que le suponían las reglas de conducta de la buena sociedad inglesa.

—Si esperas a alguien más, puedo regresar otro día —repuso, aunque no pudo evitar que la decepción se manifestase en su tono.

—Por supuesto que no. Estoy encantada de recibirte —le aseguró con una sonrisa sincera al tiempo que entrelazaba su brazo y la invitaba a acompañarla a una salita.

Arabella casi perdió el aliento cuando entró en la sala convertida en estudio.

La habitación, amueblada con sencillez, tenía unos grandes ventanales que dejaban pasar abundante luz. En uno de los rincones de la estancia había un estrecho diván y algunas confortables butacas alrededor de una pequeña mesa taraceada sobre la que descansaba una bandeja con el servicio de té. El suelo era de madera, al igual que las estanterías repletas de libros que ocupaban una

de las paredes de la agradable estancia. Aquí y allá, apoyados sobre pequeñas columnas clásicas o sobre sillas, había esparcidos diversos lienzos cubiertos con telas blancas para preservar las pinturas del polvo y de la excesiva exposición a la luz. El espacio central lo ocupaba un caballete. Al lado, sobre una mesa alargada, se hallaba la paleta de colores y los pinceles sumergidos en un líquido transparente que Arabella supuso sería trementina, puesto que hasta ella llegaba

el característico olor a pino.

—Es precioso —susurró Arabella con reverencia mientras miraba a su alrededor.

Angelica dejó escapar una carcajada musical.

—Es solo una habitación y, además, escasamente amueblada, pero todo lo que necesito para ser feliz está aquí —repuso señalando el inmenso lienzo que descansaba sobre el caballete—. Ven, te lo mostraré.

Cuando se acercaron, Angelica retiró la tela que cubría la obra. Arabella no pudo contener una exclamación de admiración. Sobre un fondo oscuro, una mujer vestida con hermosos ropajes sostenía en alto un arco. Su rostro, iluminado por una suave luz blanca, lucía una profunda tristeza, como si el objeto despertase en ella dolorosos recuerdos. A sus pies se agachaba una figura inacabada que parecía una doncella. Era una imagen exótica y fascinante.

—Es... precioso —declaró con un suspiro. Aquello sí que era una obra de arte; resultaría imposible igualarla, pensó con cierta decepción. A pesar de lo que había creído, tal vez su pintura no fuese tan buena después de todo.

—Penélope.

Esa única palabra, casi susurrada con melancolía, hizo que Arabella se girase hacia la pintora.

—¿Perdón?



—Penélope —repitió Angelica sin dejar de mirar el lienzo—, la mujer de Ulises. Tras la desaparición de su marido, se vio asediada por un gran número de pretendientes que aspiraban a ganar su mano. Cansada de soportarlos día tras día mientras consumían su hacienda en banquetes, organizó un concurso. Aquel que pudiera tensar el arco de su esposo y hacer pasar una flecha por el ojo de doce segures, sería quien obtendría su mano. Uno a uno lo intentaron, pero ninguno de ellos fue capaz ni siquiera de tensar el arco —le explicó—. He querido plasmar el momento en que ella toma la decisión de desafiarlos.

—¿Vas a venderlo?

Angelica negó con la cabeza.

—Pienso exponerlo al público —declaró mientras invitaba a Arabella, con un gesto, a dirigirse adonde aguardaba el té—. ¿Por qué debemos conformarnos con pintar retratos o naturaleza muerta? ¿Solo por el hecho de ser mujeres? Creo que somos capaces de pintar cualquier cosa, y pienso que las escenas mitológicas e históricas pueden ser muy sugerentes. Pero, bueno —le dirigió una sonrisa de disculpa mientras le servía una taza de té—, no te invité aquí para hablar de lo que yo pienso.

Arabella le devolvió la sonrisa. Luego, con cierta timidez, le extendió el rollo que sujetaba con fuerza en su mano.

—Este es un boceto de una de mis obras.

—Yo también suelo hacer bocetos primero, antes de pintarlos sobre el lienzo

—le dijo Angelica mientras lo cogía y lo desenrollaba. Se quedó mirando el papel con gesto concentrado.

Arabella se esforzó por no retorcerse las manos con nerviosismo mientras observaba pasar por los bellos ojos de Angelica diversas emociones: sorpresa, preocupación, placer. Luego comenzó a asentir.

—Sí, creo que podrá servir.

Las delicadas cejas de Arabella se alzaron en una muda interrogación.

—¿Servir? ¿Para qué?

Angelica dejó escapar una risa musical.

—Perdona, creo que debería de empezar a contarte todo por el principio. ¿Has oído hablar de Sir Joshua Reynolds?

—Por supuesto, es una eminencia entre los pintores londinenses.

—Lo es —convino Angelica—, y un gran amigo mío. Me confió que Sir William Chambers, el arquitecto, ha presionado al rey George para que apoye un nuevo proyecto, la fundación de la Real Academia de las Artes, a la que podrán acudir estudiantes con talento para estudiar y desarrollar sus capacidades artísticas. Se inaugurará en los primeros días de diciembre.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Arabella tan entusiasmada que por poco no derramó el té sobre su vestido. Dejó la taza sobre la mesa y esperó a que Angelica continuase hablando.

—Lo es, aunque dudo que permitan que una mujer estudie ahí —le dijo frunciendo los labios con desaprobación.

En el rostro de Arabella se dibujó la decepción.

—Entonces...

—Sin embargo —la interrumpió Angelica—, hacia el mes de abril del próximo año se organizará una primera exposición de arte. Los artistas que lo deseen podrán enviar sus obras; una vez aprobadas, entrarán a formar parte de la exposición. Creo que ahí tienes una magnífica oportunidad para darte a conocer

—le dijo al tiempo que daba golpecitos con el dedo sobre el boceto que yacía entre ellas sobre la mesita—. Presenta tu obra.

—Eso sería maravilloso, pero yo...

Unos suaves golpes en la puerta la interrumpieron. Cuando Angelica dio el permiso, Betty entró.

—Su visita ha llegado, señorita.

Angelica esbozó una sonrisa radiante y se levantó.

—Hazla pasar —le pidió mientras se dirigía ella misma hacia la puerta.

Arabella dudó sobre lo que debía hacer. Probablemente Angelica prefería recibir sola a su visita; quizás lo mejor sería marcharse y regresar en otro momento. Se levantó con la intención de recoger sus cosas y marcharse, pero la visita entró en la sala y ella solo pudo observar sorprendida la escena.

—¡Alex!

El tono de placer y de familiaridad que destilaba aquel nombre en los labios de Angelica, provocó en Arabella una emoción extraña, la sensación de que le arrebatában algo propio. Se dio cuenta de lo tensa que se encontraba y trató de relajarse, pero le fue imposible, en especial cuando vio que Angelica besaba en las mejillas al conde. La sonrisa que él esbozó a cambio fue tan hermosa, que Arabella hubiese querido dibujarla en ese momento para inmortalizarla.

Cuando los dos comenzaron a intercambiar comentarios en una lengua que no comprendía, Arabella se percató de que probablemente asistía, en primera fila, al reencuentro de unos amantes. La tristeza que la invadió en ese momento dejó en su corazón un poso amargo, y no entendió el porqué. Aunque era cierto que el conde tenía un cierto atractivo, ella apenas lo conocía y, por supuesto, no esperaba nada de él. El hecho de que le hubiese dicho que deseaba besarla, solo demostraba lo que ella ya sabía, que el conde era un libertino. No importaba que tuviese unos espléndidos ojos verdes, como una lluvia de esmeraldas, ni un hoyuelo encantador al lado de una sonrisa devastadora que hacía que le temblasen las piernas.

Dejó escapar un suspiro quedo. En ese instante, aquellos ojos esmeralda la miraron directamente, con desconcertante intensidad, y una sonrisa confiada, embriagadora, fue asomando a sus labios.

—¡Oh!, lo siento —se disculpó Angelica mirando del uno al otro—, con la emoción parece que me he olvidado de mis buenos modales. Ven, Alex, quiero que conozcas a mi encantadora visita.

Conforme se acercaban a ella, Arabella sintió que el corazón comenzaba a palparle con fuerza, casi como cuando contemplaba emocionada una obra de arte. Sí, pensó, tal vez se trataba solo de eso, veía al conde como a una hermosa obra de arte. El olor masculino, una mezcla de sándalo y madera, cuando lo tuvo cerca, le provocó un escalofrío. Sabía lo que era el deseo, lo experimentaba cada vez que se encontraba ante un lienzo en blanco, pero nunca lo había sentido con tanta fuerza ante un hombre.

La voz profunda del conde desvió su atención de esos pensamientos torturantes.

—Lady Arabella y yo ya nos conocemos —le dijo mientras hacía una leve reverencia y tomaba su mano llevándosela a los labios.

La sensación de aquellos labios cálidos y suaves sobre su piel, y la fuerza contenida de esa mano morena apresando la suya, más pequeña y blanca, bastó para que el corazón se le detuviera en el pecho y se echase a temblar. Aquel hombre era un experto en el arte de la seducción, y ella, tan ingenua como un niño de pecho, pensó con cierta rabia. Trató de retirar su mano, pero él la sujetó con firmeza mientras con el pulgar dibujaba sobre ella pequeños círculos, como si intentase calmarla. Cosa que resultaba imposible teniendo tan cerca esos profundos ojos verdes y el traicionero hoyuelo.

—Debí imaginarlo —declaró Angelica ajena por completo a la incomodidad de Arabella—, siendo como eres un amante del arte.

—¿Le gusta el arte, milord? —le preguntó al tiempo que daba un pequeño tirón para liberar su mano de la del conde.

—Disfruto siempre de la belleza —repuso él sin dejar de mirarla.

Notó que el rubor subía a sus mejillas y se preguntó qué pensaría Angelica de ella. Nerviosa, buscó algo que decir.

—Entonces, ¿también usted pinta?

El rostro del conde experimentó entonces una transformación. Su mandíbula se tensó, los rasgos de su rostro se endurecieron y sus ojos se volvieron fríos.

Arabella parpadeó sorprendida ante aquel brusco cambio y desvió su mirada hacia Angelica. Esta miraba al conde con ojos llenos de preocupación.

—Voy a pedir a Betty que traiga otra taza para el té —se apresuró a decir antes de dar media vuelta y dejarlos solos.

Arabella volvió a mirar al conde y luego bajó la vista hacia sus manos entrelazadas.

—Me disculpo si he dicho algo que lo haya ofendido, milord.

Alex suspiró y negó con la cabeza.

—Es un tema complicado para mí.

Esperó a que él se explicase, pero el conde no añadió nada más. Su mirada se hallaba perdida más allá de Arabella. Dio un paso hacia delante y ella retrocedió chocando apenas contra la mesilla, lo que hizo que las tazas tintineasen sobre los delicados platillos de porcelana. Alex se agachó y cogió el boceto que descansaba sobre la mesilla.

Cuando ella soltó una exclamación ahogada, el conde ni siquiera se inmutó.

Continuó mirando fijamente los trazos negros sobre el papel, las delicadas líneas de la espalda desnuda de la mujer, el perfil de su rostro, el brazo extendido sosteniendo al pajarillo en su mano.

Alex conocía a la perfección el estilo de Angelica, y sabía que aquel boceto no era suyo. Se habían conocido al poco de llegar él a Italia, cuando andaba errante por las diversas ciudades intentando saciar su deseo por el arte y buscando a alguien que le enseñase a pintar. Así fue como dio con el padre de Angelica, un pintor mediocre, pero un excelente maestro. Sin embargo, sus clases no duraron mucho. Le dijo que no tenía mucho talento, que quizás con la práctica hubiese podido alcanzar cierto nivel, pero él había tenido prohibido no solo usar los pinceles, sino incluso hablar de pintura. Por eso odiaba aún más a su padre.

—¿Es suyo? —le preguntó con la voz ronca por la emoción. Aquella imagen

provocaba en él cientos de sensaciones.

Al no escuchar respuesta, levantó la mirada del papel hacia Arabella. La angustia y la preocupación que vio en su rostro lo conmovió.

—Su familia no lo sabe, ¿verdad? —preguntó en tono suave. Ella negó con la cabeza. Se veía tan hermosa y tan vulnerable, que no pudo evitar acariciar con los nudillos su mejilla aterciopelada—. Lady Arabella, este será un secreto entre usted y yo.

—Gracias —murmuró cohibida por la sensación que le había provocado el roce de su mano.

Cogió el boceto que él le tendía y se concentró en enrollar el papel para evitar mirarlo a los ojos. Notó el calor que desprendía el cuerpo masculino cuando el conde se acercó a ella para susurrarle al oído.

—Y si algún día necesita un modelo masculino, puede usarme a mí.

Arabella sintió que el aire se le atascaba en los pulmones. Un calor ardiente le subió al rostro mientras se imaginaba al conde, desnudo, posando para ella.

Cuando se atrevió a levantar la mirada hacia él, vio su sonrisa burlona, llena de satisfacción, y soltó mentalmente una maldición muy poco femenina por haberse dejado engatusar, otra vez.

La dura réplica murió en sus labios cuando Angelica entró de nuevo en la sala seguida por Betty.

—Lo siento —se excusó con pesar—, tuve que atender unos asuntos domésticos.

Arabella terminó de enrollar el boceto y se acercó a ella. Notaba la mirada del conde sobre su espalda, pero no le importó parecer una cobarde por batirse en retirada.

—Discúlpame, Angelica, pero tengo que irme —le aseguró esbozando una sonrisa de disculpa—, mi madre me estará esperando.

—Oh, lo lamento. Me hubiera gustado... Bueno, no importa. Espero que vuelvas a visitarme pronto —comentó mientras se despedía de ella con un beso en la mejilla—, así podré ponerte al tanto de las nuevas noticias.

—Me encantará.

Arabella se giró hacia el conde y le dirigió una leve inclinación de cabeza sin atreverse a mirarlo.

—Lord Thornway.

Y, por segunda vez, Arabella salió huyendo como alma que lleva el diablo...dejando a ese mismo diablo tomando el té en el salón que ella acababa de abandonar.

## Capítulo 9

Lucy sacudió la cabeza nuevamente.

—No lo entiendo, milady, ¿por qué tiene que ir ahí?

—Ya te lo he dicho, Lucy —repuso Arabella con tono paciente mientras el coche de alquiler avanzaba despacio por la atestada calle—, porque necesito que alguien valore la pintura.

—Sí, pero ¿por qué precisamente *ahí*? —insistió con énfasis. Frunció el ceño y miró a su ama con ojos cargados de preocupación—. No es un buen lugar, milady, mucho menos para una dama.

Arabella dejó de mirar por la ventanilla y se volvió hacia la muchacha con una sonrisa que pretendía infundirle tranquilidad.

—Lo sé, Lucy, pero estarás de acuerdo en que no podía acudir a los principales marchantes de arte de la ciudad. Con seguridad mis padres se enterarían y todos mis sueños se vendrían abajo —le explicó. Al ver la duda dibujarse en el rostro pecoso de su doncella, insistió—: tú sabes lo que diría la duquesa.

Lucy dejó escapar un suspiro de resignación. Para la duquesa, todo el arte comenzaba y acababa en los vestidos y las joyas. Aunque tenía un corazón de oro y se mostraba muy generosa con el servicio, era una mujer superficial aferrada a las convenciones tradicionales. Si se enterase de los planes de su hija, probablemente se escandalizaría y querría que Arabella se recluyese en el campo hasta que se olvidase del asunto. Entonces se lo comunicaría al duque, y el duque la obedecería porque, aunque era un hombre de carácter fuerte y aficionado a las discusiones políticas, había delegado por completo la crianza de sus hijos, excepto la del primogénito, en las manos de su amada esposa.

El carruaje se bamboleó bruscamente al tomar una curva y Lucy se golpeó



contra la portezuela. Soltó un gruñido de protesta y masculló unas palabras ininteligibles contra el cochero mientras se frotaba el hombro dolorido. Luego volvió a la carga con sus preguntas.

—¿Y por qué necesita ver a un marchante si ya la señorita Angelica le ha dicho que estaba bien?

—Bueno, ella nunca dijo que estaba bien, solo que podía servir para la exposición —le aclaró.

—Pues es lo mismo, digo yo.

—No, Lucy, no es lo mismo —señaló—. Además, Angelica solo vio el boceto, no el cuadro ya terminado. —Vio que la muchacha se disponía a protestar de nuevo y se apresuró a continuar—: Y quiero que lo valore un hombre capacitado, porque, al fin y al cabo, serán hombres los que compondrán el tribunal de revisión de las obras. Si un marchante de arte acepta mi obra, entonces significará que tengo alguna posibilidad.

Lucy se rindió finalmente, pero no quiso dejar de decir la última palabra.

—Pues al menos debería tener a un hombre que la acompañase.

Arabella no se molestó por el tono hosco de su doncella. Lucy le era fiel, sabía guardar un secreto y se preocupaba mucho por ella. No podía pedir más.

Pensó en sus palabras. Le habría encantado poder contar con James, Edward o Robert, pero a este último casi nunca lo veían, y los otros dos... bueno, el arte no entraba en sus prioridades, y no creía que pudieran comprender lo que ella sentía.

Una vívida imagen del conde de Thornway apareció en su mente, y recordó las palabras que Angelica le había dirigido, «...*siendo como eres un amante del arte*». ¿Sería verdad? ¿Era por eso por lo que conocía a Angelica? Imaginarlos juntos hizo que se le encogiera el estómago. ¿Cómo sería tener a su lado a un hombre que le comprendiese, que compartiese sus mismos gustos, con el que poder hablar de igual a igual? ¿Cómo sería compartir la vida con alguien que no la considerase un adorno, alguien junto al que poder

acurrucarse las noches de invierno, alguien que la amase tal como era?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el coche se detuvo abruptamente y la voz hosca del cochero les avisó a través de la trampilla de que habían llegado. Echó un vistazo a través de la estrecha ventanilla antes de descender detrás de Lucy.

El lugar no le pareció tan malo, al menos bajo la luz del día. Cambió de opinión después de haber recorrido unos cuantos pasos con su doncella casi pegada a la espalda mientras le susurraba que Holborn estaba lleno de prostíbulos y después de haber recibido algunos comentarios obscenos — algunos de los cuales ni siquiera había comprendido— por parte de supuestos caballeros y otro tipo de hombres que pululaban por la multitud de tabernas y negocios que se abrían a lo largo de la calle. Si no encontraba pronto la dirección que buscaba, daría media vuelta y se marcharía, de otro modo, terminaría por destrozar el lienzo que llevaba sujeto bajo el brazo por la fuerza con que lo apretaba al tratar de controlar el miedo y el nerviosismo que sentía.

Casi al llegar a St. Giles, encontró lo que buscaba. Dubitativa, se mordió el labio inferior con inseguridad. La fachada del pequeño negocio dejaba mucho que desear. El edificio de ladrillo, que acumulaba suciedad de hollín y otras cosas que Arabella no deseaba descubrir, constaba de tres plantas. En la de abajo se situaba la tienda, cuyo escaparate se abría al estrecho callejón mostrando caballetes y otros utensilios para pintar, así como algún que otro lienzo con paisajes y retratos. Las dos plantas superiores tenían unas ventanas semicubiertas por telas y con algunos cristales rotos. Sobre el dintel de la puerta descansaba un letrero que rezaba: *Horatio Brown. Marchante de arte.*

Decidió entrar cuando vio a un par de hombres, de aspecto dudoso, acercándose a ellas. Lucy casi la derribó en su prisa por refugiarse en el interior del comercio.

Cuando se recuperó del empujón, y una vez que hubo escuchado y aceptado las profusas disculpas de su doncella al respecto, echó un vistazo al local.

Aunque el mobiliario era viejo, al menos todo en aquel espacio estaba ordenado y limpio. El conocido olor a pintura obró un efecto tranquilizador

sobre ella.

Mientras observaba algunos de los cuadros que había expuestos sobre caballetes, se abrió la cortina situada al fondo de la estancia dando paso al

comerciante. Se trataba de un hombre más bien bajo y con una pronunciada barriga que sobresalía amenazadora por debajo de los picos de su chaleco dorado. La ausencia de cabello hacía que su cabeza se viese reluciente y brillante

—como cuando las criadas de Westmount Hall abrillantaban el pasamanos de la escalera—, excepto alrededor de las orejas; por el contrario, sus negras cejas eran abundantes y se enclavaban sobre unos ojos diminutos que parecían hacer inventario de todo cuanto veía. Una nariz respingona y una boca generosa completaban su aspecto.

Tras haber calibrado el elegante atuendo de Arabella, y darse cuenta de que se trataba de una dama de alcurnia, se frotó las manos y esbozó una espléndida sonrisa.

—Horatio Brown a su servicio, milady —se presentó mientras efectuaba una exagerada reverencia que, dado su escaso tamaño, hizo que casi rozase el suelo con su nariz. Arabella se mordió el labio para no soltar una sonora carcajada que sin duda hubiese ofendido al hombre—. ¿En qué puedo servirlos? ¿Buscáis quizás una obra de arte para vuestra colección? ¿Estáis interesada en un retrato?

Tengo un retratista con muy buena fama entre las damas de la aristocracia.

Arabella negó con la cabeza mientras le sonreía.

—Muchas gracias, señor Brown, pero no busco nada de eso, aunque sí que necesito su ayuda —le aseguró al ver el mohín de decepción en su boca—. Verá, tengo esta pintura... —dijo al tiempo que colocaba el lienzo delante de él y lo descubría.

Los azulados ojos del hombrecillo brillaron con avidez.

—¡Oooh! —exclamó visiblemente fascinado por la obra—. ¿Desea venderlo?

Estoy seguro de que...

—No —lo interrumpió ella tajante. Luego añadió con más suavidad—: lo que deseo es que lo tase. Me gustaría poder contar con tres opiniones sobre el valor de la obra, no solo económico, sino también en cuanto a su valor artístico.

El señor Brown frunció el ceño haciendo que sus cejas pareciesen las negras alas de un cuervo.

—¿Es usted la dueña?

—Es la artista que lo ha pintado —repuso Lucy con orgullo, lo que le valió

una mirada severa por parte de Arabella y una de asombro proveniente del marchante.

—Es usted una artista notable, milady.

Arabella ignoró el halago.

—¿Podrá hacerlo, señor Brown? Le aseguro que le pagaré bien.

Casi como si pudiera ver los engranajes de su cerebro, notó cómo el hombre hacía rápidamente un análisis de la situación, y después asentía mientras esbozaba una gran sonrisa que Arabella correspondió aliviada.

—Puedo hacerlo, milady, y será un placer y un honor para mí poder ayudarla.

—¿Cuánto cree que llevará obtener algún resultado? —quiso saber.

El marchante se rascó la barbilla, pensativo.

—Lo mejor sería contar con varias opiniones, por supuesto.

—Por supuesto —corroboró Arabella.

—Entonces serían unas tres o cuatro semanas, milady, tal vez algo más. No quisiera sacar el lienzo de mi pequeño negocio —le explicó—, preferiría esperar a que los caballeros que pueden dar una opinión valiosa acudan aquí.

Arabella se mordió el labio inferior dubitativa.

—¿Y si no vienen?

El hombre le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No se preocupe, milady, ellos siempre vienen. Horatio no le defraudará —le aseguró.

—Gracias, señor Brown. Entonces, ¿cuánto le debo por sus servicios?  
— preguntó al tiempo que sacaba la desgastada bolsa de terciopelo en la que guardaba las monedas.

El marchante levantó las manos y las agitó ante la nariz de Arabella mientras sacudía la cabeza con determinación.

—No, no, no, milady. Soy un hombre honrado —repuso, y estiró repetidamente del chaleco como si ese gesto pudiese calmar su dignidad ofendida—. Nunca cobro mis honorarios por adelantado, solo lo hago cuando estoy seguro de que mi cliente ha quedado satisfecho.

—Es una actitud muy loable, señor Brown —lo aduló esperando aliviar su orgullo herido—. Entonces, volveremos a vernos en tres semanas.

—Por supuesto, milady. En caso de que tenga noticias antes, ¿hay alguna dirección en la que pueda encontrarlos?

Arabella rebuscó en su bolsito, extrajo una de sus tarjetas de visita, sobre la que escribió la dirección de Caroline, y se la entregó al hombre.

—Puede acudir a esta dirección, señor Brown, y lo recibiré con mucho gusto.

El marchante leyó la tarjeta y sus ojos se abrieron debido al asombro y la sorpresa al leer el nombre de su clienta.

—Gracias, Excelencia —le dijo mientras se inclinaba repetidamente en su presencia—. Ha sido un placer, Excelencia.

Lucy soltó una risilla que disimuló convirtiéndola en una tos, y Arabella sonrió divertida ante la efusividad del hombre.

—Milady estará bien, señor Brown, no hace falta que use otro título.

—Como desee, Excelencia.

Arabella suspiró resignada y, tras esperar a que el señor Brown efectuase la última reverencia, le entregó el lienzo que había vuelto a cubrir.

—Le ruego que lo cuide mucho —le suplicó Arabella—. Es muy importante para mí.

—Por supuesto, por supuesto —le aseguró. Luego se dirigió hacia la cortina del fondo y, tras abrirla, gritó hacia el interior—. ¡Johnny!

A los pocos minutos apareció un joven desgarrado que llevaba el pelo revuelto y un delantal salpicado de pintura.

—Dígame, señor Brown.

—Vete a pedir un coche para la dama —dijo entregándole una moneda que sacó del bolsillo de su chaleco— y dile que venga aquí a la puerta.

—No es necesario, señor Brown.

—Por supuesto que lo es, milady. No es... —se detuvo buscando la palabra — adecuado que dos mujeres jóvenes caminen solas por este barrio. Date prisa, Johnny.

El joven asintió y se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo de golpe, con la boca abierta, cuando vio a Lucy. La doncella le dirigió una sonrisa pícaro y el joven enrojeció antes de salir disparado por la puerta hacia la calle.

Afortunadamente, el coche no tardó demasiado, porque Arabella no hubiera podido aguantar otra explicación sobre las generaciones de señores

Brown que se habían dedicado al comercio del arte. Le dirigió una sonrisa agradecida y permitió que el hombre la ayudase a subir al carruaje mientras le aseguraba el honor que había supuesto su visita y que, en cuanto tuviera alguna noticia, se lo haría saber. Lucy subió detrás de ella, no sin antes haberle guiñado un ojo al joven aprendiz que en ese momento lucía una sonrisa boba en los labios.

El coche partió con una sacudida, y Arabella suspiró aliviada.

—Bueno, pues ya está hecho, milady —comentó Lucy interrumpiendo el silencio que se había alargado después de abandonar la tienda.

—Sí, Lucy, ya está hecho —convino, notando cómo el estómago se le encogía por la aprensión.

—Ahora podrá centrarse en las cosas importantes, como el baile de esta noche en casa de los condes de Berckley.

Recordaba la invitación que habían recibido los duques, y en la que ella estaba incluida, pero no le había parecido que mencionase nada especial en ella.

—¿Y qué tiene de importante ese baile? —le preguntó con curiosidad.

—Es una oportunidad para que encuentre marido —sentenció Lucy con convencimiento—. Allí habrá un montón de apuestos caballeros, y solteros —apostilló.

Arabella puso los ojos en blanco y dejó escapar un resoplido poco femenino.

—No necesito un montón de apuestos caballeros, Lucy, me basta con uno que sepa conversar de algo que no sea él mismo.

Ataviada con un espléndido vestido de seda color marfil con bordados plateados en el corpiño y en el bajo, Arabella suspiraba por que las palabras que le había dicho a Lucy hacía varios días, se hiciesen realidad.

Había llegado al baile acompañada de sus padres. Enseguida los había abandonado para encontrarse con Victoria; pero en cuanto el baile había dado

comienzo, su prima se había visto arrastrada hacia la pista por un sinfín de pretendientes mientras ella soportaba la charla banal de algunos caballeros. Al fin, cansada de tanta palabrería, le había espetado a uno de sus acompañantes, un engreído vizconde, que si pensaba recitarle al completo la lista de sus antepasados, bien podría hacerlo mientras se deslizaban por la pista de baile al son de la música. El caballero en cuestión la había mirado horrorizado, su rostro había subido de color al menos cuatro tonos y, tras dirigirle una rígida inclinación de cabeza, se había marchado sin decirle una sola palabra.

Arabella contuvo un suspiro de cansancio y se frotó la frente. La cabeza había comenzado a dolerle; además, lamentaba mucho haberse comportado de una forma tan poco digna de una dama. Esperaba que el vizconde fuese lo suficientemente caballero como para no airear su falta.

Echó un vistazo al salón. Vio a Victoria bailando con su hermano James y a su madre que conversaba con algunas matronas. Su padre no se veía por ninguna parte, probablemente se había retirado a una de las salitas donde los caballeros jugaban a las cartas. Pensó que ese era un buen momento para escabullirse un rato, así que se dirigió hacia las puertas de acceso a la terraza que se encontraban abiertas para que entrase el aire, a pesar de que la noche era algo fría.

La luna se exhibía orgullosa en el firmamento, arropada en oscuro manto. Su resplandor iluminaba los preciosos jardines otorgándoles una cualidad mágica que no tenían a la luz del sol. Arabella se dirigió hacia el rincón, donde las sombras eran más profundas y las notas de música parecían perderse en un murmullo de fondo. Se acercó hasta la balaustrada de piedra y se apoyó en ella mientras contemplaba las estrellas.

Angelica la había invitado a asistir a la inauguración de la Real Academia de las Artes que tendría lugar el día diez de diciembre. En ella anunciarían la exposición de verano; todo aquel que deseara enviar sus obras para su valoración, podría hacerlo, pero solo las mejores serían expuestas.

Hacía una semana que ella había dejado su ninfa con el señor Brown. ¿Sería lo suficientemente buena para ser expuesta?

La voz, profundamente masculina, la sobresaltó.



—Una tentadora ninfa de la noche.

Arabella reprimió un escalofrío y se volvió hacia él. El conde se veía demasiado apuesto con su casaca de seda verde con ribetes dorados y chaleco a juego. Su rostro parecía más pálido, iluminado por la luna, y sus ojos más oscuros y misteriosos.

—No soy ninguna ninfa, milord —repuso imprimiendo un tono ácido a sus palabras para ocultar el nerviosismo causado por su cercanía—, y, por supuesto, no soy tentadora.

—Para mí sí —le aseguró él con voz ronca.

Arabella bajó la cabeza y comenzó a retorcerse las manos en un gesto inconsciente. Aquel hombre lograba que todo su cuerpo temblase y que su mente fantasease con cosas prohibidas. Sin embargo, no podía olvidar que el conde era un experimentado seductor. Cuando Arabella habló, su voz salió apenas en un susurro.

—Por favor, milord, no juegue conmigo. No soy... experta en este tipo de coqueteos.

Alex la observó un rato en silencio. Había pronunciado aquellas palabras con sinceridad. Desde que la había conocido, ella había supuesto una continua tentación para él. No tenía un rostro bello, pero él había visto cómo sus ojos se encendían de pasión cuando hablaba de arte, y cómo sus dulces labios esbozaban una sonrisa sincera cuando algo le divertía. En ella se juntaban pasión e inocencia, y él deseaba explorar la primera y conquistar la segunda.

La tomó con suavidad por la barbilla y alzó su rostro.

—Arabella...

La vulnerabilidad que vio en ella lo hizo maldecir interiormente. Tal parecía que él no era mejor que su padre.

—¿Arabella?

La voz de su madre la sobresaltó, pero no le dio tiempo a reaccionar antes de

verse arrastrada hacia la pared donde reinaba una absoluta oscuridad. Debería haber sentido el frío de la piedra que atravesaba la delgada tela que recubría su espalda, pero el calor del cuerpo masculino que la envolvía por delante se lo impedía. El suave aliento de él olía a brandy y le acariciaba el rostro con cada respiración.

Cuando la terraza quedó de nuevo en silencio, Arabella se atrevió a levantar el rostro. Su corazón latía frenético a pesar de que él no la tocaba en ninguna parte de su cuerpo, pero sus labios se encontraban muy cerca, y la respiración de él era pesada. Vio cómo su cabeza descendía sobre su rostro, y cerró los ojos.

La tibieza de los labios masculinos sobre su frente la sorprendió. Cuando abrió los ojos, él ya se había marchado.

## Capítulo 10

El desayuno yacía abandonado sobre su plato y el café se había enfriado.

Arabella era incapaz de concentrarse en algo tan sencillo como alimentarse cuando su mente se ocupaba en recordar la experiencia de la noche anterior.

Aún podía sentir el cosquilleo que le habían producido los labios del conde sobre su frente y el estupor que le había sobrevenido después. Había esperado que la besara, lo había deseado incluso, pero por lo visto él no tenía el mismo deseo, a pesar de las palabras que había pronunciado poco antes. ¿Quién iba a querer besar a una mujer como ella? Carecía del atractivo de su prima Victoria.

Su rostro era pasable, aunque su mente fuese brillante. Podía leer en latín, francés y griego, y conversar sobre casi todos los temas; pero su cuerpo menudo carecía de esas curvas que parecían atraer a todos los hombres.

Dejó escapar un suspiro melancólico. De todas formas, ¿por qué iba a querer ella atraer al conde? Hasta entonces el arte había sido su único amante, y así seguiría siendo.

—¿No tienes hambre, querida?

Su madre la observaba atentamente por encima del periódico que estaba leyendo. Su padre, en cambio, no levantó la mirada del suyo. Cuando tenía que contestarle a su esposa, lo hacía con monosílabos y sin despegar la vista del papel.

—No mucha, madre.

—¿No estarás enferma?

Al ver la mirada alarmada que su madre le dirigió, se apresuró a negar con la cabeza.

—No, solo un poco cansada —le aseguró. Luego se apresuró a cambiar de tema—. ¿Dónde están mis hermanos?

—Durmiendo todavía —replicó con sequedad—. En eso no se parecen a su padre.

El duque gruñó para manifestar su acuerdo y Arabella sonrió. Sus tres hermanos habían heredado la apostura del duque, su espeso cabello rubio y su estatura; solo los ojos de color aguamarina pertenecían a su madre. En cuanto a su carácter, esa era otra cuestión. James era el más responsable de los tres, quizás por su condición de heredero, pero solo cuando recordaba que lo era; Edward prefería ante todo divertirse, y vivía la vida como si fuera una enorme broma; y Robert..., en fin, Robert era un misterio para todos.

—Anoche la velada se alargó bastante —comentó con intención de disculpar a sus hermanos.

La duquesa alzó una sola rubia ceja que mostraba todo el escepticismo que las palabras de Arabella le merecían. Había parido a sus hijos y los conocía muy bien, así que no consideró necesario replicar a aquel comentario. Volvió sus ojos al periódico y se dedicó a diseccionar a los miembros de la alta sociedad que en él aparecían.

Arabella se preguntó si debería abandonar el comedor familiar y prepararse para su cita con Victoria, aunque todavía fuese temprano. Las siguientes palabras de su madre atrajeron su atención.

—Según dice aquí, próximamente se inaugurará la Real Academia de las Artes, y parece ser que Sir Joshua Reynolds será su primer presidente. Qué interesante —musitó.

Arabella se quedó mirando fijamente a la duquesa, a la espera de algún comentario adicional. Estaba a punto de preguntarle, cuando su madre continuó:

—Aquí dice que será una academia en la que se formarán los mejores artistas de Inglaterra. Un poco pretencioso para mi gusto —declaró antes de seguir leyendo—. Oh, por lo visto, entre los académicos habrá también dos mujeres.

¡Qué desfachatez! ¿A dónde llegaremos? Una mujer metida a pintora —repuso con desdén—. Nuestro George no debería permitirlo. El rey tiene poder para hacer eso, ¿no es así, querido?

—Por supuesto —respondió el duque sin levantar la mirada de su propio periódico.

—Pero si el rey mismo ha apoyado este proyecto, madre —argumentó Arabella en tono defensivo.

La duquesa la contempló con perplejidad y abrió la boca para interrogarla.

—¿Qué es lo que ha hecho nuestro querido George? —preguntó su hermano James al entrar en la sala mientras ahogaba un bostezo.

Se acercó a su madre y depositó un beso en su frente. Arabella contuvo un suspiro de desilusión. Así era como la había besado el conde, como si ella fuese una vieja matrona y no una joven mujer.

«Virgen», se recordó a sí misma. «Te asustaste, y tú misma le dijiste que no jugase contigo», se reprochó. Se sacudió de encima esos pensamientos y volvió a prestar atención a su madre.

—Se trata de esa nueva academia de arte —le contestó a su hijo.

James, que en ese momento se servía un buen plato para el desayuno, asintió con la cabeza.

—He oído hablar de ella. Por lo visto le hará la competencia a la Sociedad de Artistas.

La duquesa sacudió la cabeza.

—No comprendo por qué tantos caballeros deben dedicarse a la pintura cuando hay otras muchas cosas de las que se pueden disfrutar.

—Lo mismo opino yo, madre —convino James mientras tomaba asiento a la mesa y guiñaba un ojo disimuladamente a Arabella—. No hay placer mayor que gozar de una hermosa mu...

—¡James! —chilló su madre escandalizada.

—...música, madre —concluyó con tono inocente—, iba a decir una hermosa música.

El duque carraspeó para disimular la risa.

—Oh, no creas que no sé lo que ibas a decir James Marston —replicó la duquesa molesta—. Eres un bribón, y a mí no puedes engañarme, por algo soy tu madre.

James soltó una alegre carcajada.

—Sí, y eres la mejor madre del mundo y, sin duda, la más hermosa.

La duquesa se ruborizó como una chiquilla.

Arabella sonrió y sacudió la cabeza. Sus hermanos eran capaces de domesticar hasta a una serpiente con sus encantos. Dejó a un lado la servilleta y enseguida acudió un lacayo a retirarle la silla.

—¿Ya te marchas, querida?

—Sí, madre, he quedado con Victoria.

James esbozó una mueca de disgusto.

—No dejes que te meta en ningún lío —le espetó con tono de mal humor—.

Esa mujer atrae los problemas allá por donde pasa.

Arabella miró a su hermano con curiosidad. Nunca lo había visto tan molesto con su prima, si bien andaban siempre lanzándose pullas el uno al otro, y a James le encantaba molestarla.

—No hables así de tu prima —le recriminó su madre—; es una joven maravillosa.

Arabella abandonó la estancia dejando atrás la discusión sobre su prima en la

que se habían enzarzado su madre y su hermano. Esperaba que el disgusto de James con Victoria fuese pasajero.

Cuando una de las criadas le avisó de que el carruaje de los Cavendish había llegado ya, se apresuró a bajar las escaleras. Sin embargo, su prima no la esperaba en el recibidor, como solía hacer, sino en el interior del coche. Cuando subió a este, ayudada por un lacayo, se encontró a Victoria de mal humor.

—Necesito dos sombreros nuevos —espetó con sequedad—, o mejor tres.

A Victoria no le gustaba estar de mal humor, normalmente era una persona alegre; por eso, cuando algo le disgustaba, solía acudir al único remedio que le devolvía el buen humor: comprarse un sombrero nuevo.

—¿Por qué no has querido entrar? —le preguntó sin preámbulos.

Victoria hizo una mueca de disgusto.

—Para no encontrarme con el idiota de tu hermano.

Arabella suspiró resignada.

—Supongo que te refieres a James. ¿Qué ha hecho esta vez?

Victoria apretó los labios con fuerza antes de dejar que las palabras estallasen de su boca como un volcán en erupción.

—Se cree con derecho a controlar mi vida —comentó enfadada—, pero yo creo que ya soy mayorcita para elegir a mis amistades y la compañía que quiero.

Anoche, en el baile, mientras conversaba tranquilamente con lord Manbroke, tu hermano irrumpió como un, un... primitivo, y lo echó diciéndole que si volvía a verlo cerca de mí le rompería su perfecta nariz. ¿Puedes creértelo?

—Vic, sabes que James se preocupa por ti.

—¡Ja! —repuso con sorna—. Él solo se preocupa por mi dinero.

La tristeza velada que había en sus palabras reclamó la atención de Arabella que la miró con atención. Abrió los ojos sorprendida.

—Vic, ¿estás enamorada de James!

Arabella esperaba que ella lo negara o al menos fingiera que no era así; sin embargo, su prima giró la cabeza para mirar por la ventanilla.

—No es como si yo hubiera decidido enamorarme de él —señaló al cabo de un rato en el que el silencio llenó el interior del carruaje—; no puedes pedirle razones al corazón.

Se encogió de hombros con gesto indiferente, pero a sus ojos verdes asomaron unas lágrimas. Arabella se movió rápidamente a su lado y la abrazó con cariño.

—¡Oh, Vic, lo siento! James es...

—...un asno —concluyó ella esbozando una sonrisa temblorosa—. No te preocupes, esto no es nada que un par de hermosos sombreros nuevos no pueda resolver —añadió al notar que el coche se detenía.

Un lacayo abrió la portezuela y las ayudó a descender. En la calle las esperaba solo la doncella de Victoria. Ya que iban a ir en carruaje y no tenía ningún recado personal que hacer, Arabella había preferido que Lucy se acercase a casa de Caroline por si habían recibido alguna respuesta del señor Brown.

Bond Street era un hervidero de personas que iban y venían; se había convertido en un prestigioso centro de comercio al que acudía la alta sociedad en busca de artículos de lujo.

—No hace falta que entres conmigo —le dijo Victoria cuando se hallaban ya en la puerta de la sombrerería—. Sé cuánto te disgustan las compras.

—No me disgustan —la contradijo—, y por supuesto que entraré contigo. No pienso dejarte sola en estos momentos.

—No es como si me hubieran abandonado en el altar, Arabella —repuso con



una chispa de diversión en sus ojos.

Arabella sonrió.

—Ya lo sé, pero esta vez pienso quedarme a tu lado, aunque desees probarte todos los sombreros que haya en la tienda.

—Te tomo la palabra —respondió Victoria guiñándole un ojo.

Después de diez minutos, se había arrepentido ya de sus palabras, pues le parecía que, efectivamente, su prima había decidido probarse todos los modelos que había en la sombrerería.

—Arabella, será mejor que salgas; estás poniendo nerviosa a la señora Woodstrow —le comentó su prima con un brillo divertido en los ojos.

Arabella se giró, sorprendida por el comentario de Victoria.

—Pero si no estoy... —se interrumpió al darse cuenta de que había comenzado a caminar por la tienda estorbando el trabajo de las dependientas. El rubor cubrió sus mejillas—. Lo siento. Creo que... será mejor que espere fuera.

Iré a...

Victoria hizo un gesto con la mano despidiéndola.

—A la librería, ya lo sé. Te buscaré allí cuando termine.

Asintió con la cabeza y recogió su sombrero y sus guantes. Cuando estaba a punto de salir, escuchó que Victoria llamaba a su doncella, pero no se detuvo.

Seguramente la muchacha la alcanzaría enseguida.

Cuando salió a la calle suspiró aliviada. Echó un vistazo alrededor y divisó la librería al otro lado de la calzada. Se dirigió hacia allá. No entendía cómo Victoria podía aguantar tanto probándose ropa y sombreros. Ella detestaba las compras. ¿Sería antinatural? ¿Tenía ella algún fallo como mujer? A lo mejor era por eso por lo que los caballeros no se fijaban en ella. Bueno, Alex... es

decir, lord Thornway, sí que se había fijado, pensó, o al menor eso había insinuado.

Perdida en sus pensamientos, no escuchó el grito de advertencia. De repente le pareció que el suelo temblaba bajo sus pies. Se giró en ese momento y lo que vio la dejó paralizada. Un carruaje enorme y pesado, tirado por cuatro caballos negros, se dirigía hacia ella a toda velocidad; sin embargo, a ella le parecía que la escena se desarrollaba con una lentitud increíble. Se fijó en el cochero, a quien no podía ver el rostro puesto que lo llevaba embozado en una bufanda oscura dejando solo visibles los ojos debajo del sombrero. Lo que la sorprendió fue que el hombre no parecía intentar detener a los caballos, sino que los azuzaba con el látigo. Los hermosos animales tenían los ollares dilatados por el esfuerzo de la respiración. El coche se bamboleaba a causa de la velocidad y Arabella temió que fuese a volcar en algún momento.

Entonces los gritos penetraron en su mente confusa y parpadeó como si emergiese de un sueño. Oyó el piafar de los caballos y el retumbar de los cascos sobre los adoquines. Abrió los ojos aterrorizada y trató de correr, pero las piernas no le respondieron.

Aunque logró apartarse un poco, no fue suficiente. Notó que algo chocaba con fuerza contra su espalda y le golpeaba la pierna izquierda arrojándola contra el duro suelo. Al caer se golpeó la cabeza y de pronto el mundo a su alrededor se transformó en una negrura espesa. Perdió el conocimiento.

Los oídos le zumbaban y el cuerpo le dolía terriblemente. Su cabeza latía como un tambor y sentía la frente y el rostro pegajosos. No quería abrir los ojos.

Solo quería descansar, pero el molesto zumbido persistía. De pronto este se transformó en un coro de voces estridentes y chillonas que le hicieron apretar los dientes. Una de las voces la llamaba por su nombre. Reconoció la voz angustiada y el tono urgente de Victoria.

Se esforzó por abrir los ojos, pero la luz le provocó una oleada de náuseas y volvió a cerrarlos. Entonces sintió una caricia suave en la mejilla y una voz profunda que pronunciaba su nombre con ternura. Sus párpados se abrieron con lentitud ante aquella llamada y descubrió una figura inclinada sobre ella.

Cuando sus ojos lograron enfocar, vio un rostro masculino de mandíbula fuerte, nariz recta, labios carnosos y unos preciosos ojos verdes llenos de preocupación por ella.

—Alex...

Pronunció su nombre con un suspiro de alivio mientras contemplaba el precioso hoyuelo que había aparecido en su mejilla al sonreír.

—Arabella, ¿te encuentras bien?

Arrodillada a su lado, su prima se retorció las manos en un gesto de nerviosismo y preocupación.

—No lo sé —manifestó mientras cerraba de nuevo los ojos—. Me duele todo el cuerpo.

—¿Recuerdas lo que ha pasado? —le preguntó él.

Intentó asentir, pero le sobrevinieron las náuseas al notar el fuerte dolor que recorría su espalda hasta llegar al cuello. Respiró profundamente para calmarlas.

—Voy a tomarte en brazos y a llevarte a ver a un médico —le explicó Alex.

Su voz era calmada, porque no quería alterar a Arabella, pero por dentro temblaba de furia y de preocupación.

Paseaba con tranquilidad por la calle cuando vio un grupo de personas congregadas frente a uno de los negocios. Entonces había escuchado la palabra «accidente». Mientras se estaba acercando al lugar para ver si podía ser de alguna ayuda, había escuchado gritar el nombre de Arabella. La sangre había abandonado su rostro al darse cuenta de que la mujer que gritaba era Victoria.

Nunca se había movido con tanta rapidez. Apartando a la gente a empujones, se había abierto camino hasta donde yacía Arabella. Al verla en el suelo, con el rostro cubierto de sangre, el corazón se le había detenido y un dolor extraño se había instalado en su pecho. No podía perderla. Se había aferrado a ese

pensamiento mientras comprobaba, aliviado, que ella respiraba.

Arabella no quería moverse. La pierna y la cabeza le latían con un dolor sordo, punzante, y la espalda le quemaba. De vez en cuando, un dolor agudo la atravesaba hasta el cuello, como si una garra metálica arañase la delicada piel de su espalda. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que notó el sabor salado en sus labios y unos dedos cálidos que enjugaban su rostro.

—Tengo que hacerlo, Arabella.

El temblor que percibió en su voz hizo que ella se diese cuenta de lo preocupado que estaba, y una oleada de ternura la recorrió por dentro.

—Solo hazlo —repuso en un susurro.

Con todo cuidado, Alex pasó un brazo por debajo de sus piernas y otro por la espalda. La angustia le oprimió el corazón cuando vio que Arabella apretaba los dientes con fuerza y más lágrimas manaban de sus ojos. La recostó contra su pecho y la calmó con palabras.

—Ya está, cariño. No llores más.

Arabella cerró los ojos y se dejó acunar.

—Mi carruaje está un poco más adelante —señaló Victoria que los seguía detrás junto con la doncella, que no había dejado de llorar desde que había visto lo ocurrido—. Puede llevarla con el doctor Blackwell, es el médico de la familia.

Yo iré con Mary a Westmount Hall para avisar a los duques.

Alex asintió.

—Trate de no alarmarlos demasiado. Será mejor que la esperen en la casa, yo la llevaré allí cuando el doctor la haya revisado.

Acomodarla en el interior del carruaje no fue sencillo, ya que Alex no quiso dejarla fuera del círculo protector de sus brazos ni un solo momento. Para ella supondría un tormento dejarla y volverla a coger. Por suerte, el coche era

amplio y él se acomodó en el asiento con Arabella en su regazo.

Tenía la cabeza acomodada sobre su hombro, con la frente apoyada sobre su cuello. Alex podía ver la sangre seca alrededor de la herida que tenía en un costado de la cabeza.

—Me gusta tu olor —declaró Arabella con un susurro amortiguado por la chaqueta de él.

Alex sonrió. Probablemente la conmoción del golpe era la causa de aquella desinhibición en la formal lady Arabella Marston.

—No deberías de decir cosas que una dama no diría, o luego te arrepentirás de ellas —repuso divertido.

—Es que soy algo más que una dama.

—¿Ah, sí? ¿Y qué eres?

—En primer lugar, soy una mujer.

—Lo eres —convino Alex, que no había podido evitar notar las deliciosas curvas femeninas—, y una mujer hermosa —añadió.

—Y, además, soy pintora —agregó ella satisfecha sin reparar en las palabras de él.

—Eso ya lo sabía.

—¿Y no te molesta? —preguntó ella dubitativa.

—No —admitió él—, no me molesta en absoluto.

Arabella sonrió invadida por una extraña felicidad. Le pareció que los labios de él depositaban un suave beso sobre su cabello, aunque tal vez lo había imaginado. La vista se le estaba nublando otra vez y la realidad parecía volverse cada vez más distante.

Alex respiró aliviado cuando el carruaje se detuvo frente a la puerta del

doctor.

Arabella perdió el conocimiento.

# Capítulo 11

Arabella se sentía aturdida, confusa y agobiada.

Su madre no dejaba de revolotear a su alrededor hecha un manojo de nervios.

Tan pronto le recolocaba las almohadas como le ponía la mano sobre la frente para comprobar que no tuviese fiebre, o le ofrecía un vaso de agua que ya le había ofrecido dos segundos antes. Si seguía así, iba a ponerse a gritar de un momento a otro.

Llevaba casi cuatro días recluida en su habitación, desde que lord Thornway la había llevado a su casa. Los duques habían armado un gran escándalo al verla entrar en brazos de Alex, pálida y con la cabeza envuelta en vendas. Él había tratado de tranquilizarlos explicándoles que no había sufrido lesiones graves, solo una pequeña conmoción general. Se recuperaría con un poco de reposo.

Pero ya estaba harta de tanto descanso. La cabeza había dejado de dolerle y ya podía apoyar la pierna en el suelo. Se había dedicado a dar pequeños paseos por el cuarto cuando su madre la dejaba sola, lo cual no sucedía con frecuencia. La duquesa había decretado que no tuviese visitas, ni siquiera la de sus propios hermanos o la de Victoria. Así que a la única que había visto en aquellos cuatro días era a su madre. Suficiente.

—Madre, estoy bien, de verdad —le dijo mostrando una pizca de impaciencia cuando volvió a ponerle la mano sobre la frente—, y hoy pienso salir de esta habitación.

La duquesa la miró horrorizada.

—¡Por supuesto que no! —exclamó tajante—. No tienes mi permiso.

—Madre, el doctor Blackwell ha dicho que ya puedo salir, y —alzó la mano cuando vio que su madre iba a interrumpirla— que me vendrá muy bien. Sabes

que él nunca me dejaría salir si creyese que no me he recuperado del todo.

—¡Oh, está bien! —cedió la duquesa—, pero si te mareas, volverás de nuevo a esa cama, ¿está claro?

Arabella no pudo contener una sonrisa.

—Sí, madre.

La duquesa sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro de resignación.

Conocía de sobra la terquedad de su hija.

—Le diré a Lucy que venga a ayudarte. La pobre ha estado hecha un manojo de nervios desde tu accidente —le explicó mientras se dirigía hacia la puerta.

—Madre —la detuvo antes de salir—, ¿ha... preguntado alguien por mí?

Bajó la cabeza consciente del rubor que había asomado a sus mejillas.

Recordaba los brazos fuertes de Alex rodeándola y el cuidado con que la había trasladado al carruaje, pero el resto solo eran recuerdos confusos.

La duquesa la miró sonriente.

—Sí, querida, mucha gente. Todos se encontraban muy preocupados por ti; incluso tu madrina quería dejar Bulstrode Hall para venir a verte, y ya sabes cuánto le disgusta Londres —comentó. En sus ojos hubo un destello pícaro cuando añadió—: pero supongo que tu interés se refería a algún caballero...

—¡Claro que no, madre! —le reprochó avergonzada.

Su madre dejó escapar una risa juvenil.

—¿Qué tiene eso de malo? Al fin y al cabo, ya estás en tu tercera temporada, querida. Y sí, cierto caballero preguntó por ti... —admitió su madre, y el corazón de Arabella comenzó a latir con rapidez— ...Lord Mandeville.

—Oooh, qué... encantador —se apresuró a comentar para que su madre no



notase su decepción. No entendía por qué se había empeñado en emparejarla con el joven vizconde.

—Ciertamente lo es —convino la duquesa con un asentimiento de cabeza—, a pesar de su timidez y su tartamudeo. También preguntó por ti el vizconde Leydon, creo que su hermano es amigo de James; y lord Manbroke.

La tristeza que la invadió la tomó por sorpresa. En verdad no había esperado que Alex... lord Thornway, se presentase en su casa todos los días preguntando por ella, pero ya que él la había socorrido después del accidente, pensó que, al menos una vez, se interesaría por su estado. Consciente de que su madre la miraba con curiosidad, intentó bromear.

—Vaya, ¿ningún duque?

La duquesa abrió los ojos sorprendida.

—No, querida —repuso pensativa, como si hiciera un esfuerzo por recordar.

Su madre nunca había sido capaz de captar una ironía—. Excepto tu padre, por supuesto. Él estaba muy preocupado por ti.

Arabella esbozó una sonrisa triste.

—Gracias, madre.

La duquesa sonrió también antes de abrir la puerta.

—Le diré a Lucy que venga enseguida, cariño. Ah, por cierto, lord Thornway te envió un precioso ramo de rosas.

Arabella ni siquiera escuchó el sonido de la puerta al cerrarse. El corazón le latía tan fuerte que sentía su palpar en los oídos y en las sienas. Respiró hondo para calmarse. Le había mandado rosas, pero no había preguntado por ella. ¿Qué esperaba de un hombre como él, un libertino y un seductor?

La puerta se abrió de nuevo y entró una nerviosísima Lucy.

—Ay, milady, me alegro de que esté mejor —le aseguró. Se acercó a la amplia

cama con dosel y comenzó a arreglar los pliegues de las sábanas—; se veía usted tan pálida cuando milord la trajo, parecía como una muerta.

Se le escapó un sollozo lastimero y Arabella se apresuró a intervenir antes de que Lucy comenzase a llorar.

—Pero estoy viva, Lucy, y quiero vestirme, así que apresúrate y prepárame el baño.

—Sí, milady —respondió mientras sorbía por la nariz y hacía una reverencia antes de ponerse a trabajar.

Arabella apartó las sábanas y se sentó al borde de la cama.

—Lucy —la llamó acordándose de lo que llevaba tiempo deseando preguntarle—, ¿fuiste a casa de Caroline? ¿Había alguna nota?

Los preciosos ojos de su doncella se abrieron de par en par ante el recuerdo.

—Oh, sí, milady, lo había olvidado —admitió mientras sacaba una nota del bolsillo de su blanco delantal y se la tendía—; pero hubo algo raro.

Las palabras de Lucy hicieron que se detuviese antes de leer el papel y la mirase con extrañeza.

—¿Raro?

La doncella asintió.

—Fue Maisy quien recibió la nota. El señor Brown había ido a entregarla en persona, pero ella dice que estaba muy nervioso —comentó—. Según me dijo, el hombre no hacía más que mirar por encima del hombro, como si alguien lo persiguiera, y cuando le dio la nota le pidió que se la entregase a usted enseguida y que le dijese que debía cuidarse del caballero.

—¿El caballero? —preguntó confusa—. ¿Qué caballero?

Lucy negó con la cabeza.

—Maisy no supo decírmelo, porque el señor Brown no añadió nada más. Tal vez lo explica en su nota —dijo señalando el papel que Arabella sostenía en su mano.

Lo miró y el estómago se le encogió de aprensión. En ese pequeño pliego, para bien o para mal, se hallaba escrito su futuro. Lo abrió con mano temblorosa.

Contenía una única frase escrita con una pulcra y elegante caligrafía algo inclinada hacia la izquierda.

*La obra tiene el éxito asegurado.*

El corazón le dio un vuelco. En un impulso se puso de pie y abrazó a Lucy emocionada.

—¡Lo hemos conseguido, Lucy! —exclamó. Una risa burbujeante escapó de su garganta.

La doncella le lanzó una mirada cargada de preocupación, aunque en sus labios se insinuaba una sonrisa satisfecha.

—Milady, sus heridas...

—No te preocupes, Lucy, estoy bien —le aseguró con una sonrisa—; mejor que nunca en realidad.

Suspiró y se dejó caer de nuevo sobre la cama.

—¿Y qué va a hacer con lo otro?

Arabella se puso seria y sacudió la cabeza.

—No sé. Supongo que lo mejor será visitar al señor Brown y que él mismo nos lo explique.

Alex entró en el club y se dirigió hacia uno de los asientos libres caminando con aire distraído. Sus pensamientos vagabundeaban errantes deteniéndose con demasiada frecuencia sobre la persona de Arabella.

Cuando se sentó, uno de los jóvenes camareros se acercó a preguntarle si deseaba tomar algo. Aunque no solía beber tan temprano, pidió una copa de brandy.

El club de St. James tenía un servicio eficiente, por eso era tan popular entre los caballeros. Enseguida depositaron sobre la mesilla la copa de brandy y un par de noticieros. Alex tomó el licor y su mano tembló ligeramente cuando el rostro pálido y ensangrentado de Arabella se coló en su mente. No había dejado de pensar en ella durante todos esos días y, a pesar de todo, no se había presentado en la mansión para interesarse por su estado. Se había dicho a sí mismo que era porque no le correspondía. Ni la estaba cortejando, ni era su prometido; ni siquiera podía decir que fuesen amigos. No tenía ningún derecho sobre ella. Sin embargo, la verdad era que tenía miedo, miedo de lo que había sentido cuando la había visto yaciendo en el suelo, como si estuviera muerta.

Recordó a su madre, tan pálida como las sábanas de seda que abrazaban su lecho, sus ojos opacos que lo miraban con tristeza a pesar de tener una sonrisa en sus labios.

—No tienes que llorar cuando me vaya —le había dicho con esa voz suave y dulce que tenía—; estaré mejor allí. Tú tienes que vivir tu vida y cumplir tus sueños. Busca quien te enseñe a pintar y conviértete en lo que siempre has querido ser. Hay mucha pasión dentro de ti, Alex, encáuzala.

La caricia de su mano helada le había producido un escalofrío, pero más aún sus últimas palabras. Eran una advertencia. Sí, había mucha pasión en su interior, y si la dirigía mal, podía terminar convirtiéndose en un hombre tan deleznable como su padre. El conde jamás había amado a su madre. La había humillado presumiendo delante de ella de sus muchas amantes, que, según él, le proporcionaban el placer que la condesa era incapaz de darle. Había gastado la fortuna familiar en apuestas, mujeres y bebida. Una vacua diversión que había terminado el día que se partió el cuello al caerse del caballo cuando, estando borracho, intentó saltar un seto.

Alex se bebió de golpe el licor para que el vapor ardiente del alcohol nublase aquellos amargos recuerdos, y tomó uno de los periódicos con la intención de distraerse. En primer plano destacaba una noticia: al día siguiente, diez de

diciembre, se celebraría la inauguración de la Real Academia de las Artes en su sede en Pall Mall. Se especulaba sobre la posibilidad de que el rey asistiese a la misma, puesto que había apoyado su creación.

Alex dejó escapar un suspiro y bebió otro trago de su copa. Él asistiría a la inauguración, por supuesto, se lo debía a Angelica. Ella y su padre habían sido un gran apoyo para él durante los duros días de la enfermedad de su madre. Lo habían introducido a ese mundo que durante tanto tiempo le había sido prohibido, y le habían enseñado a disfrutarlo y a encontrar en él la calma y el equilibrio que tanto necesitaba.

Se preguntó si Arabella acudiría al evento. Si quería convertirse en pintora, desde luego aquel sería un buen modo de introducirse en ese mundo, puesto que allí se concentrarían grandes artistas. Sin embargo, no sabía si se había repuesto lo suficiente como para hacer el trayecto en carruaje. Una sonrisa perezosa se instaló en sus labios al recordar los momentos que había pasado abrazado a su cuerpo mientras se dirigían hacia la casa del doctor, y sus palabras acerca de lo bien que olía.

—¿Qué es tan gracioso?

La voz lo sacó de sus recuerdos y alzó la cabeza para encontrarse con James justo en el momento en que este se dejaba caer sobre el comfortable sillón de al lado.

—Nada importante, solo un recuerdo. ¿Quieres tomar algo? —le preguntó al tiempo que hacía una señal a uno de los sirvientes.

—Me vendría bien —admitió—. No pensé que te encontraría aquí.

Alex se encogió de hombros.

—No tenía nada mejor que hacer —repuso mientras hacía girar perezosamente el líquido ambarino en el interior de su copa—. ¿Cómo sigue lady Arabella?

James sacudió la cabeza. El estómago de Alex se encogió de aprensión y su corazón comenzó a latir con violencia. ¿Acaso ella había empeorado?

—Se está asfixiando.

Alex se incorporó de forma brusca en el asiento mientras un escalofrío le recorría la columna. Miró a James fijamente.

—¿Perdón?

—Mi madre no deja de atosigarla —aclaró este mientras exhalaba un suspiro frustrado—. Arabella está cansada de estar encerrada, además, no está en su naturaleza ser sumisa.

Aquellas palabras otorgaron a Alex la tranquilidad que no sabía que necesitaba, y le hicieron sonreír. Él ya se había dado cuenta de que la joven tenía una naturaleza apasionada que había volcado en el arte. Se preguntó cómo usaría aquella pasión en la cama. ¿Sería tímida o arrojada? Su cuerpo se tensó como si anticipase una respuesta. Sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos que, poco a poco, lo estaban marcando a fuego. No podía permitirse tener nada con ella. Arabella no era viuda ni una vividora experimentada que buscaba un *affaire*; además, era la hermana de James. Si su amigo supiese la clase de pensamientos que le rondaban la cabeza acerca de su hermana, que deseaba probar la suavidad de su piel desnuda y la miel de sus labios, impregnarse de su olor y ver sus ojos brillar durante el estallido de la pasión mientras se unía a ella, seguramente lo mataría. Al menos él habría actuado así de haber tenido una hermana.

Incómodo por la reacción de su propio cuerpo, se aflojó un poco el nudo del corbatín y tomó un largo trago dejando que el brandy le quemase agradablemente las entrañas y lo calmase un poco.

—Buenos días, Blackbourne.

Alex se sobresaltó. Había estado tan concentrado en su calenturienta imaginación, que no había visto llegar al individuo. Se trataba de un muchacho joven, de unos veinticinco años, de cabello rubio ondulado y unos ojos azules que acentuaban la palidez de su rostro. Tenía el cuerpo atlético, como de alguien acostumbrado a practicar deporte; sin embargo, había algo en él, tal vez su desaliño o el rictus rígido de su boca, o la vaciedad de su mirada, que le hizo pensar a Alex que el muchacho se excedía en el disfrute de

los placeres.

—Buenos días, Leydon —respondió James—. ¿Qué tal te encuentras?

—Oh, yo muy bien —repuso con un encogimiento de hombros, como si desechase la pregunta—. ¿Cómo se encuentra tu hermana?

—Arabella está bien, gracias por preguntar.

El joven tiró con nerviosismo de los immaculados puños de su camisa que sobresalían de las mangas de su elegante chaqueta azul turquesa.

—Bueno, ya sabes que me preocupo por su bienestar —le aseguró mientras mantenía la mirada baja.

Alex alzó una ceja ante el comentario y sus dedos se crisparon sobre el pie de la copa que sostenía en su mano.

—¿Ah, sí? —lo animó a continuar James.

El hombre asintió varias veces con la cabeza.

—Yo había pensado... es decir, me gustaría... —titubeó— cortejar a tu hermana, Blackbourne.

James se reclinó despacio contra la butaca. Tomó la copa y se la llevó a los labios sin dejar de mirar al vizconde a través de sus párpados entrecerrados. En cambio, la mirada del joven era huidiza; como una presa de caza, evitaba detenerse sobre algo demasiado tiempo.

El silencio se alargó y Leydon comenzó a ponerse más nervioso mientras esperaba una respuesta. Alex, por su parte, esperaba que James le dejase claro a aquel mequetrefe que Arabella era demasiada mujer para él.

«¿Y para ti no?», le preguntó burlona su voz interior; «entonces, ¿por qué no la cortejas tú mismo?». Gruñó para sus adentros con una mezcla de rabia y frustración. Él no estaba preparado para comprometerse con nadie, tal vez nunca lo estuviera; sin embargo, no podía evitar que se le retorcieran las entrañas al pensar en los dulces labios de ella siendo besados por otra boca,

en otras manos recorriendo su cuerpo. Apretó los dientes con fuerza tensando la mandíbula.

Leydon movió los labios como si fuese a hablar, pero James alzó una mano para detenerlo.

—Recuerdo una conversación parecida a esta que tuvimos unos tres años atrás

—comentó con displicencia.

El vizconde se ruborizó y los movimientos de sus manos se volvieron espasmódicos.

—Éramos más jóvenes, pero las cosas han cambiado —argumentó.

Durante unos segundos, James le dirigió una mirada especulativa, luego se dibujó en su rostro una media sonrisa de condescendencia.

—Por supuesto, Christopher, en aquella época Arabella era una chiquilla, tenía apenas dieciocho años y acababa de ser presentada en sociedad. Ahora se ha convertido en toda una mujer y, por lo tanto, le corresponde a ella tomar sus propias decisiones —señaló, con un tono suave como la miel, en el que Alex detectó un atisbo de compasión—. Tendrás que preguntarle a Arabella.

El vizconde asintió y una sonrisa, que aún no había abandonado del todo la etapa infantil como para llamarla madura, se encendió en su rostro.

—Gracias, Blackbourne, le preguntaré a ella, por supuesto —declaró satisfecho. Hizo un amago de tenderle la mano; sin embargo, finalmente pareció pensárselo mejor y se despidió con una leve inclinación de cabeza.

Apenas había dado dos pasos cuando la profunda voz de James lo detuvo de nuevo.

—Hazme un favor, Leydon, espera hasta que se recupere del todo para hablar con ella de este tema.

La decepción se instaló en los pálidos rasgos del vizconde, pero asintió.



—Sí, claro. Así lo haré.

James dio un sorbo a su copa mientras veía al joven alejarse.

—Debiste decirle que no —le comentó Alex con cierta brusquedad.

Él sacudió la cabeza.

—Ya lo hará Arabella. Es mejor así.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque mi hermana no soporta a los dandis ni a los descerebrados, y tampoco creo que lo aceptase por compasión.

Alex elevó una ceja a modo de interrogación.

—¿Por compasión?

—Sí, hace unos años Christopher y su hermano menor viajaban en un tilburí y el coche volcó al tomar una curva. Su hermano murió, y él suele contar esta historia a las damas para despertar sus sentimientos compasivos, pero no funcionará con Arabella —declaró convencido.

Alex respiró profundamente para calmar el temor que le atenazaba el estómago.

—James, ¿cuánto hace que tu hermana no baila con alguien que no seas tú o Edward? —le espetó con acritud—. ¿No te has parado a pensar que tal vez Arabella se haya cansado de sentirse sola, de no tener pretendientes, y acepte al primero que se lo proponga?

James abrió los ojos sorprendido, luego los volvió a cerrar con fuerza mientras dejaba escapar un quejido.

—¡Maldita sea!

## Capítulo 12

Qué poco la conocía su familia, pensó Arabella mientras descendía por la suntuosa escalinata de mármol hasta el recibidor. Creían que se conformaría con languidecer sobre el diván de una de las salas de la mansión, con todo el servicio atendiendo sus más mínimos caprichos, solo por el hecho de haber sufrido un accidente del que, por otra parte, ya se había recuperado.

Ataviada con un sencillo traje de lana en color burdeos y una chaquetilla del mismo color con adornos de trencillas negras, se encontraba más que lista para salir de casa. Y tendría que hacerlo antes de que su madre se enterara, o pondría el grito en el cielo.

Su doncella se acercó a ella portando su capa, sus guantes y sombrero.

—¿Está segura, milady? —le preguntó mirándola con preocupación.

—Claro que sí, Lucy, me encuentro perfectamente —repuso con tono decidido

—. Tú más que nadie deberías saber lo importante que es para mí asistir a la inauguración.

Lucy dejó escapar un suspiro de resignación.

—Sí, milady, pero ¿no podría pedirle a alguno de sus hermanos que la acompañase? Así, si se siente mal...

—No voy a sentirme mal —declaró mientras se colocaba los guantes. Lucy le echó la pesada capa de terciopelo azul sobre los hombros—. Si no quieres venir conmigo, puedes quedarte aquí, Lucy, pero yo pienso marcharme en este mismo instante.

La doncella salió detrás de Arabella que ya había comenzado a caminar hacia la puerta que un lacayo se apresuró a abrir para ellas. El carruaje las esperaba fuera. Aunque se sentía mejor, no estaba dispuesta a arriesgarse a sufrir un mareo por ir caminando hasta Pall Mall, a pesar de que le gustaba

mucho más caminar que ir en coche.

Llegar a Pall Mall requirió tiempo y pericia por parte del cochero, puesto que el tráfico de carruajes parecía haberse condensado en esa zona. La fila de coches estacionados frente a la fachada de la nueva academia parecía una larga serpiente negra que se enroscaba alrededor de los edificios colindantes. Arabella le pidió a su cochero que esperase allí y recorrió a pie, seguida por Lucy, los escasos metros que la separaban de la entrada. Presentó su invitación al mayordomo que atendía la puerta y se internó en el edificio. De inmediato se sintió sobrecogida por el esplendor y la magnificencia del interior, y se adentró en aquel espacio con la misma reverencia que si pisase tierra sagrada. Y para ella lo era, la tierra sagrada donde se realizarían sus sueños.

Dada la numerosa afluencia de personas que se esperaba asistieran a la inauguración, se había prescindido de las formalidades. Nadie proclamó ni su nombre ni su título cuando entró en el inmenso salón de baile de la mansión en el que tenía lugar la recepción. Una voz grave se elevaba desde el fondo.

Arabella reconoció la voz de Sir Joshua Reynolds.

—...de esta manera, mejoraremos la situación profesional de los artistas, ofreciendo un entrenamiento adecuado y la opinión de expertos del arte. De nuestra academia saldrán los mejores artistas que Inglaterra haya visto nunca y, todo esto, gracias a la generosidad de su majestad el rey George y a la perseverancia de nuestro inestimable amigo Sir William Chambers —declaró al tiempo que elevaba en un mudo brindis la copa que sostenía en la mano. Los asistentes prorrumpieron en aplausos que él recibió con una sonrisa antes de proseguir—: La academia impartirá lecciones de anatomía, de historia y de literatura antigua, porque no podemos, ni queremos olvidar el gran influjo que suponen los viejos maestros, a quienes debemos siempre copiar e imitar.

A Arabella le parecía hallarse sumergida en un sueño. Las palabras que escuchaba eran para ella como el oráculo de los dioses mientras imaginaba su propio porvenir. Por eso se sobresaltó cuando alguien le rozó suavemente el hombro sacándola de su ensoñación.

—Siento haberte asustado —se disculpó con ella Angelica.

Arabella le sonrió.

—Estaba tan concentrada en sus palabras —dijo señalando a Sir Joshua que continuaba hablando— que me has sorprendido. Gracias por invitarme, Angelica.

La joven sonrió.

—Al contrario, gracias a ti por venir. Como puedes ver, no hay muchas mujeres entre nosotros, y la mayoría de las que han asistido son patrocinadoras, así que me alegro de tener una colega conmigo —repuso con un guiño mientras enlazaba su brazo con el de ella—. ¿Vas a presentar tu obra para la exposición?

—Me gustaría hacerlo —contestó, entonces frunció el ceño, pensativa—, pero ¿crees que me dejarán presentarla?

Angelica asintió.

—La presentación de las obras corre a cargo de los miembros fundadores de la academia, y será anónima.

—Pero yo no conozco a ninguno de los fundadores —señaló con pesar—, bueno, a Sir Joshua, pero nunca he hablado con él.

Angelica le dio unas suaves palmadas sobre el brazo para tranquilizarla.

—Por supuesto que conoces bien a uno de los miembros fundadores —repuso dirigiéndole una sonrisa pícaro—, me conoces a mí.

Los ojos de Arabella se llenaron de asombro.

—¿Tú?

Angelica se echó a reír con una risa musical que hizo que varias cabezas se volvieran hacia ellas.

—Yo te representaré, Arabella, pero necesitaré que me entregues la obra cuanto antes.

—¡Muchas gracias! —comentó con los ojos brillantes de emoción—, no sabes lo que significa para mí.

—Sí lo sé, porque yo pasé por lo mismo antes que tú, pero yo conté con el apoyo y la guía de mi padre que me introdujo en los más selectos círculos de artistas. Gracias a él hoy estoy aquí. Así que me alegro de poder ayudar a otra mujer a triunfar; también las mujeres nos merecemos ocupar un puesto en la

historia y que se hable de nosotras en el futuro...

El nombre de Angelica, pronunciado por la voz grave de Sir Joshua, hizo que esta se interrumpiera.

—Creo que te reclaman.

—¡Hombres! —se quejó. Sacudió la cabeza mientras soltaba el brazo de Arabella y le susurró al oído—: A veces parece que no saben hacer nada si no tienen una mujer al lado. No te olvides de echar un vistazo a los cuadros expuestos en la galería, se presentarán en la exposición de verano. Pertenecen a los miembros fundadores, y yo he colgado tres —le explicó mientras se alejaba.

Arabella asintió mientras observaba cómo los presentes abrían paso a Angelica que se colocó al lado de Sir Joshua entre los aplausos del público.

Probablemente la presentación se extendería mucho más, y ella se sentía ya un poco cansada. Aunque se encontraba bien de sus heridas, no había recuperado todavía la fuerza de sus músculos, lo que le provocaba que enseguida se cansase.

Además, tenía que ir a ver al señor Brown para que le devolviese el cuadro. Así que lo mejor sería que fuese a la galería a ver las obras de Angelica y que luego le pidiese al cochero que la llevase a Holborn.

Sin perder más tiempo, se acercó a uno de los sirvientes que ofrecían las bebidas y le preguntó dónde se encontraba la galería.

Alex no había perdido de vista a Arabella desde que había entrado en el salón.

Como si poseyese un sexto sentido, supo el momento exacto en el que había llegado. Giró la cabeza y la vio allí en la entrada, con aquel magnífico vestido que acentuaba su estrecha figura y realzaba sus senos. Su rostro conservaba aún un matiz de palidez, y Alex frunció el ceño preocupado. Luego tuvo que recordarse a sí mismo que había decidido alejarse de ella. Algo más fácil de decir que de hacer.

En el mismo momento en que ella había entrado en el salón, sus pies se habían movido involuntariamente en su dirección y tuvo que ejercer todo su autocontrol para impedirse a sí mismo acercarse y estrecharla entre sus brazos, que era cuanto deseaba hacer.

Había perdido la cordura, pensó. Ella ni siquiera era el tipo de mujer que le atraía y, sin embargo, había algo en Arabella que lo había fascinado desde el momento en que la había conocido. Era el brillo de sus ojos que adquirían un matiz dorado cuando algo la apasionaba; su rostro dulce como el de una *Madonna* de Rafael; su olor a campo y a rosas silvestres; su sonrisa traviesa y el mohín de sus labios cuando algo le disgustaba.

Alex se pasó la mano por el cabello en un gesto de desesperación. Se sentía como un condenado al que el verdugo le ajustaba el lazo de la soga al cuello.

Respiró con profundidad para calmarse, pero el corazón latía erráticamente cada vez que veía cómo le sonreía a Angelica. Tenía todos los músculos doloridos por la tensión contenida.

En ese momento vio cómo Arabella abandonaba el salón. Sabía que no debía hacerlo. Se dijo a sí mismo que aquello solo podría causarle problemas, pero, de todas formas, se fue tras ella.

La encontró en la galería donde varios de los miembros fundadores habían expuesto algunas pinturas que ellos mismos habían realizado. Arabella se había detenido delante de uno de los lienzos y lo contemplaba absorta, con la cabeza algo ladeada, como si lo estudiase.

Se detuvo en el umbral de la puerta y la observó con avidez, su figura, la delicada curvatura de su columna y la esbeltez de su talle. Deseaba besar la suave piel de su nuca que el recogido de su pelo dejaba al descubierto. Todo

su cuerpo se tensó anticipando el encuentro con ella y avanzó despacio hasta situarse lo más cerca que pudo de su cuerpo sin tocarla. Inhaló el embriagador perfume que emanaba de su piel y notó el tirón del deseo en las entrañas al mismo tiempo que se percataba de la tensión en la espalda de Arabella.

Apartó con esfuerzo la mirada de aquella tentadora mujer y la centró por un momento en el cuadro. Reconoció la mano creadora. Una pequeña placa dorada situada al pie de la obra se lo corroboró: *Penélope tomando el arco de Ulises para el juicio de sus pretendientes, Angelica Kauffmann*.

—Es extraordinario —susurró con admiración—. Penélope posee una belleza terrenal y al mismo tiempo misteriosa, con esa mirada triste que parece traspasar el velo del recuerdo hasta llegar a su amado.

Arabella se había puesto nerviosa al sentir una presencia junto a ella, pero enseguida reconoció la fragancia masculina y un exquisito temblor le recorrió el cuerpo. Su aliento cálido le rozó la mejilla cuando habló, pero fueron sus palabras las que le tocaron el corazón. Se apartó un poco del conde y giró ligeramente la cabeza hacia él mientras lo observaba con cuidado.

—¿Le gusta la pintura?

Alex clavó en ella su mirada. No tenía sentido mentir, ya no tenía por qué ocultar su pasión por el arte. Asintió con la cabeza.

—Desde niño —declaró al tiempo que dirigía su mirada de nuevo hacia el lienzo—. Mi madre me llevó en una ocasión a ver una exposición de los maestros renacentistas. Había un óleo de Rafael titulado *La Virgen de los claveles*. El artista había pintado a una joven Virgen María jugando con el Niño Jesús y dándole claveles. Mi madre me contó que esas flores eran una premoción de los sufrimientos que Cristo soportaría en su pasión, y que cuando la Virgen María lloró en el Calvario ante su hijo muerto, la primera flor que apareció fue un clavel. No sé si sería cierto o no —repuso con un encogimiento de hombros

—, pero para mí fue suficiente explicación para comprender por qué el rostro de aquella joven mostraba una sonrisa alegre y triste al mismo tiempo mientras contemplaba a su hijo. En ese momento decidí que algún día yo también

pintaría un rostro de igual belleza.

Arabella notó que su corazón había perdido el compás de sus latidos y que un nudo le atenazaba la garganta, pero deseaba saber más de aquel hombre tan contradictorio.

—¿Y lo hizo? —se obligó a preguntar.

Alex sacudió la cabeza y su rostro se tensó.

—La primera vez que le dije al conde que deseaba aprender a pintar, mandó que me diesen cinco azotes con el bastón, según él para recordarme que los Thornway no debían tener otro interés que los caballos, las mujeres y el juego, las cosas que hacían que un hombre fuese verdaderamente hombre —le explicó

— ...yo solo tenía ocho años.

Arabella dejó escapar una exclamación ahogada, pero Alex no pareció darse cuenta. Con la mirada perdida en el cuadro, como si estuviese contemplando el pasado, prosiguió:

—Seguí dibujando a escondidas, pero tras la última paliza que recibí y que me dejó dos costillas rotas, mi madre me suplicó entre lágrimas que no lo hiciese más. Lo dejé por ella; pero cuando el bastardo murió, nos trasladamos a Roma.

Allí conocí a Angelica, y su padre me enseñó a pintar, pero, después de todo, parece que no tenía suficiente talento para ello.

La nota de amargura que se filtraba a través de sus palabras conmovió profundamente a Arabella. Se giró del todo hacia él y puso la mano sobre su pecho, notando el rítmico latido de su corazón. Alex la miró turbado, como si acabase de reparar en su presencia.

—Pero la sientes aquí, Alex —le dijo mientras lo miraba con ternura, sientes la pintura en tu corazón. Su belleza forma parte de ti.

Sus brillantes ojos verdes la miraron con intensidad. Alzó la mano y sus



cálidos dedos acariciaron con suavidad su mejilla.

—La belleza forma parte de todas las cosas —respondió él con la voz ronca

—, pero no todas nos atraen de la misma manera. Yo aprendí que hay una belleza superficial y una más profunda que va poco a poco conquistando los sentidos, le explicó mientras deslizaba con suavidad el pulgar por su labio inferior hasta apoderarse de tu alma.

Arabella contuvo la respiración cuando sus dedos se cerraron sobre su barbilla y vio cómo los labios de Alex descendían sobre su boca hasta fundirse con ella en un dulce beso. Sus labios eran cálidos y presionaban ligeramente sobre los suyos. Su corazón latía desbocado y se apoyó contra el duro torso masculino cuando sus piernas comenzaron a fallar. Alex la abrazó con fuerza para pegarla más a su cuerpo y movió los labios sobre los suyos instándola a abrir su boca.

Quería probar su sabor.

Cuando ella por fin cedió, Alex sintió que su excitación crecía y tuvo que echar mano de todo su autocontrol recordándose a sí mismo que ella era una joven inocente. La exploró con suavidad y ternura mientras bebía de la miel de sus labios sin saciarse. La dulzura de su inocente entrega lo conmovió, y cuando la escuchó gemir desde las profundidades de su garganta, supo que tenía que detenerse.

Con gran esfuerzo, se separó de ella. Sus agrandados ojos ambarinos tenían un brillo especial, mezcla de placer y confusión; sus mejillas se habían teñido de rosa y sus delicados labios estaban inflamados por su beso. Se veía preciosa y deseó poder besarla otra vez, pero aquel no era el momento ni el lugar. La mirada que ella le dirigió le hizo comprender algo.

—Es tu primer beso.

Arabella no podía hablar, simplemente asintió. Ese beso, su primer beso, había provocado en su interior una marea de sensaciones que la habían dejado aturdida y confusa. Era como si siempre hubiese vivido ignorando que estaba sedienta, y en el momento en que había probado un poco de agua, deseaba

más.

Alex leyó la confusión y el desconcierto en sus ojos, y no pudo evitar atraerla hacia sí para estrecharla con ternura entre sus brazos.

—Arabella...

Unas voces procedentes del exterior los sobresaltaron y Alex la soltó. Los discursos debían de haber finalizado y la gente se trasladaba a la galería para ver las obras expuestas.

Arabella se alejó unos pasos y se retorció las manos con nerviosismo.

—Yo... tengo que irme.

Antes de que Alex pudiera decirle algo, se dio la vuelta y huyó hacia la salida.

Él la observó marcharse, con el cuerpo tenso y los puños apretados. Le dolía el cuerpo por la necesidad que tenía de ella. Se obligó a moverse cuando la gente comenzó a entrar en la amplia sala entre murmullos de conversaciones y exclamaciones de asombro por las hermosas pinturas que tapizaban las paredes.

Se acercó a uno de los sirvientes, tomó una de las copas y se la bebió de un trago; luego tomó otra e hizo lo mismo, mientras el criado lo miraba con los ojos como platos. Depositó la copa vacía sobre la bandeja y se dirigió hacia la puerta.

En ese momento no se hallaba en disposición de contemplar obras de arte.

Necesitaba un baño de agua fría.

En cuanto llegó al recibidor, Arabella le pidió a uno de los sirvientes que llamase a su doncella. Enseguida apareció Lucy trayendo su capa, su sombrero y sus

guantes.

—¿Desea que busque su coche, milady?

Le dirigió una sonrisa agradecida al sirviente, pero negó con la cabeza.

—No es necesario, muchas gracias —repuso mientras se esforzaba por no demostrar la urgencia que le suponía abandonar aquella casa.

Apenas salió, el aire frío de la mañana le acarició el rostro aliviando el calor que todavía podía sentir en sus mejillas. Respiró hondo, deseando que su cuerpo y su mente se calmasen, y que el corazón recuperase su ritmo normal.

Cuando llegaron al carruaje, uno de los lacayos se apresuró a abrirles la portezuela. Arabella agradeció poder refugiarse en su interior, como si al perder de vista la mansión, pudiera olvidar también los momentos vividos en ella.

Inconscientemente se llevó los dedos a los labios, que todavía le hormigueaban por el beso de Alex.

«Entonces, así son los besos», pensó. Notó que el estómago le daba un vuelco al recordarlo. Había sido tan dulce y tan ardiente al mismo tiempo. Había tenido la sensación de que todo se detenía alrededor, como si los contornos del mundo real se diluyesen en las sensaciones que le habían provocado aquellas manos grandes que le aferraban por el talle y la nuca mientras la acariciaban, o la cálida boca que había tomado por asalto la virginidad de sus labios.

Salió de su ensoñación al oír el carraspeo de su cochero que esperaba todavía sus indicaciones.

—Discúlpeme, Thomas, llévenos a Holborn —le dijo. Le dio las señas completas y, viendo el gesto de preocupación que se dibujaba en su rostro, añadió—: será solo un momento.

El cochero asintió con gesto grave y el coche se puso en marcha.

Arabella era consciente de las miradas que su doncella le dedicaba, pero no podía dejar de removerse inquieta sobre el asiento. Agradeció en silencio que no le preguntase qué le sucedía. Tal vez daba por supuesto que su ansiedad se debía al hecho de querer volver a tener el cuadro de la ninfa en sus manos, y

aunque en parte así era, otra parte se debía a que la acechaba una mirada de ojos verdes, brillantes como la campiña inglesa bañada por el rocío de la mañana.

El coche se detuvo y la trampa se abrió.

—Milady, algo ha debido suceder, porque hay mucha gente en la calle, comentó con tono preocupado.

Arabella se asomó por la ventanilla y comprobó que así era. La gente se había reunido en corrillos delante de la tienda del señor Brown y cuchicheaban sus conversaciones. Frunció el ceño y su mirada perpleja se dirigió de nuevo a Thomas.

—¿Podría averiguar qué ha sucedido?

—Por supuesto, milady. Mandaré al muchacho.

El lacayo, vestido con la librea ducal, se internó entre los congregados que lo miraron con curiosidad. Arabella vio cómo conversaba con uno de los grupos y asentía ante sus palabras. Tal vez habría sido mejor pedirle a él que recogiese el cuadro, pensó mientras dejaba escapar un suspiro. De todas formas, su familia pronto se enteraría de lo que había hecho.

Esperó a que el joven se acercara de nuevo al carruaje para saber si podía descender o no. El lacayo se detuvo delante de la ventanilla y se rascó la barbilla, como si dudase de si debía contar lo que sabía o no, antes de comenzar a hablar.

—¿Y bien? —lo animó Arabella presa del nerviosismo.

—Por lo visto, el marchante de arte que regentaba la tienda ha muerto.

—¿Muerto? —repitió ella sorprendida y perpleja.

—Lo han asesinado.

## Capítulo 13

Deslizó suavemente el dedo a lo largo de la espalda de la mujer y suspiró. Era hermosa, y por fin era suya.

Se acercó al decantador que había sobre la cómoda de su dormitorio y se sirvió una copa de licor; luego se sentó a contemplar el lienzo que había apoyado sobre la cabecera de la gran cama con dosel. Estaba seguro de que con aquel cuadro ganaría el dinero y la fama que se merecía, y todo el mundo dejaría de contemplarlo con aquella mirada llena de compasión que tanto detestaba.

Bebió un sorbo del ardiente líquido y frunció el ceño al recordar lo que había sucedido el día anterior. Él habría hecho las cosas de otra manera, pero Charles perdió la cabeza cuando aquel hombre se había negado a venderle el cuadro, y eso que le había ofrecido una suma elevadísima. ¡Quién habría imaginado que entre todos los comerciantes de aquel maldito barrio de ladrones y prostitutas encontraría un hombre honrado!

La primera vez que había entrado en la tienda se había quedado asombrado al ver la pintura, que el señor Brown se había apresurado a cubrir. El rostro del marchante había adquirido un tono rojizo, como si hubiese sido pillado en alguna falta. Aunque al principio se había negado a decirle quién era el propietario de la obra, gracias a un poco de persuasión había logrado averiguar de quién se trataba: lady Arabella Marston. Eso lo había sorprendido todavía más.

Después de abandonar el negocio, él se había preguntado cómo iba a poder conseguir aquella obra, y Charles, su fiel Charles, siempre tan práctico, le había dicho que él se ocuparía de todo; pero había fallado. Era cierto que, si desaparecía la dueña del cuadro, él podría adquirirlo libremente, pero había sido una tontería intentar atropellarla con el carruaje. Había discutido con Charles por su insensatez, y su mayordomo no se lo había tomado demasiado bien.

Además, la persuasión que habían utilizado con el señor Brown se había vuelto en su contra. El hombrecillo había puesto sobre aviso a la dama, y eso era peligroso. Por eso Charles no había tenido más remedio que silenciarlo, y el pobre hombre había chillado como un cerdo mientras el cuchillo entraba y salía de su cuerpo cebado y bien vestido.

Notó una presencia cercana y supo que él había entrado en la habitación. Era el único de sus sirvientes que entraba en su dormitorio sin llamar.

—No me gusta este asunto —gruñó sin mirarlo—. Hoy han encontrado su cuerpo flotando en el Támesis, y ahora seguro que la policía comienza a investigar.

—No lo harán —le aseguró Charles—, era un hombre sin importancia. Quizás hagan algunas preguntas, pero no descubrirán nada, y luego lo dejarán pasar.

—Pero ahora ella lo sabe —repuso nervioso mientras sus ojos se movían inquietos de un lado a otro, como si las sombras lo acechasen a su alrededor—.

Tal vez nos denuncie.

—Si lo supiera, no habría ido esta mañana en busca del señor Brown. Tú mismo viste el carruaje con el blasón ducal.

Él asintió. Cuando el golfillo al que había pagado para que le llevase información cuando ocurriese algo había llegado con la noticia, él se había dirigido enseguida a Holborn. Vestido como un trabajador cualquiera, se había mezclado entre la multitud para saber qué se decía acerca del asesinato.

Entonces había visto la llegada del carruaje y al lacayo que se había aproximado a uno de los grupos para hacer preguntas. Desde donde se encontraba, había podido ver también el rostro horrorizado de la mujer cuando el joven le había llevado la respuesta.

—Va a ser un problema —pronosticó.

—Yo puedo encargarme de acabar con el problema.

La impasibilidad de Charles a veces le provocaba escalofríos. Se frotó la frente y las sienes con las puntas de los dedos. Comenzaba a dolerle la cabeza y eso lo ponía de mal humor. No le gustaba que le doliera la cabeza, le recordaba cosas que prefería olvidar.

Las palabras de Charles volvieron a repiquetear en su cabeza. Pensó en la muchacha. No se podía decir que fuera hermosa, y era demasiado inteligente para su propio bien. Si decidía investigar por su cuenta, estarían en problemas.

Sin embargo, se sentía renuente a aceptar el ofrecimiento de su mayordomo.

Lady Arabella era, quizás, la única mujer que no lo miraba con lástima, como si fuera un fracasado. Quizás podía haber otra manera...

—Nunca te aceptará por esposo.

—¡Maldita sea, no me leas los pensamientos! —le espetó furioso.

Cerró los ojos con fuerza al notar el pinchazo de dolor que le perforó el cráneo. Sabía que no tenía que gritar, Garrick siempre se lo decía; pero había momentos en que no podía evitarlo. Respiró hondo intentando calmarse, deseando que el dolor cediera.

Cuando el silencio volvió a rodearlo, se dio cuenta de que se encontraba solo en la habitación. Su mayordomo se había marchado. Sus manos se crisparon y apretó con fuerza la copa vacía que aún sostenía. Clavó la mirada en la blanca espalda de la mujer, en sus hombros torneados y en su perfil de mirada triste, y dejó escapar un gemido, mitad de excitación y mitad de angustia. Sabía que Charles cumpliría su palabra, y él no podría detenerlo, como no había podido hacerlo tampoco aquella mañana.

Los recuerdos lo asaltaron. La copa cayó al suelo y se hizo añicos, mientras él se cogía la cabeza entre las manos y se balanceaba con suavidad hacia delante y hacia atrás.

El salón, iluminado profusamente, se veía engalanado por las sedas multicolores de los vestidos de las damas, que giraban como un caleidoscopio

por la pista de baile. Los trajes oscuros de sus compañeros de danza les servían de contrapunto.

Sobre una plataforma elevada, una pequeña orquesta interpretaba una alegre y vivaz contradanza.

Arabella hubiese preferido encontrarse en cualquier otra parte, donde no tuviese que forzar una sonrisa complaciente y educada cada vez que alguien se acercaba. Se sentía descompuesta y tenía un nudo en el estómago. No podía creer que el señor Brown hubiese sido asesinado y, peor aún, que alguien hubiese robado su cuadro.

Después de recibir la noticia, había enviado a su sirviente al negocio del marchante para que averiguase si se había tratado de un robo y qué había sucedido con la mercancía que se hallaba en la tienda. El joven criado había tardado un poco en regresar. Cuando lo hizo, llevaba en la mano una nota que le había entregado. En ella, con una caligrafía extraordinariamente mala, se le informaba de que su cuadro había sido *afanado* por el mismo *lechugino* que había *matao* al señor Brown. Aquel pedazo de sucio papel que constituía la nota venía firmado por Johnny, el muchacho de los recados.

De nada le sirvió saber aquello, puesto que el sirviente aseguró que la nota se la había entregado un niño como de unos seis años, un golfillo de la calle que no supo decirle quién la enviaba. Si no encontraba a Johnny, de nada habría valido todo su esfuerzo.

Las lágrimas asomaron a sus ojos y tragó saliva para evitar que descendiesen por sus mejillas. Era su mejor obra, aquella con la que podía haber conseguido un reconocimiento como pintora y como mujer. En esos momentos no tendría tiempo para lograr algo semejante, ni creía que pudiese hacerlo. Para ella cada obra era única, porque la mano que dirigía los pinceles lo hacía al ritmo del corazón, no de la cabeza.

Apretó los puños con fuerza. No pensaba rendirse tan pronto. Buscaría al muchacho, trataría de averiguar quién tenía el cuadro, y lo recuperaría. Sabía que aquello era una locura peligrosa, pero tendría que arriesgarse.

Alzó la cabeza decidida y esbozó una sonrisa educada cuando lord Leydon se



detuvo ante ella e inclinó la cabeza en una leve reverencia.

—Lady Arabella, ¿me haría el honor de concederme el siguiente baile?

Ella le dedicó una sonrisa pesarosa.

—Le ruego me disculpe, lord Leydon, pero tengo un terrible dolor de cabeza...

—Vaya, lo siento mucho —repuso con un tono de preocupación que, por

algún motivo, a Arabella le sonó falso—; ¿necesita algo? ¿Puedo ayudarla de alguna manera?

Ella negó con la cabeza.

—Es muy amable de su parte, pero no es necesario.

—Entonces, si me lo permite, le haré compañía.

De buena gana Arabella no se lo hubiera permitido, ya que prefería estar sola; sin embargo, las normas sociales exigían que una dama no expresara sus preferencias en voz alta. Se tragó una de las coloridas maldiciones que había aprendido de sus hermanos y forzó una sonrisa educada.

—Se lo agradezco.

—Es un placer —respondió al tiempo que se situaba a su lado—; de hecho, hay algo de lo que deseaba hablar con usted.

El nerviosismo que detectó en su voz hizo que Arabella lo mirase a los ojos, cosa que le resultó sumamente inquietante, ya que los del joven se movían esquivos, como si fuese incapaz de fijarlos en su rostro.

—¿Sí? —lo animó al ver que se quedaba callado.

—Hablé con su hermano James... —se interrumpió y se pasó el dedo por el cuello, como si el corbatín le apretase demasiado—, verás, yo... me gustaría cortejarla.

Arabella alzó las cejas sorprendida y se llevó una mano al estómago cuando notó que este daba un desagradable vuelco. ¿Cuándo, en nombre de Dios, le había hecho creer a aquel hombre que estaría interesada en sus atenciones?, se preguntó. Ciertamente, lord Leydon poseía un rostro atractivo, pero no tenía...

*unos profundos ojos verdes o un tentador hoyuelo junto a una encantadora sonrisa*, le insinuó una vocecilla interior.

—Yo, me siento muy... honrada —titubeó insegura. Era la primera vez que le sucedía algo así y no sabía bien cómo reaccionar—, pero... Lord Leydon se apresuró a alzar la mano para detener sus palabras. Arabella percibió la tensión en su rostro y no se sorprendió por el tono duro de su respuesta.

—No me responda ahora —repuso con cierta dureza. Luego se apresuró a añadir con más suavidad—: por favor. Le ruego que me dé una oportunidad de demostrarle que puedo ser el hombre adecuado para usted.

Tomó su mano enguantada y la besó, tras lo cual la abandonó dejándola tan confundida como sorprendida.

No tuvo tiempo de reponerse antes de encontrarse mirando de nuevo un rostro masculino, esta vez el de lord Darkmoor.

—Buenas noches, lady Arabella —le dijo tomando su mano y besándola—; esta noche está usted radiante.

El comentario hizo que en su garganta burbujeara una carcajada histérica. Esa noche se sentía de todo menos radiante. Tenía el estómago descompuesto, los nervios alterados y un incipiente dolor de cabeza que amenazaba con convertirse en una molestia real.

—Es usted muy amable, lord Darkmoor —respondió con la cortesía debida, a pesar de que ese hombre nunca había terminado de gustarle. Sabía que era amigo de su hermano Edward, sin embargo, había algo en él que le causaba desagrado.

Él le dedicó una sonrisa sesgada.

—La amabilidad no es una de mis virtudes, se lo aseguro. En cambio, la sinceridad, sí.

Una dolorosa punzada en la sien le hizo desear cerrar los ojos. ¿De verdad aquel hombre estaba flirteando con ella? No supo qué contestar, pero tampoco le hizo falta, porque el conde se acercó más a ella para susurrarle sus siguientes palabras.

—¿Se casaría usted conmigo?, o tal vez podríamos simplemente huir juntos.

«Dos pretendientes en una sola noche», reflexionó Arabella con una incredulidad que rayaba en el sarcasmo. ¿Habría acaso alguna apuesta sobre ella? Sabía que en ocasiones los caballeros anotaban el desafío que pretendían cumplir en el libro de apuestas de su club. Rogó no haberse convertido ella en uno de esos desafíos.

—¿Por qué hace esto? —le preguntó suspicaz—. Y no me diga que acaba de desarrollar una repentina afección por mi persona —le espetó. En ese momento no tenía tiempo ni paciencia para andarse con sutilezas.

El hombre soltó una carcajada.

—Es usted refrescante, milady. Lo hago para irritar a su hermano, por supuesto —repuso con una sonrisa torcida y los ojos brillando con malicia.

—Pero...

La repentina aparición de James a su lado la sobresaltó.

—Apártate de mi hermana —gruñó.

Lord Darkmoor tomó la mano de Arabella y se la llevó a los labios con deliberada lentitud.

—Lady Arabella, tendremos que posponer nuestros planes para una mejor ocasión.

—Darkmoor... —le advirtió James.

El conde le dirigió una sonrisa socarrona y se marchó. James se giró inmediatamente hacia Arabella.

—¿Qué planes eran esos? —le espetó con sequedad.

Aquella actitud de protector intransigente molestó a Arabella. Ella no tenía por qué rendirle cuentas a James; además, era lo suficientemente mayorcita para cuidar de sí misma.

—Íbamos a fugarnos —repuso en el mismo tono.

Aquellas palabras hicieron que James perdiese la compostura y elevase el tono de voz.

—¿Qué has dicho?

—Oh, por favor, James, creo que puedo manejar yo sola a lord Darkmoor sin necesidad de que vengas a meter las narices en nuestra conversación —señaló molesta—. No me extraña que Victoria esté enfadada contigo —añadió recordando que James había tenido el mismo comportamiento con su prima.

Esas palabras atrajeron la atención de James.

—¿Y por qué Victoria está enfadada conmigo? —preguntó frunciendo el ceño.

—Tendrás que preguntárselo a ella —repuso mientras se masajeaba con suavidad las sienes—. Y ahora, con tu permiso, iré al tocador de señoras a ver si puedo hacer algo con este dolor de cabeza.

Se alejó de él dejándolo con la palabra en la boca. Rodeó el salón y salió al recibidor. El tocador se hallaba en el primer piso. Subió las escaleras con el deseo de que alguna de las doncellas pudiera proporcionarle un poco de agua de lavanda para aplicarse en las sienes.

Cuando se sintió un poco mejor, decidió que ya era hora de volver abajo.

Probablemente, su madre se estaría preguntando dónde se había metido.

El tocador se encontraba cerca de las escaleras. Comenzó a descender por la

amplia escalinata de mármol mientras seguía dándole vueltas al robo de la ninfa.

Regresaría a la tienda del señor Brown e intentaría encontrar a Johnny. Él era el único que podía proporcionarle respuestas.

Un sonido detrás de ella, como una respiración jadeante, la impulsó a girar la cabeza. No alcanzó a ver nada. Tan solo sintió un fuerte golpe en la espalda que le hizo perder el equilibrio y precipitarse hacia delante escaleras abajo. No pudo gritar. Las piernas se le enredaron en las faldas y de repente el suelo pareció encontrarse demasiado cerca. Cayó de costado y su brazo absorbió el impacto contra el duro escalón; luego rodó hacia abajo. Trató de protegerse la cabeza, pero no pudo evitar los golpes que siguieron a su caída hasta que aterrizó sobre el marmoleado suelo y todo se oscureció en su mente.

A Alex le había exigido todo su autocontrol no acercarse a Arabella esa noche.

Se veía preciosa con aquel vestido rosado que acentuaba su cintura y se amoldaba a sus curvas cada vez que se movía. Sin embargo, aun en la distancia, la había notado inquieta y nerviosa, como si algo le preocupara. Había deseado poder acercarse a su lado y abrazarla. Por algún motivo, aquella mujer despertaba en él la acuciante necesidad de protegerla; por eso, cuando había visto a Darkmoor junto a ella, había tenido que contenerse para no ir hasta él y estrellarle el puño en la cara hasta borrar aquella sonrisa de suficiencia. Por suerte, James había acudido junto a su hermana antes de que él cometiese una tontería.

Sacudió la cabeza, como si con ello pudiera poner en orden sus ideas. Sin embargo, por mucho que quisiera ignorarlo, había comenzado a darse cuenta de que el problema no se encontraba en su cabeza, sino en su corazón. Desde que había probado el sabor de sus labios, no podía apartarla de su mente, y la necesidad de tenerla entre sus brazos le hacía arder durante las frías noches de insomnio. Lo que sentía era pura y simplemente deseo, se dijo. Un deseo que tensaba todos los nervios de su cuerpo cada vez que percibía su fragancia o la veía sonreír.

En aquel momento la vio dirigirse hacia la puerta y, sin pensar en lo que hacía,

la siguió. Al ver que subía las escaleras supuso que se dirigía hacia el tocador, así que se apostó en la puerta del salón a la espera de que descendiese. Le pediría un baile. Quería sentirla de nuevo junto a él, aunque fuese tan solo un momento.

Tal vez le robaría un último beso, porque sería el último. No podía seguir jugando con fuego o terminaría por arder completamente. Ella no era para él. Su cinismo, la amargura que llevaba dentro, destruirían la cándida inocencia de ella; además, podía volverse como su padre, y se cortaría la mano derecha antes de hacer pasar a Arabella por el infierno por el que pasó su madre.

«¡Maldita sea! Debería alejarme de ella ahora», reflexionó. Se separó del quicio de la puerta dispuesto a marcharse, cuando un golpe sordo proveniente del recibidor llamó su atención. El estómago se le encogió de aprensión y se le erizó el vello de la nuca como un mal presentimiento. Se giró hacia el recibidor dejando atrás la música y aquellos murmullos de conversaciones intrascendentes.

A los pies de la escalera, un lacayo se inclinaba sobre una figura inerte. Al ver aquella seda rosa pálido que parecía derramarse sobre la alfombra como una flor marchita, el corazón se le detuvo en el pecho.

Con pasos rápidos llegó hasta el sirviente y lo apartó sin miramientos.

—¡Arabella!

Tenía el rostro pálido vuelto hacia el frío mármol y los ojos cerrados. El pelo se había soltado de su recogido y caía como una cascada de chocolate sobre sus blancos hombros.

El sirviente carraspeó nervioso.

—Oí un golpe, milord, y me asomé. La vi ahí, en el suelo... ¿necesita algo, milord? ¿Llamo a un médico? —inquirió el lacayo visiblemente preocupado.

Alex tomó a Arabella en brazos con delicadeza y se levantó.

—Indíqueme dónde queda la sala más cercana —pidió.

—Sígame, milord.

Lo condujo por un pasillo lateral, alejado del salón de baile, y abrió la segunda puerta. Se trataba de una salita pequeña, adornada en tonos verdes y crema, y caldeada por el fuego que todavía ardía en la chimenea de mármol jaspeado.

Llevó a Arabella hasta el diván y la depositó sobre él.

—Busque un frasco de sales y tráigalo —le ordenó—. Probablemente alguna de las doncellas tenga uno. Traiga también una copa de coñac.

—Sí, milord.

En cuanto el hombre se marchó a cumplir su recado, sus manos recorrieron el cuerpo de Arabella en busca de algún hueso roto. Respiró aliviado cuando comprobó que todo parecía estar bien.

—Arabella... —la llamó sacudiéndola con suavidad.

Un gemido escapó de sus labios entreabiertos, pero no se despertó. Alex apartó un mechón de cabello de su frente y le acarició la mejilla con ternura.

Aquella mujer iba a ser su perdición.

La puerta se abrió y el criado entró con el frasco de sales. Alex lo tomó y se lo puso a Arabella debajo de la nariz hasta que esta comenzó a toser y abrió los ojos confusa y desorientada.

—¿Alex...?

Al oír que lo llamaba por su nombre, soltó el aire que no sabía que había estado reteniendo y se volvió hacia el sirviente para entregarle el frasco de sales y tomar la copa de licor.

—Puede retirarse —le dijo—. Cierre la puerta y que nadie nos moleste.

—Muy bien, milord.

El hombre efectuó una reverencia y se retiró.

Arabella trató de incorporarse, pero gimió cuando el mundo pareció balancearse a su alrededor.

—Espera —le dijo Alex. La ayudó a sentarse y colocó unos cojines a su espalda, luego le entregó la copa—. Toma, bebe esto, hará que te sientas mejor.

Ella cogió la copa y bebió un sorbo. Enseguida sintió el líquido ardiente bajar por sus entrañas y se estremeció.

—Has debido de desmayarte —señaló él cuando notó que el color había vuelto a su rostro.

Arabella sacudió la cabeza despacio. Sus ojos parecían enormes en el pequeño óvalo de su rostro mientras lo miraban con fijeza.

—Creo... creo que han intentado matarme.



## Capítulo 14

No le pareció real el pensamiento hasta que lo expresó en voz alta.

Cuando notó el empujón, fue lo primero que le vino a la mente, que alguien deseaba verla muerta; después ya no pudo pensar en nada más que no fuese sobrevivir a la caída. Sin embargo, sabía que tenía razón. Un nudo de pánico le cerró la garganta y percibió el calor de las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

Notó los brazos fuertes de Alex que la alzaban suavemente del diván y la acomodaban sobre su regazo. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro y dejó que las lágrimas fluyeran y los sollozos sacudieran su cuerpo tembloroso mientras se sentía protegida en el círculo íntimo de sus brazos. Le oía murmurar palabras tranquilizadoras, aunque no podía entender lo que decía. Agarrada a las solapas de su chaqué, como si le fuera la vida en ello, solo podía aspirar su aroma masculino que, de alguna manera, lograba calmarla.

Poco a poco remitieron los temblores y el llanto se transformó en hipidos.

Solo entonces fue consciente de la mano masculina que se deslizaba sobre su espalda en una suave caricia y de la que reposaba sobre su nuca masajeando sus músculos tensos. Dejó escapar un suspiro entrecortado de placer y cerró los ojos mientras permitía que el corazón recuperase su ritmo natural.

Alex percibió el momento en que ella se relajaba al fin mientras seguía con la cabeza enterrada en su hombro. Su nariz le rozaba el cuello provocándole ligeros estremecimientos. Su cabello sedoso y suave desprendía un ligero aroma a rosas silvestres. Dejándose llevar por un impulso, lo besó. ¡Dios!, había creído morir cuando la había visto en el suelo, como una muñeca desmadejada. La abrazó más estrechamente contra su pecho. No podía perderla.

—Arabella...

Su voz salió ronca y carraspeó para aclarársela. Necesitaba averiguar por qué ella había dicho aquellas palabras tan sorprendentes, porque no iba a permitir que nadie volviera a hacerle daño nunca más.

Advirtió que sus pequeñas manos se aferraban con más fuerza a su chaqueta.

La cogió con suavidad de los hombros y la apartó un poco. Sus ojos brillaban a causa de las lágrimas y habían adquirido el color del brandy añejo; sus mejillas se habían teñido de un suave rubor y su cabello caía en desordenadas guedejas sobre sus blancos hombros. Sintió el duro agujón del deseo clavársele en las entrañas.

Cogió uno de los pasadores que colgaba inservible de su pelo y lo retiró; luego, le colocó el mechón detrás de la oreja y deslizó los dedos con ternura sobre su mejilla.

—Arabella... —repitió.

—Bésame, Alex.

Su cuerpo se tensó por la sorpresa y el deseo que sacudió su corazón al escuchar esas palabras; sin embargo, su parte racional, la que aún funcionaba, le dijo que aquella no era una buena idea. Negó con la cabeza, pesaroso, pero sintió la rebeldía de su propio cuerpo. Ella lo miraba como si él fuera la obra de arte más perfecta que hubiese visto nunca; pero él sabía bien que no era más que un hombre, uno que en ese momento luchaba contra todos sus instintos de poseerla, de hacerla suya.

—No creo que...

—¡Por favor!

La súplica fue acompañada por un tirón de las solapas que lo colocó tan solo a un suspiro de sus labios, tan tentadores, tan dulces. Gimió por dentro y cedió.

«Será solo un beso rápido», se dijo. Acercó su rostro y tomó su boca en un beso suave, delicado y fugaz.

Levantó la cabeza y la miró con la intención de aclarar las últimas palabras

que había dicho, pero se quedó sin aliento cuando la vio. Ella tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, los suaves párpados entrecerrados velaban sus ojos y tenía los labios entreabiertos. Le pareció que volvía a estar en Roma, contemplando uno de los hermosos retratos de la diosa Venus que los pintores italianos del renacimiento habían inmortalizado en sus obras. Solo que ella era real, su diosa del amor.

—¡Maldita sea! —espetó en un susurro ahogado antes de volver a tomar posesión de su boca con avidez.

Arabella no comprendió lo que él había murmurado, pero no le importó, como tampoco le había importado suplicarle. Necesitaba aquel contacto con su calor y su fuerza para sentirse viva. Deslizó los brazos por el cuello de Alex y sus manos se hundieron en el suave cabello masculino. Notó la fuerza de su abrazo, como si quisiera fundirse con ella mientras los dos corazones palpitaban al mismo ritmo frenético. El sabor de su boca y de su lengua, con un toque de licor, y la danza que él había iniciado en su interior, le provocó un estremecimiento de placer; y cuando una de las manos de Alex descendió por su espalda y subió atrevidamente por su costado en una tímida caricia sobre su seno, sintió como si un centenar de fuegos artificiales estallasen en su estómago.

El suave gemido que brotó de la garganta femenina trajo a Alex de vuelta a la realidad y se maldijo por no haber sido capaz de controlarse, pero es que esa mujer lo estaba enloqueciendo. Ella era pasión y fuego, inocencia y ternura.

Apretó con fuerza la mandíbula y, con gran esfuerzo, colocó las manos sobre sus hombros desnudos, sin poder evitar percibir la suavidad de su piel, y la apartó de su cuerpo. En ese instante reparó no solo en la pérdida de su calor, sino de algo mucho más profundo que provocó un sobresalto en su corazón. Tuvo que luchar contra sí mismo para no dejarse llevar y cobijarla de nuevo en el hueco de sus brazos.

«A donde pertenece». El pensamiento lo sacudió internamente y respiró hondo para calmarse. En esos momentos tenía otras cosas de las que ocuparse, su seguridad era lo primero; ya volvería sobre ese pensamiento cuando tuviera tiempo... «Querrás decir cuando no tengas miedo, ¿no?», lo acusó su conciencia.

Sacudió la cabeza para expulsar a aquella indeseada invitada, y fijó la mirada en esa mujer que tanto lo trastornaba. Esas pequeñas manos que se habían aferrado con fuerza a su cuello descansaban entonces relajadas sobre su regazo.

Sus ojos dorados parecían encerrar dos brillantes amaneceres cargados de suaves promesas y de ruegos no expresados. Alex dejó escapar un suspiro; mitad gruñido, mitad anhelo.

—Arabella —la llamó sacudiéndola ligeramente—, ¿por qué has dicho que han intentado matarte? Respira hondo —le recomendó cuando sintió que su cuerpo temblaba bajo sus manos—, eso es, así. Necesito que me lo cuentes todo.

¿Cómo te has caído?

Sus manos se crisparon en su regazo y sacudió la cabeza.

—No me he caído —afirmó con convicción—, me han empujado.

Alex alzó las cejas entre sorprendido e incrédulo. ¿Por qué iban a querer hacerle daño?, se preguntó. La imagen de Arabella yaciendo en el suelo, atropellada por un carruaje, asaltó su mente y frunció el ceño.

—Cuéntamelo —le pidió con suavidad.

Su cuerpo se tensó cuando notó que ella se removía inquieta sobre sus piernas.

Por su propia cordura, la bajó de su regazo y la ayudó a sentarse a su lado en el diván. Tenerla tan cerca suponía una verdadera tortura; necesitaba mantener cierta distancia si quería conservar la cabeza fría para poder pensar. Vio cómo Arabella se mordisqueaba el labio inferior y gimió para sus adentros.

—Me dolía la cabeza —comenzó ella mientras se frotaba suavemente la frente

— y subí al tocador a refrescarme un poco. Mientras bajaba de nuevo al salón, iba algo distraída, pero escuché un sonido detrás de mí. No sé qué me impulsó a mirar hacia atrás, pero no pude ver nada porque en ese momento sentí un fuerte golpe en la espalda que hizo que me desestabilizara y cayese hacia

delante. Al haberme girado hacia el ruido, caí de costado y no de cabeza, y entonces rodé por las escaleras. Creo que luego perdí el conocimiento —concluyó. Miró a Alex que tenía el ceño fruncido y suspiró con pesar—. No me crees.

Alex sacudió la cabeza.

—Te creo —la contradijo—. Lo que me pregunto es por qué alguien haría algo así —comentó pensativo con la mirada clavada en su rostro. No se le ocurría ningún motivo por el que alguien pudiera odiar a Arabella. Vio cómo sus ojos dorados rehuían su mirada, y dejó escapar un suspiro de frustración—. ¿Hay algo más que no me hayas contado?

Arabella cerró los ojos un instante y se frotó nuevamente las sienes. Recordar todo lo que había sucedido desde que había decidido presentar su obra para la exposición, le revolvió el estómago. Sin embargo, no estaba dispuesta a dejarse vencer ni por un ladrón ni por un asesino. Clavó sus ojos en el rostro de Alex; ese rostro que tantas veces había aparecido las últimas veces en sus sueños. Su mirada esmeralda estaba cargada de preocupación y de algo parecido a la ternura.

Cuando lo había conocido, había pensado que era un hombre superficial. En esos instantes sabía que había mucho más bajo aquella atractiva fachada de cinismo e indolencia. Ella había conocido al conde de Thornway, el seductor; pero también a Alex, el amante del arte, el hombre sensible y protector que ocultaba sus sufrimientos tras una máscara de indiferencia y burla.

Volvió los ojos hacia su regazo intentado evitar aquella mirada que le provocaba una extraña emoción. Vio su pequeña mano engullida por aquella más fuerte y masculina. No se había dado cuenta de que él se la había tomado y con el pulgar describía círculos sobre su palma, como si deseara tranquilizarla.

Arabella notó un cosquilleo en el estómago, no supo si por aquella caricia o por lo que le iba a contar, porque estaba decidida a contárselo. Él ya conocía parte de su secreto y, de alguna manera extraña, sabía que podía confiar en él.

—¿Recuerdas el boceto de mi dibujo que viste en el estudio de Angelica? —le

preguntó. Cuando Alex asintió con la cabeza, ella tomó una profunda bocanada de aire y continuó antes de poder arrepentirse—: pues no se trata solo de un boceto, sino de un cuadro que pinté.

—¿El de la mujer? —inquirió él elevando las cejas en un gesto de sorpresa y admiración que produjo en el corazón de ella un agradable calorcillo.

— *La ninfa del agua* —le aclaró con una tímida sonrisa—, así lo titulé.

Angelica me dijo que podía presentarlo para la exposición de la Real Academia de Arte que tendrá lugar en verano. Es una oportunidad para demostrar que soy algo más que una dama, que puedo hacer algo más que servir el té, tocar el piano o entablar una conversación amena —repuso con calor.

Alex notó la fuerza con que ella, de un modo inconsciente, había cerrado su pequeña mano sobre la suya y se la apretaba nerviosa. Trató de hacer que se relajara.

—Así que eres una virtuosa del piano —comentó con una sonrisa burlona.

Arabella lo fulminó con la mirada, hasta que comprendió lo que él pretendía con su actitud, y se relajó.

—La verdad es que no lo hago demasiado bien —repuso al tiempo que le devolvía la sonrisa—, y llevar una conversación agradable e insulsa me resulta del todo imposible. Mi padre me permitió adquirir la misma educación que mis hermanos; sin embargo, en las reuniones sociales a las mujeres solo se nos permite hablar del tiempo y de la moda —señaló con un mohín de disgusto—, cuando a mí me gustaría poder hablar de política, de filosofía o de arte.

—Muy inusual.

Arabella se tensó y apretó los labios con firmeza. ¿Acaso se había equivocado al juzgarlo y al pensar que él la comprendería?

—Soy una mujer inusual.

Alex esbozó una sonrisa lenta. Cuando apareció el tentador hoyuelo en su

mejilla, el estómago de Arabella dio un vuelco y notó cómo el calor le subía al rostro ante la ardiente mirada que él le dirigió.

—Lo sé —contestó con voz ronca—, y eso me gusta... demasiado.

Ella tragó saliva y se llevó la mano al estómago para intentar calmar las mariposas que allí se agitaban.

«Es un seductor, no lo olvides», se recordó a sí misma, aunque el pensamiento no iba a durar ni un segundo en su mente si él continuaba sonriéndole así. Apartó la mirada y se esforzó por continuar hablando a pesar de que le parecía que le faltaba la respiración.

—No quería presentar la obra sin tener otra opinión —dijo atropelladamente, así que la llevé a un marchante de arte, pero me han robado el cuadro. Alex alzó una negra ceja con incredulidad.

—¿El marchante?

Arabella negó con la cabeza y se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—Al señor Brown lo... lo asesinaron.

La noticia lo golpeó con fuerza e hizo que se levantara del diván como un resorte. Comenzó a pasearse arriba y abajo frente a Arabella, mientras trataba de asimilar lo que ella le había dicho.

—A ver si lo he entendido bien. Llevaste el cuadro a un marchante para que valorase la obra, pero el hombre ha muerto y la pintura ha desaparecido, ¿es así?

Ella asintió.

—Al señor Brown lo encontraron en el Támesis, lo habían apuñalado —le explicó, y un estremecimiento acompañó sus palabras—, y cuando fui a su negocio, la pintura no estaba allí.

Alex se detuvo en seco.

—¿Fuiste a su tienda después de que hubiesen apuñalado al pobre hombre? — preguntó con incredulidad en un tono cargado de reproche.

—Bueno, yo no bajé del carruaje, fue mi sirviente el que lo hizo y me informó de todo —se defendió—; pero tengo que volver allí. Si encuentro a Johnny, tal vez él pueda decirme quién asesinó al señor Brown y se llevó mi cuadro.

Alex elevó los ojos al cielo y pidió paciencia.

—Arabella, ¿quién diablos es Johnny y dónde está esa maldita tienda a la que quieres volver?

Al oírlo maldecir, se dio cuenta de que Alex estaba molesto por la falta de información y la incoherencia con la que ella hablaba, pero es que se encontraba demasiado nerviosa como para usar adecuadamente su habitual claridad mental.

—Johnny es el ayudante del señor Brown; él me entregó la nota que decía que la persona que había asesinado al señor Brown era la misma que se había llevado el cuadro. Un *lechugino*, lo llamó.

—¿Un *lechugino*?

Arabella asintió.

—Sí, y el señor Brown lo mencionó como un caballero —comentó mientras fruncía el ceño recordando lo que le había dicho Lucy—; sí, me dijo que tuviese cuidado con el caballero.

Alex, que había emprendido de nuevo su paseo, volvió a detenerse. Un caballero, pensó, pero también un asesino y un ladrón. Si se trataba de algún miembro de la aristocracia, aquello explicaría el hecho de que estuviera presente en esa fiesta y que hubiese tenido la oportunidad de empujar a Arabella por las escaleras. Un escalofrío le recorrió la espalda al comprender lo difícil que iba a ser protegerla. Con esa escasa información, podía tratarse de cualquier hombre, incluso el asesino podría seguir todavía allí; o podría volver a atacarla en cualquier momento, en cualquier baile, velada o *soirée*.



Se pasó la mano por entre el cabello en un gesto de frustración.

—Bien, supongo que tendremos que hablar con Johnny. ¿Dónde se encuentra la tienda de ese marchante?

—En... Holborn.

—¡Maldita sea, Arabella! ¿Es que te has vuelto loca? —le espetó furioso tan solo de pensar en lo que podría haberle pasado en un barrio como aquel—.

¿Tienes idea de lo peligroso que es ese lugar?

Ella enderezó la columna con rigidez y alzó la barbilla sin dejarse amilanar por su tono brusco. Estaba acostumbrada a discutir con sus hermanos, que a veces usaban palabras mucho más soeces que las maldiciones de Alex.

—Fui de día —le aclaró.

—Pues esta vez no irás ni de día ni de noche —repuso tajante mientras clavaba en ella una mirada amenazante.

No le sirvió de nada. Arabella tenía los labios apretados en una fina línea y en su rostro se dibujaba la determinación.

Por supuesto que pienso ir, le aseguró al tiempo que se ponía de pie y le daba golpecitos en el pecho con un insolente dedo, es mi obra, mi trabajo. Es con lo que he soñado toda mi vida, y no pienso quedarme de brazos cruzados por el hecho de que soy una mujer. Soy inteligente y puedo valerme por mí misma.

Alex la sujetó de los hombros y la sacudió ligeramente.

—Arabella, eres una mujer inteligente y hermosa, pero no puedes enfrentarte sola a un asesino que ya ha intentado matarte dos veces —le señaló—. No quiero que haya una tercera vez...

Ella abrió los ojos sorprendida. ¿De verdad Alex la consideraba hermosa?

«Céntrate», se reprendió a sí misma.

—Alex, no pienso enfrentarme sola a ningún asesino, solo quiero averiguar dónde está mi cuadro y recuperarlo.

—¿Y qué crees que hará el asesino cuando se entere de que andas metiendo tu linda nariz en sus asuntos? —inquirió irritado mientras la sacudía de nuevo. Los ojos de Arabella se llenaron de lágrimas dándole la sensación de que el oro de sus ojos se había fundido volviéndose líquido. Dejó escapar un gruñido de frustración con el que claudicó—. ¡Maldita sea!, está bien. Mañana por la mañana pasaré a recogerte para ir a buscar a ese tal Johnny, pero en todo momento deberás hacer solo lo que yo te diga, ¡prométemelo!

—¡Te lo prometo!

La luminosa sonrisa que ella le dedicó lo dejó sin aliento y le provocó un intenso anhelo de besarla, de hacerla suya. Quería verla sonreír siempre, y que esa sonrisa fuera solo para él. Retiró las manos de su cuerpo como si quemara y le dio la espalda alejándose unos pasos de ella mientras trataba de llenar de aire sus pulmones que parecían haberse olvidado de respirar.

Escuchó detrás de él el frufú de la seda y rogó al cielo que Arabella no se le acercara y lo tocara, porque entonces no respondería de sus actos.

Fue una suerte que Arabella decidiese sentarse de nuevo en el diván, pensó Alex, porque en aquel momento la puerta de la sala se abrió y una pálida doncella, un tanto histérica, entró corriendo en la estancia.

—Milady, ¿se encuentra bien? —le preguntó preocupada mientras se arrodillaba frente a la joven.

—Estoy bien, de verdad —le aseguró con una sonrisa para tranquilizarla—; ha sido solo un pequeño accidente.

La muchacha frunció el ceño.

—Demasiados accidentes para ser casualidad —comentó con tono sombrío.

—Lo mismo digo —murmuró Alex con la mirada clavada en aquella increíble mujer que lo atraía como una polilla a la luz, y que, como a aquella, podía

hacerlo arder por dentro o terminar matándolo.

## Capítulo 15

La situación se había vuelto complicada. El reproche silencioso de Charles le hacía hervir de frustración. Sabía que lo había hecho mal, que había fallado, pero

¿quién iba a pensar que aquella mujer pequeña y frágil podía sobrevivir a una caída por la dura escalinata de mármol?

—Sí, ya sé que debería de haber comprobado que estaba muerta antes de marcharme —repuso irascible a la muda acusación de su mayordomo.

Sabía que Charles no le había hablado, pero él había escuchado la recriminación en su cabeza. Se frotó las sienes antes de apurar la copa de brandy que había dejado sobre la mesilla y contempló el fuego que ardía en la chimenea de su dormitorio. Las llamas se alzaban unas sobre otras y luego se encogían, como si bailaran una danza macabra riéndose de él; sus risas burlonas chisporroteaban en el espacio y se le clavaban en la mente como agujas puntiagudas. Se tapó los oídos en un intento por silenciarlas, pero se habían introducido dentro de él. Se habían unido al coro de risas y voces que siempre se burlaban de su incapacidad.

—¡Basta! —gritó con furia.

El cristal de la copa estalló en diminutos fragmentos al estrellarse contra el oscuro fondo de la chimenea.

Él les demostraría a todos que no era débil, ni tampoco un inútil.

—Pero no has podido matarla —le reprochó Charles con un tono monocorde que lo exasperó.

—Tú lo habrías hecho mejor, ¿no es así? —respondió con sarcasmo. Charles el perfecto, el que nunca se equivoca y todo le sale bien; al que todos adoran —añadió.

—Así era hasta que interviniste tú.

La fría acusación quedó flotando en el aire, enrareciendo el ambiente.

—¡Maldita sea, eso no es cierto! Yo no quise que nada de aquello sucediese, gimoteó mientras se mesaba el cabello y se mecía hacia delante y hacia atrás sobre la silla.

—Ahora eso ya no importa —repuso impasible aquella voz que cada vez hundía más las garras en su conciencia y a la que comenzaba a aborrecer.

Tenemos problemas más graves, y lo sabes. Él se la llevó, y seguramente le habrá contado todo.

—¡Pues acabaré con los dos!

—¿Tú solo? —se burló Charles—. Ni siquiera has podido matarla a ella. Te gusta esa mujer, por eso has fallado —lo acusó con frialdad mientras observaba cómo se encogía en la silla—. Al final tendré que hacerlo yo todo, como siempre.

—No vas a tocarla —repuso él con una calma que helaba la sangre. Se puso de pie y se acercó al cuadro que descansaba apoyado contra la pared de su cuarto. Acarició con un dedo el perfil de la mujer—. Ella es mía. Yo me ocuparé de lady Arabella.

—¿Y qué pasará con el muchacho? ¿Y con la nota que el marchante entregó en aquella casa?

—Lo arreglaremos. Tú ocúpate del maldito Thornway si quieres, pero ella es solo para mí.

—Al final tendrás que matarla, ¿lo sabes? No podrás presentar ese cuadro en la exposición de verano si ella sigue viva.

—Lo sé —gruñó—, pero lo haré a mi manera y en el momento que yo elija.

Arabella suspiró. Desde que se habían subido al carruaje, Alex no había dicho ni una palabra. Se había concentrado en mirar a través de la ventanilla, igual

que ella misma, y apretar la mandíbula. Los músculos marcaban los duros planos de su rostro y el tentador hoyuelo que solía acompañar a su sonrisa, se había diluido en la tirantez de su piel.

—¿Hay algo que le preocupe, lord Thornway?

Alex se volvió hacia ella y alzó una ceja interrogándola en silencio por el uso de su título.

—¿Hay algo que debería preocuparme? —le preguntó a su vez—. ¿Y cómo es que hemos vuelto al trato formal? Ayer era solo Alex —le recordó.

Vio cómo el rubor teñía las mejillas de Arabella y cómo su mirada dorada se suavizaba, como la miel espesa al bajar por la garganta, llenándose de calidez.

Su cuerpo se tensó al contemplar sus labios rosados y recordar el beso de la noche anterior que había sumido sus sentimientos en un profundo caos.

La deseaba, de eso no le cabía la menor duda. Pero la tensión que amenazaba con hacer estallar todos los músculos de su cuerpo no se debía únicamente al hecho de estar a solas con ella en el interior de aquel carruaje cerrado que estimulaba su imaginación sobre las diversas posibilidades que ofrecía de probar de nuevo el sabor de su boca y la suavidad de su cuerpo pegado al suyo. Se debía a una emoción más profunda a la que se negaba a ponerle nombre.

Cuando llegó a la mansión de los duques, el mayordomo le había dicho que Arabella se hallaba ocupada con una visita y lo había instado a esperar en una de las salitas de recibir. Mientras se paseaba inquieto por aquel coqueto espacio, había escuchado unas voces procedentes del recibidor y había distinguido el timbre suave y sereno de Arabella. Al asomarse a la puerta, se había encontrado con el vizconde Leydon inclinado galantemente sobre la mano de la joven mientras le dedicaba una mirada de adoración. La furia que había experimentado en aquel momento lo había tomado por sorpresa. Habría deseado clavar su puño en el agraciado rostro del hombre hasta hacer desaparecer su sonrisa y aquella mirada hambrienta. Sin embargo, se había conformado con apretar los puños y dar media vuelta.

Cuando Arabella había entrado en la sala ataviada con un vestido de seda verde que hacía destacar el dorado de sus ojos, había deseado pegarla a su cuerpo y besarla hasta dejarla sin sentido, hasta marcarla como suya. Pero no lo había hecho, y la frustración se había deslizado por su cuerpo como una segunda piel haciendo mella en su mente y en su espíritu.

Las palabras de ella lo sacaron de sus recuerdos.

—Me doy cuenta de que está molesto conmigo, replicó con tirantez evadiendo el asunto del título, pero no encuentro el motivo. Yo no lo he obligado a acompañarme. Si lo desea, puede decirle a su cochero que pare, y Lucy y yo buscaremos un coche de punto. Así ella no tendrá que molestarse en ir en el pescante, y yo no tendré que soportar su mal humor.

La mirada furiosa que ella le dedicó, con sus ojos encendidos como ascuas llameantes en medio de la pasión, hizo que Alex perdiera el poco control que le quedaba sobre sí mismo. Se inclinó en el asiento y la sujetó por los brazos atrayéndola hacia él.

—¿De verdad crees que estoy molesto por acompañarte? —masculló entre dientes.

Sus rostros se hallaban separados por el espacio de un suspiro. Arabella podía sentir el cálido aliento de él rozando sus labios; le bastaría inclinarse un poco más para besar su boca y experimentar de nuevo las exquisitas sensaciones que la habían asaltado cuando él la había besado la noche anterior. Tragó saliva y rezó para que su corazón, que cabalgaba desbocado en ese momento, no terminase por explotar en mil pedazos. La asustó la intensidad de esas sensaciones, mucho más fuertes que enfrentarse a un lienzo en blanco armada tan solo con un pincel. Perdió la noción de todo cuando la boca de Alex atravesó el espacio que los separaba y se apoderó de la suya en un asalto que puso en juego todos sus sentidos.

Podía oler su esencia masculina mezclada con sándalo y algo de bergamota; sentir el tacto de su suave cabello deslizándose entre sus dedos; oír su respiración agitada y los roncós gemidos que brotaban de su garganta y gustar el sabor de su boca, algo picante, y exigente. Mantenía los ojos cerrados, como si así pudiera atrapar las sensaciones en su cuerpo y en su mente. Si los

abría, tal vez la realidad la golpearía contundente y se arrepentiría de lo que estaba haciendo.

Los labios ardientes de Alex abandonaron su devastada boca y se deslizaron furtivos hacia su cuello.

—¡Dios, te deseo tanto!

El ronco susurro junto a su oreja, mientras le mordisqueaba el lóbulo, le provocó un estremecimiento y creó un nudo en sus entrañas que clamaba liberación.

Una agitación incomprensible se apoderó de ella y se removió inquieta en el mullido asiento cuando Alex se arrodilló frente a ella en el estrecho espacio del carruaje mientras sus manos obraban una magia antigua sobre sus senos cubiertos de terciopelo, pero infinitamente sensibles a cada caricia. Un suspiro entrecortado escapó de sus labios; Alex lo atrapó con su deliciosa boca distrayéndola de esa mano vagabunda y errante que incursionaba en territorio vedado reptando por su muslo en una tierna caricia.

El toque helado del aire sobre su piel devolvió un poco de cordura a su sentido común, y al percatarse de que aquellos gemidos pasionales que resonaban en el interior del carruaje brotaban de su propia garganta, se asustó. La pasión que Alex despertaba en ella no podía controlarla; se le escapaba de las manos haciendo que se sintiera en un terreno inseguro. La pasión que empleaba en sus pinturas era algo suyo, le pertenecía; con Alex, era él quien llevaba el control. Si se dejaba llevar, ¿qué pasaría entonces con sus sueños?, ¿con su independencia intelectual tan duramente conquistada? Deseo no significaba amor, eso era cierto, y Alex solo había dicho que la deseaba. El miedo a convertirse en aquel tipo de mujer que siempre había rechazado, sometida a las pasiones y caprichos de un hombre, hizo que su cuerpo se tensase.

No tuvo que pedirle a Alex que la soltase, porque en ese momento él lo hizo, si bien de manera un tanto brusca. Se pasó la mano por entre el espeso cabello negro y luego clavó en ella su mirada esmeralda. Tenía las pupilas dilatadas y respiraba con dificultad.



Ella se reclinó contra el asiento buscando un punto de apoyo para su desmadejado cuerpo.

—Yo... —balbuceó confundida ante la brusca separación y el torbellino de emociones que agitaba su mente y su corazón.

Había deseado que él se detuviera, pero en ese instante se veía invadida por la desazón, por el extraño sentimiento de que le faltaba algo, de que no estaba completa.

Alex vio la confusión en su mirada y maldijo para sus adentros.

—Lo siento, esto no tenía que haber pasado —se disculpó al tiempo que volvía a sentarse. Apretó los puños en un vano intento por no volver a tomarla en sus brazos, y rogó porque su cuerpo, que ardía en ese momento como si tuviera fiebre, volviese a la normalidad.

Se veía hermosa con los labios suaves hinchados por sus besos y el rubor en sus mejillas, y muy deseable; pero también era muy inocente, pensó mientras la contemplaba. Sintió en su corazón una emoción semejante a la ternura, pero la apartó a un lado. El amor no formaba ni podía formar parte de su vida, porque estaba seguro de que, en algún momento, tal como hiciera su padre, traicionaría ese sentimiento, y él no quería hacerle daño a Arabella.

El coche se detuvo en ese momento y el alivio sacudió a sus dos ocupantes como se sacude de polvo una vieja alfombra. La puerta se abrió y el aire frío penetró en el cálido interior para apagar los rescoldos del fuego que aún ardía en sus cuerpos.

Arabella se apresuró a descender del carruaje sin esperar a que Alex la ayudase. En ese momento no podría soportar que él volviera a tocarla; los labios le hormigueaban y su piel parecía guardar recuerdo de cada caricia de sus manos. La voz de Lucy la distrajo de sus pensamientos.

—¿La acompaño, milady, o prefiere que la espere en el carruaje?

—Prefiero que vengas conmigo, Lucy —la apremió. Las cejas de su doncella alzadas por la sorpresa la obligaron a esbozar una temblorosa sonrisa antes de

añadir—: tal vez Maisy pueda darte alguna información más sobre el día que el señor Brown le entregó la nota mientras yo hablo con la señora Simons.

Lucy aceptó la invitación y juntas se dirigieron a la entrada de la casa.

Arabella no miró hacia atrás para ver si Alex las seguía o no.

Había decidido detenerse en casa de Caroline antes de dirigirse al negocio del señor Brown. Probablemente no sacara nada de aquella visita, puesto que dudaba mucho que Johnny hubiese dejado una nota para ella en aquella casa; sin embargo, se alegró de haberse detenido. Volver a ver su estudio y oler el olor acre de la pintura, tal vez le devolverían la cordura que parecía haber perdido unos minutos atrás.

La puerta se abrió de inmediato y se encontraron con el rostro alterado de un sorprendido mayordomo.

—¡Milady!

—Buenos días, Jenkins, quería ver a la señora Simons, pero si he venido en un mal momento...

—No, es que...

El mayordomo fue interrumpido por la agitada voz de Caroline.

—Milady, gracias a Dios que ha venido —declaró nerviosa mientras se llevaba al pecho una mano cargada de anillos y la invitaba a entrar en la casa de manera un tanto brusca, lo que le extrañó en alguien como ella que siempre mantenía las normas de cortesía bajo un control estricto—. No sé cómo ha podido ocurrir, pero ha sido terrible. No me esperaba algo así, ¡y en mi propia casa!

—Caroline, tranquilícese, por favor, y dígame qué ha pasado —le pidió con un tono calmado. Reprimió una mueca de dolor cuando la mujer le apretó aún más la mano que le tenía cogida.

—Es Maisy —repuso con voz temblorosa.

Un escalofrío recorrió a Arabella y dio un paso tambaleante hacia atrás chocando con un pecho duro y firme. Las manos de Alex se cerraron sobre sus hombros solo para estabilizarla, pero ella no se separó de él. Allí, junto a él, se sentía segura y protegida.

Su voz grave tuvo la virtud de tranquilizar también a la señora Simons.

—¿Qué sucede aquí?

Caroline se apresuró a responder.

—Milord, esta mañana alguien atacó a Maisy —ante la mirada interrogante de él, aclaró—: mi doncella.

—¿La atacaron? —exclamó sorprendida—. ¿Está... está...? —No pudo concluir. Sintió el firme apretón de las manos de Alex.

—Está llorando todavía, la pobre no ha parado de hacerlo desde esta mañana

—le explicó. Se removía inquieta como una mariposilla ante la luz, pero a Arabella no le importó tras el alivio que la inundó al escuchar sus palabras—. El ladrón le dio un buen golpe en la cabeza y se le ha hinchado tanto que...

—¿Le robaron algo de valor? —inquirió Alex interrumpiendo la perorata.

Caroline sacudió la cabeza mirándola apesadumbrada, lo que desconcertó a Arabella.

—A mí no, milord; fue el estudio de milady el que pusieron patas arriba.

Una exclamación ahogada escapó de sus labios y notó cómo todo giraba a su alrededor. Su trabajo de tantos años, sus obras, ¿las habría destrozado el ladrón?

Los oídos comenzaron a zumbarle y el aire se negó a entrar a sus pulmones.

—No te vayas a desmayar ahora, susurró Alex en su oído sacudiéndola ligeramente.

Ella tomó una bocanada de aire profunda y sacudió la cabeza. Una copa de un aromático licor apareció bajo su nariz y Alex la obligó a tomar un sorbo. El líquido le ardió en la garganta y descendió como fuego por sus entrañas, lo que hizo que la asaltara la tos y le lagrimeasen los ojos.

—Gra... gracias —balbuceó con la voz rasposa cuando Jenkins retiró la copa.

—¿Se encuentra mejor, querida? —le preguntó Caroline con sincera preocupación.

Arabella asintió y forzó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Señora...? —intervino Alex.

—Simons, milord.

—Señora Simons, ¿podría mostrarme dónde queda el estudio de lady Arabella?

—Yo te lo mostraré.

—¿Estás segura de querer verlo? —inquirió. En su mirada flotaba una mezcla de pena y ternura que conmovió el corazón de Arabella.

Ella asintió y agradeció en silencio que él estuviera allí, como una roca firme a la que poder agarrarse mientras su mundo se tambaleaba. Habían robado su mejor obra, alguien intentaba matarla y habían destrozado su trabajo de años.

¿Por qué alguien la odiaba tanto?, se preguntó. ¿Y quién era ese alguien?

Subieron las escaleras que conducían a las habitaciones que tenía reservadas.

Notó que las manos le temblaban; sus piernas parecían no querer sostenerla, sin embargo, caminaba. Notó el brazo fuerte de Alex sosteniéndola por la cintura mientras la pegaba a su costado. El calor que emanaba del cuerpo masculino la reconfortó. Ella se sentía helada.

La puerta de su estudio se hallaba entreabierta. Alex la miró preguntándole en silencio si entraba él primero. Arabella negó con la cabeza y respiró

profundamente. Empujó la puerta y entró.

El interior era un caos. Los cajones habían sido abiertos y su contenido desparramado por el suelo; la mesilla donde tenía las pinturas estaba volcada y los colores se habían mezclado formando sobre el mármol una colorida paleta, mientras que el olor de la trementina impregnaba el ambiente. Las hojas con sus bocetos, algunos de ellos arrugados o hechos pedazos, tapizaban el piso y los cuadros habían sido rajados.

Arabella se detuvo en el centro de la habitación y las lágrimas comenzaron a brotar cálidas de sus ojos.

Alex se agachó y cogió una de las hojas. Se trataba de un boceto del rostro de Arabella. Debía de haberlo pintado mirándose en un espejo. Desde el papel, ella le sonreía como si poseyera un secreto que él desconocía; sus ojos parecían mirar hacia lo profundo de su alma. Dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo.

Se acercó a ella y se colocó detrás, contemplando lo que ella misma veía, la devastación de lo que, con seguridad, habían sido años de trabajo y esfuerzo. La rabia lo inundó como un torrente y deseó arrancarle las entrañas al hombre que tanto daño le había hecho.

—¿Por qué?

Aquel lamento triste y confuso lo conmovió profundamente. Ella se había vuelto hacia él y lo miraba como si pudiera dar respuesta a todo su sufrimiento.

Pero no podía. Él había aprendido por experiencia propia que a veces el dolor no tenía un por qué, pero resultaba más terrible y pesado cuando se sufría solo.

Abrió los brazos y esperó. Arabella se arrojó a ellos con un sollozo ahogado. Él la recibió acunándola con ternura y maldiciendo el negro corazón del causante de su sufrimiento.

## Capítulo 16

El carruaje traqueteaba mientras continuaba su ruta hacia Holborn. Los ojos de Alex volaron de nuevo hacia Arabella que, sentada frente a él, contemplaba absorta la calle a través de la ventanilla. Parecía haber perdido su vitalidad, esa chispa de pura pasión que tanto lo cautivaba. Tenía la mirada vacía y su semblante mostraba signos de una profunda tristeza.

El relato que Maisy les había hecho de lo ocurrido, no había arrojado luz sobre quién se encontraba detrás del robo del cuadro y de los intentos de asesinato de Arabella. La pobre muchacha se había levantado temprano, como era lo habitual, para encender las chimeneas de las diferentes estancias. Le había extrañado ver luz en el estudio, pero había pensado que tal vez alguna de las doncellas se había dejado uno de los candiles encendidos. Al abrir la puerta, se había encontrado con todos los muebles volcados y los utensilios de pintura por el suelo. Un ruido había hecho que se girase, pero en ese momento alguien la había golpeado en la cabeza y había perdido la conciencia.

Por lo poco que Alex había podido comprender a través de sus balbuceos y su interminable llantina, la joven no había sido capaz de ver a su agresor.

Maldijo para sus adentros mientras volvía a mirar a Arabella. Estaba preocupado por ella. El loco que quería acabar con su vida seguía suelto y él no tenía ni siquiera una pista válida sobre quién era.

Se pasó la mano entre el cabello en un gesto de completa frustración.

—¿Para qué demonios querría robar un cuadro?

No se dio cuenta de que había pensado en voz alta hasta que Arabella respondió.

—Para la exposición.

Alex se inclinó hacia delante en el asiento, apoyando los codos sobre sus rodillas, y clavó en ella la mirada. La vacuidad había desaparecido de sus

ojos, sustituida entonces por una férrea determinación que provocó en él la admiración.

—Es la única explicación —continuó ella con un tono desprovisto totalmente de emoción—. Si hubiera robado el cuadro para obtener dinero, entonces se habría llevado también algunas de las obras que tengo... tenía en el estudio.

Quizás no fueran tan valiosas como la ninfa, pero podrían venderse a un buen precio.

—Entonces, ese hombre no entiende de arte.

Arabella negó con la cabeza.

—Probablemente no —convino—. Podría querer el cuadro tan solo para su disfrute personal, pero para eso no necesitaría matarme; si ha intentado hacerlo es porque tiene miedo de que yo pueda desenmascararlo, y eso solo podría ocurrir si el cuadro se expusiese al público y yo lo viese.

—La exposición de verano de la Real Academia de Artes —concluyó Alex siguiendo su razonamiento. Se enderezó y se acarició la barbilla, pensativo—.

Bueno, eso nos confirma que, en efecto, tiene que tratarse de un caballero que, o bien necesita dinero, o bien busca la fama. Por otro lado, me complica la tarea de protegerte.

Supo que sus palabras no le habían gustado cuando percibió la rigidez que adquirirían los músculos de su rostro y cómo enderezaba la columna, como si le hubiesen colocado una tablilla en la espalda. Sonrió para sus adentros. Al menos comenzaba a reaccionar.

—Tú no tienes por qué protegerme —le espetó con sequedad.

—Oh, yo creo que sí.

—Puedo protegerme yo sola.

—Pues no veo que lo hayas hecho muy bien hasta ahora —repuso con un tono sarcástico ganándose una mirada fulminante de ella que se había sonrojado.

—Entonces...

—¿Se lo dirás a tus hermanos? —la interrumpió Alex.

Arabella apretó los labios molesta. Por supuesto no podía decírselo a sus hermanos; primero la regañarían por ponerse en peligro, y después se burlarían de ella por sus pretensiones.

—De todos modos, no hará falta. En dos días partiremos hacia Hampshire para pasar las fiestas navideñas, así que no creo que allí vaya a tener ningún problema...

Alex captó la duda que envolvía sus palabras.

—¿Excepto...?

Arabella dejó escapar un suspiro.

—Excepto por la gran fiesta que los duques suelen organizar el día después de Navidad. Suelen invitar a sus conocidos de Londres.

—Entonces le pediré a tus hermanos que me inviten.

Ella abrió los ojos de asombro.

—¡No puedes hacer eso! —repuso molesta de que él se fuera a salir con la suya. Necesitaba tranquilidad y, desde luego, su cercanía no la tranquilizaba precisamente—. Además, ¿qué excusa les darás para querer venir?

—Le diré a James que quiero cortejarte.

Alex se sorprendió tanto o más que ella al escuchar sus propias palabras. ¿De dónde demonios había salido aquello? Tenía cientos de excusas mejores que esa; podía haberle dicho que no quería pasar solo las navidades, dado que su madre no se encontraba todavía en Londres.

Estaba dispuesto a rectificar cuando Arabella soltó un bufido de incredulidad que provocó su irritación.



—Me parece que ya son demasiados pretendientes cortejándome.

Alex alzó una de sus negras cejas a modo de interrogación.

—¿Hay alguien más?

—Oh, sí —repuso ella con una sonrisa burlona—, dos más, y ellos también participarán en la fiesta; mi madre se ha encargado de ello.

La sensación quemante que le produjeron sus palabras, no le gustó nada.

Sintió que una ira irracional le burbujeaba en el pecho.

—Leydon —murmuró entre dientes.

Ella asintió.

—Sí, él me lo pidió justo antes de lord Darkmoor.

—Arabella, esas propuestas no son sinceras —repuso con más brusquedad de la que hubiera deseado.

Ella se tensó visiblemente.

—¿Y la suya sí, milord?

Alex no tuvo oportunidad de responder, pues el carruaje se detuvo en ese momento; además, qué demonios podía decirle, se preguntó.

—Quédate aquí —le ordenó mientras abría la portezuela para descender.

Arabella apretó los dientes con fuerza. ¿Por qué los hombres se sentían con derecho a decirle a las mujeres lo que podían o no podían hacer? ¿Acaso pensaban que no tenían cerebro suficiente como para decidir por sí mismas? Por supuesto que no iba a quedarse en el carruaje como una niña buena. Iría con él, y si tenía que decírselo en latín para que lo comprendiera, pues así lo haría.

—Pienso bajar contigo.

—Arabella...

La mirada de advertencia de él hubiera echado atrás a cualquier hombre.

Gracias a Dios que ella no era un hombre, sino una mujer.

—Alex... —repuso ella con dulzura—, ¿vas a apartarte o quieres que salte sobre ti?

Esas últimas palabras de Arabella conjuraron en su mente una serie de excitantes imágenes de ella saltando sobre su cuerpo desnudo y los dos cayendo sobre un blando colchón de plumas con los miembros enredados, piel con piel.

Gimió para sus adentros y sacudió la cabeza mientras se apartaba.

Arabella descendió con una sonrisa de satisfacción, ajena por completo a los pecaminosos pensamientos de Alex.

La espesa niebla de fríos adoquines grises y sucios que la envolvió cuando su delicado zapato de satén rozó el suelo, le recordó en qué lugar se hallaba.

Instintivamente buscó el cálido refugio de la protección de Alex. Si su altura y la envergadura de su musculosa espalda no eran suficiente para disuadir a los posibles rateros, sin duda la ferocidad del ceño que lucía en ese momento lo haría.

«Es un hombre peligroso», pensó al mirar sus ojos. Tenían un brillo de fiereza

y desafío, como los de un animal marcando su territorio; una oscuridad que parecía surgir de las profundidades de su alma había aflorado hasta la superficie verde esmeralda de sus pupilas convirtiéndolas en dos cavernas oscuras y frías.

Un escalofrío le recorrió la espalda, a pesar de saber que con él se hallaba segura.

Como si percibiese su inquietud, Alex la tomó de la mano y tiró de ella para obligar a sus renuentes pies a moverse. Aunque sus ojos seguían siendo fríos,

su mano fuerte envolvía la suya, más pequeña, en un capullo de calidez e intimidad.

Se preguntó cómo sería aquel tacto sin los guantes, el roce de piel desnuda contra piel desnuda. Dejó escapar un suspiro tembloroso. Aquellos pensamientos no le hacían ningún bien.

—¿Perdona?

Las palabras que Alex le acababa de dirigir se habían perdido en la inconsistencia de su nublado pensamiento.

—¿Es aquí? —repitió él. Arabella asintió—. Quédate detrás de mí.

La puerta se abrió fácilmente cuando Alex la empujó. El interior se hallaba ordenado y limpio, tal y como Arabella lo había visto la primera vez; casi esperó ver al señor Brown aparecer tras la cortina del fondo. Solo que el señor Brown estaba muerto.

Un fuerte ruido proveniente de la trastienda la sobresaltó. Alex le hizo un gesto para que se mantuviera en silencio y avanzó sigiloso hacia la cortinilla. La abrió con cuidado para no alertar al individuo. Arabella se asomó por detrás de Alex y pudo ver a la persona que se encontraba agachada y recogía los caballetes que habían caído al suelo mientras mascullaba algunas palabras malsonantes.

Reconoció aquella figura desgarrada y la chaqueta oscura y raída en los codos.

—¡Johnny!

El joven se sobresaltó al escuchar la voz femenina. Se giró hacia los intrusos y sus ojos se dilataron por el terror. Soltó lo que tenía en las manos y huyó hacia el pasillo que había al fondo de la habitación.

Alex maldijo en voz alta.

—¡No te muevas de aquí! —le gritó antes de salir en persecución del joven.

En ese momento, Arabella no habría podido moverse aunque hubiera querido.

El choque de emociones en su interior sobrepasaba el límite de lo que podía tolerar. Un frío helado entumecía sus miembros y el corazón le latía desaforado hasta convertirse en un palpito doloroso que laceraba sus sienas. ¿Por qué Johnny había huido de ella? ¿Por qué había visto el horror en sus ojos cuando la había mirado?

Cuando Alex regresó varios minutos después, todavía seguía ahí de pie, en medio de la pequeña estancia abarrotada de lienzos y caballetes, abrazándose a sí misma. Pareció sobresaltarse cuando lo vio, pero luego sus ojos adquirieron esa mirada de niña perdida que él tantas veces había vislumbrado en los ojos de su madre cuando la pobreza los había golpeado y el hambre mordía sus estómagos.

Se acercó hasta ella y la envolvió en sus brazos abrazándola con fuerza.

Sintió el frío que emanaba de su cuerpo y la aprensión le atenazó el estómago.

Era el mismo frío que había terminado por helar el corazón de su madre despojándola de sus ganas de vivir. Dejó de responder a los abrazos, de cuidar de él y de sí misma; las palabras dormitaban en su mente incapaces de formar pensamientos. No importó que él se pusiera a trabajar como un loco suicida, ni que finalmente los sacara de la pobreza amasando una fortuna que envidiaría hasta el mismo rey Midas; ella nunca volvió a ser la misma. A veces se quedaba con la mirada perdida en un mundo al que él no tenía acceso, y cuando Alex la reclamaba al presente, su madre tan solo lo miraba y le recordaba lo mucho que se parecía a su padre. Lo único que le devolvía la vida era el arte, y él había procurado dárselo en abundancia. Vivía en una casa en el campo que parecía un museo, rodeada de verdaderas obras de arte, y bien atendida por una cuidadora.

Apartó el doloroso pensamiento al mismo tiempo que se apartó de Arabella.

La sacudió con fuerza, como si con ello pudiera reavivar las cenizas de la pasión que sabía ardía en su interior y devolver una chispa de vida a su cuerpo.

—¡Arabella!

El tono de preocupación y angustia se filtró en la confusa maraña de sus pensamientos y emociones, y levantó la mirada hacia él. Sus ojos, dos pozos insondables de ansiedad y temor, provocaron en ella un cálido sentimiento de ternura. Alzó la mano y le acarició la mejilla.

—Estoy bien —lo tranquilizó—, solo un poco confundida. ¿Por qué Johnny salió corriendo?

El alivio que experimentó Alex amenazó con hacerle caer de rodillas. Se aferró con manos temblorosas a los hombros de Arabella y respiró hondo antes de poder ofrecerle una explicación coherente sin balbucear.

—Tiene miedo. Probablemente vio al asesino del señor Brown o tiene alguna información sobre ello.

—¿Y por qué no nos la dice? ¿De qué tiene miedo? —preguntó con sincero desconcierto ante aquella actitud sin sentido.

—Porque el asesino es un caballero, quizás un aristócrata, y él tan solo un aprendiz que trata de ganarse la vida en medio de la pobreza. —Vio que ella iba a hablar y se apresuró a responder a la pregunta que, estaba seguro, venía a continuación—: Él no sabe de los intentos de asesinato que has sufrido, solo trata de huir de los problemas.

—Pero sin Johnny, sin la información que posee, no podremos atrapar al ladrón —señaló abatida.

—Tú no vas a atrapar a nadie, cariño. Yo me ocuparé de encontrar a Johnny. Y ahora, vámonos; este lugar es demasiado frío y lúgubre, y mi cochero y tu doncella deben de haberse congelado en el pescante del coche.

Arabella se dejó conducir dócilmente, aturdida todavía por el impacto que había causado en ella el apelativo cariñoso que Alex había usado de modo inconsciente. El estómago le había dado un vuelco, mientras que su corazón se había saltado un latido, o tal vez dos, antes de derretirse como miel caliente en

su interior.

Subieron al carruaje y emprendieron de nuevo la marcha. El apacible silencio que se instaló entre ellos le permitió a Arabella reflexionar sobre ese hombre, tan lleno de contradicciones, que la acompañaba. Podía ser tierno o peligroso; afectuoso o sarcástico; protector y posesivo, o un libertino; duro y fuerte, pero con un alma sensible.

Mientras él permanecía pensativo, se dedicó a observar los planos duros de su rostro, la barbilla angulosa, los pómulos altos, la nariz recta, aquellos preciosos ojos que en ese instante se veían oscurecidos, sepultados bajo su ceño fruncido; su cuerpo era una obra de arte, firme y cálido. Los dedos comenzaron a hormiguearle por el deseo de retratarlo. Desde que había terminado de pintar la ninfa, nada había vuelto a despertar en ella esa pasión que la inundaba como una marea viva, como una tormenta que despertaba sus sentidos; nada, hasta que había llegado él.

Cuando el carruaje se detuvo de nuevo frente a Westmount Hall, Arabella casi saltó desde el interior del coche hacia la calle. Su deseo de alejarse de ese hombre que tanto alteraba sus sentidos era superior a la rigidez de sus propios convencionalismos. No esperó a que él descendiera primero para ayudarla a bajar y casi atropelló al lacayo que abrió la portezuela. Subió lo más rápido que pudo la escalinata y se giró para dedicarle a Alex un escueto saludo más por educación que por ganas.

Su nariz tropezó con el chaleco gris de suave seda que se amoldaba a la perfección al duro torso del conde. Maldijo para sus adentros y alzó la cabeza para fulminarlo con la mirada, pero, debido a su estatura y la cercanía de él, sus ojos solo pudieron contemplar su barbilla, afeitada con esmero, y el cuello grueso y moreno que parecía perderse en los intrincados dobleces de su pañuelo blanco. Por algún motivo que le resultó incomprendible e irrazonable, deseó pasar la lengua por ese cuello para descubrir el sabor de su piel.

Gimió suavemente y bajó la cabeza hasta apoyar la frente sobre aquel pecho firme. No pensaba ni actuaba con coherencia, pero aquello era culpa de él y solo de él.

—¿Arabella?

No, definitivamente esa posición no ayudaba en nada. El susurro de su nombre en el oído y su ronca reverberación en el interior de ese pecho masculino, junto con el olor a sándalo y madera que emanaba de su piel, era una combinación peligrosa.

Se separó con brusquedad y lo miró con fiereza.

—¿Qué? —le espetó con sequedad.

Él esbozó una sonrisa de diversión que hizo que casi se derritiera cuando hizo su aparición el traicionero hoyuelo de su mejilla.

—Creo que a tu mayordomo le gustaría saber si entraremos en la casa o no.

Inhaló una bocanada de aire para tranquilizarse y se volvió hacia la puerta.

Thompson, su mayordomo, mantenía una estudiada expresión impasible que había perfeccionado a lo largo de los años; sin embargo, Arabella pudo detectar el brillo risueño de sus ojos viejos y sabios. La invadió una profunda vergüenza y su rostro se tornó rosado, como cuando de niña su mayordomo la descubría en la alacena sustrayendo las galletas recién hechas de Mary, la cocinera.

—Gracias, Thompson, es usted muy amable.

—Tan solo cumplo con mi deber, milady, le aseguró el hombre mientras contenía una sonrisa.

Arabella no pudo decidir si se burlaba de ella o no, aunque en ese momento tampoco le prestó demasiada atención, distraída por el hecho de que Alex la hubiese seguido al interior del lujoso vestíbulo. Frunció el ceño disgustada; luego sus ojos se abrieron horrorizados ante el pensamiento que le sobrevino.

¿No se atrevería a llevar a cabo su propósito de pedir permiso para cortejarla? La sonrisa lobuna que él esbozó en aquel momento aclaró sus dudas.

—¿Alex?

Arabella maldijo la inoportuna aparición de su hermano.

—Hola, James.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mientras deslizaba una mirada de curiosidad desde él hacia su hermana.

—He ido a...

—James, ¿no has visto...? —La duquesa se interrumpió al ver al conde en el vestíbulo. Arabella gimió para sus adentros—. Vaya, no sabía que teníamos visita.

—Lord Thornway ya se marchaba, se apresuró a informar Arabella.

Él enarcó una ceja burlona.

—No seas maleducada, Arabella, la reprendió su madre. Me alegro de conocerlo, milord.

Alex se acercó y besó la mano que la duquesa le tendía.

—Es un placer, milady.

La mujer sonrió con coquetería. James puso los ojos en blanco y Arabella soltó un bufido.

—¿Le apetecería tomar una taza de té? Así podrá contarme cosas de sus viajes. Tengo entendido que ha regresado hace poco de Italia.

—Así es, milady —confirmó Alex al tiempo que se veía arrastrado por la arrolladora verborrea de la duquesa mientras dirigía sus pasos hacia una de las salitas.

Sus miradas se cruzaron. Arabella apretó los dientes. ¡Él había tenido el descaro de guiñarle un ojo!



## Capítulo 17

Conseguir la invitación para asistir a la fiesta de Navidad en la mansión que los duques de Westmount tenían en el campo, resultó sencillo. Lo que Alex no se había imaginado es que lo invitarían también a pasar las navidades completas con la familia; sin embargo, allí estaba.

Apoyado en el marco de una de las elegantes puertas francesas que daban a la terraza, observó al grupo que se entretenía jugando a las charadas en el salón.

Eran, en su mayoría, jóvenes ruidosos cuyas voces y risas cascabeleaban en el interior de la amplia sala revoloteando sobre el muérdago, llenando los rincones y arrancando sonrisas benévolas de los mayores que, de vez en cuando, hacían un alto en su conversación para mirarlos.

Los Marston constituían una familia alegre y muy numerosa entre tíos, primos y otros parientes. Se había sentido a gusto entre ellos; sin embargo, estaba más habituado a la soledad y por eso a veces necesitaba apartarse de todo aquel alboroto navideño. Además, en unos días llegarían los invitados a la fiesta navideña y sería prácticamente imposible encontrar algún rincón para quedarse a solas consigo mismo.

—Espero que no te estés aburriendo.

Alex contuvo un suspiro, no porque hubiesen invadido su aislamiento, sino porque lo había hecho una de las razones por las que también buscaba la soledad. Arabella se le había metido bajo la piel, y pasar tiempo con ella se tornaba cada vez más peligroso. Sentirla cerca, escuchar su voz, oler su perfume, ver su sonrisa cautivadora; todo ello hacía que sus noches en la amplia y solitaria cama de una de las habitaciones de invitados se hubiesen convertido en un infierno, una penitencia que debía pagar por sus muchos pecados.

A pesar de que no se había vuelto hacia ella, pudo sentir su mirada clavada en él.

—En absoluto —se obligó a responder, aunque su voz sonó con un matiz ronco, como si le costase hablar.

—¿Echas de menos a tu madre?

Alex la miró. Durante esos días había conocido a la verdadera Arabella; había descubierto la ternura y la generosidad con la que se entregaba a su familia, el amor y la preocupación por cada uno de ellos. Esa era una de las cosas que más amaba de ella, pensó.

La revelación lo golpeó con la intensidad de un rayo y se tambaleó. ¡Dios, la amaba! Había tratado de evitarlo, ni siquiera quería que sucediera, pero el sentimiento había echado raíces en su interior desde el primer momento en que James los había presentado en aquel baile. Maldijo para sus adentros. Aquello no podía ser.

—Alex, ¿te encuentras bien?

Él asintió con un escueto movimiento de cabeza y salió a la terraza exterior.

Caminó hasta la baranda de mármol para poner un poco de distancia; necesitaba que el aire frío de la noche aquietase su cerebro, que bullía en una confusión de pensamientos, y su corazón, que latía desacompañado como un instrumento que tocase una melodía ajena a la partitura que seguía el resto de la orquesta. Inhaló profundamente y dejó que la frialdad que flotaba en el aire invernal asaltase sus pulmones.

Una mano pequeña y suave se posó sobre la suya que descansaba sobre la piedra helada.

—Cuando mi padre murió nos dejó en la ruina, ese fue el motivo de que nos marcháramos a Italia. —No supo por qué motivo había dicho esas palabras; tal vez porque tenía la esperanza de que, si ella conocía lo peor de él, se alejaría.

Por eso continuó: Tuvimos que vender casi todo para saldar las deudas.

Cuando llegamos a Roma, mi madre se negó a ver a sus padres en esas

condiciones, así que, con la venta de algunas joyas, alquilamos un pequeño piso a las afueras de la ciudad, cerca del puerto de Ostia. Tuve que ponerme a trabajar

para conseguir dinero y poder sobrevivir. Cargaba y descargaba fardos en los barcos desde el amanecer hasta casi el anochecer por unas míseras monedas, pero aquello no era suficiente. Mi madre enfermó a causa del frío y de la escasa alimentación; entonces, comencé a trabajar por las noches en una de las tabernas del puerto sirviendo cenas y cervezas, y a veces como... acompañante de mujeres a las que les gustaban los chicos jóvenes, se quedó en silencio, rumiando el amargo sabor del recuerdo. Arabella no hizo ningún comentario, y él prosiguió:

Cuando tuve suficiente dinero, hice unas pequeñas inversiones en ciertas empresas que comenzaban a despegar. Tuve suerte y las empresas se consolidaron. Empecé a ganar mucho dinero; compré una casa bonita en un barrio más próspero, cerca del río Tíber, y mi primera fábrica textil. Solo entonces pudimos ir a visitar a mis abuelos; para mi madre era importante mantener su dignidad. Yo siempre trabajé por ella y para ella. Quería ofrecerle el tipo de vida al que estaba acostumbrada y darle todo aquello que mi padre nunca le había dado; pero ya era demasiado tarde. Al poco tiempo, su enfermedad se agravó y empezó a consumirla poco a poco. El médico dijo que las preocupaciones y la angustia constante en la que había vivido fueron la causa de que perdiera la razón. Ahora tengo montones de dinero y una madre que no reconoce ni a su propio hijo, finalizó con la voz destilando amargura.

Sus manos se crisparon en un puño aprisionando en ellas el odio, la tristeza y el dolor. Habían sido sus compañeros de viaje durante tanto tiempo que le daba miedo dejarlos marchar, como si su partida lo dejase incompleto, vacío.

No se dio cuenta de que Arabella había retirado su mano hasta que no percibió la ausencia de su calor, de la suavidad de su piel. Cerró los ojos y los apretó con fuerza. Había pretendido eso, que ella se alejara; pero no había imaginado que doliera tanto perder algo cuando ni siquiera era tuyo.

El silencio se extendió como un fino manto de niebla. El murmullo suave de la voz de Arabella lo disipó.

—Cada vez que creo que he llegado a conocerte, me sorprendes. Eres como una de esas pinturas que cada vez que la miras descubres algo nuevo, un color distinto, un matiz diferente que te hace verla desde otra perspectiva.

Alex sacudió la cabeza.

—No, Arabella. Solo soy un hombre roto por dentro —replicó con la voz ronca y temblorosa. Las palabras de ella habían sido un destello de luz en su oscuridad interior, pero no tenía derecho a quedarse con ese resplandor—. Soy un hombre que se ha vendido a sí mismo. En el fondo, no soy mejor que mi padre, y terminaré pareciéndome a él, destrozando a las personas que me rodean.

—Eso no es cierto, repuso con una firmeza que contrapuso a la suavidad con que su mano volvió a posarse sobre la suya, como el aleteo de una mariposa.

Alex, eres un artista, ¡tu propio artista! Te has creado a ti mismo; te has dibujado una y otra vez adaptándote a las circunstancias, a las necesidades. Has hecho de ti mismo una obra de arte. No conocí a tu padre, pero por lo que me has contado de él, puedo decirte que no te pareces a él en absoluto.

Alex tomó su mano y se la llevó a los labios depositando en sus dedos un cálido beso.

—Eres una soñadora.

—Puede que lo sea —admitió mientras contemplaba los ojos brillantes de él, lágrimas de plata líquida por el reflejo de la luna—; pero si este es mi sueño, déjame soñarte a mi manera.

Arabella retiró su mano y se alejó de él doliéndole cada paso que daba y que ponía distancia entre ellos. Hubiera deseado quedarse y abrazarlo, y besarlo hasta curar su alma; pero no podía hacerlo. En ese momento, Alex necesitaba enfrentarse solo a los demonios de su pasado.

El día que dio comienzo la fiesta de Navidad organizada por los duques de Westmount, los invitados comenzaron a llegar ya avanzada la mañana. El cielo vestía ropajes blancos que anunciaban nieve y el frío mordía los rostros de los

que eran recibidos calurosamente por la familia Marston.

Dentro de las habitaciones, los fuegos chisporroteaban alegres en el interior de las chimeneas caldeando el ambiente. La sala azul pronto se llenó con el zumbido de las conversaciones femeninas que intercambiaban saludos y noticias de Londres. Los caballeros, más aficionados al silencio que a escuchar a sus esposas, se entretenían en la opulenta biblioteca del duque saboreando su brandy y algún que otro cigarro puro.

Arabella ocupó su tiempo comprobando que las habitaciones resultasen confortables y supervisando la preparación de la comida que tendría lugar al día siguiente, el día de año nuevo. Había saludado a los invitados a su llegada, pero luego había desaparecido discretamente dejando el papel de agasajar a los invitados para su madre, que disfrutaba con ello y con la atención que le dispensaban. Ella prefería mantenerse en un segundo plano, aunque la verdad era que no podía negar que se escondía. La conversación con Alex en la terraza había desestabilizado su mente y sus emociones, creando en su interior un caos convulso. No era solo su belleza física lo que la atraía, sino también su alma sensible y las cicatrices que su pasado habían dejado en su corazón. No quería sentir nada hacia él, pero cada vez que Alex aparecía en su campo de visión, el suelo parecía hundirse bajo sus pies y sentía que necesitaba abrazarse con fuerza a aquel hombre para no caer.

—¿Otra vez se está escondiendo?

Arabella parpadeó y volvió a la realidad de cuanto la rodeaba. La música, las parejas que danzaban alegres, las copas de champagne que entrechocaban...

Celebraban el baile de fin de año.

—No... yo no... no me estoy escondiendo.

Lord Darkmoor elevó una ceja socarrona mientras contemplaba a la muchacha medio oculta tras una columna. Se colocó a su lado y dirigió una mirada displicente a los bailarines que se movían al son de los compases de una cuadrilla.

—A mí no tiene por qué mentirme, lady Arabella —repuso con una sonrisa—.

Según algunas personas, soy un experto en mentir, así que sé muy bien cuándo alguien lo hace.

Arabella lo miró sorprendida. Él tenía la mirada clavada en algún punto del salón, siguió la dirección y descubrió a James y a Alex que los miraban ambos con el ceño fruncido. Apartó la vista y se sonrojó.

—¿Por qué odia a mi hermano, milord? —le preguntó con curiosidad.

—Puede llamarme Henry. En cuanto a su pregunta —se encogió de hombros, la verdad es que no lo odio, supongo que es simple competitividad masculina. De todas formas, debe reconocer que su hermano se deja molestar con facilidad —comentó con una sonrisa burlona.

Ella sonrió, pues sabía que tenía razón.

—¿Tengo mucha competencia? —le preguntó él.

—¿Perdón?

—En cortejarla —aclaró inclinándose un poco hacia ella—. Me gustaría saber si tengo que sacar mi espada y desafiar dragones por usted.

Arabella soltó una carcajada.

—No lo creo, señor.

—Pues yo diría que al menos uno sí —repuso satisfecho mientras señalaba con la cabeza.

Ella se giró y descubrió, sorprendida, que Alex venía hacia ellos. Parecía un ángel vengador, con el rostro oscurecido por la furia y los músculos en tensión.

Lord Darkmoor la tomó de la mano y tiró de ella.

—Venga, dejemos que se cueza en su propio fuego —señaló mientras la arrastraba hacia la pista de baile.

Se levantó temprano, a pesar de que no había podido dormir demasiado. El rostro furioso de Alex, mezclado con escenas en las que él la besaba hasta hacerle perder el sentido, la había perseguido en sus sueños.

Se había pasado la noche huyendo de él. Después de bailar con lord Darkmoor, lo había hecho con el vizconde Leydon y con lord Mandeville, que no dejó de hablar, entre tartamudeos constantes, sobre el viaje emprendido por el capitán James Cook con el fin de observar y documentar el tránsito de Venus sobre el sol, algo que sucedería alrededor del tres de junio de 1769. También había pasado tiempo con Victoria y, aunque ella le había preguntado qué ocurría entre lord Thornway y ella, había evitado responder a una pregunta para la que ni siquiera ella misma conocía la respuesta.

Suspiró mientras se cepillaba el pelo delante del espejo del tocador. Lo que necesitaba era una buena cabalgada a través de los frondosos parajes que constituían las tierras de los Marston. Adoraba esos bosques desde que era una niña, y cuando había nacido en ella el deseo de pintar, había encontrado en aquellos paisajes una fuente de inspiración y un rincón secreto en el que ocultarse y practicar.

Se sujetó el pelo con una redecilla y tomó la fusta y los guantes. Atravesó silenciosa el corredor de las habitaciones familiares y descendió por la escalera de servicio. En la cocina olía a pan recién hecho. Saludó a Mary con una sonrisa que ella le devolvió, meneando la cabeza al ver que se llevaba uno de los bollitos de azúcar que acababa de sacar del horno.

—Buenos días, Matt, y feliz año nuevo.

—Buenos días, milady —la saludó el sonriente mozo de cuadra, y feliz año a usted también. ¿Quiere que le ensille a Penélope? Arabella se acercó al compartimento donde se encontraba la yegua parda y le acarició el morro con cariño. El animal la hociqueó en busca de azúcar.

—Hoy no te he traído nada, glotona —la reprendió con una sonrisa—. El bollito de Mary me lo he comido yo. ¿Usted ha desayunado, Matt? —le preguntó al mozo—. Debería de ir a probar los bollitos de azúcar antes de que los invitados se los coman todos. Yo me ocuparé de ensillar a Ulyses. Ande, váyase.

—Muy bien, milady —repuso él, aunque algo inseguro—. El castrado no le dará problemas y le será mucho más útil si empieza a nevar, ya que conoce el camino a casa y puede recorrerlo con los ojos cerrados. De todas formas, será mejor que haga su paseo lo más breve que pueda, creo que se avecina tormenta.

—No se preocupe, Matt. En cuanto vea que comienzan a caer los primeros copos, me vuelvo a casa —lo tranquilizó.

—Entonces, está bien —comentó el hombre con una sonrisa conociendo el carácter responsable de la muchacha—, muchas gracias, milady.

Arabella colocó la silla de montar y aseguró las cinchas antes de poner el bocado al animal que se removía inquieto.

—Sí, yo también tengo ganas de echar una buena carrera —le dijo palmeando su lomo cuando este piafó—, pero tendremos que ir con cuidado. Ya has oído a Matt.

A pesar de todo, apenas salió de las caballerizas y enfiló el camino principal, hincó los talones en los ijares del azabache y se lanzó al galope bajo un cielo blanquecino con el aire frío de la mañana azotándole el rostro.

Ulyses sacudió las crines y apretó el paso en respuesta a la presión de las rodillas de su jinete. El paisaje se hizo borroso a su alrededor, pero la sensación de libertad y de despreocupación se incrementó en su interior y soltó una carcajada revitalizante.

Descendió el ritmo conforme se acercaba a la gran arboleda que el duque usaba como coto de caza, y puso el caballo al trote para poder gozar del silencio y la calma del entorno. Los árboles, frondosos y vetustos, bordeaban ambas partes del camino; un poco más adelante, el sendero se bifurcaba. La senda de la derecha ascendía poco a poco en suave pendiente hasta la cima de una colina para descender luego por amplias praderas; mientras que la senda que giraba hacia la izquierda se internaba más y más en el bosque.

El sonido de los cascos de un caballo la sobresaltó y se giró en la montura para observar a la figura oscura que se acercaba por el camino, empañada



entonces por los gruesos copos de nieve que comenzaban a caer.

—¿Es que te has vuelto loca? —le gritó enfadado Alex al detener su montura junto a la de ella—. ¿Cómo se te ocurre salir sola y con una tormenta de nieve encima?

—No nevaba cuando salí —se defendió. Apretó con fuerza las riendas y el animal se removió inquieto—. Además, pensaba volver si comenzaba a nevar.

Alex apretó los dientes. Había visto salir a Arabella y se había preocupado de que pudiera sucederle algo. Aunque quería salir detrás de ella, todavía lo requemaba el amargor de saber que ella lo rehuía después de las revelaciones que le había hecho en la terraza. Al final, había ganado la preocupación y había ensillado a Hércules, su purasangre. Hasta que no había divisado su figura a lo lejos, no había podido tranquilizarse. El miedo que anudaba su estómago se desató en ese momento en forma de rabia.

—¡Ni siquiera deberías de haber salido!

—No tienes por qué gritarme —replicó alzando la barbilla—. Además, tú no eres...

—Sí, ya lo sé —la interrumpió—, no soy ni tu padre, ni tu hermano, ni tu marido. Para ti ni siquiera soy un caballero —señaló con tono amargo.

Arabella frunció el ceño.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta que lo digas. Llevas cuatro días huyendo de mí.

—No huía de ti —lo contradijo, dolida porque él hubiera pensado que pudiera ser capaz de darle la espalda después de lo que le había contado—. Huía de mí misma.

Alex abrió los ojos sorprendido. Intentaba comprender lo que se escondía detrás de sus palabras, pero ella había bajado la cabeza y no podía ver lo que reflejaba su mirada.

—¿Por qué, Arabella?

Ella se mantuvo en silencio, mirando sus manos que jugueteaban con las riendas. ¿Qué podía decirle? ¿Que le daba miedo la intensidad de las sensaciones que experimentaba cuando estaba a su lado? ¿Que no quería diluirse ni perderse en él? Porque todo parecía desdibujarse y perder sentido cuando Alex se encontraba cerca; se convertía en el centro y en el motivo por el que latía su corazón, el lugar al que volvían una y otra vez sus ojos, y el único pensamiento que invadía su mente y poblaba sus sueños.

Alex colocó los dedos bajo su barbilla y le alzó la cabeza. Sus ojos verdes la miraban con ternura a través de los blancos copos de nieve. Arabella se estremeció.

—¿Por qué? —repitió él.

—Porque no quiero enamo...

El estruendo de una detonación llenó el aire provocando que los pájaros abandonasen su refugio y los caballos reculasen nerviosos.

El segundo disparo le alcanzó.

## Capítulo 18

Alex se inclinó sobre el cuerpo de Arabella para cubrirla.

—¡Agáchate! —le ordenó al tiempo que golpeaba el anca del animal para alejarlo de aquel lugar donde presentaban un blanco perfecto.

El caballo relinchó y se arrancó al galope. Alex puso a Hércules justo detrás del azabache ofreciendo su propia espalda al tirador.

Arabella alcanzó la bifurcación del camino y, sin dudarlo, tomó el de la izquierda internándose en el bosque. El aire frío le golpeaba el rostro y las lágrimas brotaban de sus ojos, pero no le importó mientras lograra poner distancia entre ellos y quien les había disparado. Su corazón galopaba al ritmo del caballo y le temblaban las manos.

No escuchó a Alex gritarle hasta que se situó a su lado y agarró las riendas de su caballo para detenerlo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó mientras la examinaba atentamente.

Arabella estaba pálida y tenía las pupilas dilatadas por el miedo. Miró hacia el camino, como si esperara que el tirador apareciera por él de un momento al otro, y su cuerpo comenzó a sacudirse por los temblores.

Alex maldijo para sus adentros. Tomó a Arabella por el talle y la subió sobre su propia montura apretándola contra su cuerpo. Ella lo abrazó por la cintura y ocultó el rostro en su pecho.

—Tranquila, ya ha pasado todo —la calmó, estrechándola contra sí.

Sabía que el peligro no había cesado todavía, así que puso los caballos al trote y continuó avanzando un trecho en silencio atento a cualquier sonido extraño que alterase la paz del bosque, enmudecido en esos momentos por el lento y

constante caer de los gruesos copos de nieve. El viento helado arreció y un estremecimiento recorrió su cuerpo desprovisto de abrigo. Había salido raudo en persecución de Arabella y no había tomado su capa. En ese momento era tarde para lamentarse. Los brazos se le estaban entumeciendo, especialmente el derecho, donde la herida provocada por la bala le ardía como el demonio. Podía sentir la sangre caliente deslizarse hacia su mano, pero no sabría la gravedad hasta que no le echase un vistazo.

Notó que Arabella se estremecía entre sus brazos a causa del frío. Si la tormenta empeoraba, cosa más que probable, se congelarían antes de poder regresar a la mansión. La única buena noticia era que el asesino no se arriesgaría a seguir adelante con su propósito con ese tiempo, o al menos eso esperaba.

—Arabella, ¿hay algún lugar en el que podamos refugiarnos hasta que pase la tormenta?

Ella asintió con la cabeza. Su voz sonó amortiguada contra la tela de su chaqueta.

—Un poco más adelante el camino se bifurca. Si tomas el sendero de la izquierda, llegaremos a mi lugar secreto.

Alex esbozó una sonrisa.

—¿Tu lugar secreto?

—Cuando tenía como unos seis años, me perdí en el bosque mientras jugaba con mis hermanos —le explicó—. Pasé como unas dos horas deambulando por el paraje; luego comenzó a llover. El guardabosques me encontró llorando y tiritando de frío acurrucada junto a un gran árbol cuyas raíces se habían abierto formando una especie de cueva. Me recogió y me llevó a su cabaña para que me secara. Cuando dejó de llover, me acompañó hasta la mansión mientras me iba explicando cómo reconocer el camino si volvía a perderme.

—Y te lo aprendiste.

—Sí, y cuando empecé a recibir las clases de dibujo, comencé a venir aquí.

Cuando Tim se dio cuenta de qué era lo que hacía, prometió no decirle nada a mi familia, y me dejó el cobertizo que había junto a su cabaña para que guardase el caballete y mis pinturas. Mira, allí es.

Alex vio una cabaña grande de madera y, un poco más allá, el cobertizo. Era una estructura mayor de lo que había imaginado. Se trataba de una construcción sencilla de madera, de forma rectangular, con dos ventanas. Al lado tenía adosada una pequeña cuadra. Hércules y el castrado tendrían que compartirla.

Se detuvo delante y descendió del caballo antes de ayudar a Arabella a bajar.

Notó un dolor lacerante en el brazo y ahogó una colorida exclamación. Mientras Arabella buscaba la llave, él ayudó a entrar a los animales en la cuadra. Cuando se aseguró de que estaban cómodos, se dirigió hacia el cobertizo. La tormenta arreciaba y el suelo ya había comenzado a cubrirse con una capa blanca. Abrió la puerta de madera y tuvo que luchar contra el impetuoso viento que soplaba con fuerza para lograr cerrarla tras él. Cuando se giró, se detuvo asombrado al contemplar el interior. No se trataba de una habitación para herramientas, sino de un verdadero hogar.

El suelo se hallaba cubierto por una mullida alfombra en tonos azules y crema.

Frente a la chimenea había situadas dos cómodas butacas de color crema, también. A la derecha se hallaba el improvisado estudio con los caballetes, la mesilla con las pinturas y los pinceles, y varios lienzos apoyados contra la pared.

En el lado izquierdo había una mesa de madera y un armario; y al lado de este último, unas estanterías con platos y tazas para el té.

Arabella, de pie delante de la chimenea en la que ahora chisporroteaba un alegre fuego, vestida de terciopelo verde, parecía una ninfa del bosque. Se había quitado el sombrero y el cabello le caía suelto hasta la cintura enmarcado en un halo de fuego.

Ella le sonrió con timidez.

—La casa es...

—...preciosa —repuso haciendo un esfuerzo por tragar el nudo que se le había hecho en la garganta. «Como tú», hubiera querido añadir, pero prefirió guardar silencio.

—Iba a decir que es pequeña, pero es mi refugio y... —abrió los ojos sorprendida y palideció.

Alex frunció el ceño preocupado y dio un paso hacia ella, pero fue Arabella la que corrió hacia él.

—¡Dios mío, Alex, estás herido!

Miró su brazo y se dio cuenta de que, aunque la sangre que manaba de la herida no se distinguía sobre el paño negro de su chaqueta, había resbalado por su brazo tiñendo la mano de rojo.

—No es nada —la tranquilizó—, la bala solo me ha rozado.

Ella se mordió el labio entre nerviosa y asustada.

—Hay que curártelo —señaló mientras tiraba de él hacia una de las butacas.

Lo ayudó a despojarse de la chaqueta e hizo que se sentara mientras buscaba algunos lienzos limpios y ponía agua a calentar.

—Tendrás que quitarte la camisa también —le dijo sin mirarlo.

Retiró el agua del fuego cuando comenzó a hervir y sumergió en ella uno de los lienzos. Cuando se giró hacia Alex, se detuvo sobrecogida por la visión del pecho amplio y desnudo de él. Su piel tenía una tonalidad dorada y se extendía tersa sobre unos músculos bien delineados, tal como los había visto en las ilustraciones de los libros de pintura. La diferencia estribaba en que ese era un cuerpo vivo, que subía y bajaba con cada respiración, y que tendría un tacto cálido y suave. Desvió la mirada hacia sus ojos y se hundió en esas profundidades verdes que la contemplaban con fijeza. Tragó saliva ante la cruda emoción que destilaban y se humedeció los labios porque la garganta se le había secado repentinamente. Observó fascinada cómo los músculos de él

se contraían en respuesta y cómo su respiración se aceleraba. El aire pareció espesarse a su alrededor. Consciente del magnetismo que emanaba de él, tuvo que obligarse a sí misma a centrarse en la herida.

Se apresuró a acercarse y se arrodilló junto a la butaca. Notó el respingo de Alex cuando limpió la sangre de la herida y comprobó que se trataba, efectivamente, de un rasguño, aunque profundo. Enjuagó el paño y limpió el brazo y la herida de nuevo antes de colocar un lienzo limpio para restañarla.

—Arabella...

El nombre fue un tierno susurro que hizo que ella se girase hacia él como una flor hacia el sol cálido de la mañana. Sin embargo, solo pudo ver una imagen borrosa de su rostro. No se había percatado de las lágrimas que brotaban de sus ojos y resbalaban por sus mejillas.

Alex podría haber muerto. No habría vuelto a ver el fulgor verde de sus ojos, ni la sonrisa burlona con el traicionero hoyuelo; no habría vuelto a probar el sabor de sus labios, ni a sentir el calor de sus brazos al estrecharla contra su cuerpo. La sacudió un poderoso estremecimiento al comprender el inmenso vacío que habría dejado en ella su ausencia, porque, de alguna manera, su corazón estaba unido al de él y, si dejaba de latir, el suyo moriría también. Se le quebró la voz al salir de su garganta.

—Ha sido culpa mía —sollozó.

Alex la levantó y la sentó sobre su regazo abrazándola con fuerza.

—Tú no tienes la culpa —aseveró con firmeza—. Esto es únicamente obra de ese bastardo, y lo pagará caro. ¡Dios!, cuando pienso en lo que podía haberte pasado...

Arabella notó el temblor que recorría el cuerpo de Alex y quiso tranquilizarlo.

Sin pensar en lo que hacía, depositó un suave beso sobre la piel desnuda de su pecho.

El tiempo pareció detenerse y el aire crujió entre ellos a causa de la tensión.

Bajo la palma de su mano, el corazón de Alex martilleaba con fuerza, mientras que sus músculos se habían vuelto duros como el granito. Fascinada, movió la mano enredando sus dedos en el vello áspero que cubría su torso y que descendía como una flecha por su abdomen hasta perderse en la cinturilla de sus pantalones.

Sus manos comenzaron a recorrer con la curiosidad de la artista los duros planos y las marcadas líneas que formaban los músculos de sus brazos, su pecho y su estómago; subieron luego por la firme columna de su cuello y se perdieron en la suavidad de la negra noche de su cabello. Inclino la cabeza y aspiró aquel olor masculino que provocaba en ella como una sensación de desasosiego, de ansiedad, que no sabía explicar. Cedió a un impulso y convirtió uno de sus sueños en realidad cuando lamió la piel de su cuello.

El cuerpo de Alex se estremeció y un gemido escapó de su garganta. La tensión que lo dominaba se quebró, acabando con su autocontrol; atrapó el rostro de Arabella entre sus manos y se precipitó sobre ella para devorar su boca como un hombre hambriento. La atrajo contra su cuerpo deseando fundirse con ella, marcarla como suya. Porque esa mujer le pertenecía. No importaba cuánto deseara negarlo, cuánto quisiera alejarse, siempre volvería a ella, porque su corazón la reclamaba como una parte de sí mismo. Sin ella estaba hueco, vacío.

Sus dedos hábiles, aunque temblorosos, la despojaron de la chaquetilla y se enredaron en su cabello antes de perderse entre los botones de su blusa blanca para dejar al descubierto la cremosa piel del nacimiento de sus senos. Los labios cálidos de Alex vagabundearon por el rostro de Arabella deteniéndose en sus mejillas, en la comisura de sus labios y en la suave hondonada que se formaba entre su cuello y la clavícula. Ella echó la cabeza hacia atrás para brindarle un mejor acceso y un gemido entrecortado escapó de sus labios cuando él besó sus pechos.

El aroma primaveral que emanaba de su piel embebía sus sentidos, y la dulzura de su sabor había embotado su cerebro anulando su capacidad de pensar; solo sentía la tensión de su propio cuerpo que ansiaba una liberación. Sin embargo, el ardoroso gemido de Arabella se abrió camino entre la espesa neblina de su mente y le hizo tomar conciencia de lo que hacía.



El fuego crepitó en el hogar y Alex cerró los ojos mientras apoyaba su frente sobre la de Arabella en un intento por sofocar su propio fuego interior.

—¿Alex? —preguntó ella dubitativa.

Notó la respiración acelerada de Alex, al igual que la suya propia, y se preguntó si habría hecho algo mal. Ningún hombre había provocado en ella las emociones y sentimientos que le provocaba él. Aunque tenía poca experiencia en esas lides, sabía que deseaba a Alex, y quería estar con él como mujer; olvidarse de que era una dama, que había normas y convenciones sociales que regían el mundo en el que ambos se movían. En esos momentos estaban ahí, en aquella cabaña que se había convertido en un mundo propio, íntimo, donde solo eran un hombre y una mujer.

—No podemos hacer esto, Arabella —repuso él.

—¿Por qué no?

Él abrió los ojos y la miró con tanta intensidad que sintió que el aire quedaba atrapado en su garganta. Su mirada esmeralda contenía un deseo tan crudo, tan descarnado, que ella se estremeció.

«¿Por qué no?», se repitió a sí misma. Tal vez el mañana traería

arrepentimiento y pesar, pero en aquel momento solo deseaba sentirse amada por aquel hombre tan lleno de contradicciones, de luz y de oscuridades profundas, y al que amaba con toda su alma.

La revelación la sacudió interiormente provocándole un estremecimiento que hizo temblar su corazón. ¿Qué pasaba con su libertad, con sus sueños tan largamente acariciados? Todavía podía luchar por ellos, y lo haría, pero no dejaría escapar esa oportunidad de estar con Alex que la tormenta les había brindado. Sería como atrapar una única estrella, cuando lo que deseaba en realidad era poseer el firmamento entero; sin embargo, se conformaría con gozar de la luz de esa estrella mientras brillase para ella, antes de que la mirada y el corazón de él cambiasen de dirección, como el caprichoso viento que azotaba con fuerza la puerta y las contraventanas de la cabaña, y se posasen sobre otra mujer más hermosa e interesante que ella.

Sonrió con tristeza y alzó la mano para acunar su mejilla. Notó la aspereza de su barbilla afeitada, la tensión de los músculos de su mandíbula, y en sus ojos, una vulnerabilidad que no esperaba y que no comprendía del todo.

—¿Por qué no? —repitió.

—Porque tú eres...

Ella lo interrumpió colocando los dedos sobre sus labios mientras negaba con la cabeza.

—No digas que porque soy una dama. Hoy no. Hoy quiero ser algo más que una dama, quiero ser tan solo una mujer para ti, aunque no sea... —se detuvo, avergonzada, al pensar en su inexperiencia.

Seguramente Alex había estado con muchas mujeres, más hermosas y experimentadas que ella, que lo habrían complacido. La inseguridad la envolvió como un manto y agachó la cabeza para ocultarla a sus ojos, pero los cálidos dedos de Alex empujaron su barbilla hasta lograr que sus miradas se cruzaran.

—Arabella, eres la mujer más deseable que he conocido nunca, y no hay nada que desee tanto como hacerte el amor —declaró con un murmullo ronco—, pero también eres la hermana de mi mejor amigo.

«Y no quiero herirte», le habría gustado añadir, y si resultaba ser como su padre, entonces la lastimaría, le causaría un dolor irreparable, como había sucedido con su madre; y él se arrancaría el corazón con sus propias manos antes que dañar a Arabella.

La tempestad que azotaba sus ojos verdes era más fuerte que la que hostigaba el exterior de aquel cálido refugio, y como ella, también pasaría, dejando una huella de frialdad si Arabella no tomaba aquella oportunidad. Acercó sus labios a los de él y depositó un beso suave.

—Solo soy yo —susurró.

Un fuego intenso brilló en los ojos de Alex y Arabella supo que había ganado

aquella batalla cuando él la alzó en sus brazos y la depositó con suavidad, casi con reverencia, sobre la mullida alfombra, frente al chisporroteante fuego del hogar. La desnudó lentamente, hasta que toda su piel quedó bruñida por el fulgor cobrizo de las llamas.

Alex contempló hechizado la excitante figura tendida junto a él, los suaves senos, las exuberantes curvas de sus caderas, la estrecha cintura y las torneadas piernas. Anhelaba besar cada rincón de su pequeño cuerpo y marcarla para siempre. Sin dejar de mirarla, se quitó las botas y se despojó de los pantalones y de los calzones al mismo tiempo, mientras observaba la reacción de Arabella. La fascinación que descubrió en los ojos ambarinos de ella fue suficiente para hacer que su cuerpo reaccionase. Gimió interiormente cuando sus cuerpos se rozaron y la abrazó con fuerza.

«Ya no hay marcha atrás, Arabella. Nunca te dejaré marchar». Fue su último pensamiento coherente antes de que sus manos y sus labios se perdieran en la suavidad de su piel mientras estudiaba cada monte y cada valle que la femineidad dibujaba en su cuerpo, y se deleitaba con el sabor que su lengua aprehendía. Atrapó su boca y, cuando entró en ella, el mundo pareció fusionarse para explotar luego a su alrededor en un caleidoscopio de emociones mientras cada latido de su corazón bombeaba con fuerza una sola palabra: *mía*.

Arabella se aferró con fuerza a Alex, rodeándolo y envolviéndolo con su propio cuerpo, como si así pudiera escapar de la miríada de sensaciones que la invadían. El breve dolor que había sentido al perder su virginidad no podía compararse con lo que sentía en esos momentos en los que su cuerpo amenazaba con fragmentarse en pequeños pedazos. Algo se arremolinaba en su interior y crecía con la intensidad de una ola que arrasaba todo a su paso haciendo temblar su cuerpo y su alma. Gritó su nombre.

El silencio envolvía el interior de la cabaña. Fuera, la tormenta había dejado de rugir y unos tímidos rayos de sol se abrían paso a través de las ventanas. Se estremeció al sentir el frío en su piel desnuda. Se había dormido, saciado, con Arabella entre sus brazos. Abrió los ojos alarmado al no percibir el agradable calor de su cuerpo a su lado.

Ella se había vestido y, sentada en la butaca, parecía escribir algo en un

cuaderno.

—¿Qué haces?

—No te muevas —le pidió en un murmullo, como si no quisiese romper su propia concentración—, te estoy dibujando.

Alex arqueó una ceja burlona.

—¿Desnudo?

Notó cómo ella se ruborizaba y se echó a reír. Luego la risa se transformó en una sonrisa mientras contemplaba a su pequeña artista, la mujer que le había robado el corazón. Se lo había dicho. Le había dicho que la amaba, porque no podía callárselo después de lo que habían compartido; pero había sido un cobarde, y lo había hecho cuando ella yacía ya dormida entre sus brazos.

Arabella se levantó y depositó el cuaderno sobre la butaca antes de acercarse a la ventana desde donde contempló el blanco paisaje que se extendía ante sus ojos, mientras le ofrecía a él la intimidad necesaria para vestirse. Alex se levantó, pero no pudo resistirse a echar un vistazo al dibujo.

Quedó sorprendido al ver el boceto. Con trazos firmes, Arabella había delineado su cuerpo musculoso como si del de un dios se tratase; pero lo que más le llamó la atención fue la sutil sonrisa que había dibujado en su rostro lleno de paz, por primera vez después de tantos años.

—Ha dejado de nevar.

Alex sabía lo que significaban esas palabras pronunciadas casi en un susurro.

El silencio se extendió entre ellos mientras terminaban de vestirse. Alex apagó los rescoldos del fuego y salió para traer los caballos. La capa de nieve subía casi hasta la rodilla, así que aprovechó para tomar a Arabella en brazos una última vez. La besó largamente antes de ayudarla a colocarse sobre la montura.

Cruzaron una última mirada cargada de silenciosas palabras antes de emprender el camino de regreso a la realidad.

## Capítulo 19

Entraron en las caballerizas donde los recibió el conocido olor a heno y a caballo, pero ni rastro de Matt, el jefe de cuadras, ni de ningún otro mozo.

Alex la ayudó a bajar de la montura. Aflojó las cinchas de las sillas y retiró la carga de los animales mientras Arabella lo observaba recreándose en cada uno de sus movimientos que ponía de manifiesto su poderosa musculatura. Notó el uso comedido que hacía del brazo derecho y frunció el ceño. Debía de dolerle la herida. Tal vez sería bueno que un médico se la revisase, pues aunque ella había tratado de limpiarla bien, el corte que le había hecho la bala al atravesar la carne era profundo, y quizás sangraba de nuevo.

El silencio que los había acompañado durante todo el camino como un pesado manto mortuario, se vio invadido por el furioso susurro de unas voces procedentes del exterior. El vano de la puerta quedó oscurecido por la alta figura que se recortaba a contraluz.

—¿Me puedes decir dónde diablos has estado?

Arabella suspiró. James no solo era el mayor de los hermanos, sino también el más protector.

—Salí a cabalgar temprano...

—¿Te encuentras bien?

Victoria entró en un torbellino de aire fresco, preocupación y seda crujiente, lo que provocó un alivio inmediato en el alma de Arabella que trataba de aparentar una tranquilidad que no sentía, ante la perspicaz mirada de su hermano que vagaba de Alex a ella oscureciéndose por momentos.

—Estoy bien, Vic, gracias.

—Te vi salir esta mañana y, al ver que estallaba el temporal y no volvías, me preocupé —susurró con una mirada de disculpa mientras señalaba a James.

Arabella le sonrió para tranquilizarla.

—¿Podéis explicarme qué ha pasado?

El tono severo y autoritario de su hermano le hizo estremecerse. James solía ser indolente y despreocupado, razón por la que su prima Victoria no dejaba de sermonearle, pero cuando usaba ese tono de voz, nadie podía dudar de que era el marqués de Blackbourne.

Se volvió hacia Alex y vio que este la interrogaba con la mirada. El corazón de Arabella se calentó ante este gesto, sabía que él guardaría silencio sobre su secreto si ella así se lo pedía, y lo amó aún más por ello; sin embargo, asintió.

Tarde o temprano su pasión por la pintura saldría a la luz, sobre todo si lograban encontrar el cuadro de la ninfa. Quizás sería mejor si otras personas les ayudaban a buscar.

—James —intervino Victoria—, ¿no te parece que podrían darnos las explicaciones en un lugar más adecuado y más... calentito? —concluyó mientras se abrazaba a sí misma para tratar de entrar en calor, ya que el vestido de día que llevaba no era adecuado para aquella temperatura.

El gruñido que emitió James fue tomado como una señal de aquiescencia, y el grupo se dirigió hacia la mansión. Sabiamente, Victoria tomó la decisión de entrar por la puerta de servicio para evitar encontrarse con alguno de los invitados, y se dirigió hacia la pequeña biblioteca que había en el ala de la familia.

Se trataba de la biblioteca privada del duque, una confortable estancia con paredes revestidas de madera de roble y estanterías colmadas de volúmenes antiguos. Un enorme escritorio ocupaba uno de los rincones, junto a un ventanal cubierto con cortinajes de terciopelo rojizo. Del otro lado de la habitación, junto a la chimenea encendida, había un diván, dos pequeñas butacas y una mesilla al lado de un armario que contenía copas y un decantador.

James, que cerraba la comitiva, entró el último y echó la llave para evitar que los interrumpieran. Luego se volvió hacia el grupo. No se le escapó que Alex

permanecía de pie mientras que Arabella y Victoria se habían sentado juntas en el diván.

Cruzó los brazos sobre el pecho y esperó las explicaciones mientras deslizaba su mirada sobre cada uno de los presentes. Le inquietaba el hecho de que Alex y su hermana hubiesen desaparecido juntos durante una tormenta de nieve; sus ojos volvían una y otra vez al desgarrón de la chaqueta de Alex y esperaba sinceramente no tener que matarlo, porque lo apreciaba bastante. Nunca esperó escuchar las palabras que brotaron de la boca de su amigo.

—Nos han disparado.

—¿Cómo dices? —le preguntó James incrédulo.

—Verás, alguien me robó un cuadro... —comenzó a explicar Arabella.

—¿Una de tus pinturas? —inquirió Victoria.

Arabella se volvió hacia ella sorprendida.

—¿Lo sabías?

Su prima la miró entre divertida y ofendida.

—Además de ser tu prima, soy tu mejor amiga y, por si no lo recuerdas, me crié en esta mansión —repuso; luego se encogió de hombros antes de añadir —: un día te seguí hasta la cabaña...

—¿De qué demonios habláis? —la interrumpió James exasperado—. No comprendo nada.

Victoria lo miró con fijeza durante unos segundos.

—Tú nunca comprendes nada, James —replicó con tono amargo—; ni siquiera eres capaz de ver las cosas, aunque las tengas debajo de tus narices. Será mejor que lord Thornway te lo explique todo a ti. Arabella se viene conmigo, necesita descansar.

Alex las vio levantarse del diván y dio un paso involuntario hacia delante.

Clavó la mirada en Arabella, como si con ello pudiera hacer que ella se volviese hacia él. Necesitaba hablar con ella antes de que se marchara; de otro modo, el silencio que se había instalado entre ellos desde que abandonaron la cabaña se convertiría en una barrera impenetrable. Un miedo irracional le atravesó las entrañas cuando lo asaltó la idea de que Arabella podía alejarse de él, negar lo que habían vivido. Él no le había declarado sus sentimientos, y tampoco sabía lo que sentía ella, a pesar de la pasión con la que se había entregado a él. Por eso esperó a que lo mirase, para poder decirle que luego la buscaría; pero ella ni siquiera se volvió.

James observó estupefacto cómo las dos mujeres abandonaban la cálida estancia y sacudió la cabeza, confundido.

—Cada vez entiendo menos a las mujeres —repuso mientras se acercaba al armario y servía un poco de licor en dos copas. Le tendió una a Alex que se había sentado en una de las butacas—. ¿Te encuentras bien? —le preguntó señalando la herida de su brazo.

—Ha sido solo un rasguño.

—Cuéntamelo todo.

Alex le relató los hechos comenzando por el robo del cuadro, el asesinato del marchante y los atentados contra la vida de Arabella mientras veía cómo el rostro de James se oscurecía a causa de la furia. Sus ojos de color aguamarina se habían convertido en dos esquirlas de hielo.

—...por eso creo que el asesino tiene que estar aquí —concluyó.

—¿Tú crees que es uno de los invitados?

—Tiene que serlo —manifestó—. Seguramente vio salir a Arabella y la siguió, como hice yo.

—¡Maldita sea! —masculló James. Alex lo miró interrogante—. Arabella envió a Matt, el jefe de cuerdas, a la cocina cuando salió esta mañana a cabalgar, así que no podrá decirnos si alguien más salió. Ni siquiera sabía que tú también te habías marchado. Cuando Victoria me dijo que mi hermana no



aparecía por ningún lado, él se acercó para decirme que estaba preocupado por Arabella, porque había salido a cabalgar y la tormenta arreciaba.

—Bueno, hay algunos invitados que podemos descartar —señaló Alex mientras miraba con el ceño fruncido la delicada copa que sostenía en la mano

—. Nuestro hombre debe tener problemas económicos, por eso robó el cuadro.

James apretó los puños con rabia.

—Lord Darkmoor...

—No puedes estar seguro.

—Sé que necesita dinero; ya te dije que manipuló al bueno de Edward para que lo apoyase en sus inversiones. Tiene que ser él.

—James, no puedes acusarlo sin más —declaró Alex inquieto al ver que su amigo se levantaba y comenzaba a recorrer la estancia como un animal enjaulado—; si lo haces, y te equivocas, pondrás al verdadero asesino sobre aviso.

—¡Maldita sea!, ¿y entonces qué hago? —le espetó con la voz crispada—. No puedo quedarme cruzado de brazos.

—Por lo pronto, proteger a tu hermana.

James se detuvo y asintió con la cabeza. Luego clavó en él una mirada cargada de sospecha.

—¿También tengo que protegerla de ti, Alex? —lo interrogó—. ¿Ha pasado algo entre mi hermana y tú?

Alex bajó la mirada hacia el líquido ambarino que reposaba en su copa como si en él pudiese hallar las respuestas que exigía James.

—No quieres saberlo —declaró finalmente.

—¡Demonios, Alex! ¡Voy a tener que partirte la cara! —escupió furioso al tiempo que daba, amenazador, unos pasos hacia él.

—¿Por qué? ¿Por enamorarme de tu hermana?

James se detuvo sorprendido y se dejó caer sobre la butaca más cercana como si el mundo se hubiese tambaleado sobre sus cimientos. Lo miró como si le hubiesen salido dos cabezas, y Alex comenzó a sentirse incómodo.

—Tú, ¿amas a Arabella? —repuso perplejo. Luego, una atractiva sonrisa fue insinuándose perezosamente en su boca hasta que se deshizo en una sonora carcajada—. ¡Eso es magnífico!

Como contagiado por el nerviosismo que antes había manifestado James, Alex también se levantó y comenzó a pasearse arriba y abajo por la estancia.

—Sí, la amo —admitió con un tono tan brusco como el disparo de un cañón

—, pero ella se merece a alguien mucho mejor que yo, James. Yo... tú conoces mi historia...

—Alex —lo interrumpió James plantándose delante de él y sujetándolo por los hombros—, eres un buen hombre. No te pareces en nada a tu padre y nunca te parecerás a él. Te confiaría mi vida, y estaría orgulloso de llamarte hermano

—le aseguró apretando sus hombros con fuerza—. Además, imagino que

Arabella conoce tu historia y te ha aceptado, ¿no?

Alex se removió incómodo.

—Bueno —comentó renuente—, lo cierto es que aún no se lo he pedido.

James dejó escapar un gruñido gutural, como el de un animal herido.

—¿Te has acostado con mi hermana y aún no le has pedido matrimonio? —

siseó—. ¡Ahora sí que te voy a partir la cara!

Victoria acompañó a Arabella a su habitación y entró con ella cerrando la puerta.

Sentadas sobre la inmensa cama con dosel, ella le contó todo lo que había sucedido tras el robo de *La ninfa del agua*.

—¿Quién puede haberlo hecho? —inquirió Victoria realmente preocupada.

Arabella se levantó y comenzó a quitarse, una a una, las prendas que llevaba.

Su ropa mantenía todavía la humedad de la nieve y sentía el cuerpo helado. Lo que más le apetecía en ese momento era un baño caliente.

—No lo sé. Johnny es el único que tal vez podría decirnos algo, pero parece haberse escondido debajo de las piedras —contestó mientras dejaba la chaquetilla en el banquillo que había frente al tocador.

Un pliego de papel cayó silenciosamente sobre la mullida alfombra blanca y Victoria lo recogió. Supuso que sería alguno de los dibujos de su prima, y no se equivocó, pero lo que vio le quitó el aliento y un sonido ahogado brotó de sus labios.

Arabella se volvió curiosa y su rostro se tornó encarnado cuando vio lo que Victoria tenía en sus manos.

—E... eso es mío —balbuceó avergonzada ante la mirada atónita de su prima al tiempo que le arrebatava el papel.

—¡Arabella Margaret Marston! —exclamó Victoria medio sorprendida y medio escandalizada—, ¿se puede saber qué es lo que no me has contado?

—No hay nada que contar —repuso ruborizada.

Se giró hacia el tocador y guardó el dibujo en un cajón. Cubrió su cuerpo con una bata de seda, a pesar de que todavía llevaba la ropa interior húmeda. Se soltó luego el largo cabello y comenzó a peinárselo con suaves pasadas del cepillo.

Las manos le temblaban.

Victoria observó su rostro reflejado en el espejo. Tenía los ojos brillantes y un precioso rubor en las mejillas que hacía que se viera hermosa, y distinta.

Conocía a su prima casi tan bien como ella misma, quizás incluso mejor, porque Arabella a veces no era capaz de ver todo lo bueno que había en ella. Nunca se había considerado bella y había tratado de compensar esa carencia cultivando su mente, lo que había provocado que muchos caballeros se alejaran de ella. Por qué motivo los hombres querrían a su lado una mujer con la cabeza hueca, era algo que escapaba a su comprensión. A pesar de todo, Victoria había aprendido a leer en el alma de su prima y conocía su gran generosidad, su corazón apasionado, su sensibilidad y comprensión, y el anhelo que ocultaba de encontrar el amor.

¡Qué fácil resultaba decirse a uno mismo «no me importa estar solo»! Pero cuando la soledad te mordía el alma, sentías el dolor en carne viva mientras esperabas unos brazos protectores que te rodearan y te dijeran «estoy aquí»; unos brazos que nunca aparecían.

Se alegró por ella. Arabella merecía ser feliz y, desde luego, el conde era muy atractivo. El rubor coloreó sus mejillas al recordar los detalles del dibujo que había visto. ¿Todos los hombres serían así? No pudo evitar que su vivaz imaginación se atreviese a desnudar el atlético cuerpo de James, lo que provocó en ella un acaloramiento que trató de mitigar agitando las manos delante de su rostro a modo de abanico, con escasos resultados.

—¿Fue... hermoso? —le preguntó, tanto por curiosidad como por alejar los impúdicos pensamientos que le sobrevenían.

Arabella encontró su mirada en el espejo y se la sostuvo durante unos segundos mientras se mantenía en silencio. Victoria vio el brillo en sus ojos ambarinos y la sonrisa soñadora que poco a poco se fue dibujando en su semblante.

—Fue mágico —susurró al tiempo que se giraba hacia ella—. Alex fue tan...

tierno, y al mismo tiempo tan apasionado. Sus besos me hicieron temblar por dentro, y cuando sus manos comenzaron a recorrer todo mi cuerpo en una caricia interminable... —se detuvo al escuchar el jadeo ahogado de su prima.

Los ojos verdes de Victoria, abiertos de par en par, tenían las negras pupilas dilatadas, y su tez, habitualmente blanca, se había teñido de un rubor rojizo que había hecho desaparecer las pecas del puente de su nariz.

—Tía Eloise aún no me ha dado la charla, y...

—¿La charla? —repitió Arabella confundida.

—Sí, ya sabes, *esa* charla —repuso removiéndose inquieta sobre la cama.

Un día lo intentó. Me dijo que, puesto que contaba con muchos pretendientes y seguramente no tardaría en decidirme por uno de ellos y casarme, suponía necesario el que yo tuviera alguna idea de lo que ocurría entre un hombre y una mujer, y que como yo no tenía una madre que pudiera explicármelo, la tarea recaía sobre ella —comentó. Luego frunció el ceño al recordar—. Sin embargo, luego comenzó a hablarme de costura, de cómo la afilada punta de la aguja tiene que encajar en el agujero del botón, lo que me confundió por completo. Cuando me preguntó si había comprendido la explicación, no me atreví a decirle que no.

Arabella estalló en carcajadas. Se acercó a la cama y se tumbó sobre ella al lado de su prima, que la miraba con las cejas alzadas y un gesto de incompreensión en su hermoso rostro.

—Alguna vez me habló de eso —le explicó mientras se sentaba de nuevo y, con una sonrisa, se limpiaba las lágrimas que corrían por su rostro—, pero nunca entendí lo que pretendía. Pensé que me lo decía porque odio los bordados y la costura. Bueno, ahora ya lo comprendo.

Victoria le sonrió. Cogió su mano y se la apretó con cariño.

—Entonces, ¿amas a lord Thornway?

Como si una nube hubiera oscurecido el sol, la mirada ambarina de su prima se nubló de tristeza.

—Sí, pero eso no importa.

—¿Cómo que no? Tú lo amas, él te ama; os casáis y vivís tan felices como tus

padres.

Arabella sacudió la cabeza con pesar.

—Él no me ama.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó sorprendida ante su afirmación.

—No me lo ha dicho.

—¡Oh!, ¿quieres decir que solo quería..., que se dejó llevar por el momento?

Un encogimiento de hombros fue su única respuesta, pero, aunque pretendía aparentar entereza, Victoria, que la conocía bien, supo el dolor y la pena que ese gesto encerraba. La envolvió en el calor y el cariño de sus brazos y la estrechó con fuerza. El frágil dique que contenía las emociones de Arabella se rompió y comenzó a llorar con la cabeza apoyada en su hombro.

Se mantuvieron así durante un rato, hasta que el llanto remitió y el último de los sollozos se hubo apagado.

—Arabella, es imposible conocerte y no amarte —le dijo su prima con sinceridad mientras acariciaba con ternura maternal sus cabellos—. Yo no comprendo mucho a los hombres, pero creo que Alex sí te ama, y si no es así, pues haz que te ame, Arabella, lucha por él si crees que vale la pena.

Ella retiró el rostro de su hombro y la miró con los ojos brillantes por las lágrimas.

—¿Igual que luchas tú por James?

Victoria desvió la mirada. Las palabras se le clavaron en el corazón como una flecha aguda, y dolían. Sí, había luchado por James, había intentado que él se fijase en ella como mujer, pero había fracasado una y otra vez y había comenzado a rendirse. No importaba lo que hiciera, él siempre la vería como a una mocosa, la prima que lo sermoneaba para que se comportase bien. Mientras ella sufría por su corazón roto, él se divertía con amantes que solo querían su cuerpo y su dinero, pero que no lo ayudaban a ser mejor. Y Victoria mantenía la firme convicción de que James Marston, marqués de Blackbourne,

podía ser mucho más que el aristócrata indolente e insensible que pretendía ser.

Sin embargo, Victoria había alcanzado su límite y, aunque le doliera el alma, sabía que tenía que renunciar a James. Miró a su prima con cariño, como si el dolor las hubiera unido mucho más de lo que ya lo estaban.

—¿Sabes? Creo que no podemos elegir el amor, ni de quién enamorarnos; más bien el amor nos elige a nosotros.

## Capítulo 20

El viento, tan agitado como su propio estado de ánimo, removió las cortinas de la habitación y enfrió la estancia, a pesar de que el fuego se hallaba encendido y danzaba alegre, ajeno por completo a la tormenta interior de aquel que lo contemplaba. Sin embargo, él no se inmutó ante aquel cambio de temperatura.

Permaneció sentado frente al hogar, en una pose que se hubiera calificado de meditativa si no hubiese sido por el continuo vaivén que agitaba su cuerpo hacia delante y hacia atrás.

Esperaba el reproche. Sabía que vendría. Se tapó los oídos, como si así pudiera evitar escuchar su voz; pero de todas formas las palabras llegaron clavándose en su mente como un afilado cuchillo.

—Has vuelto a fallar.

—¡Lárgate, desaparece! —gritó, pero sabía que Charles no se alejaría.

Y tenía razón. La voz oscura y profunda continuó hablando y su cuerpo se estremeció en respuesta.

—Nunca has sabido hacer las cosas bien —le reprochó. Ahora están más cerca de descubrirnos y, entonces, ¿qué harás? Queda poco tiempo para que expire el plazo que el señor Mortimer te concedió, y tú ni siquiera has podido enviar el cuadro a la Real Academia porque ella sigue viva. Sabes que él te matará si no tienes su dinero. Permaneció en silencio, para que sus palabras penetrasen en aquella mente turbada. Pero ¿qué importa? Siempre has sido un fracasado, y el destino de los fracasados es morir en el anonimato.

—Déjame en paz —gimoteó él con tono patético mientras se acunaba a sí mismo—, quiero que te marches.

—No puedo marcharme. Tú y yo estamos unidos para siempre.



—¡Entonces morirás también! —le espetó con rabia.

—No —respondió, y aquella sola sílaba pronunciada con una calma mortal, hizo descender aún más la temperatura en la habitación—. Deja de lloriquear como un niño. Ahora yo me ocuparé de todo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó tembloroso.

No le gustaba que Charles tomara las riendas. La culpa del accidente, de la muerte de su hermano, la había tenido él. Todas sus desgracias, las malas decisiones que había tomado en la vida, se las debía a él. Tal vez era a él a quien debía matar, así se acabaría todo y él podría ser de nuevo libre. Una carcajada comenzó a burbujear en su garganta y estalló histérica por su boca. Ya no escucharía más sus reproches, ni se sentiría mal por sus fracasos. Sí, tendría que pensar en ello.

—No puedes matarme —declaró Charles como si le hubiese leído el pensamiento—. Yo soy más fuerte que tú.

Él esbozó una sonrisa siniestra.

—Ponme a prueba.

Hacía una semana que habían concluido las fiestas navideñas y Alex no había vuelto a ver a Arabella. Aunque le preocupaba su seguridad, sabía que su hermano la protegería.

Pero la echaba terriblemente de menos. Era como si le faltase una parte de sí mismo. Anhelaba ver su sonrisa radiante y a veces un tanto burlona, escuchar su voz, besar sus labios dulces como la miel... Frunció el ceño al recordar su último encuentro. Había cosas que no se habían dicho. Le había hecho el amor y después se había mantenido en silencio. Como un cobarde, se había alejado de ella, porque tenía miedo de sí mismo.

Sacudió la cabeza y terminó de responder a la correspondencia que se había acumulado en su escritorio durante su ausencia de Londres. Los informes que sus abogados le habían enviado sobre el estado de sus finanzas eran inmejorables. Su fortuna había aumentado considerablemente; una fortuna

que ningún hijo heredaría. El pensamiento se clavó en su alma como una daga certera.

Nunca había pensado en formar una familia, en tener hijos a los que amar y a los que enseñarles cómo disfrutar la vida. No había querido traer al mundo a unos hijos a los que luego sacrificaría en el ara del orgullo, cuando se dejase arrastrar por los mismos vicios que su padre. Porque, aunque entonces no los tuviera, aunque hubiera luchado con toda el alma por combatirlos, ¿no corría la sangre del viejo bastardo por sus mismas venas?

Pero tampoco había contado con enamorarse... y ahí estaba Arabella.

Despacio, colocó la pluma en el tintero y tocó el timbre mientras una idea comenzaba a tomar forma en su mente. Enseguida apareció su secretario, un hombre joven y serio que había conocido en Italia, cuando trabajaba en los muelles. Cuando Alex decidió regresar a Inglaterra, le había ofrecido un puesto a su lado como secretario, y él, sin dudarlo, había abandonado su tierra para trabajar con él. Mejor un país nuevo que una vida nauseabunda en los viejos muelles del puerto de Ostia.

—Francesco, voy a ausentarme unos días de Londres —le explicó.

Encárgate de atender la correspondencia que llegue de los negocios. Las invitaciones las dejas aparte, ya las revisaré yo cuando regrese; y si hay algún asunto importante o urgente, me lo envías a Thornway Hall.

—¿Va a ver a su madre, *signore*?

Alex asintió. Francesco era el único que sabía que su madre había regresado ya a Inglaterra, él mismo se había encargado de arreglarle el pasaje. Ahora vivía en la vieja mansión, atendida por una cuidadora, mientras pasaba las horas en silencio, contemplando el jardín a través de los grandes ventanales.

Sintió el familiar dolor que lo asaltaba cada vez que pensaba en la ausencia mental en la que su madre se había recluso. Había sucedido poco a poco, después de su enfermedad. Cuando, después de dos años de duro trabajo en el puerto de Roma, había logrado la riqueza suficiente para presentarse en casa de sus abuelos, estos recibieron a su madre con cierta frialdad. Nunca habían

estado a favor de su matrimonio con aquel inglés tan atractivo como taimado, pero su madre se había enamorado profundamente y no atendió a razones.

Aquel frío recibimiento afectó a su madre mucho más de lo que lo había hecho la muerte de su esposo y, poco a poco, se volvió más silenciosa; una sombra de la mujer vibrante y alegre que había sido.

El carraspeo de su secretario lo sacó de aquellos amargos recuerdos.

—¿Necesita alguna otra cosa, *signore*?

—No, Francesco, muchas gracias. Volveré en unos días.

—Que tenga buen *viaggio*, *signore*.

Cuando su secretario se retiró, Alex comprobó que no hubiese dejado ningún informe sin revisar ni cartas por responder. Su ayuda de cámara debía de haber preparado ya el equipaje y el coche estaría listo para partir. Abrió el cajón de su escritorio y sacó el papel que había recogido del estudio de Arabella aquel día, que a él le parecía ya tan lejano, en que el asesino lo había destrozado todo buscando una nota acusatoria. En él, Arabella había dibujado su propio rostro con trazos firmes y seguros. Lo contempló por un momento, empapándose de su belleza, como si necesitara recordarse que ella existía de verdad. Luego lo dobló y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Sería su único consuelo durante los tristes días que le esperaban en Thornway Hall.

En el vestíbulo lo esperaba ya el mayordomo con su capa de lana, el sombrero, los guantes y el bastón.

—Gracias, Prinkles.

—De nada, milord. Le deseo buen viaje.

Alex asintió levemente, agradeciendo el gesto, y bajó la escalinata. A pie de calle lo esperaba el coche. Subió al carruaje y le indicó al cochero la dirección del estudio de Arabella. Tal vez podría encontrarla allí. Entonces, hablarían.

Cuando subió los escalones de la casa del Soho, su corazón latía furioso. No

había pensado qué le diría a Arabella, pero quería verla. La puerta se abrió y lo recibió Maisy, la joven criada, que le franqueó la entrada.

—Buenos días, ¿se encuentra lady Arabella?

—No, mi...

—¿Quién es, Maisy? —interrumpió la dueña de la casa—. ¡Oh, lord Thornway! Qué placer más inesperado.

—Buscaba a lady Arabella, señora Simons.

La mujer sacudió la cabeza con pesar.

—La joven no ha vuelto por aquí desde que destrozaron su estudio; yo creo que ha perdido las ganas de pintar —especuló mientras sonreía con tristeza—, y es una pena, porque lo hace muy bien. Fíjese, siempre venía a verme después de las fiestas navideñas, pero este año, con el susto, se le ha debido de olvidar.

Pobrecita. ¿Usted la verá?

—Yo...

Alex no pudo continuar, pues parecía que la señora Simson tenía ganas de hablar, ya que continuó parlotando casi sin darse tiempo para respirar. Él, lo único que deseaba era marcharse de allí. Si Arabella no estaba... Tal vez podría ir a su casa, pero ¿con qué excusa?

Pensaba en ello cuando las últimas palabras de la señora Simson se colaron en su mente.

—... la nota.

—¿Qué nota?

—La que trajo un muchacho para ella —respondió la mujer—. Iba a dársela cuando viniera, pero si usted la va a ver, quizás podría llevársela. Yo voy a marcharme unos días a Brighton a ver a mi hermana, y no podré

entregársela, le explicó mientras sacaba de su bolsillo un papel doblado que le tendió a Alex.

Él lo cogió y se lo guardó en el bolsillo mientras le agradecía a la mujer y se despedía de ella. Tenía la sospecha de que la nota procedía de Johnny, y deseaba leerla cuanto antes.

Apenas arrancó el carruaje, Alex desdobló el papel.

*Su Excelencia milady, no pude ver a los asesinos del señor Brown porque me escondí cuando oí los gritos. Tenía miedo. Pero escuché la voz de un caballero que le decía al otro que no debía haber matao al señor Brown, que él solo era su mayordomo y tenía que obedecerle. Creo que lo llamó Charles.*

*Le pido perdón por haberme largao el día que fue a la tienda, pero a usted la acompañaba un caballero, y yo ya no me fio de ningún tipo fino.*

*Su servidor, Johnny.*

Alex maldijo para sus adentros. Pensaba que el muchacho habría visto al asesino, pero no había sido así. Bueno, al menos tenían algo. Dobló la nota y se la guardó. Cuando llegase a la casa, escribiría a James para que averiguase cuál de los invitados durante las fiestas navideñas tenía un mayordomo llamado Charles.

Tras varias horas de viaje, el carruaje atravesó los portones de Thornway Manor y enfiló el camino principal. Alex observó el inmenso jardín a través de la ventanilla. Con las últimas luces del día incidiendo sobre él, parecía un lugar devastado por un incendio. El fulgor anaranjado del sol poniente bañaba los setos mal podados, los parterres vacíos o con flores marchitas, y los rosales mustios. Dejó escapar un suspiro; tendría que contratar más jardineros. Cuando decidió traer a su madre de regreso a Inglaterra, se había preocupado tan solo de que la casa estuviera confortable por dentro; en ese momento se daba cuenta de que su madre necesitaba contemplar algo hermoso a través de las ventanas, y no algo que la hundiese más en su pena. Tomó nota de ello para avisar a Francesco.

El carruaje se detuvo finalmente frente a la escalinata de mármol de la entrada principal. Benson, el mayordomo, y la señora Prints, el ama de llaves, salieron a recibirlo.

—Bienvenido a casa, milord.

—Gracias, Benson. ¿Dónde se encuentra mi madre? —preguntó enseguida.

Necesitaba verla; como un niño, quería que ella lo abrazara. Quizás porque se sentía como un niño, desorientado ante la confusión de emociones y sentimientos que experimentaba en su interior.

—Se ha retirado a sus habitaciones, milord —le informó el mayordomo y, a pesar de la inexpresividad de su rostro, en su tono se coló una nota compasiva.

Hoy se encontraba más cansada que de costumbre.

Alex notó una punzada de desilusión. Había enviado una misiva diciendo que llegaba ese día y estaba seguro de que Nelly, la cuidadora, habría avisado a su madre. Seguramente no había querido verlo.

Después de tres días en la casa, acompañado por el mutismo de su madre y el

silencioso trasiego de los criados, Alex se encontraba demasiado abatido. Por el día se ocupaba de los asuntos de la finca y pasaba tiempo acompañando a su madre. Ella seguía con la mente ausente, a pesar de que él le había hablado de las fiestas a las que había asistido, de la gente que había conocido y hasta le había contado los últimos cotilleos de Londres. Nada parecía hacerla reaccionar.

Por las noches, en su solitaria cama, Alex echaba de menos a Arabella.

—Creo que va a quedar bien —comentó mientras observaba a través del ventanal de la sala el trabajo que los jardineros realizaban en el jardín—.

Plantaremos rosas silvestres junto a la pérgola. Cuando llegue la primavera y florezcan, se verá precioso. Podrás sentarte allí, madre, y Nelly te leerá.

Alex se volvió hacia su madre que, acomodada en un sillón, miraba también

por la ventana. Tenía la mirada fija en el exterior, donde se realizaban los trabajos, pero no estaba seguro de que viera realmente nada; tal vez miraba sin ver. Dejó escapar un suspiro y volvió a mirar hacia el jardín.

Había despachado las dos cartas al día siguiente de su llegada. Francesco había respondido enseguida contratando a los jardineros que en esos instantes se afanaban en el exterior de la mansión. Esperaba que James hubiese recibido también la otra carta y estuviese investigando el asunto.

El recuerdo de James llevó sus pensamientos hacia Arabella. Una sensación desagradable se instaló en su pecho al pensar que en esos momentos podían estar cortejándola sus pretendientes, y que quizás alguno tuviese la ventura de obtener su mano. Apretó los puños con fuerza ante ese pensamiento. Arabella le pertenecía. Ella era la única dueña de su corazón, la que tenía la llave de su felicidad. Sabía que su vida estaría vacía si ella no se hallaba a su lado, pero

¿podía prometerle una fidelidad que no estaba seguro de poder cumplir? El estigma de su padre lo obsesionaba. Quería certezas y seguridades en su relación, pero el amor era una apuesta arriesgada.

—A Arabella le gustaría esto —comentó en voz alta. Su cuerpo se tensó expectante al escuchar el gemido de su madre. Era el primer sonido que hacía en mucho tiempo, así que, continuó hablando—: Es la hija de los duques de Westmount, y le gusta pintar. Seguramente pintaría un bonito retrato del jardín.

Tiene los ojos del color de la miel y una sonrisa preciosa.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y extrajo el papel con el dibujo del rostro de Arabella. Siempre lo llevaba junto al corazón. Se acercó a su madre y le dejó el pliego sobre las piernas para que lo viera.

—¿Verdad que es preciosa? —continuó mientras miraba a su madre en busca de alguna reacción. Ella no desvió la mirada de la ventana y Alex se dio la vuelta para que su madre no viese el dolor en sus propios ojos. Arabella lo habría consolado, si hubiese estado a su lado—. La amo, pero al mismo tiempo tengo miedo de amarla. Quiero protegerla y cuidarla, quiero ver su sonrisa cada día; pero, si me caso con ella, tengo miedo de despertarme una mañana a su lado y ver en sus ojos dolor. ¿Y si soy como él? No quiero verla

sufrir como te vi sufrir a ti, madre. No quiero que me mire como tú mirabas al hombre que me engendró, y que no merece el nombre de padre. No deseo hijos que sufran lo que yo sufrí.

—Tú no eres como tu padre.

La voz suave y dulce de su madre, esa voz que creía no iba a volver a oír, lo sobresaltó. Se giró despacio y vio los ojos azules de su madre clavados en él.

Entre sus manos sostenía el retrato de Arabella, como si hubiera estado mirándolo.

Se acercó lentamente a ella para no inquietarla, pero su madre no desvió la mirada, y el corazón de Alex comenzó a martillar con fuerza en su interior. Se arrodilló ante ella sin dejar de mirarla.

—Tú no eres como tu padre —repitió ella con voz más clara mientras acunaba su mejilla—, a pesar de que él intentó que lo fueras. No vas a cometer sus errores, aunque deberás cometer los tuyos propios.

—Madre...

La voz de Alex se quebró al sentir de nuevo el tacto de la mano de su madre, mientras las lágrimas surcaban el rostro pálido y triste de ella.

—Todos cometemos errores, hijo, pero debemos aprender de ellos. Yo he cometido muchos, y siempre pensé que casarme con tu padre fue uno de ellos.

En lugar de aceptarlo, me dejé llevar por el dolor y la tristeza, y me evadí de la realidad. Olvidé que ese error había tenido un fruto bueno, tú, Alex. Perdóname, hijo, por haberte dejado solo cuando más me necesitabas.

Las lágrimas corrían por el rostro de Alex que se permitió, como cuando era un niño, reclinarse en el regazo de su madre en busca de consuelo y de esa sensación de seguridad y de certeza que solo ella podía darle.

Su madre le acarició el cabello con dulzura.

—Si amas a esa joven, Alex —continuó—, ve tras ella y dile lo que sientes.



Conquístala. No dejes que el miedo te impida conocer la felicidad, porque tú, más que nadie, mereces ser feliz.

Alex levantó la cabeza y esbozó una sonrisa casi infantil que su madre correspondió.

—Lo haré, madre. Arabella es todo lo que quiero, y sé que tú también la querrás cuando la conozcas —le aseguró.

—Si te ama, la querré inmensamente —repuso su madre con una sonrisa divertida, y más todavía si enseguida me da nietos a los que querer y mimar.

La carcajada de Alex fue el sonido más hermoso que se había escuchado en esa casa en mucho tiempo.

El suave toque de una llamada a la puerta interrumpió el momento.

—¡Adelante!

El mayordomo entró en la sala y se detuvo sorprendido ante la inusual escena; más aún cuando oyó la risa melodiosa de la condesa viuda y el cuchicheo bajo de su conversación.

Alex se levantó y se dirigió hacia él con una sonrisa.

—Benson, mi madre y yo comeremos hoy juntos en el comedor pequeño —le dijo con una alegría que era incapaz de ocultar—. ¿Querías algo?

El mayordomo, que también sonreía, sin ser consciente de ello, le tendió una bandeja de plata sobre la que descansaba una nota.

—La acaban de traer, milord. Han dicho que es urgente.

Alex tomó el papel, lo desdobló y leyó la elegante caligrafía.

*Arabella ha desaparecido. Te espero en tu casa.*

*James.*

## Capítulo 21

El trayecto de regreso a Londres le pareció en ese momento mucho más largo, a pesar de que viajaba a caballo en lugar de hacerlo en carruaje.

Después de leer la nota, no había perdido tiempo. Le había dicho a su madre que Arabella tenía problemas y que necesitaba volver a Londres. Se había marchado al galope, mientras frenéticos pensamientos cruzaban por su mente en un desordenado caos. El miedo, ese miedo que había sido su compañero de infancia durante tantos años a la espera del castigo de su padre, había vuelto ahora multiplicado por mil, porque no era él quien sufriría, sino Arabella.

Trató de concentrarse en el camino. No podía permitirse pensar en ella o se desmoronaría, y en esos momentos necesitaba una mente lúcida y toda su fuerza y su rabia para destrozar al maldito que había osado llevarse a Arabella.

Su caballo recorría el pedregoso camino sin apoyar apenas las patas en el suelo. Cualquiera que hubiera visto venir la figura negra con la capa ondeando al viento como alas de cuervo, hubiera pensado que el mismísimo demonio azotaba el aire con los fuegos del infierno.

Cuando llegó a su mansión en Mayfair, pagó a un muchacho para que sujetase su caballo unos instantes, ya que estaba seguro de que pronto lo volvería a necesitar, y subió las escaleras de la entrada de dos en dos. Antes de que llamara, Prinkles le abrió.

—Está en la sala verde, milord —le indicó sin mayor preámbulo.

Alex se dirigió inmediatamente hacia allí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un estallido apenas entró en la estancia al tiempo que arrojaba la capa y el sombrero sobre uno de los sillones.

James, que hasta ese momento se hallaba sentado en una butaca tomando una copa de brandy, se puso de pie. Sus ojos aguamarina, normalmente brillantes,

se veían opacos, y bajo estos, unas manchas negras manifestaban su escasez de horas de sueño.

—Victoria me avisó. Habían salido de compras, y, según me contó, mientras ella se hallaba con la modista, Arabella se fue a una librería y ya no regresó.

Alex asintió. Recordó la librería que ella solía frecuentar, y su encuentro allí con Arabella. James continuó:

—Victoria terminó sus compras y fue a buscarla a la tienda, pero no la encontró. Aunque le resultó extraño, pensó que quizás se había ido a hacer otro recado. Esperó durante algún tiempo pero, al ver que no llegaba, se marchó a la casa. Cuando al cabo de una hora seguía sin tener noticias de ella, comenzó a preocuparse y vino a verme.

—¿Cuánto lleva desaparecida? —le preguntó mientras se servía él mismo una copa.

El largo silencio que siguió a su pregunta le provocó un escalofrío. Se volvió hacia James, que lo miraba con gravedad.

—Desde ayer por la mañana —respondió finalmente.

—¡Maldita sea, James! ¿Por qué no me avisaste antes? —gritó angustiado.

Se bebió el licor de un solo trago y comenzó a pasearse por la estancia como un animal enjaulado, mientras su mente lo asediaba con diversas y terribles posibilidades. Negó con la cabeza. Arabella no podía morir. Ella le había devuelto la vida, lo había arrancado de los recuerdos de su amargo pasado otorgándole una nueva posibilidad llena de esperanza, la del amor. Una vida junto a ella. Si la perdía... Inspiró profundamente para calmarse. Necesitaba la fría determinación que le había ayudado a sobrevivir en los muelles en medio de la abyecta escoria de Roma que se ocultaba en el puerto de Ostia.

—¿Has podido averiguar acerca de los mayordomos de tus invitados?

—¡No, maldita sea! —estalló James mostrando su propia desesperación—. No he tenido ni un maldito segundo de paz desde que Arabella desapareció. La

he buscado por todas partes mientras trataba de ocultarles a mis padres su desaparición. Te aseguro que los duques podrán parecer indolentes, pero no son tontos. Si no la encontramos pronto, habrá que explicarles lo que ha pasado.

—Vamos a encontrarla —repuso con ferocidad—, y sé por dónde vamos a empezar a buscar.

James contempló sorprendido a su amigo. No por sus palabras, sino por el aspecto que presentaba en esos momentos. Con el cabello negro revuelto, el rostro oscurecido y tenso a causa de la ira contenida, y en sus ojos verdes un brillo primitivo, parecía un ángel vengador.

—¿En quién estás pensando?

Alex apretó los puños hasta que los tendones le dolieron por el esfuerzo.

—En Darkmoor.

Lord Darkmoor sonreía plácidamente a la copa de brandy que sostenía en su mano, al alegre fuego que crepitaba en el hogar y a la vida en general, que por una vez había sido complaciente con él.

—Brindo por mí mismo.

Alzó la copa y bebió un sorbo del ardiente líquido justo en el momento en que la puerta de la biblioteca se abría. Al ver entrar a lord Blackbourne y lord Thornway, su sonrisa se amplió.

—¿Vienen a unirse a mi pequeña celebración? —preguntó condescendiente.

El rostro de Alex se oscureció por la furia que se agolpaba en su interior como un volcán a punto de entrar en erupción, y se acercó a él en dos grandes zancadas.

—Vengo a partirte la cara si no me dices ahora mismo dónde está.

Tal vez fue lo que vio en sus ojos, o quizás la frialdad con que pronunció sus palabras, lo que hizo que lord Darkmoor abandonase la comodidad de su

asiento y se enderezase en toda su estatura para hallarse en igualdad de condiciones en aquel enfrentamiento que escapaba por completo a su razón.

—¿Has venido a felicitarme, Blackbourne? —preguntó mientras retiraba una mota de polvo imaginaria de su elegante levita azul—. Lo que me intriga es que te hayas enterado tan pronto, ¿quién te lo ha dicho?

—¡Maldito seas!

Alex había avanzado un paso, pero se vio detenido por la fuerza de la mano de James que aprisionaba su brazo.

—Cálmate, Alex —le ordenó. Conocía a Henry lo suficiente para saber que, si tuviese algo que ver con la desaparición de Arabella, no se encontraría tan tranquilo en su presencia—. ¿Dónde está mi hermana?

Lord Darkmoor alzó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Lady Arabella?

—¿Qué has hecho con ella, canalla? —le espetó Alex.

Sentía unas ganas tremendas de golpear a aquel mequetrefe hasta que les revelase la verdad; haría cualquier cosa con tal de llegar hasta Arabella lo antes posible. La ansiedad y la desesperación lo estaban destrozando. Le parecía que, mientras el tiempo se consumía con rapidez, él se rompía por dentro lentamente, como si su corazón fuera un fino cristal al que habían golpeado con demasiada fuerza.

Lord Darkmoor frunció el ceño, confundido.

—Un momento, caballeros, ¿qué tiene que ver lady Arabella con que yo haya realizado una buena inversión que me ha reportado beneficios económicos?

James dejó escapar un suspiro.

—Henry, ¿cómo se llama tu mayordomo?

La confusión de lord Darkmoor se acrecentaba por momentos.

—Miren, no voy a tolerar que en mi propia casa... —se interrumpió cuando Alex lo tomó de la pechera de la camisa y lo sacudió como si fuera un muñeco. Se llama William —respondió más desconcertado que ofendido.

—¡Maldita sea! —exclamó Alex soltándolo, con tanta brusquedad que el conde trastabilló.

—¿Se puede saber qué demonios ocurre?

Alex ignoró la pregunta y se dirigió inmediatamente hacia la puerta. James se pasó la mano por el cabello con desesperación. Nunca le había caído del todo bien Darkmoor, pero el hombre se merecía alguna explicación.

—Mi hermana ha desaparecido, creemos que la han secuestrado.

—¿Secuestrado? —repitió el conde con los ojos abiertos por la sorpresa—.

¿Habéis recibido alguna nota pidiendo un rescate?

—¡James! —lo llamó Alex impaciente desde la puerta.

—No, pero... bueno, es largo de explicar. Siento haber irrumpido así en tu casa —se disculpó mientras se dirigía hacia donde lo esperaba Alex.

—Me cae bien tu hermana, Blackbourne —declaró Henry con el ceño fruncido por la preocupación—, espero que la encontréis pronto. Tal vez Leydon puede ayudaros mejor que yo.

James se detuvo y se volvió a mirarlo. Su cuerpo se tensó y su mirada se tornó alerta, como la de un sabueso que ha encontrado un rastro.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer por la mañana me encontré con Leydon en St. James. Al principio él no me vio a mí, y debo decir que su rostro me pareció el de un hombre al que han sometido a la tortura de los fuegos del infierno —explicó con gesto pensativo—. Cuando lo saludé, su rostro se transformó por completo, sonriéndome tan beatíficamente como un bebé recién nacido. Lo invité a tomar una copa en el club, pero se excusó diciendo que tenía una cita con lady Arabella.

—¿Te comentó algo más? —exigió impaciente Alex.

Lord Darkmoor negó con la cabeza.

—Yo sabía que Leydon estaba cortejando a tu hermana, oí cómo se lo pedía en un baile, así que no me extrañó que se hubiese citado con ella para dar un paseo o algo así —concluyó con un encogimiento de hombros.

—Gracias, Darkmoor —le dijo James antes de correr tras Alex, que ya había abandonado la estancia.

El conde miró el vano vacío de la puerta por donde habían desaparecido los dos hombres.

—De nada —repuso con un suspiro de alivio.

Se dejó caer sobre la butaca que antes había ocupado confortablemente, y apuró la copa de brandy antes de servirse otra. Tenía la sensación de haber atravesado corriendo un campo de tiro y haber sobrevivido sin ningún rasguño.

La blanca fachada de la mansión del marqués de Harvell se asomaba silenciosa y sobria a la plaza Marlborough. Un coqueto jardín la circundaba, dándole el aspecto de un colorido corbatín bajo un rostro pálido y digno.

El carruaje de James se detuvo frente a la escalinata y enseguida descendieron sus dos ocupantes. Su enérgica llamada a la puerta rompió el silencio que, hasta ese momento, había reinado en el entorno; pero surgió el efecto deseado, pues les abrió rápidamente un estirado mayordomo.

—¿En qué puedo ayudarles, milores? —preguntó con un marcado acento del norte mientras efectuaba una pequeña reverencia.

—Deseo hablar con lord Harvell —contestó James—. Dígale que lord Blackbourne está aquí. Es urgente.

—El marqués se encuentra en el comedor familiar, Excelencia. Le preguntaré si puede recibirlo —repuso el hombre—. Thomas los acompañará a una salita.



El lacayo los condujo hasta una pequeña sala de recibimiento amueblada elegantemente. Todo cuanto les rodeaba, observó Alex, proclamaba la riqueza y el buen gusto de su propietario. Ninguno de los dos hombres se sentó. El tiempo corría imparable y el peligro acechaba más y más a Arabella.

La puerta se abrió de repente y entró en la estancia un hombre de mediana estatura, ancho de hombros y con una incipiente barriga. Aunque todavía era joven, las sienes de su cabello castaño aparecían salpicadas de blanco. Sus ojos, de un azul desvaído, sonreían, al igual que su boca de labios finos.

—¡James!, qué alegría verte —exclamó al tiempo que se acercaba con la mano extendida—. ¿A qué debo el honor?

—Siento mucho molestarte a estas horas, Garrick, pero es un asunto urgente, respondió James con gesto grave.

—No te preocupes, Sara ya está acostumbrada a que nos interrumpan a todas horas, y debo decir que tiene mucha paciencia al respecto —admitió con una sonrisa que manifestaba el cariño que sentía hacia su esposa—. ¿En qué puedo ayudarte?

—No sé si conoces a lord Thornway —le dijo antes de tomar asiento. El marqués hizo un gesto de reconocimiento y estrechó la mano de Alex—. Verás, se trata de mi hermana. Ha desaparecido. Parece ser que la han secuestrado.

Garrick alzó las cejas sorprendido.

—Vaya, por supuesto que te ayudaré a encontrarla. Tengo algunos contactos que... James levantó una mano para interrumpirlo.

—Parecer ser que Leydon tiene algo que ver con su desaparición.

—¿Christopher? —inquirió con incredulidad—. Sé que había decidido cortejarla, pero, no creerás que se la ha llevado a la fuerza para casarse con ella,

¿verdad? Puede ser que le costase recibir una negativa, pero las mujeres encuentran a Christopher atractivo, y no le falta compañía femenina.

James sacudió la cabeza.

—¿Y dinero?

—¡Por Dios! —exclamó el marqués abandonando furioso su asiento—, ¿te ha pedido un rescate por ella? Esta vez sí que ha ido demasiado lejos.

Alex interrumpió su diatriba.

—¿El mayordomo de su hermano se llama Charles?

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —replicó Garrick exasperado, de todas formas, contestó a la pregunta—. No, su mayordomo se llama Samuel.

Alex y James intercambiaron una mirada.

—Garrick, ¿dónde vive tu hermano?

La mirada dura del marqués se posó sobre James y escrutó su rostro durante un silencioso instante.

—Blackbourne, ¿puedes explicarme qué demonios sucede?

James suspiró. Harvell era conocido en la Cámara de los Lores por su persistencia y su obstinación a la hora de llegar hasta el fondo de un asunto. No tendría más remedio que exponerle los hechos. Le pidió a Alex que lo hiciera y fue observando el cambio en el rostro de Garrick mientras recibía la información.

El marqués se dejó caer sobre la butaca. Su rostro había palidecido y la expresión desolada de sus ojos les confirmó que, de algún modo, aceptaba la culpabilidad de su hermano. Se pasó las manos por el espeso cabello en un gesto de derrota.

—Tendría que haberlo visto venir —comentó más para sí mismo que para sus

acompañantes—, pero no quise aceptarlo. Era la única familia que me quedaba...

—Garrick, ¿qué sucede? —le preguntó James confundido.

El marqués alzó la cabeza y pasó su mirada de uno a otro antes de hablar.

—Mi hermano Christopher, como he dicho, no tiene ningún mayordomo llamado Charles. Charles era el nombre de mi hermano menor.

—¿El que tuvo el accidente? —quiso saber Alex.

Garrick asintió.

—Ese día iban los dos en el coche, pero era Christopher quien conducía el tilburí. Avanzaban a una velocidad excesiva y el carruaje volcó. Charles murió en el acto —explicó—. Después del accidente, Christopher se recuperó poco a poco de sus heridas físicas, pero su mente quedó trastornada. Al principio se culpaba a sí mismo; luego, con el paso del tiempo, comenzó a culpar a Charles.

Me lo encontré muchas veces hablando solo, como si conversase con alguien más... A veces tenía la sensación de que en la mente de Christopher convivían dos personas distintas. Sin embargo, no hice nada. Lo dejé pasar, y creí que el tiempo pondría de nuevo las cosas en su lugar. Solo lo tenía a él, no quería perderlo.

—Necesitamos encontrar a su hermano —lo apremió Alex.

Cada segundo que pasaba le parecía una agonía. Arabella podía estar ya muerta.

Garrick asintió.

—Dadme un minuto —les dijo mientras se levantaba de la butaca. Luego miró a James—. Supongo que tienes el carruaje fuera. Esperadme ahí. No tardaré.

Alex y James se acomodaron impacientes en el interior del vehículo, aunque no tuvieron que esperar mucho antes de que el marqués de Harvell abriese la portezuela, después de dar instrucciones al cochero, y se instalase en el cómodo asiento aterciopelado. Aunque continuaba pálido, su rostro se había transformado en una máscara pétreo. Sus ojos brillaban con una decisión feroz.

—¿Lleváis armas? —preguntó.

Alex alzó una ceja interrogante. James se limitó a responder.

—Mi hermana puede encontrarse en peligro.

El otro asintió.

—Si hay que hacerlo, lo haré yo.

James miró con lástima a Garrick. De hallarse en la misma situación, no sabía si él sería capaz de dispararle a uno de sus hermanos; sin embargo, Garrick era conocido también por su sentido del honor y de la justicia. De cualquier forma, esperaba que no fuera necesario disparar sobre nadie.

Hicieron en silencio el breve recorrido que los llevó hasta la casa de Leydon.

Se trataba de un pequeño edificio que a Alex le recordó mucho a la residencia de la señora Simons.

Apenas descendieron, Garrick se adelantó para hacer sonar la pesada aldaba.

La puerta se abrió con un quejido ominoso que parecía anunciar un mal presagio.

—Buenas tardes, Samuel —saludó al anciano mayordomo que les franqueó la entrada—. ¿Se encuentra mi hermano en casa?

El hombre permaneció un momento en silencio, como si meditase su respuesta. Alex estuvo tentado de sacudirlo para que respondiera. Finalmente, el mayordomo habló con un tono cargado de preocupación.

—No, milord, lo cierto es que no lo hemos visto desde ayer. El vizconde no llegó para la cena anoche, aunque eso suele ser normal en él; sin embargo...

El mayordomo se interrumpió. Mientras Alex y James intercambiaban una mirada preocupada, Garrick apremió al anciano.

—¿Sí, Samuel?

—Bueno, la verdad, milord, es que últimamente el vizconde se comportaba de forma un tanto peculiar. Se encerraba en sus aposentos y... discutía en voz alta con... su hermano Charles.

El ceño del marqués se profundizó y apretó los labios con fuerza. En su rostro había tensión, pero se esforzó por hablar con calma.

—Está bien, Samuel —le dijo reconfortándolo con un apretón en el hombro

—. Vayamos a su dormitorio.

—Tiene la llave echada, milord —le explicó—. No permitía a nadie que entrase allí, pero puedo abrirle con la llave maestra.

Subieron por la deslucida escalera hasta el corredor del primer piso, donde el mayordomo procedió a abrir una de las puertas y se apartó para que entrase el marqués.

¡Dios mío!

Alex y James se apresuraron a entrar y se detuvieron apenas traspasar el umbral. Apoyada sobre el cabezal del amplio lecho, por encima de su hombro desnudo, les devolvía una triste mirada *La ninfa del agua*.

## Capítulo 22

Cuando despertó, tuvo la sensación de que el suelo se movía ligeramente debajo de ella. La cabeza le palpitaba y un frío húmedo acariciaba hasta el último rincón de su piel.

Flotaba en el ambiente un hedor nauseabundo, como de algo podrido, junto con otros olores a rancio y a moho que le revolviéron el estómago. Intentó recordar qué le había sucedido. Había ido con Victoria a recoger los vestidos que *madame* Bissette le había confeccionado; como siempre, ella había cruzado la calle para entrar en la librería. Al salir se había encontrado con el vizconde Leydon que, con amabilidad, le había ofrecido dar un paseo en su carruaje. Ella había rehusado porque Victoria la esperaba, entonces, él la había sujetado del brazo con excesiva fuerza. Lo último que recordaba era una dolorosa explosión en su cabeza y luego nada.

Intentó moverse, pero se dio cuenta de que tenía las manos y los pies atados.

Un temblor le recorrió el cuerpo y el pánico comenzó a acecharla. ¿Dónde se encontraba? ¿Quién la había atado? La mente se le nubló momentáneamente por el mareo y sintió que le faltaba el aire. Su corazón comenzó a latir más deprisa en un intento de proveer más oxígeno a sus pulmones.

Su parte más práctica vino en su ayuda recordándole que necesitaba calmarse.

Comenzó a hacer inhalaciones más profundas hasta que notó que su ritmo cardíaco disminuía. Abrió los ojos lentamente y observó a su alrededor. Se hallaba tumbada sobre un estrecho camastro en lo que parecía ser el camarote de un barco. Los rayos del sol poniente se filtraban por el pequeño ventanuco iluminando la sobria estancia ocupada por un escritorio de madera y una silla; en un rincón había un biombo, y un poco más allá, debajo de un armario que contenía mapas y algunos libros, descansaba un arcón. Comprendió que el movimiento que había notado se debía al suave vaivén del agua.

¿Qué hacía ella en el interior de un barco? ¿En qué parte de Inglaterra se

encontraba? No sabía cuánto había permanecido inconsciente. Las lágrimas, calientes y amargas, acudieron a sus ojos.

«Alex, ¡oh, Alex!, ¿dónde estás?» El sollozo se aferró a su garganta negándose a salir, como si dejarlo escapar volviese más real la situación.

En ese momento, Arabella escuchó unos pasos pesados que retumbaban sobre el suelo de madera mientras se aproximaban a la puerta. Cuando esta se abrió, contuvo el aliento. La figura se detuvo un momento en el umbral, como si sopesase la conveniencia de entrar o no en aquel espacio. Luego clavó en ella sus ojos azules, febriles y esquivos, y cerró la puerta tras de sí cuando se introdujo en el camarote.

Arabella observó cautelosa a lord Leydon, el hombre que le había pedido permiso para cortejarla. ¿La había secuestrado para casarse con ella por la fuerza? —Me alegro de que se encuentre ya despierta, temí que el golpe hubiera sido demasiado fuerte —le comentó sin mirarla directamente. Sus ojos vagaban por la estancia, persiguiendo las motas de polvo que la diáfana luz de los rayos de sol revelaba.

—¿Por qué me ha traído aquí? —le preguntó temblorosa—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Lamentó que la voz no le hubiese salido más firme, pero le dolía la cabeza, tenía frío y estaba asustada.

El vizconde inclinó la cabeza como si estuviese avergonzado.

—Yo me hubiera casado con usted, Arabella, pero Charles no quiere —repuso con tono amargo—. Él siempre lo controla todo. ¡Él es quien ha empezado todo esto! —lo acusó.

—No empecé nada que tú no hubieras querido.

—¡Eso no es cierto, Charles! —gritó exaltado—. ¡Yo no quería matar al comerciante, fue decisión tuya! Arabella ahogó una exclamación de sorpresa tanto por las palabras que acababa de escuchar como por ver al vizconde hablando y respondiéndose a sí mismo, como si fuese dos personas distintas.

Un temblor helado la recorrió de la cabeza a los pies al comprender que se hallaba en manos de quien había intentado asesinarla en tres ocasiones. En las tres había fallado. En ese momento, se encontraba por completo a su merced; a merced de un hombre que no estaba en sus cabales.

Lord Leydon abandonó de nuevo su postura encogida mientras su rostro se transformaba en una máscara de arrogancia. Sus ojos, fríos como el hielo en aquel momento, tenían el brillo de la locura. Su voz grave y serena, como un mar en calma. Era Charles quien hablaba.

—Reconócelo, tú querías ser rico a cualquier precio. Siempre has pensado que el dinero puede comprar la estima y el aprecio de los otros. ¿Acaso no mataste a tu propio hermano a causa de esa mezquina e ilusa ambición?

Leydon volvió a encogerse sobre sí mismo mientras se balanceaba sobre sus pies y gimoteaba.

—Era una apuesta, ¡solo era una maldita apuesta! —espetó furioso—. Yo quería ganar; quería demostrarles que era mejor que ellos, que podía ganar tanto dinero como Garrick, que no era un inútil. Pero Charles conducía demasiado lento, y no dejaba de repetir que Garrick se enfadaría si se enteraba de la carrera.

Él lo admiraba. Siempre había admirado a nuestro hermano mayor, y yo me encontraba en el medio, sin que nadie me tuviera en cuenta. Yo solo le quité las riendas, pero no lo maté, fuiste tú quien lo hizo, Charles.

—Yo no lo empujé —lo contradijo—, ni hice volcar el carruaje.

—¡Fue un accidente! —se lamentó.

Inmóvil sobre el camastro, como un conejo asustado, Arabella observaba con fascinado terror las dos personalidades que emergían del mismo hombre azotando el aire con sus palabras, igual que una sucesión de olas azotaba una playa. Una de ellas era temerosa y quebradiza, la de lord Leydon; otra fuerte y dominante, la de aquel a quien el vizconde llamaba Charles.

—Lord Leydon... Christopher —lo llamó. Intentó que su voz fuese tan solo un



susurro para no alterarlo más; sin embargo, el hombre no pareció reaccionar mientras seguía en un intercambio con su invisible alter ego. Arabella insistió:

Christopher, por favor, tiene que dejarme marchar.

El silencio que siguió a sus palabras se tornó opresivo y, por unos instantes, le impidió respirar. Clavó sus ojos suplicantes en los del vizconde. Supo que había sido una súplica infructuosa cuando la tormentosa mirada de aquel se posó sobre ella como una caricia de gélidos dedos, al tiempo que negaba con la cabeza.

—Charles no quiere.

Las aciagas palabras sonaron como una sentencia condenatoria. Y la condena, bien lo sabía Arabella, era de muerte.

—Pero eres tú quien decide, no él —le gritó en un intento desesperado por convencerlo.

El vizconde se enderezó. Su espalda recta; el cuerpo finamente trabajado; el rostro atractivo coronado, como un laurel, por el cabello ondulado besado por el sol; los ojos azules como el mar. Parecía una obra maestra de la naturaleza, una escultura perfecta; y, como toda escultura, poseía un corazón labrado en piedra.

Clavó en ella una mirada fría, y una sonrisa siniestra asomó a sus labios pálidos.

—Me temo, milady, que soy yo quien está al mando.

La mirada triste de la mujer se posaba sobre el pajarillo que sostenía en su mano como invitándolo a volar, a alcanzar esa libertad que a ella se le había negado por ser simplemente una mujer, una ninfa sujeta al capricho de los dioses.

La blanca piel de su espalda que emergía del agua cristalina mostraba unos surcos profundos realizados con algún instrumento cortante, tal vez un cuchillo.

Un castigo demasiado humano.

El corazón de Alex comenzó a latir con rapidez, como si le resultase difícil hacer que la sangre, que parecía haberse espesado en sus venas, llegase a cada rincón de su cuerpo. Un latigazo de pánico lo recorrió por dentro al pensar en Arabella en manos de aquel loco. Arabella, su Arabella, la mujer que amaba más que a nada en el mundo. Si la perdía, su vida dejaría de tener sentido, porque él había comenzado a vivir de nuevo el día que la había conocido.

—¡Dios mío! —repitió el marqués de Harvell mientras contemplaba, asombrado todavía, el maltrecho lienzo.

James se acercó a la obra y acarició con mano temblorosa el rostro de la ninfa.

—No sabía que Arabella... —se interrumpió al tiempo que sacudía la cabeza. No tenía ni idea.

Alex apretó los puños e inhaló profundamente en un intento por calmarse.

—Eso no importa ahora, James —declaró con voz enronquecida por las emociones que arrasaban su interior como un vendaval—. Tenemos que encontrar a Arabella. Lord Harvell, ¿dónde puede estar su hermano? ¿Tiene otra casa, algún lugar al que podría haberse marchado?

El marqués negó con la cabeza.

—Christopher derrochaba el dinero. Siempre le ha gustado apostar, por eso la asignación que cada mes recibía como parte de su herencia le servía tan solo para vivir con cierta holgura —le explicó—, pero nada más. La verdad es que no tengo ninguna idea de adónde ha podido ir. Tal vez a la finca campestre que pertenece a la familia.

El anciano mayordomo, que se había mantenido hasta ese momento como una silenciosa sombra junto al quicio de la puerta, carraspeó y avanzó unos pasos vacilantes hacia el interior de la estancia.

—Si me permite, milord, tengo una información que tal vez podría ayudar.

—Adelante, Samuel —lo alentó.

—Verá, milord, su hermano gastaba más de lo que le permitía su asignación, por eso se vio obligado a pedir un préstamo —les reveló—. Lo sé porque en varias ocasiones vinieron unos hombres a cobrar los intereses sobre el dinero prestado, y los escuché amenazar al vizconde si no pagaba.

—¿Conoce el nombre del prestamista?

El hombre cabeceó ligeramente a modo de afirmación.

—El señor Mortimer.

Pronunció aquel nombre con los labios fruncidos, como si el solo hecho de mencionarlo le produjese un sabor amargo.

—¡Maldita sea! —masculló James.

Alex se volvió hacia su amigo.

—¿Quién es?

—Conrad Mortimer es el peor usurero de todo Londres —respondió lord Harvell con gesto grave—. Ningún caballero que se precie de serlo le pediría un préstamo. Todo el mundo sabe que un retraso en el pago de la devolución acarrea serias consecuencias, aunque la policía no ha podido demostrar que él o sus hombres hayan tenido que ver con los extraños accidentes que a veces han sufrido sus clientes.

A Alex le importaba poco si aquel hombre era peligroso o no. Él solo quería llegar hasta Arabella, y si el tal Mortimer podía darles alguna pista, daba por buena la visita.

—Vayamos a hablar con él —comentó mientras se dirigía ya hacia la puerta.

James y Garrick lo siguieron. Alex se detuvo un momento junto al mayordomo. Quiero que envíe ese lienzo a la mansión Thornway, en Mayfair.

El hombre dirigió su mirada hacia el marqués esperando su confirmación.

Cuando este asintió, se volvió de nuevo hacia Alex.

—Por supuesto, milord.

Abandonaron la casa cuando el sol comenzaba su carrera de descenso en el cielo, lo que otorgaba una pátina dorada a la bulliciosa urbe londinense.

—No será fácil hablar con Mortimer —señaló James una vez que el carruaje se puso en marcha—. Sus esbirros lo protegen celosamente. Supongo que una profesión como la suya entraña ciertos riesgos.

Ninguno respondió a su comentario, y el silencio se extendió en el interior del coche hasta que llegaron a Bedford Square, en el barrio de Bloomsbury. El área se había transformado en una zona residencial gracias a la influencia de la familia Russell, cuando Wriothlesley Russell, tercer duque de Bedford, había construido en 1730 el Bloomsbury Market y había fijado su residencia en Russell Square. Poco a poco el lugar había atraído a más familias nobles y ricas.

Y ahí había fijado también su residencia Conrad Mortimer.

La casa se alzaba elegante entre una hilera de viviendas de dos pisos, construidas en ladrillo, que ocupaban todo un lado de la calle. Numerosas ventanas, coronadas por sencillos frontispicios, se abrían en las fachadas, como si cientos de ojos observasen el tránsito vespertino de los londinenses que regresaban a sus casas después de una larga jornada de trabajo.

La residencia de Mortimer ocupaba el espacio central de la hilera y era la más grande.

Cuando llamaron a la puerta, un elegante mayordomo ataviado con una librea en azul y oro les franqueó silenciosamente la entrada, y tomó sus capas y sombreros. Luego les indicó una salita en la que debían aguardar a que los atendiera el secretario del señor Mortimer.

Alex no tenía ningún deseo de perder el tiempo con formalidades. Justo en el momento en que se levantó para ir a buscar él mismo al prestamista, apareció el supuesto secretario. Se trataba de un hombre con más músculos que cabeza.

Alto, de complexión robusta y manos grandes, parecía más alguien acostumbrado a dar golpes que a estar sentado tras un escritorio. Su nariz rota y su gesto hosco y malhumorado daban fe de ello.

Sus ojillos recelosos escrutaron con rapidez a los tres visitantes.

—¿Qué deseaban? —preguntó con tono descortés.

—Queríamos hablar con el señor Mortimer —declaró James mientras se adelantaba hasta situarse junto a Alex, que parecía a punto de descargar su impaciencia a base de golpes con aquella especie de gorila.

—¿Tienen cita?

—No, no tenemos cita, pero...

El hombre interrumpió groseramente a James, acostumbrado quizás a la vulnerabilidad que presentaban los aristócratas que acudían al prestamista para solicitar su ayuda.

—Si no tienen cita, no pueden hablar con él.

—Yo creo que sí —comentó Alex dando un paso hacia adelante hasta que solo unos pocos centímetros separaban su rostro del de aquel individuo.

El hombre realizó un leve gesto con la cabeza, casi imperceptible, que provocó la aparición de otros dos hombretones de mirada torva, cicatrices en el rostro y músculos abultados, que se habían mantenido ocultos tras un cortinaje que enmarcaba la puerta que daba acceso al despacho del prestamista.

Alex esbozó una sonrisa torcida.

—Vaya, vaya, con que esas tenemos, ¿eh?

El movimiento fue tan rápido como inesperado. La cabeza de Alex impactó de

lleno contra la del malcarado secretario, que se tambaleó aturdido; sin embargo, este apenas tuvo tiempo de reponerse antes de que el duro puño del

conde se incrustase en sus costillas y lo hiciese aullar de dolor mientras se doblaba en dos.

Cuando el esbirro situado a su derecha pudo reaccionar, se abalanzó sobre Alex. Él levantó el codo y se giró golpeando con fuerza el rostro del hombre.

Aunque su intención primera había sido romperle la nariz, el cálculo erróneo del ángulo había hecho que su codo impactase contra la boca. La sangre manó abundante, escurriéndose por las comisuras de sus labios y haciéndole escupir algunos dientes.

Alex estaba seguro de que no se lo agradecería, y el bramido animal que brotó a continuación de su maltrecha boca se lo confirmó. Esquivó con agilidad aquellos puños como martillos que se abatían sobre él y encajó un golpe en el hígado de su contrincante, que se dobló en dos y cayó de rodillas al suelo.

Se giró para enfrentarse al tercer hombre, pero James ya había dado cuenta de él. En ese momento, la puerta que habían estado custodiando se abrió y apareció en el vano un hombre de unos cincuenta años, pelo negro, ojos inteligentes y una pistola cargada en la mano.

—Caballeros, no me gusta que se pelee en mi casa —les dijo con tono educado y una voz grave firmemente controlada.

—Necesitábamos hablar con usted —comentó James.

El señor Mortimer echó un vistazo a sus hombres, que yacían en el suelo quejumbrosos y adoloridos, y levantó una ceja inquisitiva.

—¿Y era necesario esto? —señaló.

—No teníamos cita —replicó Alex con un encogimiento de hombros.

El prestamista esbozó una media sonrisa.

Quería hablar con usted sobre mi hermano, el vizconde Leydon —le dijo Garrick.

¿Acaso va a pagar usted sus deudas, milord?, porque es lo único que me

agradaría escuchar y por lo que les dedicaría un minuto de mi valioso tiempo.

El marqués sacudió la cabeza y decidió abordar el asunto directamente.

—Mi hermano ha secuestrado a una joven dama.

—Yo no me mezclo en asuntos turbios —espetó en tono duro—, soy un respetable hombre de negocios.

—Señor Mortimer —intervino James para tratar de apaciguar los ánimos, pues la tensión en el cuerpo del prestamista era palpable—, solo queríamos saber si usted podría tener alguna idea de dónde puede encontrarse Leydon.

El hombre entrecerró los ojos, como si sopesase la veracidad de aquellas palabras, y luego bajó el arma lentamente. Les hizo un gesto a sus esbirros que, con dificultad, se pusieron en pie y se retiraron, dejándolos solos.

—Hace varios meses, el vizconde vino a verme; quería negociar un préstamo de varios cientos de libras. Investigo a todos mis clientes, comentó encogiéndose de hombros, como si aquello no tuviese importancia, así que me enteré de que era un hombre al que le gustaba apostar fuerte en las mesas de juego. Cuando regresó a mí con una nueva petición, me negué a prestarle dinero.

El juego es una pasión inestable; y la suerte, un amante traicionero. Sin embargo, según me dijo, había encontrado un negocio en el que deseaba invertir, un negocio que le daría muchos beneficios. Era algo relacionado con el comercio marítimo, señaló. Luego sacudió la cabeza en un mudo reproche a sí mismo por su torpeza. El negocio no prosperó. Lo único que obtuvo fue un destartalado barco y un montón de deudas.

James y Alex intercambiaron una mirada.

—¿Cómo se llama el barco? , inquirió este último.

Durante unos instantes, que a Alex se le hicieron eternos, el hombre se acarició la barbilla, pensativo.

—Creo recordar que el vizconde mencionó haberlo llamado *Lady Victoria*.

—Agradezco su ayuda —declaró el marqués de Harvell—. Le aseguro que la deuda de mi hermano quedará satisfecha.

El señor Mortimer inclinó levemente la cabeza.

—Sé que es usted un hombre de palabra —repuso.

Su respuesta se perdió en el silencio de la habitación. Los tres hombres se habían marchado ya.



## Capítulo 23

La puerta del camarote se abrió y Leydon entró de nuevo. Arabella se estremeció cuando vio su mirada extraviada y la expresión siniestra de su rostro.

Tenía que intentar convencerlo de que la dejase marchar.

—Christopher...

Por unos instantes, sus ojos azules se clavaron en ella como si la viera por primera vez, pero pareció no escucharla.

—Ha llegado la hora.

—Christopher, por favor, tiene que escucharme. Aún está a tiempo...

Una exclamación ahogada escapó de sus labios cuando el vizconde se quitó el corbatín de seda que llevaba anudado al cuello. El pánico la asaltó. No quería morir. No cuando aún no había cumplido sus sueños y acababa de conocer el amor. El corazón le latía dolorosamente en el pecho. Alex se había convertido en su nuevo sueño. Quería volver a mirarse en esos ojos verdes colmados de ternura, sentir el roce de sus labios cálidos sobre su piel, besar el hoyuelo que florecía en su mejilla con cada sonrisa. Quería volver a sentirse mujer junto a él.

Las lágrimas se deslizaron cálidas sobre su rostro helado. Cuando se movió, sintió el aguijonazo de miles de agujas en sus manos y pies atados, pero no le importó. Luchaba por su vida.

—Por favor, Christopher —suplicó—, ya tiene el cuadro de la ninfa. Puede decir que es suyo, ¡le juro que no diré nada sobre él! —exclamó desesperada.

El vizconde se detuvo y soltó una carcajada hueca, amarga. Su mirada, fría y determinada hasta ese momento, se tornó huidiza. Arabella comprendió que había vuelto a tomar la personalidad de Leydon.

—Ya es demasiado tarde, ya no sirve de nada, ¡Charles la destrozó! —espetó con furia—. Podría haberla presentado a la Academia. Mi nombre se habría hecho famoso y todo Londres me habría aclamado. Habría dejado de ser un don nadie. Pero no —señaló con un siseo, tú que siempre te has jactado de ayudarme, lo único que has hecho ha sido destrozarme la vida; siempre diciéndome lo que debo o no debo hacer, actuando en mi nombre... Ahora seré yo el que decida.

—Ella debe morir. Sabe demasiado.

Arabella jadeó al oírlo.

—¡Juro que no diré nada, Christopher, por favor!

Él la miró durante un momento y sacudió la cabeza.

—Lo haremos a mi manera —declaró con decisión mientras se acercaba al camastro en el que yacía Arabella.

Ella intentó forcejear, evitar que él se acercara, pero las manos atadas a la espalda se lo impidieron. Las piernas, lo único que podía mover, habían perdido la sensibilidad y reaccionaron torpemente a las órdenes de su cerebro. Aun así, la silenciosa lucha de su cuerpo se convirtió en un molesto inconveniente para el vizconde.

—¡Maldita sea, quédate quieta! —le espetó.

Levantó el puño y lo descargó contra la mandíbula de Arabella. Los dientes le castañetearon y notó el sabor metálico de la sangre en su boca. El dolor estalló en su cabeza y, por un momento, todo pareció oscurecerse. Temió desvanecerse y luchó contra ello. Necesitaba estar consciente si quería sobrevivir. Sin embargo, los segundos de aturdimiento en que la sumió el golpe fueron suficientes para que Leydon la amordazase.

—Lo siento, querida —se disculpó, y en su mirada azul Arabella pudo ver una gota de sincera compasión; pero no la suficiente para salvarle la vida, pensó.

Sus pupilas se dilataron por el miedo y su respiración se aceleró. El cabello

se le había soltado con el forcejeo y le caía entonces en una cascada sobre los hombros y la espalda. Leydon tomó un mechón que jugueteaba sobre su mejilla y se lo colocó detrás de la oreja. Arabella esbozó una mueca de dolor al notar el roce de sus nudillos sobre su mejilla palpitante. El vizconde malinterpretó el gesto y su rostro se endureció.

—Tampoco era lo suficientemente bueno como pretendiente, ¿verdad?

Preferías otorgar tus sonrisas a otros, y quizás también tus besos... Sin embargo, ahora yo podría tomar lo que quisiera de ti.

Arabella sacudió desesperada la cabeza mientras las lágrimas brotaban de sus ojos enrojecidos. Encogió el cuerpo como si quisiera plegarse sobre sí misma. El vizconde extendió la mano y ella cerró los ojos, incapaz de seguir luchando.

De repente se sintió alzada por unos brazos fuertes y su estómago golpeó con fuerza sobre el hombro del vizconde. Su cabeza rebotó contra su dura espalda y gimió por el doloroso latigazo que recorrió su mandíbula y su mejilla.

El hombre se alzó, llevándola como un saco, y abandonó el pequeño camarote. Las estrechas escaleras que conducían a la cubierta supusieron un auténtico suplicio para Arabella, que resintió cada tropiezo de él en su maltrecho cuerpo.

Cuando salieron por la escotilla, se estremeció al sentir el aire frío sobre su cuerpo desprovisto de suficiente abrigo. La capa había quedado abandonada en el camarote, junto con el miriñaque del que Leydon debía haberle despojado antes de dejarla sobre el camastro, cuando aún se encontraba inconsciente.

Desagradables olores a pescado y suciedad asaltaron sus fosas nasales, y ella supo enseguida que se hallaban en el puerto de Londres.

El río Támesis era usado como vertedero, tanto de basura como de excrementos, y el agua contaminada fluía con lentitud por el cauce del río hasta su desembocadura en el mar del Norte. El hecho no parecía molestar demasiado a los marineros y comerciantes que navegaban por sus aguas, al

menos no tanto como cuando el río se congelaba, algo que había sucedido ya en varias ocasiones y que impedía la navegación, lo que resultaba en grandes pérdidas económicas.

La última vez había sido en 1740. Este invierno el frío no había sido tan crudo y el Támesis no había llegado a congelarse por completo.

Arabella se vio arrojada bruscamente sobre una superficie dura. Se trataba de un pequeño bote adosado a un costado del barco. Miró a su alrededor con la esperanza de encontrar a alguien a quien pedir auxilio.

Las aguas del estuario del Támesis se teñían de un color dorado conforme el

sol descendía hacia su morada de descanso para dar paso a la plateada luz de la luna. Cientos de barcos fondeados en sus frías aguas se mecían acunados por una mano invisible. Los largos mástiles, desnudos de su velamen, se arracimaban en las dársenas como el espectro de un sombrío bosque. El silencio casi absoluto a su alrededor le provocó el pánico. El puerto le parecía en aquel momento un inmenso cementerio y las aguas del Támesis, una tumba abierta dispuesta a tragársela viva.

La tensión en el interior del carruaje era tan densa como la niebla que en las calles londinenses ocultaba a sus ojos los alrededores y les impedía avanzar más rápido.

El traqueteo constante de las ruedas sobre los adoquines de piedra parecía aumentar el nerviosismo de los ocupantes del vehículo. James miró de reojo una vez más a Alex.

—¿Dónde aprendiste a pelear así? —le preguntó para romper el silencio.

Alex, que no había dejado de mirar por la ventanilla desde que dejasen atrás la casa de Mortimer, abandonó en ese momento su contemplación estática y volvió la mirada hacia él. Sus ojos verdes mostraban un dolor tan crudo que a James le sorprendió el sufrimiento tan profundo que reflejaban.

—En el puerto de Ostia —respondió con un encogimiento de hombros.

Cuando trabajas en los muelles, aprendes de todo: desde manejar un barco hasta lucha callejera. Es cuestión de supervivencia.

—Pues nos ha venido muy bien tu experiencia. Nunca había visto a nadie tumbar tan rápido a un hombre del tamaño de ese secretario. Creo que tu pasado te preparó para este momento.

Alex asintió distraído y el silencio volvió a instalarse en el interior del carruaje. Sin embargo, las últimas palabras de James se negaron a abandonar su mente. *Creo que tu pasado te preparó para este momento.* La verdad lo golpeó con dureza. Su madre le había dicho que había cometido muchos errores y que él debía cometer los suyos propios. Hasta ese momento no se había percatado de que él, no solo había cometido un enorme error, sino que lo había convertido en su razón de ser.

Vivía para huir de su pasado, y temiendo constantemente que este lo alcanzase. Tenía la mirada permanentemente vuelta hacia atrás mientras rebuscaba entre sus propias sombras la sombra de su padre. Ese había sido su error, vivir en una carrera continua contra el pasado, en lugar de detenerlo y usarlo como lanzadera para su futuro. Él no tenía por qué seguir los pasos de nadie, podía crear sus propias huellas.

Un sentimiento de liberación lo inundó y, por primera vez, sintió que su alma atormentada podía alcanzar la paz. Se llevó la mano al interior del bolsillo de su chaqueta y acarició el pliego de papel que descansaba allí, cerca de su corazón.

Arabella. Ella era su futuro. Nunca su corazón se había rendido con tanta facilidad ante una mujer. No era solo su belleza lo que lo atraía, ni la amaba solo por su forma tan diferente de ver la vida, o por su sonrisa que lo calentaba más que el sol de verano.

Arabella había marcado a fuego su alma con la esperanza.

Alex abandonó sus dolorosos pensamientos cuando el carruaje se detuvo, y todo su cuerpo se preparó para la acción. Sin embargo, el panorama que los recibió era desolador. Jirones de una niebla traicionera se arremolinaban en los rincones oscuros de los callejones, trepando por las fachadas de los

edificios y reptando como alimañas viscosas hasta las dársenas, donde se perdían entre el apretado racimo que formaban los cascos de los más de mil barcos que dormitaban sobre las aguas del Támesis.

—¿Cómo vamos a encontrarlos?

La voz de James contenía una nota de ansiedad.

El puerto de Londres se había convertido en uno de los más importantes del mundo gracias a la Compañía de las Indias Orientales y al comercio de carbón, madera, lana y azúcar.

—Lo haremos.

La seguridad del conde le pareció admirable al marqués de Harvell. Intuía que lo impulsaba una poderosa motivación que tenía mucho que ver con la dama retenida por su hermano en algún rincón de aquel maldito lugar que olía a salitre y a desechos.

Dio orden al cochero para que los esperara allí y siguió a Alex y James que se dirigían hacia uno de los edificios del puerto. Un sentimiento de culpa lo asaltó mientras caminaba. ¿Era responsable del comportamiento de su hermano? Desde la muerte de su padre, él había tenido que asumir el peso de la responsabilidad del marquesado y de la crianza de sus hermanos, y lo había hecho lo mejor que había podido dada su juventud. Sin embargo, el accidente de su hermano Charles lo había sumido en una profunda depresión; encerrado en sí mismo, no le había prestado atención a Christopher.

«No es cierto», reconoció en su interior. Algo en el interior de su mente había culpado a Christopher de la muerte de Charles y por eso se había alejado de él.

Ahora, quizás tendría que cargar con otra muerte sobre su conciencia.

Alex y James se detuvieron de repente. Unas voces huecas flotaban hasta ellos a través de la niebla.

—Te digo que era el capitán Brick.

—Y yo te digo que eso es imposible. Tú mismo viste cómo cayó por la borda repuso la segunda voz, algo más ronca que la primera.

—Pero nunca se encontró su cuerpo. Este era, sin duda, el fantasma del capitán Brick —insistió el otro—. ¿Acaso no escuchaste cuando hablaba solo?

Parecía que fueran dos personas distintas.

Las voces sonaron más cercanas y las dos figuras se perfilaron con mayor claridad a través de la niebla.

—No seas supersticioso —lo recriminó su amigo—. Los fantasmas no existen.

—Soy marinero, los marineros somos supersticiosos. Tú también deberías serlo si quieres convertirte en un buen marinero —repuso el otro hombre bastante molesto—. Y los fantasmas sí existen.

—¿Dónde está? —preguntó Alex plantándose ante ellos apenas salieron del callejón.

Los dos hombres dieron un respingo y palidieron ante el tronar de aquella voz, que les pareció la del mismísimo Poseidón.

—¡El diablo te lleve! —refunfuñó el hombre de la voz ronca cuando comprendió que la aparición era tan solo un hombre—. Nos ha dado un susto de muerte.

—¿Dónde está? —repitió Alex. Al ver la incompreensión en sus rostros, aclaró: El hombre del que hablabais, ¿dónde se encuentra?

—En el fondo del mar, y más vale que se quede allí, era muy mal capitán.

—Ese no, idiota —le espetó su compañero con un codazo—. El caballero pregunta por el fantasma.

—¡Ah!, ¿y qué nos dará a cambio de la información? —inquirió codicioso.

Un hombre necesita mojarse el gaznate de vez en cuando.

Alex avanzó un paso hacia ellos.

Lo que os daré será una paliza si no me respondéis inmediatamente.

Si la altura y la complexión atlética de Alex no fue suficiente para asustarlos, sí lo fue el tono amenazador de sus palabras.

Está más hacia el este, en el quinto muelle a partir de aquí —repuso de mala gana.

Alex sacó de su bolsillo una guinea y se la ofreció a los marineros. Luego echó a correr en la dirección señalada con James y Garrick pisándole los talones.

Justo antes de llegar al muelle dejó que lo alcanzaran los otros dos hombres.

En silencio, les señaló uno de los barcos amarrados en el dique en el que podía leerse claramente el nombre *Lady Victoria*. Un farol alumbraba apenas la cubierta, pero no se veía ninguna otra luz ni persona en los alrededores. El corazón de Alex pareció detenerse en ese momento. ¿Habían llegado demasiado tarde?

El eco amortiguado de unos pasos sobre la piedra húmeda de la dársena los alertó. Su cuerpo se tensó cuando vio aparecer la figura de un hombre por las escaleras que conducían hacia los diques flotantes. El vizconde Leydon parecía un espectro. Su rostro blanquecino y su rubio cabello destacaban sobre el fondo oscuro de la noche que había caído con rapidez sobre la ciudad. La luz mortecina de las lámparas de aceite de los edificios colindantes hacía brillar los dorados botones de su chaqueta como si fueran luciérnagas parpadeantes.

—Christopher —lo llamó el marqués.

El vizconde se detuvo y miró con ojos asustados las tres figuras que tenía frente a sí.

—Garrick —susurró. Casi parecía que se alegrase de ver a su hermano.

—Christopher, ¿dónde está lady Arabella?



En ese momento en su rostro pareció obrarse una transformación. Los músculos de su mandíbula se marcaron a causa de la tensión, y sus ojos adquirieron un brillo de dureza que antes no tenían. Su voz sonaba más grave de lo habitual.

—Te lo dije. Te dije que no le importabas; en realidad nunca le has importado.

La voz volvió a cambiar cuando se respondió a sí mismo.

Eso no es verdad, Charles. Garrick es mi hermano.

—Él no ha estado a tu lado como lo he estado yo todos estos años —le recriminó Charles—. No te ha cuidado; ha dejado que te pudieras en tu propia soledad. Tú querías ser alguien, lloriqueabas por convertirte en alguien famoso, y he sido yo quien te lo ha conseguido.

El vizconde se tapó los oídos y meció su propio cuerpo. Lágrimas de compasión y de culpabilidad acudieron a los ojos del marqués de Harvell al contemplar la patética figura de su hermano.

—Christopher, sé que te he fallado, y lo siento, pero no deben ser otros los que paguen por mis culpas. Dime dónde está lady Arabella y luego tú y yo hablaremos y solucionaremos las cosas.

A Alex le dolía el pecho por la tensión contenida. El frío aire nocturno entraba con lentitud en sus pulmones, como si le costase respirar. Leydon había matado ya a un hombre, y se había llevado a Arabella. Cerró su mente al pensamiento de que ella también podía estar muerta.

—Yo no quería hacerlo —gimoteó el vizconde—. Ha sido Charles quien ha tomado todas las decisiones. Él... él no me deja pensar, solo me empuja a actuar, pero yo no quería matarla...

Un rugido gutural rasgó la noche silente. Alex no fue consciente de que había brotado de su propia garganta, desde lo más profundo de la herida sangrante y en carne viva de su corazón desesperado.

«No ha muerto», se dijo, «ella no puede haber muerto». Porque, de ser así, su

vida ya no tendría ningún sentido. Una furia ciega lo asaltó y avanzó unos pasos, pero se detuvo, no porque el vizconde le estuviese apuntando con un arma —no le importaba morir cuando ya no le quedaban razones para vivir—, sino porque

James lo sujetó del brazo con firmeza. El rostro del marqués de Blackbourne era una máscara de dolor, reflejo, supuso Alex, de su propio rostro.

El marqués de Harvell se adelantó hasta situarse delante de ellos.

—Si vas a disparar, hazlo sobre mí.

—Sí, voy a acabar contigo de una vez por todas —repuso el vizconde con la voz destilando odio. Garrick supo que en ese momento no hablaba con su hermano—, para que él pueda vivir en paz.

—¡No! —la voz de Leydon se impuso—. ¡Estoy harto de que tomes las decisiones por mí! Quiero que te vayas —le ordenó.

—Sin mí no eres nadie. ¿Lo elegirás a él? —le preguntó burlón—. Luego acudirás llorando a mí cuando él te deje de nuevo en la estacada.

Christopher clavó en su hermano mayor una mirada doliente, profunda.

—No, por una vez voy a escogerme a mí mismo.

El sonido del disparo rompió la quietud de la noche y asustó a las gaviotas que dormitaban posadas sobre los mástiles de los barcos.

Garrick se lanzó hacia su hermano que yacía sobre el suelo frío. Una mancha carmesí se extendía sobre el oro bordado y el azul de su chaleco, pero aún vivía.

Lo abrazó con fuerza mientras las lágrimas se deslizaban cálidas sobre sus mejillas.

El ronco estertor lo sobresaltó.

—Lo... siento.

El marqués sacó un pañuelo de su bolsillo y lo aplicó sobre la herida para contener la hemorragia, aunque sabía que era inútil.

—No hables, Christopher —le pidió.

Él sacudió levemente la cabeza.

—Yo ma... maté a nuestro... hermano —confesó—. Pero ella está... viva...en el río... un bote...

Garrick dirigió su mirada hacia James y Alex, pero este último ya corría hacia las escaleras que llevaban a los diques flotantes.

—Solo quería... tu aprobación.

—Eres mi hermano, Christopher —declaró el marqués con la voz rota—, siempre te he querido.

Pero el vizconde ya no pudo escuchar estas últimas palabras.

## Capítulo 24

Arabella no se atrevía a moverse por miedo a que el viejo bote volcara y ella se viera arrojada a las sucias aguas del Támesis. Las manos y los pies atados la conducirían a una muerte segura.

Todo cuanto la rodeaba era frío y oscuridad. De vez en cuando, la madera del bote crujía al atravesar las finas capas de hielo que se habían formado sobre la superficie de las aguas a causa de la extrema crudeza de ese invierno. Por ese mismo motivo, la barca avanzaba lenta y dolorosamente en su recorrido, y no se había alejado demasiado del muelle. Por desgracia, el pañuelo que cubría su boca le impedía gritar para pedir ayuda o para evitar un peligro. Si alguna barcaza de las que habitualmente transitaban esas aguas colisionaba con su pequeño bote, ella no tendría modo de impedirlo.

Las lágrimas acumuladas empañaban sus ojos, pero ni una sola se desprendió de ellos. En un solo y terrible instante, podía morir. No volvería a sentir el incondicional cariño de sus padres, ni volvería a reír o a discutir con sus hermanos; no obtendría más besos dulces de Alex ni su cuerpo recibiría las anheladas caricias de sus manos. ¿Qué importaba si él no la amaba? En ese momento lo daría todo por volver a encontrarse entre sus brazos. Un sollozo sacudió su garganta, pero no derramó lágrimas. No valía la pena llorar por lo inevitable, solo seguir luchando, porque la lucha era el camino seguro hacia la victoria.

El bote zozobró ligeramente y contuvo el aliento manteniéndose inmóvil por unos instantes hasta que la embarcación se estabilizó y continuó su rumbo.

Se concentró de nuevo en frotar suavemente sus ligaduras contra la áspera madera del asiento, a pesar de que le parecía que lo único que conseguía era que la cuerda se apretase más y que algunas astillas se le clavasen en la tierna carne de sus muñecas.

Una luz solitaria parpadeó en medio de la oscuridad, luego se apagó. Arabella rogó para que no se tratase de una de las barcas que solían atravesar el

Támesis para transportar la carga entre los barcos y los muelles. Contuvo la respiración y prestó atención a los sonidos que le llegaban, pero el río parecía adormecido, ni siquiera los numerosos cisnes que poblaban las aguas se movían.

Le daba la sensación de hallarse en un inmenso sepulcro; un mausoleo creado por la naturaleza, con el cielo estrellado por techo, las frías aguas como lecho y las paredes formadas por la densa oscuridad, rota solo, aquí y allá, por algún destello de luz que llegaba de los callejones del puerto.

Las aguas fluían con lentitud, algo que ella agradeció con fervor. Sabía, por las conversaciones entre su padre y sus hermanos, que eso se debía al hecho de que el puente de Londres tenía demasiados arcos, muy cerca unos de otros, y una serie de muelles adosados a sus pilares, lo que favorecía la acumulación de bloques de hielo que ralentizaban el curso del agua.

Se obligó a sí misma a volver a respirar, aunque el aire se hallaba cargado de un hedor nauseabundo, y a relajar su cuerpo. Sentía el dolor punzante de las muñecas a causa de los cortes provocados por la madera y las astillas que se le habían clavado; la tensión acumulada en su espalda y la postura en la que se encontraba hacían que le doliese todo el cuerpo. Sin embargo, no era el dolor lo que más le pesaba, sino la oscura desolación que iba apoderándose de su alma.

El rostro de Alex, con su sonrisa cautivadora, se dibujó en su mente, y una lágrima solitaria rodó por su mejilla hasta ser absorbida por la mordaza que tiraba de las comisuras lastimando su boca. ¿Por qué no le había dicho que lo amaba? ¿Por qué había creído que su sueño de convertirse en pintora llenaría el vacío que en ese momento atormentaba su corazón? Tal vez, la proximidad de la muerte devolvía la lucidez a la razón, pensó con amargura. En ese momento comprendió que solo el amor daba verdadero sentido a la vida, porque cuando la belleza y la juventud se marchitasen, cuando el cuerpo y la mente se fuesen consumiendo desterrando las habilidades y capacidades de la mocedad, si había amor, aún quedarían las miradas colmadas de ternura y un hombro sobre el que acurrucarse junto al calor de la chimenea en las frías tardes de invierno.

¿Por qué la verdad de la existencia se hacía patente solo cuando ya era

demasiado tarde?, se preguntó. Porque para ella, ya no habría abrazos junto al fuego, ni insomnes noches de arrebatadora pasión en brazos del hombre amado; no habría tiernas caricias ni dulces besos robados; y no habría hijos e hijas a quienes amar. Solo un segundo la separaba de esos sueños. Un terrible segundo en el que la muerte podía arrastrarla con ella al abismo de su vaciedad. El corazón le golpeó con fuerza en el pecho, como si deseara despertar su conciencia al hecho de que todavía estaba viva. Arabella se juró a sí misma que si la vida le ofrecía una segunda oportunidad, seguiría el camino correcto, el que le marcara su corazón.

Un chapoteo cercano la sobresaltó y la arrancó de sus sombríos pensamientos.

Se mantuvo a la escucha, con los ojos dilatados, el cuerpo rígido y el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Nada se movió. El silencio lo envolvía todo.

Reanudó con denuedo la inútil tarea de romper sus ataduras frotándolas con fuerza contra la madera del banquillo. Aunque no lograra nada, al menos sentía que estaba luchando.

Unos segundos después, el atronador sonido de una detonación rasgó el velo de silencio de la noche y provocó que las aves que dormitaban tranquilas elevaran el vuelo en busca de refugio. La embarcación sufrió una ligera sacudida, con el movimiento de las aguas, que la hizo zozobrar; sin embargo, Arabella no se percató de ello. Su mente y todos sus sentidos se hallaban concentrados en aquel disparo. ¿Habrían encontrado Alex o James al vizconde Leydon? Y si así había sucedido, ¿quién había disparado?

La angustia y la preocupación que la asaltaron, le hicieron olvidar su precaria situación; solo fue consciente de ella cuando el susurro lejano de unas voces llegó a sus oídos.

—¿Qué ha sido eso?

—Yo diría que un disparo —repuso otra voz masculina—. ¿No has oído cómo las aves levantaban el vuelo?

—Ha sonado cerca del muelle.

—¿Y qué más te da? No será la primera vez ni la última que encuentran un cadáver flotando en las aguas. Mientras no sea el nuestro... Así que más vale que prestes atención —lo reconvino su compañero—, no me gustaría que me tuvieran que sacar del río porque chocamos con algo.

—No sé qué esperas que haga —se quejó el marinero—, apenas hay luna y yo no tengo ojos de gato.

El hombre gruñó por lo bajo.

—¡Pues usa esa maldita lámpara de una vez y dame un poco de luz ahí delante!  
—le gritó nervioso, con el espectro del fatalismo y la superstición rondando su mente y su alma de marinero.

La barcaza prosiguió silenciosa su camino.

Una inmensa forma oscura tapó en ese momento el reflejo de las tenues luces que alumbraban los callejones del puerto. Los ojos de Arabella se dilataron de terror al comprender que las voces que había oído provenían de un barco ligero que debía encontrarse muy cerca de su propia embarcación. Escudriñó la oscuridad con el cuerpo tenso, a la espera de la inevitable colisión. Una luz parpadeó en mitad de la oscuridad e iluminó por un instante su pálido rostro que reflejaba la desesperación de los condenados. En ese momento, le pareció oír que gritaban su nombre y se preguntó si sería Dios que ya reclamaba su alma.

«¡Pero yo no quiero morir!» Su grito silencioso, ausente de palabras pero cargado de significado y emociones, se ahogó tras la venda que le cubría la boca lastimada.

Cuando la forma oscura se acercó, Arabella cerró los ojos y se preparó para luchar por su vida. Lucharía por su familia, por Alex y por ella misma. Pelearía en nombre del amor que acababa de descubrir y que superaba su pasión por la pintura.

Apenas un ligero balanceo sacudió la embarcación cuando la barcaza pasó a su lado deslizándose suavemente, como si apenas rozase el agua. El corazón de Arabella, que parecía haberse detenido, emprendió de nuevo su furioso

latir provocándole dolorosas punzadas en las sienes.

Pero el alivio había llegado demasiado pronto. El paso de la barcaza agitó las rebeldes aguas que desplazaron las placas de hielo. Chocaron unas con otras adquiriendo fuerza por el oleaje que como un manto dejaba el barco tras de sí.

Sintió vibrar el fuerte golpe a través de su cuerpo en tensión y el bote comenzó a inclinarse.

Escuchó su nombre. Una voz lejana que la llamaba.

«¡Alex!»

Fue su último pensamiento antes de hundirse en las frías aguas del Támesis.

—¡Maldita sea! —gruñó uno de los marineros cuando la barcaza zozobró—, ¿y eso qué demonios ha sido ahora?

—Pues sí que estás susceptible hoy —le espetó su compañero con sequedad—. Habrán sido las placas de hielo.

El hombre meneó la cabeza.

—He oído un chapoteo, como si algo hubiese caído al agua.

—Te digo que no ha sido nada —insistió el otro—. Venga, démonos prisa y salgamos de este maldito río. Quiero tomarme una buena pinta de cerveza; además, me espera Rose, y pretendo pasar una buena noche.

—Si quieres pasar una buena noche, más te vale que mires a ver qué es lo que ha caído al agua —le gruñó su compañero—. La noche está tan cerrada que podríamos llevarnos por delante uno de los cisnes de su majestad y vernos mañana en prisión o con la cabeza separada del cuerpo.

—No puede haber sido un cisne, los cisnes vuelan.



—A lo mejor este estaba dormido —comentó el marinero cada vez más enfadado—. ¡Haz el favor de mirar de una maldita vez!

—Ya voy, ya voy —rezongó molesto.

El hombre cogió una de las lámparas y se acercó a un costado de la barcaza para iluminar el lecho del río. Escudriñó el espacio, tratando de penetrar la oscuridad más allá de la débil proyección de luz que permitía la linterna.

—Es solo un viejo bote volcado —dijo el hombre cuando terminó su inspección.

—¿Y no había nadie en el agua?

Su compañero negó con la cabeza.

—Dudo mucho que nadie hubiera salido a navegar con esa embarcación —le explicó—, la madera parecía podrida y la quilla rota.

El marinero frunció el ceño.

—Es peligroso dejar botes abandonados así en mitad del río.

—Más peligrosos son los locos que navegan en la oscuridad —le espetó su compañero señalando algo—. ¡Atento a estribor!

Alex apenas tuvo tiempo de apartarse para que la barcaza no lo embistiera.

Cuando había escuchado la confesión de Leydon, no había dudado ni un segundo en bajar las escaleras de piedra y arrojarle al interior de uno de los botes que permanecían amarrados al muelle. La lámpara que había encendido apenas iluminaba lo suficiente como para vislumbrar por dónde navegaba.

Mientras hundía con fuerza los remos en el agua, haciendo crujir de vez en cuando las placas de hielo que flotaban en el Támesis, rogaba para que Arabella no se hallase demasiado lejos y él pudiese llegar a tiempo.

Le atenazaba el corazón el pensamiento de lo que ella debía de estar sufriendo, del miedo que inundaría su corazón al encontrarse en esas

circunstancias. Había gritado su nombre desesperado, pero nadie le había respondido.

A poca distancia había visto el parpadeo de una luz en la oscuridad.

Seguramente se trataba de alguna de las barcas que transportaban su cargamento hasta los muelles. Se había concentrado entonces en la luz para tratar de discernir el rumbo que llevaba y apartarse de su camino.

Fue en ese momento cuando la vio. Cuando la barcaza pasó alumbrando las aguas con su escasa luz, había visto una embarcación. Seguro de que se trataba de la de Arabella, se había dirigido hacia ella. Sin embargo, tuvo que emplear toda la fuerza de sus músculos cansados para aplicarse con los remos y evitar que el barco lo embistiera. En ese momento, había perdido de vista el viejo bote tragado por la oscuridad. Gritó su nombre, pero nadie respondió.

—¿Está usted loco? —le gritó furioso uno de los marineros al pasar cerca de él mientras levantaba la lámpara para iluminar a su interlocutor—. ¿Acaso pretende hundirse en estas aguas congeladas?

Alex ignoró sus palabras y lo interrogó a su vez.

—¿Había una mujer en el bote?

—¿Qué bote? —inquirió confundido.

—Acaban de pasar junto a una embarcación, ¿había en ella una mujer? demandó con tono angustiado.

El hombre negó con la cabeza.

—Solo vimos un viejo bote volcado —aclaró el otro marinero.

—¡Arabella!

El grito ronco de Alex estremeció a los marineros que observaron preocupados cómo hundía de nuevo los remos con fuerza en un intento por avanzar con mayor rapidez para acortar la escasa distancia que lo separaba del lugar donde habían visto la embarcación. Si había habido una mujer en

ella, debía de hallarse en esos momentos en el fondo del río, o quizás, con un poco de suerte, las placas de hielo habían frenado su caída a las aguas oscuras.

Alex tembló por el esfuerzo y, aunque sus músculos adoloridos se quejaron, no le importó. Ella estaba cerca, la había visto. Su corazón lo sabía.

El bote zozobró cuando una placa de hielo golpeó el costado de su embarcación, pero consiguió equilibrarla con los remos. En ese momento, la lámpara que portaba consigo iluminó el pequeño bote que la corriente arrastraba con lentitud a través del hielo. Su corazón se detuvo con un doloroso latido y gritó el nombre de ella preñado de angustia.

Sin pensar en que aquello suponía una locura, se lanzó al río. La fría mordedura del agua sobre su cuerpo hizo que sus músculos se paralizaran por un instante. Sus pulmones parecieron colapsarse y luchó contra la sensación de ahogo que experimentó. Braceó con firmeza para sumergirse con mayor rapidez en medio de la negrura, desesperado por alcanzarla.

Sintió la sangre congelarse en sus venas y como si una mano poderosa le oprimiese la cabeza hasta el punto de que le parecía que iba a estallar. En un esfuerzo sobrehumano, continuó hundiéndose en las profundas aguas que rodeaban el bote volcado en un constante fluir. No dejaría que el río le arrebatase a Arabella, aunque empeñase su propia vida en ello. Había vivido toda su existencia sin amor, en ese instante bien podía morir por amor, porque de nada le valdría seguir respirando si ella no estaba a su lado.

Una dolorosa punzada le atravesó el costado, justo donde su corazón parecía haberse detenido en el momento en que descubrió la embarcación de Arabella.

Braceaba a ciegas en medio de aquella masa líquida, el frío le quemaba la piel y su cuerpo se volvía cada vez más pesado y lento a causa del entumecimiento. ¿Y si aquel no era su bote? ¿Y si la corriente la había arrastrado? En ese instante, su mano rozó algo y se aferró a ello con desesperación.

El corazón comenzó a latirle de nuevo, pero, en ese momento, las fuerzas lo abandonaron.

## Capítulo 25

La primavera parecía haberse adelantado cubriendo de flores las vastas tierras del ducado de Westmount en la campiña. Los tiernos brotes de hierba creaban una ilusión de fragilidad en medio de los últimos coletazos del invierno.

Alex caminaba despacio por los jardines de la mansión campestre, elevando de vez en cuando su rostro hacia el sol para gozar del tibio calor que el astro ofrecía. Todavía tenía el frío metido en el cuerpo. Sacar a Arabella del agua había sido una tarea titánica debido al peso de sus ropajes y al frío que había paralizado sus músculos. Por un momento había creído que los dos encontrarían la muerte en aquella tumba de aguas gélidas cuando los brazos no le respondieron y el aire comenzó a faltarle. Sin embargo, alguien había tirado con fuerza de ellos hacia la superficie.

Con la ayuda de James, que había llegado en otro bote, y la de los marineros de la barcaza a quienes este había pedido ayuda, lograron subirlos a los dos en la embarcación. Las exclamaciones horrorizadas de los hombres al ver a Arabella maniatada y amordazada no habían sido nada en comparación con el dolor, la angustia y la rabia que había experimentado él. Hubiera matado al vizconde con sus propias manos si no hubiera estado ya muerto.

Aquellos marineros, hombres expertos en naufragios, habían logrado revivirla, aunque había permanecido inconsciente. Después, nublada como tenía la mente por el dolor, él no quiso que nadie, ni siquiera James, la tocara. La había aferrado entre sus brazos y no había querido soltarla.

Después de eso, no recordaba nada más. Se había despertado en su cama, débil como un niño de pecho, bajo los cuidados de su ama de llaves y de su angustiada madre. Según le dijo esta, había estado muy enfermo. La fiebre había arrasado su cuerpo y, durante casi un mes, habían temido por su vida. A la pregunta que no se atrevió a formular, respondió su madre asegurándole que Arabella se encontraba bien y que se recuperaba lentamente. Entonces él sonrió, y se sumió en un sueño reparador.

Ahora que se hallaba recuperado, había abandonado Londres para visitar a Arabella, a quien su familia había trasladado al campo para evitar el ajetreo que suponía el inicio de la Temporada.

Alex se internó por los jardines traseros de la mansión. En los parterres, esparcidos entre rododendros y madreselvas, florecían primulas, narcisos y caléndulas, en una explosión de colorido que alegraba los sentidos. El perfume embriagador de las flores flotaba en el aire sereno de la mañana. Avanzó por el camino de piedra hasta llegar por fin al invernadero, una estructura rectangular de ladrillo rojizo con grandes ventanales reticulados que permitían el paso de la luz al interior.

Cuando había llegado a la mansión y había dado su nombre al preguntar por Arabella, el mayordomo lo había conducido enseguida a una salita. Había creído que la encontraría allí; sin embargo, quien lo había recibido había sido la duquesa, que se había deshecho en elogios hacia él considerándolo poco más que un héroe por haber salvado la vida de su hija. Él había tratado de ser paciente, aunque se moría de ganas de ver a Arabella. Finalmente, lady Eloise había comprendido su ansiedad y le había dicho que podía encontrarla en el invernadero, dándole así permiso tácito para visitarla sin necesidad de una carabina, algo poco usual, pero de lo que él no se quejó. Necesitaba hablar con ella a solas.

La puerta del invernadero se encontraba abierta. En el interior se mezclaban los aromas de la hierbabuena, la menta y la lavanda. Se movió silenciosamente por entre las hileras de plantas aromáticas hacia el lado oeste del fondo del edificio. En aquel lado, la duquesa había mandado construir una veranda, a la que se accedía desde el interior del mismo invernadero. La amplia estancia constituía un acogedor refugio. Había plantas en casi todos los rincones, una mesa redonda para el té con sillas tapizadas en brocado verde y dorado, a juego con las cortinas de los ventanales, unas estanterías con libros y un cómodo diván.

Se detuvo en el umbral de la puerta y se apoyó contra el marco. Sus ojos recorrieron ambiciosos la figura femenina que se hallaba en el centro de la habitación, concentrada en un lienzo. Llevaba un sencillo vestido de un tono azulado, y la luz del sol que atravesaba los ventanales confería a su pelo, recogido en una trenza, un suave brillo dorado.

Arabella puso un poco más de azul sobre el pájaro que descansaba en la mano de la ninfa y mordisqueó la punta del pincel mientras estudiaba con ojo crítico su obra. Había tratado de reproducir el cuadro, pero le había resultado difícil contando con tan poco tiempo hasta la inauguración de la primera exposición de verano de la Real Academia de Artes. Un ligero estremecimiento la recorrió al pensar en la suerte que había corrido la anterior pintura y en la terrible experiencia por la que ella misma había pasado.

Sin embargo, una cosa buena había salido de todo ello. Los duques se habían enterado de su pasión por la pintura y el mundo no se había venido abajo; más aún, su padre incluso la había animado a seguir por ese camino.

—Eres hija de un duque —le había dicho—, puedes hacer lo que desees y nadie se opondrá, a lo sumo te tacharán de excéntrica, pero no serás la primera ni la última que tengamos en la familia.

Sonrió al recordarlo y miró de nuevo el cuadro. La imagen, aunque realizada con una técnica perfecta, no poseía el mismo brillo ni ese toque mágico que había caracterizado a la anterior. La respuesta, lo sabía bien, se hallaba en su corazón. Aunque sus manos pudieran ejecutar correctamente los trazos sobre el lienzo, su corazón ya no era el mismo. La pasión que despertaba en ella la pintura había cambiado de objeto.

No supo bien qué fue lo que atrajo su atención, pero comprendió que ya no se hallaba sola. Dejó con cuidado el pincel en el bote con trementina y se giró despacio. Su corazón dejó de latir cuando vio el rostro sonriente de aquel hombre al que había llegado a amar más que a nada en el mundo, el hombre que había estado dispuesto a dar su vida por salvarla. Un crudo anhelo recorrió sus entrañas y, lo que en ese instante reconocía como deseo, fluyó como un torrente por sus venas.

Alex abandonó su postura indolente y se acercó a ella.

—Muy hermosa.

Arabella se sonrojó. Aquel galante cumplido tanto podía aplicarse a la ninfa como a sí misma, puesto que la mirada de Alex descansaba sobre ella en aquel momento. Sus ojos verdes, como la hierba nueva que brotaba en los campos,

parecían prometer no solo la primavera, sino también el paraíso. Arabella gimió para sus adentros. Él sonrió de nuevo, haciendo que apareciese el maravilloso hoyuelo en su mejilla, y avanzó unos pasos más hasta situarse a una distancia que la estirada sociedad inglesa hubiera considerado mucho más que indecorosa.

El aroma a sándalo y a madera que desprendía el hombre la inundó y, por un momento, se sintió embriagada.

Alex no dijo nada, simplemente se dedicó a mirarla como si quisiera escrutar su rostro para descubrir secretos arcanos. Sus alientos se mezclaban. Bastaría un pequeño impulso, pensó Arabella, para que su boca se fundiese sobre la de él, cálida y segura.

Entonces él deslizó los nudillos sobre su mejilla en una suave caricia que despertó todas sus terminaciones nerviosas.

—Te he echado de menos —declaró con la voz enronquecida por la emoción.

Entonces Arabella se recostó contra su pecho y envolvió con sus brazos la cintura masculina. No le importó que él pudiera pensar que andaba hambrienta de sus caricias, pues era verdad; como tampoco le importó mostrar su debilidad y que él supiera cuánto lo amaba. Nunca lo diría en voz alta, pero si podía robarle a la vida momentos como aquel, lo haría una y mil veces. Estar en sus brazos una vez más, bien valía noches amargas de soledad cuando él se cansase de ella.

Alex inclinó lentamente la cabeza. El beso llegó mucho más tierno de lo que recordaba los anteriores. Sus labios se movieron sobre los de ella en una caricia suave y delicada, deleitándose con su sabor, incursionando en sus profundidades como pidiéndole permiso para aprenderse su forma y su textura. Ella le respondió con una pasión nacida de la desesperación y forjada en el sufrimiento de la sensación de pérdida que aún pervivía en ella. Se aferró a su cuello e introdujo su mano en la suave hondura de su cabello negro mientras dejaba que sus cuerpos hablasen con cada roce y cada caricia.

No se dio cuenta de que Alex había desabrochado uno a uno los diminutos botones perlados de su vestido hasta que sintió el aire fresco en la blanca piel

de su espalda. Se separó un poco de él y lo miró a los ojos. La cruda necesidad que vio en ellos encendió un fuego abrasador en su interior.

—Alex...

El tono inseguro de su voz, suave y cálida como el terciopelo, penetró en su mente, y un escalofrío lo recorrió. Estaba tan hambriento de ella que ni siquiera se había planteado la posibilidad de que Arabella lo rechazase. El doloroso pensamiento lo sacudió e hizo temblar su corazón de ansiedad. Ella aún no sabía que la amaba. Después del último encuentro, se había mantenido en silencio, y luego casi la había perdido. Sin embargo, las palabras no acudieron fácilmente a su boca.

—Arabella, yo...

Ella lo silenció cubriendo sus labios con los dedos.

—...las cortinas.

Alex parpadeó primero confuso, luego el alivio lo inundó y soltó una carcajada. La atrajo de nuevo hacia él para besarla con un beso rápido, pero colmado de exquisita sensualidad, y la dejó temblando mientras se dirigía hacia los ventanales para echar las cortinas. Cerró también con llave la puerta que daba al invernadero, y se volvió.

La visión lo dejó sin aliento. Arabella lo aguardaba con las mejillas sonrosadas mientras permanecía gloriosamente desnuda en medio de la habitación. Él se deleitó con las delicadas curvas de su cuerpo, sus largas piernas torneadas, su piel marfileña y sus turgentes senos cubiertos parcialmente por las largas hebras de su cabello castaño. Chocolate y nata, pensó. Y entonces, se sintió goloso.

Acortó con pasos rápidos la distancia que los separaba y la tomó en sus brazos. A pesar de que su cuerpo reaccionó vivamente al contacto, solo la abrazó. Permaneció así por unos instantes, con la cabeza de ella hundida en el hueco de su cuello, impregnándose de su aroma a rosas silvestres y a trementina.



Arabella, su mujer. La quería así, junto a él, todos los días de su vida, hasta que el tiempo plateara sus sienes, hasta que la eternidad los reclamase. Dejó que el ritmo acelerado de su corazón se apaciguase al abrigo de su cálido abrazo. ¡La necesitaba tanto!

Ella suspiró con deleite cuando él depositó un suave beso sobre su cabello.

Luego se deshizo suavemente de su abrazo y comenzó a desvestirlo. Cuando sus manos le quitaron la camisa deslizándose sobre su pecho desnudo, Alex no aguantó más la tensión. Se despojó con rapidez del resto de sus ropas y la atrajo hacia él para besarla. Sus manos vagaron errantes sobre la tibieza de su piel, y sus labios siguieron después el mismo recorrido para volver luego a su boca y absorber los delicados sonidos de la pasión de Arabella.

Sin dejar de besarla, la tomó en brazos y la condujo al diván donde la depositó con suavidad antes de cubrirla con su cuerpo para seguir adorándola.

Cuando la tensión se incrementó, Alex se detuvo y la miró fijamente. Arabella tenía los ojos brillantes y una pátina de sudor cubría su rostro. Ella le devolvió la mirada y sonrió mientras le acariciaba el rostro como si quisiera tranquilizarlo.

Él, por fin, encontró las palabras que tan esquivas se habían mostrado.

—Arabella, te amo.

La mano de ella se detuvo por un instante. La espléndida sonrisa que se dibujó entonces en su rostro hubiera bastado para calentarlo a él por mil inviernos. Él respondió de la única manera en que podía hacerlo. Se hundió en ella y la amó con toda la fuerza de su corazón hasta que sus almas se fundieron. Juntos celebraron la vida, una vida que les acababa de ser devuelta.

Saciada, y dominada por una deliciosa languidez, Arabella apoyó la cabeza sobre el pecho de Alex. Enseguida sintió que él la rodeaba con su fuerte brazo y la pegaba contra su costado.

—Te amo, Alex.

Protegidos y aislados del mundo en aquel cálido capullo que conformaba la estancia en penumbras, con el sol filtrándose a través de las verdes cortinas, Alex dejó que la tranquilidad del sueño lo venciera. Por fin su corazón había encontrado un hogar.

No supo cuánto tiempo había pasado dormitando. Abrió los ojos y se encontró con la mirada ambarina de Arabella, una mirada con la que un hombre podría emborracharse. Ella le sonrió. La ternura que le despertó esa sonrisa lo tomó por sorpresa.

«¡Dios, la amo tanto!», pensó.

—Cásate conmigo, Arabella.

Ella se quedó quieta por unos instantes y Alex pensó que la brusquedad de su declaración lo había echado todo a perder. Pero entonces Arabella volvió a apoyar la cabeza sobre su pecho mientras dibujaba con sus dedos sobre su piel.

—Cuando me encontraba en ese bote...

—No hables de eso —la interrumpió él estrechando su abrazo. No quería que los recuerdos amargos perturbasen ese delicioso momento.

Ella ignoró sus palabras y continuó:

...tuve mucho tiempo de reflexionar, ¿sabes? A veces creemos que la vida consiste en asistir a las mejores fiestas, llevar el último sombrero de moda o dejarse ver en Hyde Park, y nos olvidamos de lo verdaderamente importante, comentó mientras detenía su mano sobre el pecho de Alex, sintiendo bajo su palma el rítmico latido de su corazón: la familia, el amor... En aquellos momentos, no pensé, ni siquiera un solo instante, en mis sueños por cumplir, en esa pasión que ha guiado toda mi vida. Pensé en mis padres y en mis hermanos, y en ti, anhelaba poder volver a estar entre tus brazos, reveló con sencillez mientras se acurrucaba más contra él. Creo que el amor es el verdadero motor de la vida. Si amas, vives de verdad.

Alex depositó un beso dulce sobre su cabeza.

—Yo comencé a vivir el día que te conocí, Arabella, y planeo seguir viviendo, contigo a mi lado, hasta la eternidad. Pero tú aún no has contestado a mi pregunta, ¿te casarás conmigo?

Ella levantó la cabeza y se giró hasta apoyar los brazos sobre su pecho. En el brillo gozoso de su mirada ambarina, Alex descubrió la respuesta.

—Sí, y mil veces sí, amor mío.

Sus labios sellaron el pacto para la eternidad.

# Epílogo

El 27 de abril de 1769, dos días después de la inauguración de la primera exposición de pintura de la Real Academia de Arte, el mundo artístico y social de Londres recibió con gozo, y no poca curiosidad, las noticias publicadas en *The Advertiser*:

*El lunes, la Princesa viuda de Gales, y ayer su Majestad, acompañados por su Alteza Real el Duque de Gloucester y las dos princesas de Mecklenburg Strelitz, visitaron la exhibición de la Real Academia en Pall Mall, con la que quedaron altamente satisfechos.*

Lady Eloise levantó la vista del periódico con el que acompañaba su desayuno matutino, y miró a su hija con el ceño fruncido.

—Aquí dice que se exhibieron ciento treinta y seis pinturas. No entiendo por qué no escogieron la tuya —comentó en tono de reproche contra lo que consideraba, sin duda, un atropello.

Arabella sonrió.

—Gracias por tu confianza, madre, pero a mi ninfa le faltaba... algo.

Su madre arqueó las cejas en un gesto de incredulidad.

—Tal vez un poco más de ropa, querida —comentó la duquesa, lo que provocó un coro de toses masculinas en el comedor familiar, que esa mañana se hallaba repleto—; por lo demás, a mí me parece que estaba perfecta. Claro, que yo no entiendo mucho de arte, pero creo que es así, ¿no es cierto, querido?

—Por supuesto, amor —respondió el duque sin levantar la vista de su propio periódico.

— *La Gaceta* comenta también que hubo varias obras que destacaron: tres de Sir Joshua Reynolds, dos de West, y, escucha esto, querida, *Héctor y Andrómaca*, leyó a continuación «de la señorita Angelica, una joven dama de

mérito y genio poco común.» En fin, me alegro de que reconozcan que al menos una mujer ha superado en algo a los hombres, sentenció mientras depositaba el periódico sobre la mesa y tomaba un sorbo de su té.

James estalló en carcajadas.

—Eres única, madre —repuso con una sonrisa—. Si tú llevaras las riendas del gobierno, Inglaterra sería un país mejor.

—No seas irrespetuoso, James; además, me basta con llevar las riendas de mi propia casa, lo cual ya es bastante trabajo con hijos como vosotros —replicó mientras pasaba la mirada por sus tres hijos varones—; tal vez si os casarais, podría vivir un poco más en paz.

James alzó una ceja arrogante, y Robert, que acababa de regresar de una misión del gobierno, hundió más la nariz en su taza de café. Edward fue el único que se atrevió a responder.

—Una boda es suficiente por ahora, madre. Tú misma has dicho que el verano está ya demasiado cerca para tenerlo organizado todo a tiempo.

La réplica de la duquesa murió en sus labios cuando el mayordomo entró en el comedor.

—El conde de Thornway pregunta por lady Arabella, milady —anunció.

Ninguno de los comensales dejó de notar la dulce sonrisa que floreció en el rostro de Arabella cuando esta dejó a un lado su servilleta y se levantó de la mesa.

—¿Lord Thornway y tú vais a ir a pasear? —la interrogó su madre.

—Sí, madre, pero primero iremos al estudio de Angelica.

—Pues felicita a la joven de mi parte —dijo, aunque no estuvo segura de que Arabella la hubiese escuchado antes de abandonar la estancia.

La duquesa sonrió indulgente ante la prisa de su hija por reunirse con su prometido. Para los jóvenes, el amor era una novedad llena de desafíos,

emociones exaltadas y a veces incertidumbres; después, el tiempo templaba el corazón y el amor se asentaba, como el buen vino, tornándose más dulce y más reposado, pensó mientras miraba a su marido con cariño. Este pareció notar la mirada de su esposa, alzó la cabeza y le sonrió.

Arabella entró en su habitación como un torbellino. Su doncella, Lucy, que ya había sido avisada de la llegada del acompañante de su señora, sonrió al verla llegar con las mejillas arreboladas y los ojos chispeantes de felicidad.

—Lucy...

Antes de que pudiese terminar, la doncella le tendió los guantes y la capa.

Arabella le sonrió.

—Eres una joya, Lucy. No sé qué voy a hacer sin ti.

—Pues llevarme con usted, milady —replicó ella como si fuera la cosa más sensata del mundo—, ¿quién se va a ocupar de usted si no cuando sea condesa?

Arabella se rio y envolvió a la muchacha en un cariñoso abrazo.

—Soy tan feliz, Lucy.

—Se lo merece, milady —respondió esta sonrojada—, y ahora, ande, no haga esperar más al conde.

Con una sonrisa, se despidió de su doncella y bajó las escaleras hacia el vestíbulo. Alex llevaba el pelo recogido en una coleta y vestía una chaqueta en tafetán de seda verde con bordados dorados, pantalones del mismo color por debajo de la rodilla y medias blancas. Se veía elegante y sumamente atractivo.

Arabella se estremeció cuando él se giró y le dedicó una brillante sonrisa en la que hizo su aparición el encantador hoyuelo en su mejilla. Reprimió la urgencia de correr a sus brazos y moderó sus pasos hasta llegar a él. Él se inclinó hacia ella y la besó en los labios, sin importarle la presencia del lacayo que esperaba junto a la puerta, ni la de los criados que atravesaban el vestíbulo. Era suya, y no le importaba que el mundo entero lo supiera.

—¡Alex! —lo reconvino en un susurro—, eres un sinvergüenza.

Él le dedicó una sonrisa sesgada y acercó la boca a su oído de forma que solo ella pudiera escuchar sus palabras.

—No me importa serlo contigo —repuso—, y si hiciera aquí todas las cosas que deseo hacerte, entonces Londres entero se escandalizaría, milady.

Una oleada de calor inundó el cuerpo de Arabella y una punzada de ardiente ansiedad se instaló en su vientre.

—¿Nos vamos? —le preguntó él con una sonrisa de suficiencia al tiempo que le ofrecía el brazo.

Era consciente del deseo que había despertado en ella; deseo que pensaba satisfacer de diversas maneras en el cómodo interior de su carruaje.

Cuando llegaron al estudio de Angelica, Alex la ayudó a bajar del carruaje y tuvo que sujetarla para que no cayera al suelo. Se veía hermosa, con los ojos brillantes por la pasión y los labios inflamados por sus besos.

Dio órdenes al cochero para que los esperara un poco más adelante mientras ella se recomponía.

—¿Estás lista para entrar?

Arabella, incapaz de hablar todavía, asintió con la cabeza.

En aquella ocasión, la tranquila habitación que constituía el estudio de Angelica se hallaba repleta de gente que asistía a la pequeña recepción que se celebraba en su honor. Un zumbido continuo de voces poblaba el reducido espacio como si de un avispero se tratara. Los hombres más relevantes del mundo del arte departían entre sí mientras degustaban una copa de champán.

Cuando los vio entrar, Angelica se acercó a ellos con las manos extendidas y una gran sonrisa en su bello rostro.

—¡Arabella, Alex! Me alegro mucho de que hayáis venido.

Alex le sonrió.

—No podíamos perdernos tu gran triunfo.

—Créeme, he recibido tantos halagos como críticas —respondió acompañando sus palabras con un encogimiento de hombros—; alguien llegó a decir incluso que a mis obras les faltaba colorido y que los fondos eran monótonos.

—Esos son comentarios de personas inexpertas, querida —intervino Sir Joshua Reynolds mientras se acercaba a ellos.

Angelica le sonrió agradecida. Él la había apoyado siempre, y gracias a él formaba parte de los miembros fundadores de la Academia.

—Ven, dejemos a los hombres entretenerse con los cotilleos —le dijo a Arabella entrelazando su brazo mientras tiraba de ella para alejarse hacia un rincón donde había varias obras expuestas.

—Debes de sentirte feliz por lo que has logrado —le comentó Arabella.

Ella asintió, en el rostro un gesto de inusitada seriedad.

—Los hombres tienen la tendencia a pensar que lo único que las mujeres podemos hacer bien es servir como adorno de su casa. Sin embargo, creo que me he ganado mi lugar en la Academia —declaró con una mezcla de firmeza y orgullo—, y haré que este mundo de hombres me recuerde por ser mujer. Pero bueno, basta de hablar de mí. Siento mucho que no hayan elegido tu obra...

¿Estás bien?

Arabella apretó su mano en un gesto cariñoso, y volvió su mirada hacia donde Alex conversaba con Sir Joshua.

—Tengo todo lo que necesito.

Angelica, que había seguido la dirección de su mirada, sonrió.

—Me alegro mucho por vosotros. Alex es un buen hombre.



—Lo sé.

—Aunque no por eso deja de ser un hombre —apostilló con una sonrisa traviesa antes de dejarla cuando alguien reclamó su atención.

La carcajada de Arabella llamó la atención de Alex, que se disculpó con su compañero y se acercó a ella.

—¿Todo bien? —le preguntó mientras colocaba una discreta mano posesiva sobre su espalda baja. Aprovechaba cada ocasión que podía para tocarla.

Arabella miró a su alrededor, a Angelica moviéndose entre los invitados, a las pinturas que descansaban sobre los caballetes, y, finalmente, su mirada encontró la de Alex, profunda, llena de amor.

—Nací en el seno de una familia noble, pero nunca me conformé con ser tan solo una dama. Sentía que dentro de mí había mucho más, un ansia por realizar sueños, por hacer cosas diferentes. Mi amor por la pintura me ofreció esa posibilidad, y busqué obtener un puesto en este mundo, comenté mientras señalaba cuanto los rodeaba, pero ahora ya no quiero eso.

—¿Vas a dejar la pintura? —le preguntó Alex con cierta inquietud.

Ella negó con la cabeza y sonrió seductora.

—No cuando estoy a punto de conseguir el modelo perfecto para mis retratos

—. Los ojos de Alex brillaron con pasión contenida. Arabella prosiguió : además, mis sueños han cambiado, ya no deseo lo mismo.

—¿Y qué es lo que quieres ahora? —inquirió con la voz un tanto ronca.

Ella lo miró con todo el amor prendido en sus ojos.

—Me conformo con un lugar en tu corazón.

Nota de autora

(1) La Real Academia de Artes de Londres surgió del descontento de algunos

artistas, entre ellos el arquitecto William Chambers, con la Sociedad de Artistas, una institución fundada en 1759 que pretendía acoger a los artistas nacionales.

Los celos y las envidias hicieron imposible la convivencia, por lo que Chambers decidió presionar al rey Jorge III para que apoyase la creación de una nueva institución para el arte. La Real Academia fue fundada el 10 de diciembre de 1768 como una escuela en la que se prepararían los mejores artistas de Inglaterra y que organizaría una exposición anual con sus obras. La lista inicial de miembros fundadores constaba de treinta nombres, entre los que se incluían los de dos mujeres: Angélica Kauffmann y su amiga Mary Moser.

(2) Angélica Kauffmann (Suiza, 1741-Roma, 1807) fue una famosa pintora.

Su padre, Johann Josef Kauffmann, era pobre y un pintor bastante mediocre, pero aparentemente muy bueno enseñando a su precoz hija que, al cumplir los doce años se había hecho ya famosa, de tal manera que obispos y nobles posaban para ella. En 1754 su padre se la llevó con él a Milán. Visitó también Roma, Bolonia y Venecia, siendo alabada tanto por su talento como por su encanto personal. Estando en Venecia, lady Wentworth, la esposa del embajador inglés, le pidió que la acompañase a Londres. El rango de lady Wentworth le abrió las puertas de la alta sociedad y fue bien recibida en todas partes, mostrándole especialmente un gran favor la familia real.

Sostuvo una gran amistad con el pintor sir Joshua Reynolds, quien le ayudó especialmente cuando fue víctima del engaño perpetrado por el supuesto Conde de Horn. Gracias a sir Joshua, Angélica fue una de las fundadoras de la Real Academia.

(3) Entre los siglos XVII y XIX, el río Támesis llegó a congelarse en varias ocasiones debido a la crudeza de los inviernos; en algunas de ellas, se formó una capa de hielo tan gruesa que pudieron celebrar sobre su superficie las llamadas

«Ferias del hielo». Esta feria tenía lugar especialmente en el tramo que va entre el puente de Londres (actual London Bridge) y el de Blackfriars, y en ella se celebraban carreras de trineos y caballos, exhibiciones, bailes.

También, cómo no, se transformaba en pista de patinaje. La primera feria se remonta al año 1608, y la última, a 1814.

El Támesis se congelaba no solo a causa del frío, sino también por la misma dinámica del río. Antiguamente el cauce era más ancho, menos profundo, y el agua fluía lentamente. El puente medieval, con su hilera de arcos, muy cercanos unos de otros, y una serie de muelles adosados a los pilares, provocaban la acumulación de bloques de hielo, que obstaculizaban el paso del agua.

En 1841, el antiguo puente medieval de Londres fue demolido y reemplazado por el actual (el conocido como Tower Bridge), con lo que se evitó que el río se congelase con tanta frecuencia. El Támesis llegó a congelarse hasta en 26 ocasiones entre 1400 y 1841.

### Agradecimientos

No quiero terminar mi novela sin agradeceros a cada uno de vosotros, lectores, por haberle dado una oportunidad a esta historia, por acompañar a Arabella y Alex en sus aventuras. Espero que os haya gustado y que queráis seguir disfrutando de la familia Marston.

Un agradecimiento especial también a mi familia, que siempre está ahí, animándome con sus comentarios y apoyándome en el cumplimiento de este sueño que es ser escritora; y un gracias de corazón a mis amigos, especialmente a Marcela, Rosa Gemma y Noemí, por su constante apoyo y ayuda.

Y cómo no agradecer a quienes han hecho y hacen posible que yo cumpla mi sueño, todo el equipo de la editorial Selecta, especialmente Lola, mi editora; sin vosotros esto seguiría siendo un sueño en lugar de una maravillosa realidad.

A todos vosotros, y a mis queridas compañeras escritoras, ¡gracias de corazón!

*Selecta*

Gabriela Cano



**Adorable  
perdición**

Adorable 1

*Sabía que su llegada sería un problema*

Si te ha gustado

*Algo más que una dama*

te recomendamos comenzar a leer

*Adorable perdición*

de *Gabriela Cano*

Prólogo

Heather

Termino la llamada y, frustrada, tiro mi celular en el asiento del copiloto, gruño un par de veces y golpeo el timón de mi auto.

No entiendo en lo que se ha convertido la sociedad ni que las cosas superficiales tengan mucha más importancia. Odio el hecho de pensar que, en algún momento, fui como ellos al darle más valor al ¿cuál es tu apellido?, ¿qué carrera quieres estudiar cuando entres a la universidad?, ¿de qué familia eres? Si eres un doctor o un empresario, las personas te miran con buenos ojos y te ganas fácilmente su respeto pero, si eres un profesor, un enfermero o una mesera, la misma sociedad y hasta las personas que han estado a tu alrededor te miran debajo de sus hombros y te hacen sentir tan inferior. Es eso en lo que la sociedad se ha convertido y, en su momento, todos hemos contribuido a que sea de esa forma y a que nunca cambie.

Las personas te preguntan si estás bien, pero en realidad no lo quieren saber; solo lo hacen porque creen que están obligados a hacer esa pregunta tan seca.

Muchos lo sabemos, así que siempre optamos por mentir y decir: «Estoy bien», cuando quizás es todo lo contrario. Pero se supone que no debes de fingir con tus padres, al menos debes de saber que puedes confiar en ellos. Definitivamente ese no es mi caso.

Mis padres están dentro de toda categoría, menos en la de confianza y cariño para con sus hijos, y odio el hecho de que todavía no tengo el valor para hacer lo que en realidad quiero y no lo que ellos me obligan hacer.

Suspiro y estoy tan molesta que decido detenerme un momento para salir a tomar un poco de aire. Estaciono en un lugar un poco oscuro, por los

frondosos árboles típicos de la zona, todavía a unas manzanas cerca del campus universitario. No quiero seguir conduciendo sin rumbo alguno cuando todavía estoy tan molesta.

Salgo del auto sin tomar mi celular y camino hasta estar en la parte delantera de este; me siento en el capó para observar el idílico retrato de la ciudad de Los

Ángeles, cubierta por sus luces, que le dan ese aire soñador después de una levísima llovizna, que es bastante frecuente en el mes de diciembre. Observo la noche, que llega para bañar de misterio a la ciudad y para despertar toda sensación de libertad, y me siento un poco melancólica al desear un poco de ese sentimiento.

Al recordar la llamada de mi padre, salto del capó y procedo a golpear el neumático de la parte izquierda del auto. En cuanto se produce el primer impacto, mi pie duele, pero no me detengo y lo hago una y otra y otra vez, hasta que finalmente me canso y me dejo caer en la grama que recubre la pequeña loma, a un lado de la carretera.

—¿Has sacado toda tu furia? —Escucho que preguntan.

Giro mi rostro y busco de dónde proviene la voz. Entrecierro mis ojos y, entonces, puedo ver la tenue silueta de alguien. Camina unos pasos hasta estar iluminado, solo un poco, por los faros de la carretera; entonces puedo ver que se trata de un chico. Se vuelve a sentar detrás de mí, lo suficientemente lejos, pero con la distancia perfecta para escucharlo claramente cuando me pregunta si la furia se ha comido mi lengua. Muevo mi lengua en el interior de mi boca y hago un gesto de negación.

—No, al parecer, sigue intacta. Suerte que no golpeé el neumático con ella; de lo contrario, me habría lamentado. —Intento bromear a pesar de no tener idea de quién es.

Giro mi rostro, nuevamente viendo hacia el frente, a mi auto. Si este chico no se marcha cuanto antes, lo más sensato es que me vaya directo a la residencia; pero no quiero irme a encerrar para rodearme de cuadernos y trabajos donde solamente terminaré más molesta, por lo que ser interrumpida por un extraño

suena, incluso, más tentador que volver a perder los estribos.

Observo que ahora el cielo se encuentra totalmente limpio, sin rastros de lluvia, lo que me hace desear estar cerca de la playa, ser sutilmente acariciada por la brisa fresca y olvidar todo lo que me rodea.

—Al parecer, tu humor sarcástico no es tan inteligente como tus estúpidas decisiones —Lo escucho decir—. ¿Si sabes que pudiste lesionarte el pie golpeando al pobre neumático de esa manera?

Reprimo una sonrisa y giro mi rostro hacia él.

—¿Te das cuenta de que en pocas palabras me has llamado «estúpida»?

Logro divisar que levanta sus manos en un gesto de inocencia.

—Que conste que lo dijiste primero tú y no yo.

Niego y vuelvo a darle la espalda.

—Olvídalo.

Pienso qué es lo que realmente hará hasta que dice:

—Si quieres, podemos hablar de lo que te tiene tan molesta.

—Sin ánimos de ofender, pero no tengo muchas ganas de hablar de mis secretos oscuros con un extraño.

—Ese es el punto.

—¿El punto de que? —contesto sin ver hacia él.

—El punto de hablar con un extraño —aclara—. Te escuchará y te dirá lo que en realidad piensa; en cambio, un conocido solo disfrazará sus palabras.

Analizo lo que acaba de decir; creo entenderlo y, por una extraña razón, quiero escuchar su opinión sobre mi patética vida. ¿Qué más da?

—Estoy molesta porque aún no me atrevo a hacer las cosas que en verdad quiero y anhelo, sino lo que esperan de mí. ¿Eso me hace ser una completa estúpida?

—No —contesta de inmediato—. Te hace ser una completa cobarde.

Ahogo una exclamación y casi me río de lo que acaba de decir. Ni siquiera me molesta que me llame «cobarde», porque en el fondo lo sé; pero me sorprende que ande sin rodeos y diga las cosas exactamente tal y como son.

Cambio de posición y me siento frente a él.

—Vaya, supongo que debo de darte las gracias por la sinceridad —comento sarcásticamente.

—Te advertí que diría lo que pienso. Y dime: ¿qué es lo que en verdad quieres hacer?

Para su suerte, la luz del faro le da acceso a mi rostro pero, para mí desgracia, no es así; apenas puedo distinguirlo, y la gorra que lleva puesta no me facilita en nada la tarea. Como si leyera mi pensamiento, él la ajusta todavía más; cubre así todas sus facciones y solamente deja a la vista su malvada sonrisa.

—Muchas cosas.

—Esa es una respuesta ambigua.

—No dijimos que íbamos hablar claramente.

Creo que él sonrío; ciertamente no estoy segura.

—Tienes razón. Entiendo que no quieras ser sumamente clara, pero creo que eres muy inteligente y, tarde o temprano, harás lo que en realidad quieres.

—Es complicado.

—La vida es complicada.

—Jaque mate. —Me levanto, con mis manos limpio mi trasero para quitar



cualquier grama que se haya pegado a la tela de mis vaqueros—. Gracias por la pequeña charla, pero me tengo que ir.

—Siento como si haya fracasado en mi misión de ser un completo extraño.

Frunzo mi ceño y ladeo mi cabeza.

—¿Por qué lo dices?

—Ni siquiera logré intimidarte o que salgas lejos de aquí, como lo habría hecho cualquier chica al ser interrumpida por un desconocido; tampoco logré que me dijeras tus oscuros secretos.

—No lo hice porque, si hubieras pensado en matarme o algo así, no habrías esperado un minuto más. Y tampoco me confesaría con un extraño, pero gracias por intentarlo.

—¿Qué pasa si esa fuera mi táctica?

—En ese caso —digo mientras doy unos pasos torpes hacia atrás—, será mejor que me marche ahora mismo.

Esta vez, sin duda alguna, se ríe, lo cual me molesta porque es el único de los dos que se está divirtiendo con mi situación actual.

—Solo bromeaba.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes. —Se pone de pie y empieza alejarse a través del oscuro camino.

—¿No habrá presentaciones?

El chico se detiene y gira su rostro hacia mí. Por más que esfuerzo a mis ojos para tratar de ver más allá de un rostro cubierto de sombras, no lo logro.

—Eso arruinaría mi papel de extraño.

Es todo lo que dice y empieza a caminar lejos de mí. Le doy un grito de

«Buenas noches»; él levanta su mano en respuesta y, en cuestión de segundos, se ha metido en un callejón que no había visto y desaparece de mi oscuro radar.

Inesperadamente, me siento un poco mejor y me quedo observando el camino por el cual se ha marchado, sintiendo.... ¿qué? ¿Un poco de intriga o esperanza de que regrese y sigamos con la extraña conversación? Suspiro, esta vez, cansada. Hasta este momento, la calle se llena de autos y estos iluminan el lugar donde estábamos.

—Demasiado tarde —susurro.

Tiene razón: hablar con un extraño, a veces, ayuda un poco y, aunque no miré el rostro de ese chico, de alguna manera le agradezco, ya que sus palabras intentan abrirse paso entre la vida sin sentido que llevo. En ocasiones siento como si mi vida fuera un camino lleno de tinieblas por el cual constantemente intento salir, y no estoy segura de si pueda encontrar la luz por mí misma.

Me siento de nuevo sobre la grama, mirando a la nada, pensando que sería capaz de cambiar todo lo que soy y lo poco que poseo por algo o alguien que me muestre todo lo que no soy capaz de ver ni de hacer y, finalmente, llegar a los días en los cuales sienta que estoy en este mundo por un determinado propósito.

*Selecta*

*Algo más  
que una dama*



CHRISTINE CROSS

**En la sociedad londinense de la época georgiana, de la hija de un duque solo podía esperarse que fuese una gran dama.**

**¿Pueden romperse las reglas por una gran pasión?**

## ¿Y si esa pasión conlleva un asesinato?

Lady Arabella Marston se encuentra ya en su tercera temporada y sigue soltera y sin compromiso, aunque no le importa demasiado. Su verdadera pasión es la pintura.

Dispuesta a demostrar que puede ser algo más que una dama, decide presentar su obra, La ninfa del agua, a la primera exposición de verano que tendrá lugar en la Real Academia de Artes de Londres.

Cuando Arabella descubra que le han robado el cuadro, no tendrá más remedio que pedir su ayuda al conde Alexander Harvey, Lord Thornway; un hombre apuesto y recién llegado de Europa, al que no dudará en catalogar como libertino. Sin embargo, pronto descubrirá que su superficialidad esconde un corazón atormentado por el pasado.

La atracción que siente por él, hará que surjan en Arabella muchas dudas.

¿Deberá renunciar a sus sueños y a su pasión por la pintura para escoger el amor? Solo cuando alguien intente acabar con su vida, comprenderá qué es lo esencial para su corazón.

**Christine Cross** es el seudónimo de esta autora que nació en una hermosa ciudad española en 1970, aunque vivió veinte años en países extranjeros como Italia y México. Amante de la lectura y de la escritura desde muy niña, publicó su primer libro en México mientras compaginaba la escritura con su labor docente. Amante de la novela romántica y de la novela de género fantástico, comenzó publicando en este último, aunque sin cortar las alas a la inspiración, y siempre

al

ritmo

del

corazón.

Twitter:

@martaljn;

Blog:

<https://martalujan.wordpress.com/>

# Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Christine Cross

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase

a

CEDRO

(Centro

Español

de

Derechos

Reprográficos,

<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-63-0

Composición digital: leerdigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@magustaleer

Índice

[Adorable perdición](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)



[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Christine Cross](#)

[Créditos](#)

# Document Outline

- [Adorable perdición](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Epílogo](#)
- [Nota de autora](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Si te ha gustado esta novela](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre Christine Cross](#)

- [Créditos](#)